

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



COLEGIO DE HISTORIA

**LAS INCURSIONES APACHES Y LAS ANEXIONES
TERRITORIALES ESTADOUNIDENSES:
INFLEXIONES EN LA DEFENSA DE UNA NACIÓN
“1836 - 1856”**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIATURA EN HISTORIA**

PRESENTA

LILIAN JAEL AVILA ARZOLA

ASESOR

MARCO ANTONIO VELÁZQUEZ ALBO

ENERO 2025



**Colegio de
Historia**

Agradecimientos

Con amor, dedico este trabajo a mis padres Luis y Laurencia Judith, cuyo legado nutre cada página aquí escrita.

Con profundo cariño, lo dirijo también a mis abuelos: Laurencia, Dionicio y Casimiro.

Agradezco a mis tíos por ser un apoyo inquebrantable en cada etapa.

A mis hermanos por brindarme su cariño incondicional.

A mis sobrinos Grecia, Máximo Ramón y Gabriel, por iluminar mis días con su alegría genuina.

Un reconocimiento especial a mis amigos, cuyo respaldo fue crucial para culminar esta tesis.

A la Srta. María Del Carmen Barrios Silva, por su fortaleza, generosidad y sostén invaluable; ejemplo de integridad y entrega.

Finalmente, a mis distinguidos mentores: el Dr. Marco Antonio Velázquez Albo y la Dra. María Da Gloria Marroni. Agradezco su guía académica, paciencia excepcional y dedicación absoluta.

PRESENTACIÓN

Este tema nació de una inquietud que siempre me habitó, pero que con el tiempo sepulte en el olvido. Todo resurgió durante un seminario de investigación histórica del Dr. Marco Antonio Velázquez Albo, cuando mencionó que Porfirio Díaz enfrentaba conflictos con Estados Unidos por culpa de un grupo de indígenas rebeldes en la frontera, indómitos e incontrolables. Mi mente se aferró a esos “indios rebeldes”, que desafiaban tanto a los norteamericanos como al propio Díaz. Aquella tarde me sumergí en la búsqueda de aquellos hombres envueltos en misterio.

La curiosidad se transformó en obsesión al ver un video de la Feria del Libro en la Ciudad de México, donde el historiador Jesús Vargas Valdés presentaba su libro *Villa Bandolero*. Habló de los aguerridos apaches, espíritus libres, hombres indomables del desierto. En ese entonces, no tenía una concepción clara de quiénes eran, a qué se dedicaban o cómo se veían. Trágicamente, llegué a confundirlos físicamente con los siux, debido a su indumentaria de piel y penachos de plumas.

Después de indagar y de ver algunas películas que abordaban a los apaches, sentí que debía de ser mi tema de investigación. Los atapascanos se convirtieron en mi pasión, pero al tratar de comprender su aislamiento en las reservas, me adentré en la historia de los Estados Unidos y México, especialmente en el siglo XIX. Comprendí que, desde el principio, los apaches ya eran una nación indígena guerrera, pero que más tarde con la llegada de los colonizadores europeos, se volverían hábiles guerreros, enfrentando grandes contiendas por el territorio. Lo más sorprendente de los apaches es su gran resistencia y valentía, cualidades que utilizaron para enfrentar a los españoles, mexicanos, franceses, ingleses, estadounidenses, cazadores profesionales y a otras naciones indígenas. Sin embargo, finalmente serían reducidos y confinados en reservas por los estadounidenses una vez que México firmó el Tratado Guadalupe-Hidalgo.

Pero por más que investigué, sus pensamientos, emociones seguían siendo un eco lejano. Es por esta necesidad que me he pasado horas contemplando retratos de jefes indios

como Gerónimo, Nube Roja, Toro Sentado y Naiche. Busco en sus ojos negros y profundos, en la tensión de sus rostros tallados por el viento, el sentir y significado de su lucha. Sus miradas guardan un adiós silencioso, una tristeza que trasciende el tiempo. Tienen una pose obligada, los músculos de sus rostros sostienen una mirada aterradora y valiente, es una máscara de un cansancio milenario: músculos que sostuvieron la dignidad, piel curtida por masacres y despojos.

En cada arruga leo la misma sentencia: *“He sobrevivido, pero cargo el luto de la masacre de mi pueblo”*. Gerónimo dice *“Ahora me rindo... y eso es todo”*. Y yo, frente a sus retratos, me quedo con una nostalgia que no alcanzo a nombrar: la de un mundo indígena que lucha por no desvanecerse entre las páginas de la historia.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I	
LA EXPANSIÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DEL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO	
1.1 Las primeras exploraciones.....	23
1.2 La frontera septentrional.....	29
1.3 Misiones de frontera.....	35
1.4 Colonos.....	44
1.5 El establecimiento de los colonos.....	50
CAPÍTULO II	
EL HOSTIL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO	
2.1 Los indios de las praderas.....	60
2.2 La frontera armada.....	75
2.3 Subsistencia y Robo de ganado.....	81
2.4 Conflicto en la Nueva Vizcaya.....	84
2.5 ¡Furia Apache!	95
2.6 El fenómeno de las incursiones.....	101
CAPÍTULO III	
LA ANEXIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN DE UN NUEVO TERRITORIO	
3.1 El enemigo de las praderas.....	112
3.2 Texas.....	120
3.3 El nuevo imperialismo estadounidense.....	127
3.4 Filibusteros y separatistas en la frontera.....	147
3.5 La política secreta de la intervención.....	161
3.6 Las consecuencias de la delimitación de la frontera México-Estados Unidos.....	170
3.7 Resistencia en las praderas.....	176
3.8 El ocaso de los apaches: De la lucha a la subyugación.....	189

CONCLUSIONES.....	205
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	209
ANEXOS.....	219

INTRODUCCIÓN

La existencia de los hombres indómitos ha sido relegada al olvido, quizás debido a que ya no habitan sus antiguos territorios o porque su principal fuente de alimentación, como el bisonte, se ha extinguido. Esta situación puede atribuirse a que han sido ignorados, su legado ha sido alterado o excluido de la historia nacional por intereses expansionistas y capitalistas. Es razonable pensar que aquellos hombres trashumantes son ahora espectros que custodian las extensas sabanas, habitan los desiertos y recorren las montañas de sus antiguos territorios entre México y los Estados Unidos. Sin embargo, su impacto en la historia de México, Estados Unidos y, en particular, de América, es innegable.

Sus nombres, aunque sencillos, evocan temor. Sus voces susurran en el viento, resuenan en los ecos de los cañones y de las montañas Chiricahua, corazón de la Apachería. Sus figuras emergen entre las sombras del amanecer, el atardecer y la oscuridad de la noche. Hoy, su presencia solo es percibida por los grandes ojos de aves nocturnas que al caer el crepúsculo anticipan su manifestación. Estas aves rapaces aclaman su presencia, invocando al firmamento, al sol y a la madre tierra para que los acompañen. Esto ocurre porque el hombre moderno los ha aniquilado, corrompiendo y sobreexplotando los recursos naturales de los ecosistemas.

El hombre indómito avanza hacia el horizonte del olvido. No obstante, en la actualidad, sus voces, junto con las de otras naciones indígenas, resuenan en los congresos de Estados Unidos y México, exigiendo sus derechos naturales y autonomía. Hablan ante el mundo para defender su presencia y reclamar la restitución de sus antiguos territorios, que llaman hogar. Sueñan con sentir la tierra cálida tierra bajo de sus pies, reunirse bajo un cielo estrellado alrededor del fuego en donde arde su justicia. Hombres, mujeres, ancianos y niños imaginan estar recostados en el suelo, contemplando los astros y pidiendo a los espíritus del bosque, mediante danzas nocturnas, que los guíen de nuevo por los senderos de las montañas donde yacen los bisontes. Corren velozmente por las praderas y desiertos, con sus largos cabellos ondeando al viento, mientras escuchan el murmullo de las aves, roedores e insectos del desierto. Este sueño les ha sido arrebatado por el hombre blanco. Queremos volver a escuchar esas voces de grandes hombres medicina, estrategas y jefes como Gerónimo, Cochise, Mangas Coloradas, Loco, Nana, Chihuahua, Naiche, Victorio, Juh y Lozen, esas voces que gritan eternamente: “No al exterminio”.

Hace varios siglos, el continente americano se encontraba desbordante de vegetación, con ríos caudalosos y saludables, vastas manadas y numerosas especies de fauna y flora que coexistían con los nativos americanos. En estas extensas regiones, diversas naciones mantenían relaciones pacíficas, aunque otras se enfrentaban por derechos territoriales de las zonas de caza. Se alimentaban y vestían con los recursos disponibles, dormían sobre la tierra y la recorrían diariamente. Existía una relación que hoy se denomina sostenible con su entorno. Durante ese periodo, caracterizado por el temor a navegar en mares inexplorados, se pensaría que América permanecería inalterada por más tiempo. Sin embargo, un navegante de genovés incurrió erróneamente a territorios que confundió con la India, lo que llevó a la errónea denominación de los habitantes como “indios”.

Así, los anglosajones y europeos encontraron a hombres y mujeres de apariencia diferente, un evento conocido mundialmente como el “choque entre dos civilizaciones”. Aunque podría interpretarse como el inicio de la barbarie y la lucha por América, el exterminio a gran escala de los nativos americanos fue un proyecto global implementado por diversas naciones. En este caso, Estados Unidos llevó a cabo un ambicioso plan de etnogenocidio. Sobre los restos de los pueblos originarios se erigieron grandes metrópolis. En México, el mestizaje fue un proceso histórico, mientras que en Estados Unidos se realizó una limpieza étnica, eliminando cualquier vínculo con los ancestros americanos.

Actualmente, las grandes naciones conservan los métodos utilizados para expandir sus territorios. La existencia de los hombres indómitos ha sido relegada al olvido. Su resistencia al exterminio complicó la expansión territorial de los anglosajones, quienes fracturaron la estructura social de numerosas naciones indígenas, provocando su desunión y facilitando su exterminio. Su historia ha sido alterada y excluida de la narrativa nacional por intereses capitalistas y expansionistas. Es razonable suponer que aquellos hombres son ahora espectros que habitan las grandes llanuras y los desiertos, recorren en silencio las montañas de México y Estados Unidos.

Las comunidades indígenas de América son apenas mencionadas en las narrativas históricas. Sin embargo, han desempeñado un papel crucial en las transformaciones políticas, sociales y económicas de México y América, especialmente en conflictos como las independencias, las intervenciones extranjeras y, en el caso de México, la Revolución Mexicana y el contexto neoliberal. Esta participación ha sido excluida de los textos académicos y

educativos. En Estados Unidos, prácticas similares han sido implementadas de manera más radical. Según investigadores como Roxanne Dunbar, existe una omisión y distorsión de la historia indígena, respaldada por las principales potencias globales.

Es fundamental modificar la concepción del “indígena” y eliminar términos peyorativos como “bárbaros” y “salvajes”, utilizados desde la llegada al continente americano de los colonos españoles. El establecimiento de los europeos en América inició un genocidio contra los pueblos ancestrales, un sistema heredado por las naciones emergentes en América. La imagen negativa de los primeros americanos representó un obstáculo para el desarrollo de México, al impedir la colaboración con comunidades indígenas que no compartían las mismas prácticas sociales y culturales.

El estudio de los apaches tiene una relevancia académica y una transcendencia cultural incuestionable, no solo por su representación icónica en la industria cinematográfica de Hollywood, sino por ser la última nación del norte de América en resistir ante la invasión de sus territorios. En trabajo examina las consecuencias de las incursiones apaches y las insurrecciones indígenas en la demarcación de la frontera norte de México, desde la perspectiva de la expansión estadounidense durante el periodo 1836-1856. Las comunidades indígenas del norte de México desempeñaron un papel crucial en la defensa de la República Mexicana. Naciones como los apaches, comanches y navajos interrumpieron de mexicanos y estadounidenses hacia sus territorios. Además, se destaca la expansión de Estados Unidos, que en la actualidad no ha respetado fronteras en su política expansionista.

Las naciones indígenas, incorrectamente llamadas "indias", han enfrentado el impacto del colonialismo y posteriormente del expansionismo de los colonos europeos. Sin embargo, han resistido la reducción de sus territorios, el desplazamiento forzado y la asimilación impuesta por gobiernos que los hundían en la pobreza y la exclusión social. Las incursiones de los hombres indomables del desierto y las guerras indias en el septentrión mexicano distrajeron tanto al imperio español como a la nación mexicana. Estas acciones fueron un medio de resistencia contra la expansión estadounidense y el asentamiento de los pobladores mexicanos en la frontera, así como un medio directo de su subsistencia. Fueron dichas incursiones un elemento común que se ha asociado como causante del despueble del septentrión mexicano. La resistencia interétnica causó pérdidas humanas y económicas para México, pero también jugó un papel crucial en la defensa de la frontera norte, beneficiando indirectamente a los

intereses expansionistas de Estados Unidos. Este trabajo expone el genocidio de las naciones indígenas del norte de México y América, perpetrado en un principio por colonos ingleses y españoles, después por los estadounidenses y el gobierno mexicano.

Los estudios sobre las incursiones apaches y las rebeliones indígenas del norte de México han sido un tema predominante en el norte del país y en los Estados Unidos. Sin embargo, en el centro y sur de México, estas investigaciones han sido abandonadas. Este trabajo recupera el estudio de las incursiones apaches en el contexto de la expansión estadounidense y de la pérdida de más del 55% del territorio mexicano, un tema trascendente principalmente para comprender la complejidad de la historia de México y el papel fundamental de la intervención extranjera, así como de la Guerra Apache. La resistencia emprendida por las naciones indígenas del septentrión de México se debió a la negativa de someterse al sistema colonial y a las nuevas formas de vida impuestas, lo que obstaculizó el avance poblacional de la corona española y posteriormente de México. La lucha indígena ha sido fundamental para oponerse a la desarticulación de su sociedad, territorio y cosmovisión. Naciones como los apaches, comanches, navajos, hopis, yaquis, mayos, seris, siux, iowas, arapahos, cheyenes, creek y pimas han resistido por más de cuatro siglos la intromisión del hombre blanco, en sus territorios. Esta lucha parece interminable.

El objetivo principal de este trabajo es analizar la participación de las naciones indígenas del septentrión mexicano en el siglo XIX, en particular la nación atapascana o también autodenominada “N’nee”. Los antecedentes más próximos del pueblo apache se encuentran con la llegada de los colonos españoles al norte de la Nueva España y la creación de la Nueva Vizcaya y las provincias internas de Oriente, territorios que hoy comprenden Texas, Coahuila, además de Sonora y Chihuahua. Estas regiones, denominadas Aridoamérica y Oasisamérica por Paul Kirchhoff, o “La Gran Chichimeca”, estaban habitadas por poblaciones nómadas y sedentarias con una inclinación natural hacia la guerra.

Los objetivos generales de esta investigación son identificar el papel que desempeñó el pueblo apache en el desdoblamiento del gran Septentrión mexicano entre 1836-1856, en el contexto de la delimitación de la frontera norte de México, y destacar su participación del pueblo apache en las incursiones desde mediados del siglo XVIII hasta principios del siglo XX. Esta participación se convirtió en un problema para los habitantes del norte de México, como señalan autores como Ignacio Aldama, Edward Flagler, María del Carmen Velázquez, Ana

Nieto y Sara Ortelli, debido al robo de ganado por parte de los apaches. Además, se busca explicar por qué se le atribuyeron las pérdidas materiales y el despueblo al pueblo atapascano, considerando la creación de la Nueva Vizcaya y posteriormente los gobiernos de Sonora, Chihuahua, Coahuila y Texas, en el México independiente. Posteriormente, se examinará cómo este tema se relacionó con Estados Unidos y la frontera de México, poniendo en riesgo la soberanía territorial de México.

Para llevar a cabo esta investigación, se empleó una metodología cualitativa, basada en casos y testimonios relacionados con ataques de apaches u otros conflictos indígenas. Asimismo, se contó abundante información historiográfica, como registros de ataques, problemas políticos, incursiones y comercio con nativos, estadounidenses y mexicanos. Las incursiones, una práctica medieval empleada en la frontera española con el fin de combatir y debilitar la defensa de los pueblos vecinos o invasores, fue adoptada por los apaches al igual que prácticas como montar a caballo, portar armas y la toma de trofeos en forma de cabelleras.

Se espera encontrar diversas conexiones sociales, políticas y económicas con pueblos vecinos, y con estadounidenses, evidenciando que los angloestadounidenses incitaron estos conflictos mediante la caza indiscriminada de la vaca de tierra o búfalo. Además de forzar el desplazamiento de los pueblos indígenas hacia el sur, provocando que muchas tribus nómadas buscaran alimento en las rancherías vecinas, donde consumieron vacas, cabras y caballos de los ranchos de los norteros colonos y después de los fronterizos mexicanos como estrategia de sobrevivencia, lo que desencadenó enfrentamientos violentos entre los apaches, los colonos y más tarde con la población mexicana.

En el primer capítulo de la presente investigación, se estudian las primeras exploraciones y la posterior colonización del norte de la Nueva España, marcadas por la búsqueda de riquezas y el encuentro con los pueblos ancestrales. Las expediciones de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado, estuvieron motivadas por leyendas de ciudades míticas como Quivira y Las Siete Ciudades de Cibola, que prometían tesoros comparables a los de Tenochtitlan. Estas narraciones, plasmadas en crónicas como *Naufrajios* de Cabeza de Vaca y las crónicas de Coronado donde menciona Las Siete Ciudades de Cibola y Quivira, no solo alimentaron el imaginario de los conquistadores, sino que también sentaron las bases para la colonización.

La exploración del septentrión novohispano no fue un proceso lineal. La búsqueda de

Cíbola y Quivira, sirvió como catalizador para la expansión española hacia el norte. Estas expediciones, financiadas por la corona y apoyadas por figuras como el virrey Antonio de Mendoza, revelaron la complejidad geográfica y cultural de las tierras septentrionales. Las crónicas de Cabeza de Vaca, por ejemplo, ofrecen descripciones detalladas de los pueblos indígenas y sus costumbres, aunque también reflejan la mirada colonial que interpretaba la riqueza de la tierra en términos de metales preciosos. Esta visión alimentada por el deseo de oro y gloria llevó a numerosos colonos a aventurarse en regiones inhóspitas, donde enfrentaron climas hostiles y los duros enfrentamientos con los habitantes de dichos territorios.

En las exploraciones se rescata relatos que menciona que algunos pueblos estaban densamente poblados, con sistemas agrícolas y la importación de animales como los búfalos. Se podría considerar que eran tierras de pastoreo y de sembradíos más grandes del mundo. Esto contrataba las ideas expansionistas en donde menciona que las tierras de Norteamérica estaban siendo mal usadas. En realidad, albergaban una organización social compleja, con roles definidos y una convivencia entre pueblos. Adaptando cada recurso de cada área, para su desarrollo y sobrevivencia como naciones, las cuales constituían un sistema complejo matriarcal y matrilocal.

Las extensas tierras, estaban pobladas, la mayoría de los pueblos eran guerreros y hábiles en el arte de la guerra, factor que determino la resistencia en Norteamérica. Al analizar el septentrión novohispano, se distingue su pertenencia a la Gran Chichimeca, conocida por su hostilidad y por ser impenetrable por los invasores novohispanos. La corona española en su afán por expandir su imperio vio en estas tierras una oportunidad para consolidar su dominio y extraer recursos. Sin embargo, la lejanía del centro de la Nueva España, la aridez del terreno y la presencia de pueblos nómadas y seminómadas, como los apaches y los comanches, complicaron el poblamiento. La corona española envió a los conquistadores espirituales, primero a los franciscanos quienes más tarde fracasaron en su encomienda. Entonces mandaron a los jesuitas de la Compañía de Jesús, quienes lograron establecer misiones y caminos, aunque enfrentaron constantes ataques indígenas.

La pacificación y control del territorio de la Gran Chichimeca fue un factor crucial en el establecimiento de la población novohispana, lo que resultó en la integración de la población nativa a las actividades de los pueblos y autoridades españolas. El proceso de fundación y consolidación de las misiones religiosas se reflejó a través del avance de la frontera noroeste de

Nueva España. Los jesuitas desempeñaron un papel geopolítico de primer orden al apropiarse de las mejores tierras para las misiones, realizar el avance adoctrinador (y colonizador) en las áreas cercanas a los ríos y reestructurar los asentamientos de las poblaciones nativas. La situación en el septentrión novohispano cambió de manera radical, cuando los jesuitas fueron expulsados de América, la hostilidad de las incursiones apaches y de otros grupos étnicos se debió en gran medida a las expediciones esclavistas implementadas por los españoles. En un principio, llevaron a cabo el secuestro de varios miembros de la comunidad apache con el propósito de venderlos como mano de obra esclava. Esta situación desencadenó un sentimiento de odio y hostilidad hacia los colonizadores españoles.

En el segundo apartado, se analiza la influencia de Estados Unidos en las decisiones políticas de México desde la época colonial, destacando cómo las potencias europeas especialmente Inglaterra y Francia, compitieron por el control de los territorios del norte de la Nueva España. La llegada de colonos ingleses y franceses representó una amenaza constante para la corona española, que intentó proteger sus dominios mediante tratados y la construcción de presidios y misiones. Sin embargo, la expulsión de los jesuitas en 1767 y la falta de recursos debilitaron la presencia española en el septentrión novohispano, facilitando la infiltración de colonos extranjeros y el establecimiento de alianzas con las tribus indígenas.

Autores principales como Sara Ortelli y Cynthia Radding demuestran que la violencia era un factor constante en las fronteras novohispanas, ya que los indígenas fueron víctimas de las exacciones económicas de ambos poderes coloniales, misioneros y civiles. Los indígenas sufrieron bajas demográficas y un quebranto en su salud debido al sobrecargo de trabajo y las cantidades de maíz y otros productos de la tierra. Una de las causas de los alzamientos indígenas y del mal ejercicio de los tratados de paz se debían a los abusos de los encomenderos, como el de López de Mendizábal. La conducta violenta y escandalosa que dió lugar a conflictos entre los mismos colonizadores que ostentaban el poder y las comunidades indígenas y de pobladores mezclados que constituían la base de esta colonia.

Estas circunstancias de violencia e inseguridad serían impuestas en la percepción de la frontera septentrional. Se discuten variaciones en las visiones sobre el septentrión entre los habitantes de las regiones altiplánicas y del centro del país no fue muy positiva. La percepción de la región se caracterizaba por pueblos indígenas agresivos, que practicaban costumbres primitivas como el canibalismo. La pérdida de interés en la región norte de México podría

deberse a la desafección de sus habitantes con ciertos aspectos de la sociedad. Los colonos anglosajones, defendieron una percepción positiva del septentrión mexicano, comenzando con Texas. Texas ha sido interpretado de manera diferente por los Estados Unidos, particularmente el territorio de Texas. Stephen Austin, un visionario, tuvo como objetivo promover los territorios entre sus compatriotas, resaltando su belleza y riquezas naturales. Su propaganda formaba parte de un proyecto accionista de este carácter y quienes lo financiaban clandestinamente.

El norte de México fue descrito como un lugar un desierto inhóspito, peligroso por los indios rebeldes, filibusteros y separatistas, además de un clima hostil. En el siglo XIX, la literatura y la prensa jugaron un papel crucial en la recuperación de las leyes oscuras, lo que contribuyó a la percepción del norte como un lugar que debía mantenerse en silencio. La frontera norte de México en el siglo XIX representaba un territorio desértico y desolado que desafiaba la imaginación y resistencia de quienes se aventuraban a cruzar. La falta de fronteras y límites claros provocó tensiones y conflictos entre la población local, y los habitantes indígenas fueron considerados no integrados en la nación.

Cuando la población blanca y mestiza comenzó a asentarse en el norte de Nueva España, se acercó a la frontera apache, donde sus rutas de caza y recolección se combinaron con las campañas de represalia o guerras lideradas por guerreros apaches. Las habilidades guerreras y la movilidad de los apaches les permitieron competir con los rancheros, agricultores y ganaderos de Nueva España, que eran lentos y desorganizados. Los apaches eran relativamente pequeños en número y consistían en un grupo de cuatro a seis hombres que se movían y ocultaban sus movimientos. El término “incursión” fue utilizado por los vecinos de la zona, que consideraban como propio el espacio que ocupaban. Los apaches priorizaban la obtención de alimentos, como cosechas y ganado vacuno, para intercambiar con otras poblaciones nativas o mestizas.

El robo de ganado se debía a la necesidad de alimento de los pueblos indígenas de Norteamérica, que habían sido desplazados por otras naciones indias y sobre todo por los colonos ingleses. Las incursiones de los apaches fueron un mecanismo de sobrevivencia para los pueblos indígenas, desplazados y desalojados de sus territorios tanto por colonos como por otras naciones indias. La presencia apache se observó en el transcurso del siglo XVIII al sur y occidente del río Grande (río Bravo). El robo de ganado era una práctica de apropiación para

los apaches, ya que se trataba de un "hurto de ganado" y se realizaron a escondidas.

En Nueva Vizcaya, diversos grupos desarrollaron esta actividad, entre ellas bandas de composición étnica homogénea y bandas sociales multiétnicas. Para poder frenar estos robos los pobladores norteños se organizaron y desarrollaron estrategias como; la campaña, las preparadas, la cortada, exploradores y destacamento. Estas medidas defensivas y ofensivas se implementaron para contraatacar a los apaches hostiles, pero no lograron sus objetivos iniciales. Los ataques, liderados por figuras como Miguel Narbona y Mangas Coloradas, resultaron en masacres, capturas y el abandono de pueblos enteros. Tras la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, México cedió territorios apaches a Estados Unidos, lo que intensificó los conflictos. Los apaches, bajo el mando de jefes como Cochise y Gerónimo, continuaron sus incursiones, desafiando tanto a las autoridades mexicanas como a las estadounidenses.

El tema de la defensa fronteriza ha sido una amenaza constante a lo largo del siglo XIX, particularmente durante la independencia de México. La riqueza territorial del país y la mala organización administrativa eran motivo de gran preocupación, como se informó en periódicos e informes internacionales. El problema principal fue la falta de control y la inestabilidad en las regiones del norte, que tenían valor estratégico en el contexto de la guerra. Estas comunidades formaron una red de comunicación vital que conectaba a México y Texas, pero su presencia fue limitada, lo que obstaculizó la capacidad del estado para abordar los desafíos de manera efectiva.

La crisis del gobierno mexicano en 1846 se vio exacerbada por la falta de consolidación de las estructuras externas e internas. La creación de un ejército sólido y fiable no fue el primer paso, y la pérdida del territorio puso de relieve la necesidad de una reestructuración y la creación de una identidad nacional. El tema inicial de la defensa fronteriza fue ignorado, ya que el tratado de Guadalupe-Hidalgo no consideró la separación del territorio mexicano de las naciones indias. Las naciones indias no consideraron la separación del territorio mexicano como una amenaza a su orden, y el tratado fue firmado para imponer la persecución de las naciones indias. A pesar de ser parte de este conflicto, la separación del territorio causó muchos problemas a estos pueblos indígenas.

El trauma causado por la colonización española de los apaches se debe a las relaciones violentas que existieron durante casi tres siglos, entre quienes querían conservar la tierra y

quienes querían destruirla. Antonio García de León (2017), de manera poética relata la trágica y amarga historia de los apaches, quienes alguna vez fueron un pueblo nómada y seminómada dedicado a la caza, la recolección y la recolección para su consumo. Sin embargo, la introducción de hombres blancos, temidos por los apaches, les robó su tranquilidad, su espacio e incluso su vida. Las emboscadas contra los apaches eran principalmente planificadas por angloamericanos y mexicanos. En los años 1847 y 1848, la guerra entre los apaches se intensificó, resultando en múltiples ataques a lo largo de la frontera. Los habitantes de los pueblos vecinos optaron por abandonar sus hogares y buscar refugio en Bacoachi. En 1848, se experimentaba un conflicto en la frontera, donde ciudadanos armados apresaron a algunos apaches que estaban bajo la supervisión de Miguel Narbona. Los apaches capturados fueron trasladados a una prisión ubicada en la zona de fronteras.

Autores como Peter Cozzens destacan la relevancia de las guerras indias en el expansionismo estadounidense. El etnogenocidio perpetrado por el gobierno de Estados Unidos y los civiles estadounidenses hacia las naciones indígenas, es un tema de gran magnitud, sin embargo, se ha ocultado e ignorado en Estados Unidos y el Mundo. Las amenazas internas y externas que enfrentó a frontera norte de México durante el siglo XIX, se analizan en el último capítulo de la presente investigación, centrándose en los conflictos con los apaches, los comanches y los filibusteros estadounidenses. Tras la independencia de México, el gobierno enfrentó dificultades financieras que le impidieron mantener el suministro de alimentos a los apaches asentados en la región, lo que provocó un aumento de las incursiones violentas y el robo de ganado. A esto se sumó la presencia de ciudadanos estadounidenses, como James Kirker y Robert McNight, quienes aprovecharon la situación para traficar armas y fomentar la violencia entre los indígenas, debilitando aún más la frontera mexicana.

El expansionismo estadounidense, bajo la doctrina del “destino manifiesto”, impulsó la llegada de filibusteros como William Walker y Joseph C. Morehead, quienes intentaron anexionar territorios mexicanos, especialmente Sonora, bajo el pretexto de proteger a los colonos de los ataques apaches. Estos intentos de secesión y anexión se vieron respaldados por la prensa estadounidense, que promovía la idea de que México era incapaz de gobernar sus territorios del norte. A pesar de los esfuerzos de los filibusteros, sus campañas fracasaron debido a la resistencia de los pobladores locales y a la falta de apoyo logístico.

El comercio ilegal y el espionaje fueron herramientas clave utilizadas por ingleses y

franceses para socavar el control español. Los indígenas, como los apaches, se aliaron como los colonos extranjeros, lo que exacerbo los conflictos en la frontera. A pesar de los esfuerzos de la corona española por mantener el orden, la falta de recursos y la corrupción interna impidiendo una defensa efectiva. Tras la independencia de México, el país heredó una economía debilitada, una población dividida y un gobierno federal frágil, lo que facilitó la expansión de Estados Unidos hacia territorios mexicanos, como Texas.

Las divisiones territoriales y conflictos en México y los Estados Unidos durante el siglo XIX. Se menciona el Tratado de Tordesillas como un antecedente de la repartición de “Nuevo Mundo” entre España y Portugal. La pérdida de más de la mitad del territorio mexicano tras la guerra con los Estados Unidos en 1848, lo que generó críticas y descontento entre los liberales radicales mexicanos. El texto también destaca la ocupación de territorios por grupos indígenas autónomos y la expansión angloamericana de Texas, que despojó a las naciones indias de sus territorios. Los planes de colonización y defensa de la frontera norte de México, así como la “fiebre del oro de Sonora” y las incursiones de filibusteros y grupos indígenas como los apaches y comanches. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo y sus implicaciones, incluyendo la responsabilidad de los Estados Unidos para contener las incursiones indígenas y los desafíos diplomáticos que surgieron. Así como las dificultades persistentes en la frontera y los intentos de México por fortalecer su territorio mediante estrategias de repoblación y defensa.

Los apaches y otras naciones indígenas fueron utilizadas como chivos expiatorios para justificar las incursiones y el robo de ganado, cuando en realidad muchos de estos actos fueron cometidos por bandoleros disfrazados de indígenas o por cuatreros estadounidenses. La venta de La Mesilla en 1853 marcó un punto de inflexión, pero no detuvo las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos. En última instancia, la defensa de la frontera norte dependió en gran medida de los esfuerzos de los pobladores locales, quienes resistieron tanto a los ataques indígenas como a las incursiones filibusteras, protegiendo la soberanía mexicana en un contexto de inestabilidad política y económica.

El expansionismo de los nacientes Estados Unidos se observó como un fenómeno novedoso en el mundo, es decir, un nuevo sistema genocida implementado por los anglos para apropiarse del territorio de Norteamérica, y más tarde con territorios ajenos como México, continentes como Europa, África y Asia. La historia de los Estados Unidos es una historia que se ha construido, basada en la negación de la historia real, la explotación de recursos y la

violencia hacia las naciones ancestrales. Desde la llegada de los colonos europeos, se implementaron prácticas como la esclavitud, el desplazamiento forzoso, la guerra biológica y la asimilación cultural, que llevaron al exterminio de números comunidades indígenas. Esta expansión imperialista, exportó tácticas de contrainsurgencia y limpieza étnica a otros países, como Filipinas y Cuba. A lo largo del siglo XX, las políticas de reubicación y asimilación continuaron afectando a las comunidades indígenas, perpetuando la marginación y exclusión. En la actualidad, la historia indígena sigue siendo distorsionada y minimizada en la narrativa oficial, con esto los pueblos indígenas se invisibilizaron, causando directamente la perpetuación de su opresión.

La anexión de Texas y territorios actuales de Arizona, Nuevo México, Utah, Nevada y Colorado. Fueron resultado de una combinación de ambición expansionista estadounidense y la incapacidad mexicana para consolidar su soberanía en las regiones fronterizas. La pérdida de estos territorios no solo se debió a la superioridad militar y económica de Estados Unidos, sino también a la desunión interna y la falta de una estrategia coherente por parte de México.

El final de las Guerras Indias coincide con la rendición de los últimos jefes chiricahuas, Naiche y Gerónimo, perseguidos por el general Nelson A. Miles en Skeleton Canyon, uno de los lugares más hostiles de Norteamérica, la frontera mexicana. El 4 de septiembre de 1886 marca el inicio de una nueva vida para el hombre blanco, pero para los apaches representa un terrible exilio. Gerónimo es la voz de la resistencia por vivir en libertad y autonomía en sus territorios ancestrales. Gerónimo es el espíritu del viento, quien no pudo ser capturado. Tras su captura por el general Nelson A. Miles, Gerónimo y su gente fueron exiliados y confinados en reservas, donde sufrieron condiciones extremadamente duras. La rendición de Gerónimo no solo significó el fin de las Guerras Apaches, sino también el inicio de un exilio forzado para los chiricahuas, quienes fueron trasladados a prisiones en Florida y Alabama, donde muchos murieron debido a enfermedades y maltratos.

La imagen de Gerónimo y de los apaches ha sido distorsionada por la historiografía y el cine, Gerónimo es recordado tanto como un salvaje sanguinario por los colonizadores como un héroe valiente por su pueblo. Su rendición y posterior exilio representan el colapso de la autonomía indígena en Norteamérica, pero también inspiran movimientos de resistencia y reivindicación de los derechos indígenas. La situación de los últimos apaches libres, conocidos como "Apaches Broncos", quienes se refugiaron en la Sierra Madre y continuaron resistiendo

hasta principios del siglo XX. Finalmente, se aborda la lucha contemporánea de los pueblos indígenas por recuperar sus tierras y derechos, destacando el movimiento panindígena que emergió en la década de 1950 y continúa hasta hoy. El legado de Gerónimo y los apaches es grande e inolvidable, a pesar de su encarcelamiento, siguen siendo un símbolo de resistencia y lucha por la libertad.

La ambición de este trabajo es exponer las adversidades y tragedias que han sufrido, y aún sufren, las comunidades indígenas en América y el mundo. Nombres como Gerónimo, Cochise, Mangas Coloradas, Nana, Chihuahua, Loco y Victorio deben penetrar en la conciencia de los individuos, para que comprendan que aquellos hombres no solo nacieron en territorio mexicano, sino que fueron grandes líderes indomables y formaron parte de la historia de México y los Estados Unidos. Lucharon junto a sus pueblos, con recursos limitados y en condiciones adversas, defendiendo sus territorios mientras eran perseguidos por mexicanos, filibusteros, estadounidenses e, incluso, por miembros de sus propias comunidades. A pesar de las circunstancias, lograron enfrentarse a naciones poderosas, demostrando una resistencia inquebrantable. Sin embargo, finalmente fueron obligados a rendirse. Sus últimos días como nación los vivieron en fortalezas bajo condiciones deplorables, donde la mayoría pereció. Siendo sujetos que los Estados Unidos utilizaron y posteriormente masacraron para llevar a cabo sus intereses de apropiación del territorio indígena y de su sobresaliente expansión y riqueza. Finalmente, fueron confinados a reservas alejadas de sus territorios ancestrales, un destino que marcó el ocaso de su forma de vida y su conexión con la tierra que defendieron con tanto valor.

CAPÍTULO I

LA EXPANSIÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DEL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO

*Cabeza de Vaca fue el primer blanco que pisó las actuales
tierras de Chihuahua...*

La historia local de Chihuahua

Este capítulo presenta las primeras exploraciones y concepciones de la parte norte de América, centrándose en las aventuras de navegantes y hombres indígenas que se adentraron en territorios inexplorados. Exploradores como Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado fueron incitados por imaginarios europeos sobre hombres caballerescos, quienes encontraban oro y regresaban a sus tierras con honor y gloria. El este caso, muchos exploradores europeos serían atraídos por las riquezas de ciudades nunca halladas, como “Las Siete Ciudades de Cíbola y Quivira”.

Asimismo, se adentra en el análisis de la frontera septentrional, su historia y la concepción que tanto los anglosajones y mexicanos tuvieron de dichos territorios. Además, se busca establecer una comparación entre ambas representaciones y examinar su interpretación y uso en favor del expansionismo estadounidense. Serán diversas las visiones sobre la expansión del territorio septentrional, así como las relativas a su clima, recursos y población. Entre estas percepciones destacan las impresiones de Stephen Austin sobre Texas, así como la de algunos políticos mexicanos como Luis Mora, Anastasio Bustamante y Mier y Terán, entre otros.

La llegada de las primeras misiones en la región septentrional de la Nueva España, bajo la dirección de la Compañía de Jesús, constituyó una actividad significativa en el proceso de colonización. Estas misiones se llevaron a cabo bajo la dirección del padre Kino, en colaboración con jóvenes misioneros que se enfrentaron a crudas agonías para alcanzar la conversión de los indígenas y dirigir la edificación de misiones que establecerían caminos que

conectarían rutas desde los territorios chichimecas en la localidad de San Luis de la Paz, extendiéndose posteriormente por las provincias de Sinaloa y llegando hasta las Californias, con el fin de facilitar el acceso a los territorios de mineros, ganaderos y agricultores.

La pacificación de la Gran Chichimeca fue acelerada posteriormente por el progreso de los jesuitas. Sin embargo, la llegada de los colonizadores generó numerosos problemas para las comunidades indígenas y para los jesuitas, quienes los habían logrado cierto control o pacificación sobre ellas. Además de haberles introducido en el ámbito de la vida sedentaria y enseñado habilidades sobre la agricultura y otros oficios. Las encomiendas que los jesuitas habían construido fueron ocupadas rápidamente por los colonos, quienes efectuaron una gran violencia contra numerosos pueblos indígenas. Un ejemplo de esta violencia incluía acciones de captura para su venta y esclavitud. La pacificación de la Gran Chichimeca tardó más de un siglo; no obstante, tras la ocupación española de dicho territorio, los invasores españoles ejercerían un alto grado de brutalidad contra numerosas naciones indias, especialmente con los grupos rebeldes como los apaches.

1.1 Las primeras exploraciones

El mar dará a cada hombre una nueva esperanza, como el dormir le da sueños

Cristóbal Colón

Las primeras exploraciones en el norte de la Nueva España fueron llevadas a cabo por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado. En sus crónicas de su autoría tituladas "Naufragios" y "Las Siete Ciudades de Cibola y Quivira" de Coronado, se mencionan posibles ciudades con abundantes tesoros llamadas "Cibola y Quivira". Estas ciudades legendarias incentivaron parte del imaginario de los aventureros europeos, quienes empezaron una serie de incursiones al norte de la Nueva España con la finalidad de obtener riquezas en oro. Aunque no se lograron encontrar aquellas ciudades, que en el imaginario de los colonos españoles se asemejaba a Tenochtitlan y Perú, las descripciones presentes en las crónicas iniciales de Cabeza de Vaca y Vázquez de Coronado fueron pruebas suficientes para que

numerosos colonos europeos se aventuraran al septentrión novohispano.

La exploración del septentrión novohispano, según Buelna, Gutiérrez y Ávila (2009), se debió en primera medida a las leyendas de las ciudades míticas *Cíbola* y *Quivira*. Estas no fueron encontradas, pero su búsqueda inspiró a exploradores y a patrocinadores, tales como Carlos V, quien envió a los conquistadores más famosos de la época para ampliar y enriquecer su imperio. Si bien la crónica *Naufragios*, de Cabeza de Vaca, fue la fuente principal para la creación del imaginario sobre el septentrión, existen otras exploraciones como la de Francisco Vázquez de Coronado. No obstante, la crónica de Cabeza de Vaca es extensa en descripciones de las nuevas tierras por explorar (Buelna et al, 2009, p. 337).

En su obra *Naufragios*, Cabeza de Vaca describe su llegada a unas montañas llamadas "apalache", las cuales están habitadas por indígenas muy altos, con diferentes vestimentas, casas y gastronomía; además, menciona que estos habitantes tenían conocimiento del oro, pues, según su versión, existían joyas de oro e interpreta, de algunos traductores nativos, que en aquellas tierras había un reino hermoso. Sobre este punto, se considera la posibilidad de que este explorador confundiera la riqueza de la tierra con tesoros dorados. La búsqueda de Cabeza de Vaca finalizó al no encontrar aquellas riquezas; sin embargo, su búsqueda incentivó la incursión de muchos exploradores y aventureros; muchos de ellos perdieron su vida en el intentarlo.

La historia de Cabeza de Vaca encantó al virrey don Antonio de Mendoza, quien vio en ella una manera de obtener riqueza y fama, por lo que envió a un hombre fiable, el religioso Fray Marcos de Niza, quien había acompañado a Francisco Pizarro y Hernando de Soto en conquistas como la de Cuzco y Tenochtitlan. Fray Marcos de Niza inició su expedición en 1539, saliendo de Culiacán junto con un indígena al que llamaban "El Negro", Esteban de Dorantes. En su recorrido por las tierras del noroeste escucharon de nativos la leyenda de una ciudad llamada "Cíbola", la cual se pensaba podía igualarse a Tenochtitlan o Cuzco. Tras un desgastante recorrido por esas tierras y siguiendo las indicaciones de los nativos, Fray Marcos de Niza escribió haberla visto a lo lejos, sin haberse acercado a ella; esta alucinación, o simplemente invención, alentó a otros colonos a aventurarse al norte de la Nueva España (Buelna et al, 2009, p. 344). Se puede considerar que la invención de estas ciudades míticas era parte de una estrategia de colonización, pues es posible que los monarcas y la iglesia católica confabularan y crearan este imaginario basándose en el Cuzco o Tenochtitlan, para llamar la

atención de los colonizadores.

Otros conquistadores renombrados, atraídos por la creencia de que el Septentrión podría albergar riquezas en forma de oro, se adentraron a su búsqueda. La motivación principal detrás del descubrimiento era la posición que les otorgaría la corona española para vivir bien o simplemente para expandir su patrimonio. Ejemplo de ello fue Hernán Cortes, que comenzó su búsqueda llegando a La Paz, donde consiguió algunas perlas. No obstante, fue recibido de manera hostil, sufriendo grandes pérdidas humanas. Francisco Vázquez de Coronado, financiado por don Antonio de Mendoza, siguió los pasos de Fray Marcos de Niza; sin embargo, al llegar al lugar descrito como "Cíbola", se llevó una gran pena al encontrarse con un conjunto de casas de palma. En su expedición, Vázquez de Coronado continuó su viaje hacia "Quivira", identificada actualmente como Wichita, lugar mencionado por Fray Marcos de Niza. Al llegar a su destino, obtuvo el mismo resultado, con la diferencia de que las casas estaban recubiertas de piel debido a bajas temperaturas de la región. En la conclusión de su estudio, Buelna y colaboradores (2009, pp.341-349) señalan que los habitantes originarios de la región vestían prendas confeccionadas con pieles, adaptándose así a las condiciones climáticas adversas de aquellas tierras.

La imaginación y el deseo de descubrir un septentrión lleno de tesoros y riquezas fue fundamental para motivar y respaldar la exploración de los europeos. Entre los aventureros que se aventuraban a estas tierras míticas se encontraban desde simples campesinos y valientes soldados hasta renombrados conquistadores, todos ellos inundados de la creencia de la existencia de legendarias ciudades de *Quivira* y *Cíbola*. El descubrir y conquistar aquellas ciudades los hacía soñar con obtener de la corona títulos, fama y riquezas. Sin embargo, en lugar de encontrar lo esperado, muchos se enfrentaron a tragedias, desesperación y la persecución de los habitantes locales, resultando en la muerte la mayoría de sus compañeros y líderes, como en el caso conocido de Hernando de Soto.

Según los autores Buelna, Gutiérrez y Ávila (2009), América representó para los españoles un lugar misterioso que animaba sus esperanzas y exaltaba su corazón con la idea de enfrentar diversas aventuras como pelear con los no cristianos, arrebatarles sus tesoros y sobre todo volver a España como hombres valientes y dignos de honor. En otras palabras, la aventura podría cambiar su rango y cambiar su vida. América les brindó la oportunidad de estimular su creatividad y dar forma a sus aspiraciones, las cuales tenían el potencial de

materializarse. La comprensión de los eventos relacionados con la presencia española en América requiere considerar la naturaleza teocrática y mercantil de su sociedad. La fe trinitaria de los españoles se fundamentaba en Dios, el rey y el oro, reflejando valores posmedievales y convicciones renacentistas que influenciaron sus acciones y pensamientos.

Además de la representación del imaginario del Septentrión, en las crónicas iniciales de los conquistadores españoles, se pueden rescatar los detallados relatos del primer contacto que los colonos tuvieron con los diversos pueblos nativos de Norteamérica. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en su renombrada obra titulada *Naufragios*, describe con profundidad los eventos ocurridos durante la travesía a cargo de Pánfilo de Narváez, allá por el mes de junio del año 1527. En este relato, realiza la primera descripción de los habitantes de aquellas tierras recién descubiertas, mencionando:

Llegados que fuimos a vista de Apalache (...) entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos, que los hombres de la sazón no estaban en el pueblo más de ahí a poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; más al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que ya estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían cerrado. Hallásmosles muchos cueros de venados y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas (...). En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas (...) el edificio es de paja (...) donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro (Cabeza de Vaca, 1996, p. 11).

En este primer encuentro, Cabeza de Vaca detalla minuciosamente la estructura arquitectónica de las viviendas, la diversidad de la vestimenta y los diversos materiales empleados, así como la indicación precisa donde se establecían comúnmente. Posteriormente, se expondrá lo siguiente:

Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que allí habían huido vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres e hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron en pie de guerra.

Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecido de cuerpo (...) Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran (...) (Cabeza de Vaca, 1996, p. 15).

Cabeza de Vaca describe las características de los valientes guerreros indígenas que habitaban las vastas tierras de la Florida, resaltando su habilidad en el manejo de armas tradicionales como el arco y la flecha, su astucia en el campo de batalla, la compleja estructura social y la forma en la que llevaban a cabo su cotidianidad. Además de los anteriormente mencionado, el documento también brinda datos detallados sobre la geografía de la región, así como narra en detalle las diversas formas de violencias dirigidas hacia estos pueblos desde que los colonizadores europeos arribaron por primera vez a los montes Apalaches.

Tras estas exploraciones los españoles poblaron el norte de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVI, particularmente al territorio comprendido por los actuales estados de Chihuahua, Coahuila, Durango y Nuevo México, zona que tomó el nombre de la Nueva Vizcaya. En la región del septentrión habitaban varias naciones nómadas y seminómadas hostiles ante la presencia colonial. Entre ellas se encontraban los tepehuas, los conchos y los tobosos. Tras una revuelta generalizada en 1680, los españoles entraron en conflicto con este grupo y procedieron a su exterminio. El siglo XVII fue un periodo favorable para los habitantes de la Nueva España en esta región, debido a la paz lograda y al hallazgo de minas de plata (Worcester, 2012, p. 15). Al explorar y descubrir las nuevas tierras, los colonos españoles se dieron cuenta de que los vastos territorios serían difíciles de mantener, ya que había una gran distancia entre el centro de la Nueva España, el terreno era árido y hostil, y existían muchas naciones indígenas cuya forma de vida era muy diferente a la de los pueblos del centro y sur del país. Esto dificultó enormemente la repoblación y conquista de los nuevos territorios.

Anteriormente mencionamos la creación de un imaginario del septentrión, alimentado por las historias de Cabeza de Vaca, Marcos de Niza y Vázquez de Coronado, entre otros. Al igual que ocurrió con el territorio, se construyó una idea acerca de las diferentes naciones que lo conformaban. La historiadora estadounidense Roxanne Dunbar (2019) realizó una reconstrucción histórica acerca de la vida cotidiana de estos pueblos, antes y después de la llegada de los colonos europeos. Dunbar sugiere que estas naciones eran nómadas, seminómadas y sedentarias, la mayoría de las cuales se dedicaban a la agricultura, a la caza y a la recolección de frutos. Relata, por ejemplo, cómo un viajero norteamericano en la ocupación francesa relató en 1669 que cada aldea iroquesa estaba rodeada por quince kilómetros cuadrados de maizales. Asimismo, alude a un gobernador de Nueva Francia que, tras un ataque militar en la década de 1680, informó de la destrucción de un millón de fanegas de trigo

pertenecientes a cuatro aldeas iroquesas. Estos son algunos ejemplos que la autora brinda para comprender que las Américas estaban densamente pobladas y sembradas de diferentes frutos y semillas como el maíz, la judía y la calabaza; incluso se estima que a finales del siglo XV habitaban aproximadamente cien millones de habitantes, encontrándose $\frac{2}{5}$ en Norteamérica (Dunbar, 2019, p. 27).

Las naciones que ya habitaban el continente americano se habían desarrollado en la producción de alimentos y en la importación de animales como el bisonte americano, originario de las planicies del norte y del sur de Norteamérica. El bisonte o búfalo era guiado a diferentes territorios indios por un largo camino de fuego, que antes había sido barbechado para que su transformación contribuyera a la adaptación del bisonte. El etnólogo Dale Lott relata que en su expedición por el río Missouri en 1808 "no exploraban un páramo desierto, sino un vasto pastizal mantenido por los indígenas estadounidenses, creando los jardines y las tierras de pastoreo más grandes del mundo" (Dunbar, 2019, p. 40). Aunque las investigaciones más recientes demuestren que las naciones indígenas de América eran avanzadas en la producción de alimentos e importación de animales, así como en la transformación del paisaje para su beneficio, no se ha desmentido la forma de su cotidianidad, lo que supone la creación de un imaginario que los ha expuesto como personas sin entendimiento, salvajes y otras caracterizaciones peyorativas.

La formación del imaginario sobre el Septentrión fue principalmente para motivar su colonización, así como para beneficiar a las potencias europeas, pues la búsqueda de las ciudades de oro, *Quivira* y *Cíbola*, fueron el principal motivo para los aventureros que, en el camino a descubrir las riquezas soñadas, se enfrentaban a la hostilidad de aquellos territorios y a los pobladores que defendían sus tierras de los bárbaros que asesinaban y esclavizaban a los habitantes de los territorios americanos ya conquistados. Es lógico que se ocultara la forma de vida de los pobladores americanos y, en yuxtaposición, se creara una imagen monstruosa de los mismos, incluso llegando a considerarlos los hijos de Satán por naturaleza, denominados así por los colonos europeos para justificar el asesinato en masa de los nativos.

1.2 La frontera septentrional

El propósito de este apartado es analizar la concepción de territorio y a su vez, de frontera, para determinar los inconvenientes que existieron o existen actualmente en las delimitaciones espaciales de la patria mexicana. Tras la llegada de los españoles, la tasa poblacional nativa comenzó a descender, surgiendo los llamados “mestizos” como el principal producto de ambas naciones; más adelante comenzarán las derivaciones de las uniones culturales. Los nuevos hijos surgidos del mestizaje cultural en el territorio americano fueron clasificados según su origen en mestizos, afrodescendientes e indígenas, además de los criollos. Estos grupos fueron desplazados por los españoles, quienes eran los únicos en ocupar cargos importantes en la administración. Los conflictos sociales y problemas surgieron entre los descendientes de estas uniones, dando lugar a la aparición de divisiones basadas en el origen y la ausencia de identificación con un grupo.

El sentimiento histórico de pertenencia se convierte en una necesidad para crear una identidad nacional. Después de la guerra de Independencia, se formó una nueva nación al expulsar a los indígenas, sin tener en cuenta a quienes desde un principio la habitaban. En otras palabras, México hereda los territorios colonizados por sus antepasados, así como el rechazo hacia indígenas, lo que deja un trauma no superado de la conquista. Los intelectuales de la época se encontraban en una situación de confusión debido a que algunos pensaban en el gobierno de los colonos como una forma de gobierno, conocido como "herederos-conservadores", mientras que otros intentaban combinar su pasado prehispánico, basándose en los ideales que representaba el gobierno estadounidense, el cual les ofrecía ideas sólidas de democracia y libertad. Sin embargo, en una nación que se encontraba en un estado de caos político, social y económico, era difícil aceptar a todos los nuevos mexicanos, incluyendo a los afrodescendientes e indígenas, ya que comenzaron a ser marginados y alejados de la idea de conformar una nación.

Este malestar se ve agravado por la demarcación del territorio mexicano. Como mencionan Enrique Rajchenberd y Catherine Héau-Lamberf (2009), el sentimiento de pertenencia al altiplano excluyó casi enteramente al inmenso norte de las representaciones sociales mediante su estimación simbólica, contrastando así con el centro del país, espacio densamente poblado de geosímbolos y fuente privilegiada de la memoria histórica. En otras palabras, la concepción de México se había basado en la concentración de personas que vivían

en el altiplano, por lo que se olvidaron de que los territorios septentrionales les pertenecían y que estaban en manos de los hombres bárbaros del desierto los temidos "apaches".

La concepción de territorialidad se define como un espacio apropiado, ocupado y dominado por un grupo social que busca de asegurar su reproducción y satisfacer sus necesidades vitales, que son a la vez materiales y simbólicas. El territorio es simultáneamente una dimensión material y una dimensión cultural, la cual puede engendrar un sentimiento de pertenencia (un sentimiento amoroso con el territorio), "como una unidad de arraigo constitutiva de identidad". (Rajchenberd y Héau-Lamberf, 2009, pp. 38-39). La curiosidad de explorar el septentrión novohispano se menciona con frecuencia en las crónicas de los exploradores novohispanos. La exploración de estas tierras desérticas se representa en algunas películas de Hollywood. En estos relatos, no solo se resalta el clima adverso, sino también el miedo hacia los nativos, quienes a menudo se denominan "pieles rojas", lo que demuestra la falta de conocimiento sobre la diversidad de las naciones indígenas originales.

La representación del territorio se sustenta en "imaginarios, representaciones y esquemas cognitivos, frecuentemente cargados de emotividad". El territorio mexicano logró adquirir la representación de imaginarios cargados de emociones positivas y negativas. Un claro ejemplo es el Septentrión mexicano, que tardó en incorporarse en las cartografías de la nación mexicana a lo largo de los años formativos del Estado. Argumentan Rajchenberd y Catherine Héau-Lambert (2009). Se sostiene que la falta de interés por la integración surgió cuando el norte fue etiquetado como un lugar desértico y asociado con un cactus, junto con las narrativas que describían la violencia de las tribus indígenas.

La percepción del septentrión entre los habitantes de las regiones del altiplano y centro del país no fue muy positiva; si bien se esperaba que los pobladores expandieran su perspectiva hacia al norte y se dieran cuenta de que ese territorio también forma parte de su nación, no ocurrió como se esperaba. Desde la época colonial, se gestó la concepción de que en esas tierras residían indígenas considerados agresivos, no solo por su presunta participación en robos y homicidios, sino también por la creencia de que practicaban costumbres tan primitivas como el canibalismo.

Rajchenberg y Héau-Lambert (2009) sostienen que la pérdida de interés en la región norte de México podría ser consecuencia de la desafección de sus habitantes con ciertos aspectos de la sociedad. Es completamente factible que la falta de visualización y la creación de

historias desalentadoras por parte de viajeros extranjeros y colonos provenientes de España acerca de la zona septentrional hayan tenido un impacto en la concepción de aquellas tierras. Estos relatos incluían menciones de indígenas caníbales, asaltos en los caminos, revueltas de nativos y ataques de los apaches. La difusión de tales testimonios a lo largo de la Nueva España y posteriormente en el México independiente contribuyó a la formación de una percepción negativa de las zonas del norte.

"La barbarie de unos es la contraparte de la civilización de otros", mencionan Rajchenberd y Héau-Lamberf. Para las élites del siglo XIX, el norte no era la patria y, por lo tanto, el otorgamiento de concesiones a los estadounidenses no era algo que les molestara, aunque implicara la mutilación de la mitad del territorio mexicano, creando fronteras interiores desde inicios de la vida independiente hasta los años ochenta del siglo XIX. En este trabajo se concluye que el territorio constituye una ocupación mental que, a su vez, genera fronteras mentales, mismas que delimitan la convivencia de ciertos espacios simbolizados por la afectividad de grupos sociales o, en otros casos, la discordia entre quien está dentro y quién queda fuera de la frontera; además, se plantea la teoría de que no solo fue el sentimiento negativo y la concepción del norte lo que motivó su separación, sino que la situación puede ser más compleja de la que nos presentan los autores citados.

La región focal que simboliza al territorio nacional, también descrito como "el espíritu de una nación", es el centro geográfico de México junto con algunas regiones del sur y del norte, dejando de lado el gran septentrión y la frontera norte, que son consideradas como un lugar peligroso debido a su proximidad a los enemigos. Casi siempre se describe la frontera como un lugar peligroso, ya que según Rajchenberd y Héau-Lamberf, el temor que genera depende de su proximidad al corazón de la patria. La frontera es cambiante y tiene diferentes dimensiones, ya que en el punto donde termina la patria, comienza la frontera, un área habitada por fuerzas complicadas. La idea de que una frontera debe ser ordenada y civilizada es incorrecta, ya que su significado varía según las culturas y naciones que la habitan y comprenden. Para algunos, la frontera puede ser vista como "un lugar hostil", pero para otros, puede ser una oportunidad para expandir su territorio.

Los habitantes de los Estados Unidos han otorgado una interpretación distinta al Septentrión, en particular al territorio de Texas. Tal fue la impresionante visión de Stephen Austin, un visionario que se adueñó de las extensas tierras texanas que la corona española

había concedido generosamente a su padre, Moses. Austin dedicó una gran parte de su tiempo a difundir y a promocionar aquellos territorios entre sus compatriotas, resaltando la belleza paradisíaca que caracterizaba a dichos terrenos, además de nombrar su inmensa riqueza natural y minera, augurando un buen destino para todos sus habitantes. Es claro que la propaganda era parte de un proyecto accionista de este personaje y de aquellos que lo financiaban de manera clandestina (Rajchenberd y Héau-Lamberf, 2009, p. 20).

Además de proponer políticas y estrategias para poblar y anexionar Texas, Austin supo cómo escribir su mensaje publicitario: describió exuberantes praderas, de ríos caudalosos, de aguas salobres, de futuros radiantes, y difunde la idea de que el problema de Texas y demás estados de México es la población nativa, es decir, la población de indios rebeldes. Asimismo, difundió la noción de que el principal obstáculo en Texas y otros estados mexicanos era la población indígena rebelde. Su propuesta consistía en la eliminación de todo lo considerado desagradable. Con noticias tan agradables, los compatriotas de Austin deseaban poblar las tierras del norte de México. Además, que ya había algunos de ellos en diferentes lugares del septentrión mexicano, teniendo estrecha información y comunicación entre ellos, lo que sugiere que ya planeaban expandirse por el demás territorio mexicano (Rajchenberd y Héau-Lamberf, 2009, p. 22). Con anterioridad mencionamos que uno de los principales problemas del septentrión mexicano era su concepción, y cada país le atribuyó una representación acorde a sus propios intereses; ejemplo de ello, fueron los norteamericanos quienes observaban al septentrión mexicano como un paraíso próspero. Utilizaron una narrativa seductora que llenase de ideas fantasiosas a los colonos ingleses para llegar principalmente a Texas y poblarla para así explotar sus recursos naturales.

En cambio, el norte de México se describió como un lugar peligroso repleto de indios salvajes, filibusteros y separatistas, además de un clima hostil en donde era difícil que algo prosperara. Para los invasores norteamericanos, el septentrión era una extensión de tierra con gran cantidad de recursos naturales, es decir, tierras necesarias para ellos, donde solo su gente podría prosperar una vez que exterminaran a los salvajes que la habitaban. De manera que unos podían prosperar en el mismo lugar que otros fenecían, estas concepciones fueron producto de las noticias que se esparcían de los exploradores que se introducían al desierto. Rajchenberg y Héau-Lambert (2009, 24) afirman que las noticias del septentrión que se tuvieron en México desde el siglo XVII no alentaban a adentrarse en aquel mundo. El norte de

México se vio representado como un desierto inhóspito, peligroso por los indios rebeldes que lo habitaban. En el siglo XIX, la literatura, los libros utilizados en las escuelas y la prensa del siglo XIX desempeñaron un papel fundamental en la recuperación de leyendas oscuras, las cuales fueron transformadas en argumentos. Esto contribuyó a la percepción del septentrión como un lugar que debía mantenerse lejos.

En aquel tiempo, la extensa frontera norte representaba para el México del siglo XIX un inmenso espacio inhóspito y desolado territorio desértico que desafiaba la imaginación y la resistencia de quienes se aventuraban a cruzar, estaba sin fronteras claras ni definidas. Hasta el año 1848, la designación de aquel territorio provocó en él un profundo sentimiento de no pertenencia, tanto en relación con el centro como con el sur del país. Esta emoción negativa se arraigó en la población local, generando tensiones y conflictos que continuarán a lo largo de los años. De la misma manera, los antiguos habitantes de esta región no se consideraban parte integrante de la nación, ya que eran considerados como un inconveniente que debía ser erradicado de manera definitiva.

En el pasado, algunos políticos mexicanos como Luis Mora, Anastasio Bustamante y Mier y Terán, entre otros, decían que era de suma importancia que el septentrión mexicano se poblara con personas del país o incorporando a los indios de las praderas a la sociedad, de manera que se establecieran en Texas y demás mexicanos. Estos políticos buscaban una explicación distinta sobre el septentrión, exponiendo la necesidad de poblar aquellas tierras. La falta de resultados inmediatos se debió a la percepción negativa generada tras la llegada y asentamiento de los colonos en esa región. En el contexto del repoblamiento del norte de la Nueva Vizcaya, se presentó la resistencia indígena como una negativa a la evangelización y al establecimiento en poblados cercanos a las misiones. Esta situación ocasionó diversos enfrentamientos entre españoles e indígenas, idealizando al septentrión como un lugar árido sin futuro, plagado de muerte y un espacio que solo era una carga económica para la corona, pues tenía que mandar recursos mensualmente para sostener los presidios y la defensa contra los indios rebeldes. Asimismo, la política mexicana no logró promover o tratar de modificar aquella visión del norte de México.

Las diferentes visiones sobre la región norte de México por parte de los Estados Unidos y México han sido objeto de exhaustivo análisis, destacando la representación de enfoques contrastantes y variados. Para la mayoría de la sociedad mexicana, la parte norte del

país se ha visto tradicionalmente como un lugar desértico y peligroso desde los albores de su colonización y actualmente no ha cambiado mucho esa noción, esto por la delincuencia y la presencia de carteles de narcotráfico. Esta visión negativa ha generado que muchos estudiosos se pregunten el porqué de su persistencia. Posiblemente se deba a las deficiencias en la política interna mexicana o es una estrategia de intervención promovida por Estados Unidos con el fin de fragmentar la región septentrional mexicana.

No es casual que México, en el siglo XIX, no tuviese una buena referencia como país, pues estaba en las primeras décadas de gozar de su independencia. Se estaba empezando a organizar y a desarrollarse, es decir, apenas comenzaba a organizarse. Mientras que los Estados Unidos estaba en la vanguardia de los países más avanzados del mundo, empezando con sus nuevas políticas democráticas, destacándose como un país con un excelente futuro. Tariq Ali y Oliver Stone (2011) mencionan cómo la política de los Estados Unidos presenta una historia fantasiosa a sus ciudadanos, creando un imaginario social en donde ofrecen una imagen muy diferente del país, representándolo como "héroe", sin embargo, todos los demás países del mundo los observan como un "villano". Esta es la razón por la cual los Estados Unidos, a través del tiempo, han transformado su imagen para su propio beneficio y el mundo que no logra observar su verdadero rostro, compra la imagen de "héroe" que el cine y las noticias le han ofrecido (Tariq y Stone, 2011, p. 9). De manera que visitantes, inmigrantes y los mismos ciudadanos no tienen concepto crítico de la historia de Estados Unidos.

Analizando lo anterior, es importante preguntarnos si es ¿Esta visión de las ciudades de la frontera norte de México, es una concepción impuesta por la política estadounidense?, desde el siglo XIX o quizás desde hace tiempo atrás, hay un plan expansionista hacia México. Es “un sentimiento implantado, una creencia hecha para una política de relaciones exteriores”, acaso el pueblo de México se ha dejado llevar por el dominio estadounidense que se ha impuesto históricamente como un país “heroico”, pero críticamente es un país imperialista y, sobre todo, genocida. Se ha manipulado la imagen social, política y económica de México desde que se independizó.

En conclusión, es evidente que la representación simbólica y geográfica del septentrion mexicano desempeñó un papel crucial para la consumación de su pérdida. Los políticos mexicanos, a lo largo de los años, no lograron crear una representación cercana auténtica, un paisaje de estructura cultural y social que consiguiera verdaderamente encantar y hacer sentir a

los foráneos mexicanos parte integral de aquel vasto desierto que es México. Las narrativas de grandiosidad y opulencia promovidas por los habitantes norteamericanos jugaron un papel fundamental en la atracción de los colonos angloamericanos hacia el norte de México.

1.3 Misiones de frontera

Todos los cristianos de estas tierras quieren paz y quietud...pedimos por Dios que se acuerden de su ley divina y agan todo esfuerzo pá que no este nuestra patria revoltosa

Juan José Compá /jefe apache.

Las misiones eran la parte esencial de la empresa colonial española; su importancia era enorme, por lo que los misioneros escogidos para aquella ardua tarea debían contar con determinadas características, es decir, la empresa colonial no podía permitir fallas, por lo que enviaba a los misioneros más capacitados y experimentados. Según la investigación realizada por Angélica Morales (2020, p.31), se destaca que los misioneros tenían asignada la importante tarea de optimizar y fortalecer los canales de comunicación y abastecimiento tanto terrestres como marítimos en el contexto de las misiones. Además, su labor incluía la labor de instruir y adoctrinar a las comunidades indígenas que mostraban resistencia al avance de los colonizadores.

La Compañía de Jesús, una orden religiosa fundada en el siglo XVI, por Ignacio de Loyola, desembarcó en las costas de Nueva España en el año de 1549 con el objetivo de difundir la fe católica entre los pueblos indígenas. Una de las primeras misiones establecidas por los jesuitas se situó en territorios chichimecas, específicamente en la localidad de San Luis de la Paz, donde lograron resultados sumamente buenos en la conversión de la población ancestral, por lo que la expansión continuó por el noroeste de México, empezando en la provincia de Sinaloa y posteriormente expandiéndose hasta las Californias. También, en algunas zonas que ya habían sido visitadas por los franciscanos, pero que fueron abandonadas por los levantamientos indígenas (Navajas, 2009, p. 61).

Los misioneros jesuitas eran preparados para enfrentar el martirio, recibieron un entrenamiento psicológico para morir de forma “violenta”, es decir, la culminación de su labor debía de ser por medio del martirio, para poder alcanzar la “santidad”. El sufrimiento del martirio era visto como una forma de ser mensajeros del creador, así como una extensión de él, para poder guiar a los infieles por el camino del bien. Los aspirantes a misioneros debían de ser individuos jóvenes, fuertes y saludables; debían de saber lingüística, astronomía, filosofía y matemáticas. La Compañía de Jesús funcionaba como una corporación a larga distancia. El mensaje debía de ser claro, se encargaban de la recolección, transportación y concentración de información que era utilizada para tomar decisiones político-administrativas (Morales, 2020, pp. 31-39).

En 1591 la Compañía de Jesús se estableció en el territorio cahita y, consecuentemente, se desarrolló el proceso poblador por los misioneros en Sinaloa. Gilberto López (2010) explica que *el poblamiento* es la “acción y efecto de poblar”, una acepción surgió durante la reconquista de la península Ibérica y significa poblar tierras abandonadas o defectuosamente pobladas, aunque, más bien se trataba de repoblar espacios anteriormente perdidos frente al invasor, si bien, el sentido era volver a ocupar con cristianos un espacio que no necesariamente estuvo deshabitado. Las misiones que se desempeñaban en la frontera estaban propensas a múltiples intercambios culturales, por lo que, se convirtieron en el lugar más avanzado de la corona española, ya que, la conquista espiritual era al mismo tiempo una conquista territorial. La frontera española fue más defensiva que ofensiva. Las misiones concentraban a los nativos en poblados, con el fin de educarlos en la agricultura y ganadería, entre otras actividades laborales para hacerles olvidar su vida nómada y seminómada que habían llevado por generaciones.

A finales del siglo XVII, debido al notable aumento en la cantidad de misiones en el vasto territorio del norte novohispano, se hizo imperativa la participación de misioneros provenientes de diversas nacionalidades, tales como checos, belgas, italianos y alemanes. Antes de la expulsión de los jesuitas había 133 misiones en el septentrión novohispano, la mayoría de poca duración. Los checos tenían la delantera en las tierras del norte. Los misioneros jesuitas permanecieron muchas de las veces inmersos en entornos que se les resistían y entraban en contacto con culturas diferentes, sufrían soledades y debían estar dispuestos a guiar a los bárbaros paganos. Además, los misioneros que no eran españoles debían adoptar costumbres españolas, como lo exigía su reglamento (Morales, 2020, pp. 36-40).

Para la monarquía española, la expansión de sus dominios resultó importante, de tal manera que, se alió con la Iglesia con el objetivo de legitimar su dominio sobre los habitantes de las Américas, por medio de la conversión espiritual, o lo que se conoce como “Conquista espiritual”. La institución cristiana, había tenido muy buenos resultados en el centro y sur del continente americano; en efecto, había suprimido la resistencia de algunos pueblos. Según la historiadora Belén Navajas (2009), la trascendencia de las misiones radica en su fundamental papel en el proceso de expansión territorial, el cual va mucho más allá de sus meros aspectos religiosos para abarcar también su relevancia en los ámbitos político, social y cultural de la época.

La evangelización fue la actividad más importante de la colonización, debido a que los franciscanos, jesuitas y dominicos; tenían el poder de apaciguar a la población, educándola ideológica, social y políticamente. Donde las expediciones militares habían fracasado, los jesuitas eran capaces de levantar una misión y permanecer, de esta forma, se realizaban conquistas espirituales y territoriales al mismo tiempo, las fronteras del imperio español avanzaban, como fue el caso de la Pimería. Esta última limitaba al sur con el río Magdalena, al norte con el río Gila, al oeste con el río San Pedro y al oeste con el Golfo de California y el río Colorado, actualmente los estados de Arizona y Sonora, región árida, con desiertos y zonas fértiles en los márgenes de los ríos (Navajas, 2009, s/p).

Los misioneros desde el comienzo de su viaje registraban datos geográficos, botánicos y etnográficos de los lugares que visitaban. La información recabada por unos era de vital importancia para la sobrevivencia de los que le seguían. Ejemplo de esto, fueron los escritos del padre Fernando Consag “*Apéndice III, Derrotero del viage, que en descubrimiento de la costa oriental de Californias, hasta el Río Colorado, en donde se acaba su estrecho*” (1746), al igual que su Diario de viaje (1751), ambos contribuyeron, junto con su mapa de la representación visual del golfo californiano, a establecer una superficie de desplazamientos que permitieron unir a California con Sonora y la Primería Alta (Morales, 2020, pp. 41-44). El septentrión de la Nueva España fue un lugar indomable para la corona, no sólo por los habitantes nativos que la poblaban, sino también por su geografía y clima. La exploración de aquel territorio del norte novohispano no había sido lo suficientemente amplia. Estas circunstancias no sólo eran de riesgosa inversión para la corona, sino que, implicaba la sobrevivencia de quienes la habitaban, en este caso, los predicadores de la frontera.

Uno de los misioneros más famosos del norte novohispano fue el padre Kino. Este misionero desempeñó un papel político relevante para la corona, fue uno de los pocos evangelizadores que lograron sobrevivir en el gran norte novohispano, además de fundar un gran número de misiones en lugares de difícil acceso tanto geográfico como cultural. Sin su desempeño y su empuje personal, la frontera norte se habría detenido muchas leguas antes. El problema del avance poblador del norte era la negativa de muchos religiosos de realizar su misión, por lo lejos que quedaba de la capital y lo deshabitado e incomunicado que estaba por los colonos. El padre Kino se aventuró a un espacio hostil y, junto con un grupo de jesuitas, conquistó la Pimería, aparentemente sin ser un plan expansionista promovido por el poder político. Afirma Navajas Josa (2009) que Kino avanzó por territorios nunca pisados por ningún europeo y fundó rancherías y misiones, pequeñas iglesias de adobe o madera, esperando que algún clérigo llegara a ocuparla. También se le atribuyen los logros de la conversión de indios salvajes en California, junto con sus compañeros Salvatierra y Piccolo (Navajas, 2009 p. 66).

Figura 1. Eusebio Francisco Kino. Nuevo Reyno de la Nueva Navarra (1710)



Eusebio Francisco Kino. Nuevo Reyno de la Nueva Navarra (1710). Ernest J. Burrus. La obra cartográfica de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús (1567–1967). T. ii. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1967, lámina 13. <https://www.estudiosjaliscienses.com/wp-content/uploads/2019/06/93-La-cartograf%C3%ADa-de-la-provincia-de-la-Nueva-Espa%C3%B1a.pdf>

La tarea del padre Kino fue realmente difícil, debido a que algunas misiones eran abandonadas por sus compañeros jesuitas, pues se pensaba que los religiosos morían debido a las enfermedades o embrujos de los hechiceros, por lo que, el misionero de frontera debía de ser un hombre que resistiera la dureza de aquel espacio. Tenía, además, que aprender la lengua indígena y poseer la fortaleza del espíritu para enfrentar la soledad y los peligros de las incursiones apaches (Navajas, 2020, p. 48-51). Existieron jesuitas dedicados a su tarea, tal es el caso del fray Jacobo Sedelmair, responsable de la misión de Tubutama, en la contracosta de California. El fray Sedelmair encabezó la exploración más allá de los bordes de la Pimería Alta, además de mostrar su deseo de avanzar hacia las tierras de los navajos en Nuevo México. Otro fray de la misión de San Ignacio, California, realizó sus propias incursiones, entre 1747 y 1750. Las incursiones de los misioneros se llevaron a cabo hasta el momento de su expulsión (Morales, 2020, pp. 44-45).

Entre los misioneros de la Pimería, los apaches siempre fueron motivo de preocupación, pues eran los indios pimas quienes criaban el ganado que los apaches se robaban. La única misión que le dio problemas a los atapascanos fue Santa María Baseraca. Estaba amurallada y próxima a la frontera con los indios de las praderas, esta misión logró salir victoriosa en los enfrentamientos con los apaches. Señala, Navajas Josa (2009), que ningún misionero murió a manos de los apaches. Sin embargo, el padre Kino organizó la defensa de las misiones a finales del siglo XVII, junto con otros misioneros y sus valiosos aliados los pimas, defendiendo la Pimería y la Compañía Volante de Sonora, esta última con el propósito de proteger minas y misiones de Sonora.

Describe Navajas Josa (2009,69) que, aunque Kino y los demás jesuitas lograron defender las agencias misioneras de Sonora con un ejército compuesto por doscientos pimas y treinta y seis españoles, combatiendo a setecientos apaches, jacomes y janos, demostrando la utilidad de las alianzas con los pueblos pimas, aunque, fue victoriosa la batalla, no lograron expandir las defensas a la Pimería, Texas y California. Las misiones eran una herramienta valiosa para la corona española, ya que estas eran más económicas y eficientes que el ejército. Por lo general, las misiones recibían menos ataques que los soldados. En cambio, los misioneros eran emisarios de paz a explorar nuevos territorios. Fueron estos últimos los que instalaron y fijaron la población, propiciaron la conversión de los indígenas por medio de la educación y, en ocasiones, de la protección (Navajas, 2009, p. 54).

En la segunda mitad del siglo XVIII, ocurrió un cambio geoestratégico cuando Gálvez organizó una expedición defensiva a la Alta California con Gaspar de Portóla al mando para fundar varias encomiendas evangélicas. Esto se debía; a la preocupación que tenía la corona española por el avance de los ingleses y franceses (Navajas, 2009, p. 50). Las misiones en masa se dieron en un momento crítico, es decir, cuando la corona se sentía amenazada por otras potencias, momento que los predicadores aprovecharon para que la frontera se poblara de indios reducidos o civilizados, como último recurso para poblar el norte y defender la frontera. Para esto, utilizaron a evangelizadores nativos, para convencer a otros pueblos de indios rebeldes.

La principal preocupación de la corona española se debía a la llegada de los franceses, quienes se habían aliado e intercambiado armas de fuego por pieles con los indios de las praderas Navajas Josa (2009, 71) explica que, desde 1714, los colonos españoles sostuvieron múltiples ataques con los indios de las praderas y, al parecer, los franceses eran responsables de aquellos disturbios, pues habían armado a los pawnee, los cuales se convirtieron en una amenaza para los comanches. Los comanches fueron desplazados por sus enemigos, los pawnee, quienes contaban con armas superiores. De igual forma, los comanches invadieron tierras apaches, provocando una serie de desplazamientos en masa de otros pueblos y diversos enfrentamientos con otras naciones nativas y colonas. Debido a las circunstancias anteriores, la frontera española comenzó a recibir el impacto y presión de aquellos pueblos desplazados.

El desplazamiento forzado de otros pueblos nativos del norte de América hacia la frontera con Nueva España agravó mucho más la situación de defensa que se estaba viviendo en la región, ya que los misioneros, los pimas y colonos se veían obligados a enfrentarse a los ya armados pawnee, comanches y apaches, que merodeaban constantemente en las rancherías. Además, cabe mencionar que la considerable lejanía del centro de la Nueva España dificultaba en gran medida el flujo de comunicación con el virrey, quien era el responsable de dar las órdenes correspondientes o mandar provisiones para defender la frontera. La situación mencionada representaba una desventaja en comparación con las políticas de Inglaterra y Francia, ya que estos países tenían una mayor autonomía y poder de decisión (Navajas, 2009, p. 71).

Es necesario reconocer que una parte esencial de las misiones jesuitas era la enseñanza proporcionada a los grupos de indígenas rebeldes. En contraste con los nativos del centro y sur

de la Nueva España, los chichimecas carecían de un sistema estratificado. Por lo tanto, los jesuitas introdujeron la educación en esas comunidades. Menciona Navajas Josa (2009, 63), que en cada pueblo había un gobernador elegido por la comunidad, bajo la vigilancia del misionero. También, los jesuitas se encargaban de mantener a los pueblos recién convertidos lejos de los colonos españoles y de los indios rebeldes, con el fin de evitar que se contagiaran de las “malas prácticas”. Pero no siempre era así, pues, sí bien, la expansión de la población de españoles se debía al número de misiones, puesto que ellos habitaban en zonas seguras, lejos de los ataques de los apaches (Navajas, 2009, p. 64).

La formación de elementos de defensa fue una de las tareas principales de los predicadores, pues, si bien, no contaban con suficientes militares españoles, realizaban alianzas con sus conversos más cercanos “los pimas”, quienes eran enemigos de los apaches, de modo que los jesuitas a cargo de las misiones aseguraban la protección de algunos pobladores, mineros y soldados españoles. Las autoridades no sintieron la necesidad de establecer guarniciones permanentes en la frontera, pues los pimas actuaban como fuerza de contención entre las poblaciones españolas y apaches (Navajas, 2009, p. 70). En el año de 1767, los jesuitas fueron expulsados de los territorios de la monarquía española. Por consecuencia directa, las misiones e iglesias fueron abandonadas, y a su vez, la organización, la estructura social, política y religiosa se derrumbó, todo el trabajo de siglos se vio perdido; y el panorama cambió radicalmente. Los pueblos indígenas como los pimas y yaquis se alzan contra la monarquía, por esa acción, se perdió completamente el control del septentrión.

Las causas que llevaron a la expulsión de los jesuitas, las fundamenta Navajas Josa (2009), pues el siglo XVIII, es una época caracterizada por el auge de la Ilustración y la separación del Estado. Este proceso de secularización condujo a la ruptura del entendimiento Iglesia-Estado, expulsando a los jesuitas tras el decreto de Carlos III el 27 de febrero de 1767. Esta medida tuvo como consecuencia la decadencia de todo el sistema de misiones en América, por lo que, los franciscanos tomaron el lugar de los jesuitas. Como resultado, se aplicaron reformas y los misioneros pierden sus bienes económicos. Por falta de fondos, los franciscanos abandonaron las comisiones evangelizadoras y los colonos abusaron del trabajo del indio, gradualmente surgieron las revueltas.

Las misiones fueron la clave de desarrollo de la empresa colonizadora española. Los misioneros eran hombres preparados en diversas disciplinas, además, de que su sobrevivencia

dependía de su ingenio y los resultados de su enseñanza. Morales Sarabia (2010, pp. 45-46) señala que los evangelizadores utilizaban diversas estrategias al momento de entrar en negociaciones con los “indios salvajes”, para evitar ataques, para obtener comida, refugio e incluso, información sobre los pozos, y las rutas hacia el mar. Debían llevar consigo cuentas de cristal, espejos, entre otras curiosidades, que les sirvieran de moneda de cambio. Los misioneros desempeñaban la tarea de encabezar la búsqueda de nuevos lugares de misión, de puertos seguros y adecuados para las naos que desembarcarían en sus costas, pero también de lugares adecuados para la construcción de presidios y el establecimiento de nuevos poblados. Los candidatos a encomenderos espirituales debían de tener habilidades y conocimientos casi profesionales.

En definitiva, las misiones de los jesuitas de la Compañía de Jesús fueron un factor determinante en la conquista de la “Gran Chichimeca”, en especial la parte septentrional de México, dada la considerable distancia que separaba a la capital de la Nueva España. Los misioneros seleccionados tenían la tarea de optimizar y fortalecer los canales de comunicación y abastecimiento terrestres y marítimos. La Compañía de Jesús desarrolló un proceso poblador. La frontera se caracterizó por ser más defensiva que ofensiva, y los misioneros concentraban a los indígenas en poblados con el objetivo de instruirlos en agricultura y ganadería. La monarquía española estableció una alianza con la iglesia con el objetivo de legitimar su dominio sobre los habitantes y los territorios de las Américas. La trascendencia de las misiones radica en su papel fundamental en el proceso de expansión territorial.

1.4 Colonos

Primavera tras primavera, vio el apache las oleadas de colonos invadir sus otrora indisputados territorios. Y vio también caer las manadas de indefensos bisontes bajo no ya de por sí ilimitada codicia, sino franco sadismo de los “cazadores” blancos (...). La expansión estadounidense se posicionó hacia el sur y el oeste orillando al apache hacia Texas, Nuevo México, Arizona, Sonora y Chihuahua. Por el sur, empero, avanzan los colonos hispanos. Estos, provistos de evangélica misión, van sometiendo a los “indios mansos”, quienes de buen grado o por la fuerza, se absorben a la civilización española. Sin embargo, ni el soldado con el arcabuz ni el misionero con la cruz pudieron convencer al apache. Rebelde a toda sombra del dominio, desde un principio tomó la decisión fatal: Luchar, Luchar hasta la muerte del último hombre.

*Filiberto Terrazas, La guerra apache en México
(viento de octubre), 1977*

En la última parte del primer capítulo, se revive y analiza la memoria traumática de la nación apache, así como las causas y consecuencias de las incursiones realizadas por los apaches y las guerras derivadas de las muertes, tanto de los colonos españoles, como de los guerreros apaches. Además, se analiza la implacable guerra sin misericordia hacia los apaches llevada a cabo por el gobierno español. Los apaches eran un pueblo nómada que dependía de la recolección y caza de muchos tipos de animales, y exclusivamente del búfalo, pero, al perder las praderas por la expansión de los colonos ingleses, y al disminuir la población de búfalos, sus actividades de subsistencia se dirigieron al robo de cosechas y ganado (Worcester, 2012, p.10).

Cuando la población blanca y mestiza se comenzó a establecerse en el norte de la Nueva España, se acercó a la frontera apache, donde sus redadas para cazar y recolectar se mezcló con las campañas de represalias (o guerras) que los apaches llevaron a cabo por venganza debido a la muerte de sus familiares y guerreros a manos de los soldados y vecinos novohispanos (Almada y de León, 2016, p. 4). La habilidad guerrera de este pueblo, así como

su movilidad, les permitía enfrentarse con ventaja a los rancheros, agricultores y ganaderos de la Nueva España, los cuales eran muy lentos y desorganizados. Estas actividades de asalto y robo fueron adoptadas por casi todos los pueblos atapascanos, debido a que las expediciones esclavistas continuaban sin cesar. Para dar con estos pueblos rebeldes, los españoles utilizaban a los indios pueblo (anasazi), lo cual incrementaba la enemistad de algunas bandas de indios rebeldes con ciertas tribus pueblo, aunque eso no obstaculizaba la cooperación entre otras. En la década de 1660, la hostilidad de la gente del desierto se generalizaba tanto y se volvió tan destructiva, lo que resultaba en la inseguridad de caminos y pueblos, debido a la presencia constante de guerreros apaches que estaban preparados para llevar a cabo emboscadas.

Durante la década siguiente, las incursiones se volvieron aún más devastadoras, lo que provocaba el desalojo del pueblo de Háwikuh en 1672. Los asaltos de los jiricallas y de los mezcaleros causaron el abandono de los pueblos Tompiri, al este de las montañas Manzano, a principios de la década de 1670 (Worcester, 2012, p. 15). Las incursiones apaches o partidas de asalto solían ser pequeñas, conformadas por cuatro o doce hombres. Los asaltantes se desplazaban a pie y se escondían por días, ahuyentando furtivamente a los animales para que su desaparición no se notase en horas o días. Por lo general, no eran detectados, pero si llegasen a serlo, huían para evitar ser descubiertos y poner en peligro su vida. Según Worcester (2012), los grupos de asalto tenían la capacidad de desplazarse largas distancias. Podían viajar cientos de kilómetros desde los campamentos donde incursionaban hasta poder llegar a sus territorios de refugio, donde les esperaban sus hijos y mujeres.

Las incursiones cada día se volvían más notables y peligrosas, por lo que los españoles optaron abandonar Nuevo México solo tras convencerse de que los apaches y los navajos ayudaban a los indios de otras tribus a huir de las casas o ranchos españoles en donde trabajaban como sirvientes. Sin embargo, la repoblación de la zona por parte de los españoles resultaba ser un desafío considerable, requiriendo un extenso período de dieciséis años. Los españoles mantenían la esperanza de que las tribus pueblo les pidieran protección de los pueblos apaches y navajos. Pero cuando los diferentes grupos de apaches comenzaban a desplazarse, los mezcaleros trasladaban sus incursiones hacia el norte, en dirección al río Grande (Worcester, 2012, p. 19).

Los asaltos realizados por los apaches tenían como propósito principal obtener

alimentos, armas y bienes para intercambiar con los indios de otros pueblos. Solo se organizaban cuando faltaban las provisiones y resultaba necesario planificar con anticipación. Es importante destacar que las incursiones se transformaron en una forma de ataque por la superioridad tecnológica de los comanches, quienes utilizaban el uso de armas de fuego y utilizaban su ventaja demográfica. La presión ejercida por este grupo forzó a los apaches a retirarse de los territorios de caza del bisonte, lo que condujo en la escasez de recursos para su supervivencia y para realizar transacciones comerciales (Almada y de León, 2016, p. 3).

Filiberto Terrazas (1977), contrariamente a las opiniones de su época, consideraba que el apache no asesinaba por matar, sino que, a pesar de su primitivismo y rebeldía, hurtaba por hambre y mataba por defensa o represalia, el pueblo apache no perpetraba actos violentos sin motivo, sino que, a pesar de su forma de vida y su natural rebeldía, hurtaba por mera necesidad alimentaria y recurría al asesinato en situaciones de defensa o venganza. Los apaches observaban a las manadas de bisontes que pacíficamente recorrían el noroeste del actual Estados Unidos, llegando hasta Nuevo México y Arizona, como una fuente vital, por lo que solamente cazaba alguno de estos animales por requerimiento de subsistencia. Terrazas expresaba la consternación de los apaches al contemplar cómo el hombre blanco, que invadían sus terrenos ancestrales, exterminaban de manera despiadada a los bisontes, sin siquiera respetar al búfalo blanco, considerado por estos pueblos como sagrado y de buen augurio (Terrazas, 1977, p. 26).

La frontera se definía por ser un espacio dinámico y en constante evolución, donde se llevaban a cabo acuerdos, disputas y diálogos entre los distintos grupos étnicos y no étnicos de forma simultánea. Los apaches eran considerados expertos en el arte de la guerra, por lo que los españoles no lograban controlarlos, de forma que sus ataques impactaron la vida cotidiana y las actividades económicas en el septentrión (Almada y de León, 2016, p. 4). En 1772, la situación se agravó aún más, pues debido a una regulación de aquel mismo año se sugirió el envío de los indios rebeldes de las Provincias Internas a la Ciudad de México, con la finalidad de que fueran asignados a familias respetables como esclavos domésticos. El odio hacia los españoles se incrementó por la fuga de algunos apaches del centro del país y su posterior regreso a su comunidad. En 1776, los líderes españoles establecieron la Comandancia General de las Provincias del Interior para abordar el grave problema causado por los apaches. Constituía un gobierno completamente militar donde el comandante general tenía control sobre un gran territorio que iba desde los golfos de California hasta México. (Worcester, 2012,

pp. 37-38).

El virrey Gálvez alentó a muchos pueblos indios rebeldes a firmar la paz por medio de acuerdos, por lo que en 1786 una banda de chiricahuas solicitó la paz en Sonora y consintió vivir en un *establecimiento de paz*, próximo al presidio de Bacoachi. Al presenciar el trato dado a sus familiares, otros miembros de la tribu chiricahua aceptaron a suscribir un acuerdo de paz. Sin embargo, cuando el virrey Gálvez falleció en 1786, su sucesor, Manuel Antonio Flores, anuló los tratados de paz, debido a que muchos chiricahuas firmaban la paz con Sonora, pero realizaban sus incursiones en Nuevo México y en Chihuahua (Worcester, 2012, pp. 37-38). Con respecto a lo anterior, los líderes apaches firmaban acuerdos de paz en un territorio, pero llevaban a cabo incursiones en otro, lo cual irritaba a las autoridades novohispanas, aunque no siempre ocurría de la misma manera. De vez en cuando, los representantes de las regiones se acercaban a los apaches con la intención de negociar la paz, pero en realidad les tendían una trampa, lo que causaba la ira de los apaches.

Los tratados de paz se establecían con las comunidades más próximas geográficamente, así como con los líderes políticos más importantes de la región. Un caso emblemático de esta práctica fue el caso de Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos, quien, tal como menciona Peter Cozzens (2017) en sus escritos *La tierra llora*, no solo reconoció públicamente a los indígenas, sino que también suscribió un acuerdo con ellos. A pesar de que los ciudadanos estadounidenses cazaban frecuentemente en territorios indios, violando así el tratado. Ante esta situación, los indígenas protestaron tal abuso al presidente Lincoln, quien se desvinculó de las consecuencias negativas experimentadas por la comunidad indígena. Un caso destacado fue el de los filibusteros, quienes se disfrazaban como indios apaches para llevar a cabo ataques en áreas donde se había acordado un alto al fuego. El término de mandato de las autoridades también afectaba estos tratados, pues, como se observará más adelante, cada autoridad adoptó diferentes decisiones, por lo que se llevó a cabo un seguimiento adecuado a la conciliación.

Al fallecer Flores, lo sucedió el conde Revillagigedo como virrey. Éste decretó que todos los indios capturados dentro de las Provincias Internas fueran enviados a Ciudad de México, para luego trasladarlos a Veracruz o a La Habana, para trabajar en fortalezas, donde se le colocaban los grilletes en los pies para evitar su fuga. Los individuos considerados altamente peligrosos eran conducidos en la histórica fortaleza de San Juan de Ulúa. La mayoría de los individuos privados de libertad eran principalmente mujeres y niños, lo cual planteaba

importantes interrogantes sobre las políticas despiadadas del gobierno y la ausencia total de justicia o respeto a los derechos humanos de la comunidad apache (Worcester, 2012, pp. 34-44).

Antonio García de León (2017) señala que una vez que los apaches fueron capturados, se les conducía de la capital del virreinato al puerto de Veracruz: ya que muchos al estar prisioneros en la ciudad de México, se les enviaba al castillo de San Juan de Ulúa para ser exiliados a las fortificaciones de Cuba, y algunas veces a Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico y las islas de Barlovento, fuertemente vigilados para evitar su fuga. Desde la salida del septentrión novohispano, comenzaba una carrera por la libertad, una vez que arribaban al puerto de Veracruz, tenían conciencia de que no podrían regresar a sus tierras. Tan sólo de ver el mar, morían de melancolía, pues no existía nada peor que vivir en cautiverio y lejos de sus familias.

Trasladados en collera con sogas en los pescuezos que se les unía unos a otros en fila india, en condiciones terribles, recorrían el camino al puerto para ser enviados a la Habana, donde se empleaban en la fábrica de fortalezas o se les vendían a los cosecheros de las islas. Ocurrieron casos donde, los prisioneros se les encarcelaba por la furia de las autoridades. No se respetaban la edad, ni el género, ni siquiera poseían derecho a un juicio (García, 2017, pp. 20-33). Lo peor de este panorama, resultaba lo poco que les importaba a la sociedad novohispana y mestiza. Sin embargo, los soldados y las familias de los presidios se responsabilizaban de las decisiones de las provincias, ya que las deportaciones causaron largas y terribles guerras que incluían torturas, violaciones, desollamiento de cabelleras y decapitaciones, entre otros actos violentos (García, 2017, p. 57).

La Constitución de Cádiz de 1812 estableció la igualdad de todos los habitantes de los reinos españoles y eliminó dichas repúblicas. Según Durazo (2001), desde el punto de vista jurídico, los indígenas se consideraban como integrantes de la nación y no como pueblos o entidades independientes. No obstante, en la realidad, todavía continuaba dicha separación. La desigualdad resultaba significativamente notable, pues no se respetaban los derechos de los indígenas. La venta y la esclavitud de guerreros, niños y mujeres apaches deterioró la situación. A diferencia de otros pueblos indígenas del centro del país, los apaches no disponían con el apoyo jurídico que asegurara un juicio justo para ellos. La falta de un organismo representativo permitió que el gobierno de aquellas provincias comenzara a incitar la caza de apaches,

ofreciendo recompensas de 200 a 300 pesos por cada cabellera, sin importar la edad o si era pacífico, e incluso extendiendo la caza a miembros de otros grupos indígenas con similitudes físicas a los apaches (Durazo, 2001, p. 95).

Tras la finalización de la Guerra de Independencia (1810-1821), durante el desarrollo del proceso de estructuración y consolidación de la nación, se evidenció un aumento en los ataques de comanches y apaches. Esta situación problemática surgió debido a la ausencia de un adecuado control en la frontera; los constantes conflictos entre diferentes facciones políticas, el avance del expansionismo estadounidense y la escasez de recursos destinados a la defensa, dejaron en una situación de desamparo a las poblaciones fronterizas, quienes se encontraron vulnerables ante las incursiones de apaches, filibusteros, aventureros europeos y estadounidenses (Almada y de León, 2016, p. 5).

En conclusión, las incursiones realizadas por la nación atapascana revela un complejo entramado de conflictos de resistencia y violencia en el septentrión novohispano. En un comienzo, los apaches, un pueblo nómada y guerrero, se vieron obligados a adaptar sus formas de subsistencia debido a la expansión colonial y la disminución de recursos como el búfalo. A pesar de los tratados de paz, la desconfianza mutua y las acciones de ambos bandos perpetuaron el ciclo de violencia. Sus incursiones, motivadas por la necesidad y la venganza, generaron una respuesta implacable por parte del gobierno español, que incluyó la creación de la Comandancia General de las Provincias del Interior y la implementación de políticas brutales como la esclavitud y la deportación.

1.5 El establecimiento de los colonos

...la porción noroeste del estado de Chihuahua, el corazón de la nación apache

Teniente Britton Davis, 1885

Al concluir las exploraciones en el norte de la Nueva España y al instalar algunas instituciones misionales, se comenzó el poblamiento por parte de los colonos españoles, pero, en este proceso de establecimiento estuvieron implicados elementos importantes como la llegada de la Compañía de Jesús. Ésta permitió la pacificación e incorporación de los indígenas a un nuevo sistema económico, político y social, así como, el acercamiento a otra cultura, formas de trabajo. El término de establecimiento es la acción y efecto de establecerse, fundación o colocación de una cosa o persona. El establecimiento colono fue producto de las primeras fundaciones misionales y luego se siguió un proceso poblacional que, para, Gilberto López (2010), significaba poblar tierras abandonadas o defectuosamente pobladas, aunque en este caso se trató más bien de "repoblar" espacios que anteriormente estaban habitados, si bien, el sentido era volver a ocupar con cristianos un espacio no necesariamente deshabitado y que después de la invasión fueron perdidos por los indígenas.

El espacio geográfico que vamos a analizar corresponde a la región delimitada por el antropólogo Paul Kirchhoff como Aridoamérica y Oasisamérica. Aridoamérica se encuentra en los estados de Chihuahua, Coahuila, Sonora, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes. Oasisamérica se ubica principalmente en los estados actuales de Chihuahua, Sonora, Baja y Alta California, Nuevo México y Texas. Estas amplias áreas eran llamadas como la "Gran Chichimeca". La Gran Chichimeca estaba habitada por diversos pueblos como; los otomíes, xiximes, tepehuanos, tarahumaras, purépechas, guamares, guachichiles, pápagos, pimas, sobaipuris, yaquis, cahitas, atapascanos, indios pueblo, entre otros más, que formarían parte de aquel vasto territorio una vez que los colonos ingleses los desalojaran de sus antiguas tierras.

Los primeros relatos del asentamiento novohispano y de sus habitantes fueron generados por los misioneros jesuitas de la Compañía de Jesús y por algunos exploradores

españoles e ingleses. Sin embargo, fueron los jesuitas quienes más informes elaboraron una vez que instalaron sus misiones. Los misioneros de la Compañía de Jesús tuvieron un papel predominante en la apropiación y transformación del territorio conocido como la "Gran Chichimeca", aunque, a diferencia de los pueblos del centro y sur de la Nueva España, afirma Philip Powell (1975), los españoles tardaron más de cincuenta años solo en tratar de penetrar aquel vasto territorio lleno de grandes guerreros chichimecas, conocidos como cazadores y recolectores, nómadas y seminómadas, "bárbaros" y, en algunas ocasiones, descritos por los cristianos como caníbales.

Los pobladores chichimecas fueron caracterizados como individuos peligrosos y practicantes del canibalismo; sin embargo, los exploradores y conquistadores se aventuraron, tal como lo menciona Gilberto López (2010). Durante el siglo de conquista, el territorio de los cahitas, perteneciente a la Gran Chichimeca, padeció de muchos intentos de penetración por parte de los exploradores Fray Marcos de Niza (1539) y Francisco Vázquez de Coronado (1540), quienes lo recorrieron en su búsqueda de las míticas ciudades de Cibola y Quivira. Francisco de Ibarra fue uno de los primeros personajes que intentó establecer un poblamiento duradero en la provincia de Sinaloa al fundar en la ribera del Zuaque la villa de San Juan Bautista de Carapoa. Ibarra nombró autoridades, repartió tierras y asignó indios cahitas en encomienda a los pocos vecinos asentados, pero las encomiendas fueron improductivas, debido a que los indios se negaban a trabajar. Un nuevo intento por establecerse entre los cahitas fue el de Hernando de Trejo, gobernador de la Nueva Vizcaya, quien dispuso en 1538 la refundición de la villa de Carapoa y nombró alcalde mayor al capitán Pedro de Montoya. Sin embargo, la hostilidad de los zuaques fue tal, que tras una sublevación fue muerto el capitán Montoya junto con 12 de sus soldados y el asentamiento fue abandonado nuevamente (López, 2010, pp. 57-58).

Estos intentos de los colonos españoles por establecerse en aquellas tierras nos explican la dificultad que enfrentaron para realizar la conquista. Factores como el clima adverso, la lejanía de la capital, los escaseos de alimentos y la resistencia de los nativos hicieron de esta tarea la más complicada. Los habitantes chichimecas experimentaron la violencia de los ataques de conquista, que llevaron consigo instituciones como la esclavitud, la encomienda y el reparto laboral, por lo que la ocupación a largo tiempo del espacio chichimeca fracasaba. Sobre todo, en la década de 1530, la antigua provincia de Sinaloa fue invadida de incursiones de los primeros pobladores de San Miguel de Culiacán que tenían por objeto la cacería de indios para

someterlos a la esclavitud (López, 2010, pp. 57-58).

Una de las soluciones a ese problema fueron las tareas de la Compañía de Jesús. Inicialmente, la corona española había desplegado al ejército para la conquista de aquel nuevo territorio, pero se percataron de que esta empresa resultaba muy costosa, y decidieron enviar a misioneros en su lugar. Las misiones fueron vehículos de la expansión española, no sólo por sus evidentes aspectos religiosos, sino también por su significado político y social. El fenómeno de la evangelización forma parte del proceso poblador. Menciona Gilberto López (2010, p. 29), que en las diversas incursiones hispanas se contó con clérigos que participaron en una evangelización incipiente. No obstante, la falta de permanencia de las fundiciones dio a estos primeros encuentros un carácter ocasional. En consecuencia, en 1569, dos religiosos pertenecientes a la orden franciscana perdieron la vida a causa de un ataque realizado por los indígenas en la localidad de Orabato, ubicada en las cercanías del río Évora o Mocerito.

Anteriormente mencionamos que la institución que transformó significativamente la vida de los indígenas del continente americano fue la misión. La implantación de la religión católica asentó comunidades estables con una base económica agropecuaria; los dotó de una estructura para el gobierno y la administración de las comunidades estables con una base económica agropecuaria, los dotó de una estructura para el gobierno y la administración de las comunidades, les impuso cambios culturales como la implantación de la religión católica y de ciertos comportamientos individuales y familiares (López, 2010, pp. 57-58). La política colonizadora española concentraba a los indios en una residencia fija para poder ser convertidos e instruidos en unos casos, y explotados en otros. Podemos afirmar que la conquista de la Pimería fue obra de un grupo de jesuitas encabezados por el padre Kino y no respondió a ningún plan de expansión promovido por el poder político (Belén Navajas, 2009, pp. 48-50). Una vez que los indios eran evangelizados, los misioneros procuraban establecer una rutina diaria de oración y pautas de vida entre los habitantes. La vida en las diferentes misiones de frontera seguía las mismas pautas; aunque este sistema se mantenía en equilibrio algunos meses, sucedían casos en que los pimas y otros pueblos se resistían a la aculturación.

En un principio, algunos misioneros fallecieron a causa del clima adverso, mientras que aquellos que los sustituían en sus tareas vivieron con un miedo constante ante las diversas revueltas indígenas que, en ocasiones, resultaban en la quema de las iglesias y el asesinato de los religiosos. Debido a esto, la permanencia de los misioneros jesuitas se volvió indispensable en

este proceso de apropiación y avance de la frontera española. Una vez que los misioneros convertían a los indios, se comenzaba la creación de espacios marginales, debido a que la misión se asentaba en puntos estratégicos, como valles y ríos. Hacían a los indígenas asentarse alrededor de las iglesias y los enseñaban a trabajar y cultivar. Finalmente, los pobladores nativos se volvían sedentarios. Estos ejemplos eran los grandes frutos que la Compañía de Jesús prometía a la corona española (López, 2010, p. 69).

De esta forma, el establecimiento de las colonias tuvo lugar una década después de la llegada de los jesuitas. El poblamiento de nuevas villas fue apoyado por el avance del ejército español, con el propósito de testimoniar la labor de los misioneros y garantizar su progreso. En ese contexto, se desarrolló un sistema de presidios, instituciones encargadas de promover la expansión de las misiones del norte de la Nueva España. Como consecuencia directa de la evangelización y el establecimiento de las misiones, la violencia contra los indígenas se justificó, puesto que los encomenderos los forzaban a realizar trabajos. Mientras los jesuitas los habían obligado a mudarse a los establecimientos, de igual manera, obligándolos a vivir en la rutina con trabajos diarios e, incluso, menciona Gilberto López (2010, p.75) que, en el caso de la nación serrana de los caguametos, pobladores de zonas montañosas, los jesuitas realizaron acciones drásticas como quemar las antiguas rancherías y reubicar a los naturales en terrenos más apropiados, así fuera comprando tierras a españoles vecinos.

Incluso llegaron a presentarse casos con mayor frecuencia en donde ciertos grupos de nativos, que ya estaban establecidos en los poblados cercanos a las misiones y encomiendas, eran designados específicamente por las autoridades coloniales para convencer a otros pueblos de unirse y establecerse en dichos asentamientos. Cuando los pueblos llegaban convencidos, eran bienvenidos con la preparación de una festividad. Durante este evento, se les daban muestras de regocijo y apoyo para una alimentación inicial. Además, se les asignaban parcelas de tierra, se les proporcionaba granos e instrumentos de labranza para asegurar su integración en la comunidad (López, 2010, p. 75).

El mecanismo de la Compañía de Jesús tenía como objetivo principal la sedentarización de los pobladores originales, con la finalidad de incorporar en su vida cotidiana, la obediencia y servir dentro de un nuevo sistema. Esto implicaba el abandono de su libertad y posteriormente la de sus descendientes, convirtiéndose en seguidores del dios católico y en servidumbre de los invasores. Para la mayoría de los pueblos, la evangelización fue un proceso terrible de larga

duración. En ocasiones, muchos de los indígenas que ya habían sido convertidos al cristianismo se rebelaban contra el trato tiránico, mientras que otros huían a sus lugares de origen (López, 2010, p. 80). Las misiones jesuitas eran instituciones que no sólo evangelizaban a los indios, sino que llegaron a ser informantes de la corona. Redactaban escritos con las noticias de las nuevas tierras, describían a sus habitantes, su comportamiento y vigilaban el trabajo de los encomenderos. Esta comunicación estableció una relación de poder entre los jesuitas y la corona, la cual se evidenció posteriormente cuando el monarca observó la significativa influencia de la Compañía de Jesús en su territorio. Este conflicto se arregló con la expulsión de los jesuitas en 1772.

El impacto del poblamiento tuvo un impacto significativo en la demografía de la región. Durante los primeros años de contacto con las poblaciones indígenas, los exploradores españoles desencadenaron la propagación de grandes epidemias devastadoras en el extenso territorio, lo que resultaría en la trágica muerte de hasta tres cuartas partes de la población de la Gran Chichimeca. La viruela fue la enfermedad altamente contagiosa que causó más pérdidas desde 1530. Aunque la disminución de la población indígena también era producto de la explotación laboral en las estancias y minas, así como de la deficiente alimentación que recibían durante los primeros años de su integración a las misiones coloniales (López, 2010, pp. 80-81).

La pacificación y el control del territorio de la Gran Chichimeca fue un factor crucial en el establecimiento de la población novohispana, lo que resultó en la integración de la población nativa a las actividades de los pueblos y autoridades españolas. El proceso de fundación y consolidación de las misiones religiosas se reflejó a través del continuo avance de la frontera noroeste de Nueva España. En este contexto, los jesuitas desempeñaron un papel geopolítico de primer orden al apropiarse de las mejores tierras para las misiones, realizar el avance adoctrinador (y colonizador) en las áreas cercanas a los ríos y reestructurar los asentamientos de las poblaciones nativas.

La clave del proceso colonizador fue la pacificación. Esta se evidenció posteriormente en la tranquilización y adaptación de los chichimecas que resultaron fundamentales para facilitar la construcción de caminos con el fin de garantizar la máxima explotación de las minas. La minería desempeñó un papel complementario en la consolidación del territorio, en conjunto con el significativo crecimiento demográfico en los ranchos y estancias ganaderas. Este proceso se inició durante la época de la Compañía de Jesús y se vio fortalecido por el establecimiento

de un destacamento de milicianos. Según Powell (1975), estos milicianos fueron los pioneros en dedicarse a la cría de ganado de gran escala.

Philip Powell menciona que el descubrimiento de la plata de Zacatecas llamó la atención de numerosos colonizadores hasta aquellos espacios desconocidos. Pero al aumentar el núcleo en pobladores y en producción mineral, las necesidades de transporte llegaron a ser preocupación vital de mineros, mercaderes y del gobierno. La nueva producción de plata requirió caminos bien definidos y fáciles de recorrer si se quería que el metal llegara con seguridad a las fundiciones del sur y a las casas reales de contabilidad. En 1550, ya se habían iniciado la planificación y construcción de carreteras en las extensas áreas no pacificadas de la Gran Chichimeca, indispensables para la explotación de la nueva riqueza. Durante las décadas posteriores, esta labor se convirtió en una actividad de gran relevancia que se llevaba a cabo junto con la búsqueda de la plata (Powell, 1975, p. 32).

Los caminos que surgieron a raíz de estas necesidades se convirtieron en la prueba tangible y más visible de la permanente presencia del colonizador en los territorios de los chichimecas. Las nuevas vías, cada vez más transitadas, atrajeron la atención de las tribus nómadas, las cuales estaban experimentando mayor tráfico, en comparación con las zonas mineras del norte. El interés de estos espectadores aumentó inevitablemente al conocer la importancia de los bienes transportados, especialmente los alimentos y vestidos. Los caminos que conducían a los puestos más distantes representaron la vulnerabilidad del imperio y de la prosperidad de la región septentrional. Los guerreros chichimecas no tardaron mucho en aprovecharse de ello. De Zacatecas procedía también la mano de obra (índia, negra y blanca), la supervisión y los abastecimientos para la explotación de las betas de plata provenían de Zacatecas. Esta ciudad era el principal centro de colonización en las proximidades y la sede administrativa para las actividades mineras (Powell, 1975, p. 32).

La invasión y penetración en las tierras de la "Gran Chichimeca" trajo consigo muchos problemas para sus antiguos pobladores como para los colonos españoles. Estos últimos buscaban principalmente la obtención de las riquezas de aquellas tierras, como el oro y la plata. Tras el descubrimiento de las minas, continuaron con la exploración, avanzando hacia el norte del continente. Sin embargo, los chichimecas, al perder la paz, la libertad y el territorio, optaron por un alzamiento contra los colonos. Según Powell (1975), a partir de 1549 se registraron enfrentamientos violentos, asaltos en las minas y el hurto de ganado, como consecuencia de la

apertura de nuevas vías entre Zacatecas y las zonas agrícolas de Michoacán, el sur de Guanajuato y de Querétaro, junto con el aumento de la producción ganadera de esas tierras.

Para el año 1551, el trayecto que unía las ciudades de México y Zacatecas era frecuentemente utilizado, ya que esta vía proporcionaba la conexión más directa para transportar la plata recién extraída desde Zacatecas hasta la casa de moneda en la capital virreinal y hacia el puerto de Veracruz, donde llegaba la flota española. A partir de 1550, la búsqueda de plata se volvió una labor significativa en el camino México-Zacatecas. Esta ruta comercial cobró una mayor importancia después del sorprendente descubrimiento de grandes depósitos de plata en la región de Guanajuato, durante los años comprendidos entre 1554 y 1556.

Anteriormente mencionamos que la extracción de plata de las minas de Zacatecas contaba con la colaboración de trabajadores indígenas, africanos y europeos. Según Powell (1975, p. 32), este lugar se destacaba como el punto central de la colonización más cercano y el epicentro de la administración de las minas. Ante la peligrosa situación en la que se encontraban las minas del norte debido a los ataques de los chichimecas, el gobierno real concentró sus principales recursos en proteger esta zona. En las provincias, era necesario que hubiera un constante flujo de comerciantes, funcionarios y ganaderos, tal como los tiempos pasados en la provincia de Jilotepec, donde la región era pacífica y no suponía un gran desafío para los viajeros (Powell, 1975, p. 33).

La explotación y el despojo de los habitantes originales, junto con la mala alimentación y la preferencia por la carne de res, incitaron a los chichimecas a realizar diversos asaltos a los comerciantes y viajeros que transitaban los caminos de plata. Los chichimecas se volvieron expertos comerciantes, junto con algunos mestizos aficionados a la vida trashumante del comercio, sobre todo cuando contaron con bestias de carga, prefiriéndola a ocupaciones más sedentarias. También, ayudaron a vender maíz, frijoles, chiles, algodón, calabazas y cosas hechas del maguey, que eran muy importantes para comer y vestirse en las zonas cerca de las comunidades indígenas. En la frontera del Gran Chichimeca, había un lugar donde se realizaba comercio entre tribus que se movían y tribus que vivían en un lugar fijo, según Powell (1975, p. 40).

Aunque algunos nativos de la zona preferían comerciar con mestizos, no todos los pueblos indígenas aceptaban esta relación. Con la construcción de más caminos hacia

Zacatecas, los chichimecas empezaron a oponerse a la presencia de los colonos en su tierra. Comenzando de esta manera, explorando los pueblos cercanos. El virrey y los gobernantes de México y de la Nueva Galicia tuvieron que enfrentarse entonces al problema de un creciente conflicto fronterizo. Había que proteger la influencia de la plata hacia el sur y defender las tierras pacificadas que aportaban la mano de obra a la minería contra los nómadas del norte (Powell, 1975, pp. 43-44). A partir de ese momento, los colonos españoles comenzaron a reconocer al chichimeca como hábil guerrero, destacando sus habilidades y cualidades para la guerra. A pesar de las diferencias lingüísticas entre los diversos pueblos del "Gran Chichimeca", se unirían para alejar al enemigo de sus tierras.

En conclusión, el proceso de colonización y poblamiento del norte de la Nueva España, particularmente en la región conocida como la Gran Chichimeca, fue un fenómeno complejo y multifacético. La llegada de los colonos españoles y la instalación de instituciones misionales, especialmente bajo la dirección de la Compañía de Jesús, marcaron un punto de inflexión en la transformación del territorio y sus habitantes. Los misioneros jesuitas desempeñaron un papel crucial en la pacificación y sedentarización de los pueblos indígenas, imponiendo un nuevo sistema económico, político y social basado en la agricultura, la ganadería y la evangelización. Sin embargo, este proceso no tuvo conflicto. La resistencia de los pueblos chichimecas fue un obstáculo significativo para los colonizadores. Finalmente, este proceso sentó las bases para la consolidación del territorio novohispano, pero también dejó una huella profunda en las comunidades indígenas, cuyas tradiciones y formas de vida fueron alteradas irreversiblemente.

CAPÍTULO II

EL HOSTIL SEPTENTRIÓN NOVOHISPANO

Haciendo incesantemente la guerra a los enemigo declarados se conseguirá castigarlos, contenerlos, intimidarlos hasta el caso de que o se alejen de nuestras fronteras o soliciten la paz; concedida ésta se les irá atrayendo suavemente a las dulzuras de la vida racional y a nuestra forzosa dependencia por los medios interesantes de la treta o el comercio, y de las discretas y oportunas dádivas; rotas las paces por las veleidades del Indio o porque sea insufrible su mala fe, con razón volveremos a la incesante y dura guerra, alternándose ésta y la paz con tantas quantas veces las exijan los procedimientos ya soberbios, o ya humildes de las Naciones Bárbaras

Bernardo de Gálvez

En este segundo capítulo continuaremos con el análisis de la expansión y colonización del vasto territorio septentrional, siguiendo detalladamente el recorrido del capítulo inicial. Procederemos a examinar las repercusiones derivadas del trato inhumano e injusto que los colonos españoles ejercieron contra los habitantes indígenas del septentrión novohispano. Se manifestarán a través de prácticas como el robo de ganado, las correrías, las incursiones o los asaltos a las poblaciones del septentrión novohispano, abarcando extensivamente la vasta región de la Nueva Vizcaya en los actuales estados de Chihuahua, Durango, Sinaloa y una parte significativa de Coahuila, además de Sonora.

La violencia desatada en la región septentrional, sumada al cruel maltrato perpetrado por los colonizadores españoles, generó un profundo descontento entre numerosas naciones

indígenas. Estas comunidades estaban siendo sometidas y perseguidas con el propósito de ser comercializadas y utilizadas en las encomiendas. Específicamente, se refiere a la situación de un grupo de personas que se dedicaban de manera exclusiva a la recolección de alimento, tales como caballos y reses, con el fin de garantizar su sobrevivencia. En ese momento, los apaches comenzaron a manifestarse de manera recurrente en los relatos históricos del norte de Nueva España y después de lo que sería México. Esta nación sería identificada como bélica e indomable. Es en este contexto donde se abordará al pueblo atapascano, específicamente su número de grupos y cómo fueron nombrados y reconocidos por los colonizadores españoles y posteriormente por los norteros mexicanos.

También, se describe a profundidad la comunidad atapascana, incluyendo aspectos como su vestimenta, su alimentación, sus viviendas, costumbres y formas de vida. Indudablemente, con la aparición de un nuevo enemigo en el territorio, los apaches modificarían su estrategia bélica con respecto a otras naciones indias. La adquisición de habilidades para montar, la utilización de armas de fuego y el desarrollo de métodos estratégicos de combate, en los que se enfrentaba a una fuerza militar superior y equipos más sofisticados, cambiaron de forma radical su comprensión de la vida y la guerra. Dentro de este ámbito, el enfrentamiento entre los apaches y los colonos españoles se originó principalmente debido a la violencia ejercida en primera instancia por los colonos españoles, posteriormente por los mexicanos. La violencia experimentaría una escalada más severa, dado que serían los apaches quienes se enfrentarían a los invasores y luchan por la venganza, causada por las defunciones de sus familiares. Además, esta situación se intensificaría con la llegada de los colonos estadounidenses, quienes incitarían la caza indiscriminada de los bisontes, alimento esencial para las naciones indígenas.

2.1 Los indios de las praderas

*Nací en las praderas donde el viento soplaba
libremente y dónde nada rompía la luz del sol. Nací
donde no había escondites*

Gerónimo/ Jefe apache

Los españoles y sus aliados indígenas necesitaron cincuenta años para lograr una pacificación general de las tribus chichimecas en la frontera de la Plata en el siglo XVI. Los indios del norte eran grandes guerreros; su modo de vida hacía de ellos un gran enemigo sumamente peligroso, atribuible por su habilidad con el arco y la flecha como por su dominio sobre la tierra en la que combatían. Hasta sus prácticas religiosas influyeron en la tenacidad con la que enfrentaron a los invasores, tanto blancos como indios, en sus territorios de caza. Su preparación desde la infancia, sus alimentos, el tipo de refugios, sus relaciones con las tribus vecinas, su percepción de los hombres blancos y de los indios sedentarios y la integración de sus juegos eran parte de su proceso de formación para convertirse en guerreros (Powell, 1975, p. 47).

El nombre de “chichimeca”, con que los españoles habitualmente designaban a los tribenos del norte, poseía una connotación despectiva, más o menos como “perro sucio e incivil”. El desprecio expresado en el término contribuyó a inducir a los españoles a una percepción errónea de falsa sensación de seguridad durante los años iniciales de su contacto con los indígenas. La magnitud de su población y la extensión de su territorio los hacían particularmente difíciles de vencer. Los guachichiles estaban más avanzados que la mayoría de las otras naciones en la creación de alianzas tribales, una práctica que fue estimulada por el avance español (Powell, 1975, p. 47). Aunque este espacio será dedicado a la descripción de los elementos más importantes de los pueblos del Gran Chichimeca, hablaremos específicamente del pueblo atapascano, quien comparte muchas características de los demás pueblos chichimecas. Se distinguió por su especialización en el arte de la guerra y el dominio de montar a caballo de manera más rápida, elemento crucial para el desempeño de las prácticas de asalto y

enfrentamiento.

Flagler (2006) postula que el pueblo apache se llama a sí mismo “Diné”; esto significaría “hombre” o “el pueblo”. Los apaches no pertenecían a una etnia unificada, sino que constituían diferentes grupos por una familia o más, relacionados entre sí. Su economía se basaba en la caza y la recolección. Algunos apaches occidentales cultivaban maíz; no obstante, el producto que hurtaban formaba parte de su sustento. Los apaches se interesaban en el ganado caballar, mular y vacuno; además, el rescate de algunos cautivos formaba parte de sus víveres (Flagler, 2006, p. 10). Los apaches fueron despojados de sus territorios por otras comunidades indígenas, principalmente por los comanches y los navajos, siendo empujados en estados ganaderos donde incursionaban. Los escondites preferidos de los atapascanos eran las montañas, considerados lugares sagrados y estratégicos para luchar, debido a su resistencia y conocimientos de territorios áridos y hostiles (Flagler, 2006, p.10).

Los atapascanos o apaches fueron un pueblo nómada del norte de América de lengua propia. Erraban por las montañas y los desiertos, donde la sobrevivencia era una batalla constante, dado que padecían hambre, sed, calor y frío extremos, en un ambiente hostil plagado de depredadores salvajes, tanto animales como humanos. Los indios indómitos vivían en clanes separados; se clasificaban en lipanes, jicarillas, mescaleros, miembreños, mogollón, gilas, montaña blanca, coyoteros, faraones, chiricahuas, occidentales y apaches broncos. Otros grupos externos a los apaches eran los janos, los jocomes, los mansos y los sumas. Estos grupos coexistían y comercializaban con los apaches y, en diferentes circunstancias, se enfrentaban con ellos. Pese a que los atapascanos compartían una lengua, creencias y forma de vida, sus relaciones eran de naturaleza hostil (Worcester, 2012, pp. 5-7).

Los apaches jicarillas, una comunidad de lengua atapascana, tenía una estrecha alianza con los españoles y se veían envueltos en frecuentes enfrentamientos con otras tribus apaches. Su asentamiento se ubicaba en las vastas tierras del sur de Nuevo México y en la región del oeste de Texas. Esta población era relativamente pequeña en comparación con otros grupos indígenas cercanos, esto debido a que los comanches habían logrado fragmentarla, estableciendo agrupaciones de faraones y mezcaleros. Los primeros fueron nombrados por atacar como las huestes de los antiguos egipcios, mientras que los últimos eran diferenciados por su producción de mezcal (Flagler, 2006, p. 32).

Un incidente, como el asesinato de algún integrante del clan, implicaba, en muchos

casos, la guerra contra el enemigo, debido a que los parientes maternos del fallecido debían tomar represalias, independientemente del grupo al que perteneciese el perpetrador. A pesar de que no siempre era capturado, los apaches se conformaban con un varón adulto de familia consanguínea del homicida, después, éste era entregado al clan de los parientes femeninos para someterlo a tortura. De acuerdo con Worcester, el clan era muy importante para este pueblo, extendido en varias casas que vivían juntas por vínculos de sangre, conyugales, económicos o de clan. La cooperación era esencial para la supervivencia del grupo. La autoridad la ejercía un jefe que se encargaba de planear las incursiones y las guerras, también hablaba todas las mañanas con los miembros del grupo para animarlos a realizar sus actividades, pero este no disponía del poder para castigar a los suyos. El jefe se ganaba el respeto cuando “poseía” poderes sobrenaturales o grandes habilidades para la guerra, como es el caso del jefe Chiricahua Gerónimo, quien tenía el poder de ver el futuro, sentir la distancia de los enemigos y además crear tormentas de arena (Worcester, 2012, p. 5-7).

Tanto los atapascanos como los chichimecas recibían educación temprana para el manejo experto del arco y la flecha, elementos que los prepararían para la guerra. Este proceso de formación no solo se limitaba a la adquisición de habilidades técnicas, sino que también involucraba la realización de diversos rituales y pruebas ceremoniales que convertían a los jóvenes en guerreros capaces de defender a los suyos en tiempos de conflicto. Los apaches no solo educaban a los niños, sino también a las niñas, sin embargo, a los primeros les asignaban tareas de mayor complejidad, mientras se ocupaban de instruir a las mujeres en múltiples habilidades y conocimientos. Los principios fundamentales se centraban en fomentar la confianza, la iniciativa y, sobre todo, la obediencia (Watt, 2014, p. 16).

La vestimenta tradicional de las naciones indígenas experimentó significativas transformaciones a lo largo del tiempo, adaptándose a las influencias culturales y a las condiciones socioeconómicas cambiantes. En un principio, los hombres chichimecas no acostumbraban llevar puestas prendas de vestir, pero con el paso del tiempo, fueron incorporando la vestimenta de los españoles, como pantalones y camisas. Los apaches llevaban un taparrabo, un par de botas de cuero, un collar y una diadema, portaban un arco y un cuchillo, este último era un elemento esencial, Robert N. Watt (2014, p. 17-31) menciona que, si bien, el arco era su arma fundamental para la guerra, más tarde, al comercializar con norteamericanos, cambiaron sus arcos por un rifle Springfield 45/70 o una carabina 45/55, dos cartucheras y un cuchillo.

Se habíamos mencionado anteriormente que, la esclavitud, el asesinato y violación de la libertad de los pueblos indígenas, fueron los factores que llevaron a los habitantes del Gran Chichimeca a revelarse contra los invasores españoles. Estos últimos creían haber logrado la pacificación de los nativos de aquella área, sin embargo, los chichimecas no solo se unieron para la guerra, sino que asaltaron a los comerciantes que se dirigían hacia las zonas mineras, además de practicar el robo de ganado de los colonos. Todos estos elementos son descriptos por los españoles como una especie de confederaciones indias, las cuales se formaron con el propósito de derrotar al enemigo mediante una serie de medidas, que incluían la confrontación bélica.

La posición estratégica en relación con las minas, los caminos y las rutas de escape los convirtió en adversarios eficaces al atacar y retirarse rápidamente antes de que los españoles pudieran tomar represalias. Era fácil para los guachichiles esfumarse velozmente en las grandes extensiones de las tierras del Tunal o incluso más allá de ellas. Los guachipiles fueron caracterizados por diversos autores españoles de la época, como los individuos más feroces, valientes y los más escurridizos nómadas de todos los chichimecas. Esto fomentó la convicción, difundida por toda la región fronteriza, de que el uso de la espada era el único medio efectivo para conquistarlos (Powell, 1975, p. 50).

Las sangrientas guerras no solo se enfocaban en los colonos españoles y algunos mestizos, sino en los pueblos chichimecas que se habían integrado al sistema español, sufriendo permanentes ataques por parte de las demás comunidades indígenas. Powell (1975), observa un claro ejemplo en los combates posteriores a 1550, cuando los cazcanes fueron perseguidos por otras tribus, porque ayudaron al avance español que se dirigía hacia el norte. Se cree que algunos de los cazcanes siguieron saqueando carreteras y caminos, a veces, bajo las amenazas de los zacatecos. Mientras los cocas y tecuexes merodeaban al este de Guadalajara, seguían constituyendo una amenaza para las estancias ganaderas y para el tráfico del camino real México-Guadalajara.

Los colonizadores españoles daban por hecho que las comunidades indígenas habían perdido el control de sus territorios, pensaban en incorporarlos al sistema monárquico. No obstante, las creencias espirituales de los indígenas aún no habían sido suprimidas, exponiendo a estos pueblos como un peligro latente para la nueva estructura social. Las convicciones religiosas chichimecas fueron un factor que sostuvo la hostilidad contra los hombres blancos y

sus colaboradores cristianizados. Los brujos chichimecas, la creencia en determinados augurios y la veneración del peyote contribuyeron a mantener una poderosa resistencia al cristianismo de los invasores y, en ciertos contextos y lugares, hicieron de la lucha contra el conquistador algo parecido a una guerra santa.

La nación chichimeca ancestral mantenía un profundo respeto por la naturaleza, identificaba un delicado equilibrio espiritual entre la madre tierra y el vasto cosmos. El cuidado hacia el ecosistema, tanto a la diversa fauna como a la flora, esto era fundamental, pues ellos se sentían parte de ella. Antonio García de León (2017) señala que la captura de apaches en una collera los separaba de su hogar, lo que les ocasionaba sufrimiento. Mientras se alejaban, animales como el venado y el águila se dejaban ver cerca de ellos. Para los apaches esto significaba que la madre tierra se despedía de ellos y les seguía cuidando durante el viaje tortuoso. Tanto los animales como los árboles tenían un espíritu venerado por los chichimecas, especialmente el pueblo apache (García, 2017, p. 65-66). Contaban con chamanes y jefes que tenían la concepción de poseer poderes o dones sobrenaturales, tales como la invocación de los fenómenos naturales, como la lluvia y las tormentas de arena.

El pueblo *indé* aprendió a aislarse dentro de su *yo* interno, se aventuró al encuentro de su propia esencia y durante días de ayuno para recibir el mensaje de los *gahan* espíritus que habitaban en la naturaleza. Durante su tiempo en cautiverio vivió de manera intensa en los campos, desiertos, ríos, montañas y demás lugares de poder, donde llevaba a cabo rituales de iniciación y de preparación para la guerra. También se reunían para las danzas del *dikobe* que les ayudaba a fortalecer el alma antes de la batalla. Aprendió a conectarse con la madre tierra, así como escuchar sus sonidos, a percibir el paso del tiempo y a apreciar la tranquilidad, así como a interpretar las señales de los animales (García, 2017, p. 52).

Aunque los españoles afirmaron que los chichimecas no solo eran comunidades salvajes, sino que, además, eran pecadores por practicar el canibalismo, esta práctica parece haber sido un ritual. Tanto la zona chichimeca como el septentrión se caracterizaban por tener un clima semiárido y hostil que carecía de agua. Los pueblos nómadas sobrevivían con la ayuda de las plantas del desierto que les proporcionaban líquidos beneficiosos, como los cactus, mezquites y tunas, estas últimas se consumían en diferentes presentaciones: frescas, secas o convertidas en licor. Las hojas, el corazón y las flores de los cactus a menudo se preparaban cociéndolas en hornos subterráneos. A partir del mezquite elaboraban un pan blanco, en

grandes rebanadas, que seguía siendo comestible durante muchos meses o hasta un año y con la misma planta preparaban licor (Powell, 1975, p. 55).

En todo el Gran Chichimeca la dulce miel de abeja y el jugo del agave se consumían cuando el agua no podía obtenerse. Los colonos españoles se vieron obligados a utilizar este líquido vital, el cual en numerosas ocasiones se convirtió en un valioso recurso, indispensable para la supervivencia de diversas expediciones. Los chichimecas también se alimentaban de un tipo de fruto llamado “dátil”, acuñado de esta manera por los españoles. Además, denominaron al árbol “palmera datilera” aunque probablemente era una especie de yuca, similar al árbol de Josué. Las raíces de esta especie vegetal eran ingeridas debido a que su sabor se asemejaba a las papatas dulces o la yuca. También podían encontrar plantas parecidas al frijol rojo, o también nombrado *cimatl* por los mexicas (Powell, 1975, p. 55).

La alimentación tradicional de los atapascanos era esencialmente similar, aunque complementada con la carne de la vaca de tierra o bisonte, la cual preparaban mediante un proceso de secado para preservarla y consumirla en situaciones donde tuviesen que separarse temporalmente del grupo. Además, consumían piñones y pavos salvajes, entre otros productos de la región. Un ejemplo de su dieta se puede observar en el diálogo de “Gerónimo” líder de los apaches chiricahuas, una vez que fue desterrado de sus tierras, le menciona al general Nelson A. Miles: “Llevo viviendo doce años lejos de Arizona. Las bellotas y los piñones, las perdices y los pavos salvajes, los cactus gigantes y los paloverdes me echan de menos ...”. (Sonnichsen, 1986, p. 13).

La dieta de los chichimecas experimentó una transformación una vez introducidos los animales mayores, como vacas, caballos y cerdos. En especial, la carne de res fue la preferida de estas comunidades, convirtiéndose en un factor importante tanto en la guerra como en la paz. El creciente deseo de carne de res hizo que la gente del septentrión nunca careciese de guerreros dispuestos a merodear, originarios incluso de tribus distantes de los asentamientos y rutas de los nuevos pobladores. Durante los últimos años del siglo XVIII, los españoles recurrieron a los presentes de ganado para captar la atención de los pueblos indígenas y así convencerlos de negociar acuerdos pacíficos (Powell, 1975, p. 56). Los atapascanos manifestaron una preferencia similar por la carne de res y de caballo, luego de ser expulsados de las zonas de caza de las grandes manadas de búfalos. Al igual que los colonos, le dieron al pueblo chichimeca la definición de “bárbaros”. Los grupos navajos nombraban a los

atapascanos como “apaches”, es decir “enemigo”. El término de “apaches”, también se les dió a otros pueblos rebeldes del septentrión novohispano.

La vivienda de los apaches estaba en perfecta sincronía con el hábitat natural. Los apaches llaneros utilizaban el clásico tipi, una estructura en forma de cono, construida con varas largas y resistentes de pino cubiertas de piel de búfalos. Su economía se basaba principalmente en la caza de búfalos, antílopes y venados, actividades esenciales para la subsistencia en armonía con la naturaleza. Recolectaban plantas silvestres como el nabo de las praderas y el maíz. Pero los apaches occidentales, chiricahuas y mescaleros utilizaban el wickiup, una estructura habitacional, es decir, una choza circular. El armazón era construido con sauces en el suelo, doblados hacia el centro y unidos entre sí para conformar una cúpula. Esta era una práctica común entre las tribus nativas americanas (Flagler, 2006, p. 22).

Su vestimenta estaba formada de prendas de piel de venado y de búfalo, los hombres vestían taparrabos y a veces una camisa, las mujeres usaban faldas y blusas, y además calzaban una bota de piel que ellos mismos confeccionaban. Sin embargo, la vestimenta va a cambiar con el tiempo y por la influencia de otras sociedades (Flagler, 2006, p. 23). Las flechas que solían utilizar los apaches eran fabricadas por cañas, las puntas se hacían de piedra o solo le sacaban punta a un extremo de la misma caña; la estabilidad de la flecha se lograba atando dos plumas de pavo salvaje o halcón en un extremo. El arco se construía de madera de morera silvestre, mientras que las aljabas se confeccionaban con pie de puma, alcanzaba en la aljaba hasta cuarenta flechas (Flagler, 2006, p. 27).

Los apaches solían usar en ocasiones veneno en las puntas de las flechas tanto para la caza como para la guerra. Éste era extraído de raíces de la ortiga y el chilli; después era molido, el veneno siempre resultaba mortal. También se construían escudos de piel de caballo o vaca; ésta se mojaba y se extendía entre clavijas a una distancia de 8 a 10 cms. Del suelo, en el medio se colocaba un peso que hiciera curvarse para abajo; cuando ésta se secaba, se retiraba todo y se le daba una forma circular. Los diferentes grupos de apatapascanos le daban formas, grosores y diseños diferentes (Flagler, 2006, p. 28). Flagler piensa que los indígenas copiaron la técnica de los españoles cuando estos llegaron al septentrión mexicano. Cuando los apaches iban a buscar botín, preparaban unas bolsas de pile con maíz molido y tartas hechas de higo chumbo, para poder alimentarse mientras esperaban a hacer el pillaje (Flagler, 2006, p. 29).

Las comunidades del sur de la Nueva España experimentaron ciertas dificultades en el

proceso de adquirir destrezas de montar avanzadas. No obstante, los indomables apaches lograron destacar como excelentes jinetes, gracias a su capacidad para efectuar disparos certeros desde la silla de montar, demostrando una destreza sin igual en el arte de la equitación. Cabe destacar que los caballos desempeñaban un papel fundamental en las incursiones realizadas por este pueblo. Sin embargo, a pesar de las dificultades, los indios de la frontera chichimeca fueron los primeros en llevar a cabo asaltos e incursiones, con la finalidad de adquirir mercancías y ganado indispensables para su sobrevivencia.

Las primeras incursiones chichimecas tuvieron por objetivo principal el tráfico de las vías de acceso a las nuevas minas de plata y de las estancias cercanas a la zona de guerra. Esta intensificación de las agresiones fue consecuencia de lo que a los colonos españoles les llamaban como “confederaciones” o “ligas generales” organizadas entre las tribus y naciones chichimecas. Estas confederaciones indias eran alianzas de varios pueblos guerreros que estaban en desacuerdo con el avance de los hombres blancos y su unión era para exterminarlos. La estrategia empleada por los chichimecas era la emboscada. Esta trampa era preparada en un cañón estrecho, en terreno rocoso o al menos de acceso complicado, en la boca de una cañada o en sitios con abundante vegetación que les permitiera ocultarse de los atacantes. Durante el medio siglo de conflicto, la guerra se centró mayormente en la defensa española frente al ataque chichimeca (Powell, 1975, p. 59).

Anteriormente, hicimos referencia al hecho de que los pueblos chichimecas practicaban el comercio con otros grupos indígenas y posteriormente con los mestizos. Por tanto, los asaltos a comerciantes y hacendados fue una práctica muy beneficiosa para los chichimecas, en cambio, para los colonos solo fue una justificación para comenzar la guerra. Pero las naciones indias estaban preparadas para este enfrentamiento, pues, como discute Powell (1975), los pueblos cambiaron su organización social y política como respuesta a la invasión española. Una ilustración clara fue cuando los guachichiles y los indios de la frontera eran grandes enemigos; decidieron unir fuerzas, estableciendo una alianza estratégica con el fin de correr a los invasores.

A diferencia de los pueblos cercanos a la frontera chichimeca, los apaches no entablaron un sistema de alianza ante el avance de los colonos españoles, pero la habilidad guerrera de este pueblo, así como su movilidad, les permitió enfrentarse con ventaja a los rancheros agricultores y ganaderos de la Nueva España, los cuales eran muy lentos y

desorganizados. El avance de los colonos ingleses hacia el Norte de México forzó el desplazamiento de los apaches hacia el sur, donde las manadas de búfalos eran peleadas por los comanches y navajos, de forma que los atapascanos perdieron las praderas en disputa y con cantidades que se iban reduciendo, por lo que decidieron cambiar sus actividades de subsistencia por el robo de cosechas y ganado.

Las incursiones apaches o partidas de asalto eran pequeñas, conformadas por cuatro o doce hombres. Los asaltantes viajaban a pie y se ocultaban por días, ahuyentando furtivamente a los animales para que su desaparición no se notara en horas o días. De manera frecuente los apaches no eran descubiertos, pero si los encontraban robando, generalmente lograban huir, pues consideraban que un enfrentamiento era muy arriesgado, aunque si se les emboscaban, luchaban con furia. Cuando el ganado ya había sido consumido por los apaches, salían de nuevo a saquear. Los grupos de asalto podían viajar a cientos de kilómetros de los campamentos para hacer incursiones en ranchos o asentamientos de Nuevo México, Chihuahua o Sonora, donde era muy fácil para los apaches entrar y salir, pues la defensa en esos lugares estaba muy debilitada (Worcester, 2010, p. 18).

Los atapascanos, al igual que los chichimecas, se preparaban para la guerra con danzas ceremoniales alrededor de un fuego nocturno, una forma de diversión que a menudo se fusionaba con un frenesí originario de las creencias religiosas. Philip Powell (1977) señala que estas ceremonias se combinaban con alcohol y peyote, más la repercusión emocional generada por sus brujos, las profesas de sus ancianas y la danza se transformaba en un estado de furor bélico que resultaba temible cuando atacaban a sus adversarios. La preparación para batalla era un factor adicional que confiere al chichimeca del México del siglo XVI un luchador formidable, naciones enteras que con ferocidad resistieron la invasión y la apropiación de sus tierras a lo largo del tiempo (Powell, 1977, p. 34).

En última instancia, su modo de vida, la extensión y la agreste topografía de sus tierras, así como su incipiente desarrollo político y social, se convirtió en un desafío formidable de hacerse conquistar por pueblos tan sedentarios y políticamente organizados como los españoles y los nahuas. La costumbre de adquirir ciertos alimentos del Gran Chichimeca le otorgaba una considerable movilidad de desplazamiento en comparación con la del individuo sedentario, obligado a estar cerca de los animales domesticados, de la agricultura y de abastos importados. El nómada tenía la capacidad de interrumpir este suministro crucial, acabar con el

ganado y de esta manera detener completamente la prosperidad económica y el poderío militar de los invasores (Powell, 1975, p. 58).

En tiempos difíciles, se tomaban medidas desesperadas y una de ellas era la paz y la guerra entre apaches y españoles. Flagler (2006) menciona algunos casos importantes sobre acuerdos de paz entre apaches y españoles. Dice que “en 1779 los comanches llevaron a cabo una cruenta incursión contra los lipanes, que acabaron por pedir la paz y la protección de los españoles en Coahuila”. El gobernador de aquella provincia, Juan de Ugalde, comenzó a utilizar auxiliares lipanes en sus campañas contra los mescaleros a los que él consideraba como los más peligrosos y péfidos de todos los apaches. Sin embargo, cuando éstos también pidieron la paz, Ugalde accedió a que tres bandas de mescaleros se instalasen en el abandonado pueblo de San Francisco cerca de El Paso del Norte (p. 35). Finalmente, los apaches se instalaban en los pueblos de forma temporal, regresando a su vida nómada.

Existía un problema indígena en América, desde que se empezó a repoblar y a conquistar nuevo territorio por la empresa española. Era el sistema de alianzas indígenas. Flagler menciona que no existió un sistema complejo de grupos que se aliaran para vencer al enemigo, pero en diferentes circunstancias solían unirse. El problema de las alianzas es que los españoles y religiosos fracturan aún más este sistema que quizás apenas se estaba formando. Había ocasiones en donde los “comanches”, enemigos de los apaches, buscaban alianzas con los españoles. Por una parte, derrotaban a los apaches y pactaban la paz con enemigos más poderosos. A finales del siglo XVIII, los comanches habían sufrido las campañas de los españoles, apoyados de sus aliados indígenas. Estos, al ver los problemas que podrían enfrentar, una delegación de guerreros comanches se presentó en julio de 1785 al pueblo de Taos, pidiendo negociar una amnistía. Más de 400 personas de la tribu pactaron con los españoles la paz en Texas, cumpliendo el cese de hostilidades, el intercambio de prisioneros, la exclusividad hacia los españoles para ser las únicas personas extranjeras para adentrarse al territorio comanche, así como la ayuda en la persecución de apaches (Flagler, 2006, p. 38).

Otros enemigos mortales de los apaches eran los navajos, quienes libraban cruentas batallas por el control de las tierras ancestrales. Estos últimos solían enfrentarse constantemente por el control de las últimas zonas de caza del búfalo. Sin embargo, existían casos especiales en donde algunos apaches gileños hacían las paces con los navajos, con el propósito de llevar a cabo incursiones conjuntas contra los rancheros e incluso para atacar a los

españoles, cuando estos invadían territorio navajo, espacio que consideraban sagrado y vital para su sobrevivencia (Flagler, 2006, p. 45). El conflicto en torno al territorio navajo sigue siendo un problema actual, ya que de manera constante se encuentra en una batalla legal contra las autoridades del gobierno de los Estados Unidos, quienes de forma sistemática les despojan de una mayor extensión de tierras cada año.

El hurto perpetrado por los indígenas generó un aumento de agresividad y hostilidad por parte de los colonos, comerciantes y rancheros. Esta violencia despiadada fue apoyada de manera incondicional, justificada y de manera indiscriminada por la Corona, que continuaba sometiendo y oprimiendo a los pueblos originarios que solo deseaban recuperar sus tierras ancestrales y su modo de vida ante los invasores europeos. Más adelante analizaremos las medidas defensivas y ofensivas de los habitantes de la región de la Nueva Vizcaya. En esta investigación, analizaremos detenidamente el conflicto histórico entre los indios de las extensas praderas y los colonos españoles, así como su posterior enfrentamiento con los mexicanos y finalmente con los estadounidenses.

Existió un elemento importante que desencadenó el aumento de la violencia de los pueblos nativos de Norte América. La caza y el exterminio de los bisontes fue una estrategia desarrollada por el gobierno norteamericano, puesto que los “bisontes”, también llamados “búfalos” o “vaca de tierra” o “vaca peluda”, por los primeros exploradores franceses y españoles. Leo Huberman (2011, pp. 166-170) señala que las comunidades indígenas de las Grandes Llanuras dependían de una fuente alimenticia primordial: el bisonte americano. Estas manadas, compuestas por cientos de miles e incluso millones de ejemplares, se desplazaban cíclicamente entre el río Missouri y las Montañas Rocosas, abarcando desde México hasta Canadá. Su presencia transformaba el paisaje en un mar de cuerpos en movimiento, un espectáculo que deslumbraba a las caravanas de migrantes, quienes documentaban cómo el suelo quedaba cubierto por kilómetros durante sus migraciones estacionales. Este mamífero no era originario de las planicies del norte y del sur de Norteamérica. Sin embargo, los pueblos nativos lo importaron desde el este, a lo largo de un camino de fuego que transformaba el bosque para que el animal sobreviviera lejos de su hábitat natural (Dunbar, 2019, p. 40).

El bisonte no solo representaba la base de su subsistencia, sino también un recurso integral para la elaboración de vestimentas, refugios y herramientas. La supervivencia de estas comunidades estaba, por tanto, intrínsecamente ligada a la existencia del bisonte (Huberman,

2011, pp. 166-170). De acuerdo con la información divulgada en el diario de caza del siglo XX (CAZAWONKE), los búfalos dominaban las llanuras de Norteamérica desde Canadá hasta México y hacia el este hasta la frontera occidental de los Apalaches, con una inmensa población estimada de 60 millones de cabezas antes de la llegada de los colonos europeos. Las manadas se desplegaban a lo largo de Nebraska, Wyoming, Dakota del Norte y del Sur, Oregón, Washington, sin dejar de lado Texas y las provincias de Alberta y Saskatchewan. Esta publicación menciona que el bisonte americano fue abatido tanto por la caza comercial, como principalmente por la deportiva, aunque también por intenciones oscuras gubernamentales. La vaca de tierra proveía de carne, abrigo, pieles para tipis y ropa, huesos para herramientas, tendones para costura y cuerda para arcos, goma de sus cascos; sesos para curtir; vejigas para cargar agua; médula ósea como fuente de vitaminas; sebo para medicina; cráneos para rituales y escrotos para bolsas (CAZAWONKE, 2020).

En efecto, todas las partes del búfalo eran utilizadas por estos pueblos nómadas, sin embargo, no por los colonos ingleses, quienes únicamente comercializaban las pieles o las lenguas de estos animales, dejando en descomposición todo el cuerpo del búfalo. Esto generaba el descontento con los pueblos nativos, dado que, con el establecimiento de los colonos, estos se orientaban hacia el sur en búsqueda de territorios de caza, que se disputaban con otras comunidades. En la revista de caza “CAZAWONKE”, se analiza otro factor implicado en la matanza de los bisontes, denominado “el ferrocarril”.

Huberman (2011, pp. 166-170) menciona que la edificación de las vías férreas como la Unión Pacific, facilitó no solo el transporte de mercancías, sino también la llegada de cazadores profesionales, comerciantes y colonos provenientes de Estados Unidos y Europa quienes organizaban expediciones con fines lucrativos o recreativos. Ejecutaban cacerías indiscriminadas, exportando los productos derivados hacia el este mediante ferrocarriles, cuya expansión llegó hasta el meridiano 98° en la década de 1860. A esto se sumó el incremento de trabajadores ferroviarios, cuya presencia aumentó la presión sobre las poblaciones de bisontes que tuvieron que abastecer el campamento de los ferrocarrileros con 10 a 10 carcasas por día. En 18 meses abatieron más de 4.280 animales. Este problema también propició la violación de espacios destinados a los pueblos indígenas, ya que muchas de estas líneas atravesaban sus territorios y ahuyentaban a los búfalos. La construcción de las vías no fue el único problema, sino que los ferrocarriles animaban a sus pasajeros a disparar desde los trenes en movimiento.

El desarrollo de la caza deportiva de estos grandes mamíferos peludos atrajo a cazadores profesionales llamados “Buffalo Runner”, este individuo solía cazar a pie, a caballo o en vagón junto a dos o tres desolladores. Un ejemplo fue el irlandés Sir St. George Gore, quien en 1854 invirtió medio millón de dólares americanos en una expedición al lejano Oeste. Durante tres años, apodado “Straw-whiskered Baronet”, (el Barón de Patillas Largas) mató animales por placer, abatiendo 2. 000 bisontes. Se llegaron a registrar 8, 5 millones de bisontes cazados en un periodo de dos años (CAZAWONKE, 2020).

A finales del siglo XIX, ya no se veían rastros de búfalos según los excursionistas, solo quedaban los huesos blanqueados, los cuales eran evidencia de la existencia de estos animales en las grandes llanuras. Las grandes manadas de bisontes desaparecieron en 1883. Se cree que una causa, además de la caza irracional, fueron las enfermedades transmitidas por el ganado vacuno doméstico, la sequía de los años 1840 y 1880 en las llanuras, los incendios que asolaban los pastizales y la competencia de millones de caballos criados por los nativos. Se encontraron pruebas, después de la Guerra Civil norteamericana, en los grandes ranchos creados en Nebraska, Kansas, Colorado y Wyoming, de que la mayoría de ganado en Texas había contraído la fiebre de garrapata (CAZAWONKE, 2020).

Finalmente, en el año 1825, una devastadora epidemia acabó con la totalidad de los bisontes que habitaban en la región oriental de Nebraska. Los animales domésticos y salvajes murieron trágicamente, lo cual resultó en la escasez de alimentos para las comunidades indígenas locales. Como consecuencia, muchos de sus integrantes murieron de hambre, incluyendo aquellos que ingirieron la carne de los animales contagiados con enfermedades mortales. En 1858, otra epidemia diezmó por completo la población de bisontes que habitaban en el valle del río Platter River, tal como lo menciona el informe de la revista de caza profesional (CAZAWONKE, 2020).

Figura 2. Una montaña de cráneos de bison



La imagen fue tomada en 1892 montaña de calavera de búfalos aguardando a ser trituradas para abono. Fuente: Burton Historical Collection, Detroit Public Library, Public Domain véase en https://naukas.com/fx/uploads/2017/03/Bison_skull_pile-restored.jp

En las Grandes Llanuras, la base del modo de vida indio también era el bisonte americano. Este animal no solo reforzaba la economía, de igual modo, conformaba la religión y la cultura de la región. La introducción del caballo por parte de los colonos españoles facilitó en gran medida la caza de los búfalos, así como la intensidad de los enfrentamientos intertribales. Entonces, la desaparición del bisonte ocasionó graves daños al entorno, ya fuese por la caza desmedida o las enfermedades, daño padecido en casi toda Norteamérica indígena. Describe la publicación CAZAWONKE que los indios blackfeet sufrieron enormemente, pues 605 ancianos y enfermos se mantenían bajo la custodia de la Agencia India en 1881. Tres mil más perecieron en 1883, pues no tenían alimentos y las raciones llegaron dos años después, y no había búfalos para consumir.

El exterminio de las grandes manadas de bisonte comenzó en la década de 1830, pero la etapa final y más grave de la masacre tuvo lugar entre 1867 y 1884, otros dicen que fue en el decenio de 1874 cuando alcanzó su apogeo. Esta matanza fue denunciada al Congreso de los Estados Unidos, cuyas acciones no resultaron en detención. El resultado fue una devastación ecológica sin precedentes. Hacia 1870, las llanuras estaban sembradas de esqueletos, evidencia de una matanza sistemática que redujo la población de bisontes de millones a casi su extinción en una década. Este colapso biológico tuvo consecuencias estratégicas: al desaparecer su principal recurso, las naciones indígenas perdieron autonomía económica y militar, lo que forzó su sometimiento a las reservas gubernamentales. Así, la erradicación del bisonte no solo alteró un ecosistema, sino que consolidó el control territorial estadounidense al neutralizar la resistencia indígena (Huberman, 2011, pp. 166-170).

El problema de la caza y de la extinción de los búfalos, inició con la llegada de los colonos ingleses al norte del continente americano. La caza indiscriminada de este mamífero ocasionó grandes consecuencias para el balance de la vida de las naciones indígenas. Las autoridades de los Estados Unidos sabían de la situación, pero al observar la crítica, no implementaron ninguna medida para detener la destrucción de estos grandes mamíferos, fundamentales en la dieta de los nativos. Podemos llegar a pensar que el padecimiento de dichas comunidades les resultaba beneficioso. La aniquilación de los búfalos afectó en muchos sentidos a todas las naciones indias de Norteamérica. Menciona Peter Cozzens, que el conflicto intertribal más intenso tuvo lugar en las llanuras del norte, donde las luchas eran continuas, ya que las tribus hacían todo lo posible para proteger sus terrenos de caza. En todo el Oeste las

comunidades sobrevivieron y prosperaron por medio de alianzas, mientras que las que actuaron solas padecieron terribles sufrimientos.

La colonización y la expansión del territorio septentrional de Nueva España fueron violentas. El robo de ganado y las incursiones armadas generaron un profundo descontento entre los pueblos originarios, quienes se organizaron para resistir la invasión. Las costumbres y estrategias bélicas de los apaches, su adaptación al uso de caballo y armas de fuego, y su lucha por la supervivencia frente a la colonización española, mexicana y estadounidense. La importancia del bisonte en la cultura y economía indígena, y cómo su exterminio por parte de los colonos afectó gravemente a las comunidades nativas. Finalmente, las alianzas y conflictos intertribales, así como las estrategias de resistencia y adaptación de los pueblos indígenas frente a la opresión colonial.

2.2 Frontera armada

Dentro en su furor esquivo se encierran todos los males, y con flechas infernales a ninguno dejan vivo de los míseros mortales

Fernán González De Eslava

En este apartado se abordará cómo se desempeñaba la defensa y formación de la frontera norte de México, que en un principio fue la frontera de la Nueva España. Se comenzará describiendo las prácticas militares en la frontera. Cuando hablamos de defensa y formación de una frontera, también analizamos la formación de la armada. Se creía que el ejército español estaba muy bien armado e incluso se pensaba que la gran mayoría de los soldados utilizaban armaduras de metal. Afirma Luis Alberto García, que las armaduras de los conquistadores no eran de metal, sino que eran de una especie de cuero llamada “coletó”. Conocida por los árabes como *adarga*, esta protección era más fácil de costear, y práctica para la guerra de baja intensidad, consistente en incursiones y saqueos, que caracterizaron a las fronteras de la Iberia medieval.

Es importante mencionar que la frontera vivía en permanente estado de guerra, por lo que, no era muy atractiva para residir. El sistema de defensa militar empleado en los límites del

Norte de la Nueva España fue el sistema español medieval. Desde un comienzo, la defensa de su barrera requirió la creación de milicias municipales, además de que los pueblos que se encargaban de la defensa del lindero fueron las nuevas poblaciones que no eran originalmente castellanas, dándoles acceso a las prácticas sociales de participación militar. Otro fenómeno implementado, por los colonos españoles al Nuevo Mundo, eran la “incursiones” ésta era una forma de guerrear, diseñada no para tomar territorio sino para saquear, esclavizar enemigos y destruir sus poblaciones. Era una guerra de desgaste, la denominaban “guerra guerreada”, las correrías eran llamadas cabalgadas y algaras, y sólo participaban fuerzas montadas (García, 2021, p. 14).

Es necesario recalcar que tanto la práctica como el término de “incursiones” denotan un fenómeno practicado principalmente por los árabes y españoles, realizado como una estrategia de guerra, pues consiste en llegar al campamento o asentamiento del enemigo y tomar todas sus provisiones, así como asesinar a los oponentes. Después de la conquista, y cuando apenas se comenzó a colonizar el gran norte de México, los nativos fueron expulsados de sus tierras por los colonos ingleses y, en busca de refugio y alimento, empiezan a hurtar algunos caballos y vacas. Los colonos veían esto como un saqueo o robo, pero simplemente es parte de la sobrevivencia de los pueblos nativos de la frontera. La construcción de una defensa implicó un nuevo análisis del panorama político, social, cultural y sobre todo geográfico, debido a que esta zona era muy diferente a las antes vistas en la historia de Europa. Se trataba de una frontera sumida en una eterna guerra o conflicto, pues desde sus comienzos la penetración de aquel territorio fue la más difícil de casi toda la historia del continente americano, nos referimos a la penetración al territorio “chichimeca”.

La Guerra Chichimeca había durado medio siglo, pero una vez que los colonos ingresaron al territorio, encontraron y explotaron las minas de plata de Zacatecas, este comercio español proveniente de las minas atrajo a los indios que se dedicaban a saquear, pero los españoles carentes de mano de obra en las minas realizaron cacerías de esclavos entre las poblaciones indígenas locales, conflicto que tendría consecuencias relevantes (García, 2021, p. 47). Se puede observar que la guerra era un factor importante en la organización de los chichimecas, quienes practicaban un tipo de campaña basada en incursiones. En 1560, los objetivos de los asaltos apenas eran ranchos y viajeros que se encontraban en los caminos de plata, una década después incrementaron los ataques cercanos a la ciudad de México y

Guadalajara. Sin embargo, los colonos no podían atacarlos como los nativos del sur y del centro de América, debido a que carecían de centros urbanos, pues eran nómadas y seminómadas dispersos en todos los espacios (García, 2021, p. 47).

Los chichimecas eran hombres y mujeres preparados en el arte de guerra, los pobladores nómadas actualizaron sus métodos de ataque, así como cambiaron y se adaptaron a las nuevas herramientas belicosas que habían traído los colonos españoles, señala Luis Alberto García (2021), que adoptaron el uso de espadas europeas y cuchillos de metal, y lo más importante fue el caballo, herramienta que los hacía más peligrosos, su nomadismo atemperó debido al comercio, llegando a acumular animales robados en corrales para intercambiarlos con otros nativos, los chichimecas cambiaron su organización política para enfrentar a sus adversarios con más eficiencia, llegando a establecer en confederaciones de tribus para lanzar ataques mucho más grandes contra las poblaciones españolas.

La armada ibérica no contaba con todos los elementos militares que siempre se pensó que tenían, pues los grandes cambios y transformaciones políticas, sociales y culturales que trajeron con su llegada al nuevo continente habían sido producto del sistema de alianzas. Este modelo resultó invaluable para los españoles en su avance dentro del continente americano, y posteriormente a la independencia de México, también se aplicó a las grandes confederaciones de tribus en contienda con otros invasores o separatistas de origen europeo y nacionales. Los españoles utilizaron un sistema militar en las fronteras de Norteamérica desde la época de Cortés hasta el siglo XIX. Este sistema se mantuvo igual a lo largo del tiempo y solo se modificó para ajustarse a las nuevas circunstancias. Esta manera de hacer la guerra no solo fue desafiada por las comunidades indígenas, sino también por la modernidad encarnada en pleno siglo XVIII por la monarquía de los Borbones y, finalmente, por el surgimiento de México y los Estados Unidos como nuevos Estados Nación (García, 2021, p.13).

Si bien, este sistema de defensa militar colono estaba conformado por algunos núcleos de población, se fundaron alrededor de las misiones o teniendo como centro los presidios para hacer frente a los ataques de indios, tales como “Galeana y Namiquipa, dotadas de tierra por Teodoro de Croix en 1778 o en Santa Rosalía”. Sus habitantes eran pequeños productores agrícolas y ganaderos que utilizaban el trabajo conjunto de su familia, lo que no facilitaba la protección de la frontera militar, pues, como afirmaba anteriormente Ana Lilia Nieto (2012, 17), la defensa de los límites estaba conformada por pocos soldados y pobladores que apenas

sobrevivían de su trabajo diario, esto era un problema muy evidente durante el ataque de los nativos.

La organización y planificación estratégica de la defensa de la frontera experimentó un cambio significativo en su estructura y funcionamiento a lo largo del tiempo. Esto se debió a que el panorama demográfico del norte se volvió cada vez más desalentador, principalmente a causa de la incidencia de epidemias mortales, las prolongadas sequías que asolaban la región, la marcada distancia con respecto al centro y, sobre todo, la magnitud de los ataques perpetrados por los indios hostiles, quienes realizaban saqueos constantes que se incrementaban durante la temporada de otoño, especialmente en el mes de septiembre, momento en el que tenían lugar las correrías de los temidos comanches (Nieto, 2012, p. 17).

Luis García (2021) sostiene que la estructura de la organización militar establecida en la frontera noroeste de Nueva España, que luego se convirtió en México independiente, mantuvo con el paso del tiempo un marcado y distintivo carácter eminentemente ibérico-medieval desde la llegada de los europeos en el siglo XVII hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. El problema de esta nueva y desafiante frontera militar fue cuidadosamente planificado y construido por los colonos españoles, quienes implementaron y mantuvieron en funcionamiento el riguroso y eficiente sistema militar heredado de la dichosa España medieval. En este contexto, se evidencian las malas condiciones de vida y de trabajo para los habitantes de la región.

El principal problema de seguridad que presenta Ana Nieto (2012) y Luis Alberto García (2021) es la incapacidad de los pueblos para su defensa, debido, a que los habitantes entraban en pánico, se construían barricadas, pero no tenían armas y, cuando las tenían, no sabían usarlas, ni hombres y mujeres. La frontera vivía en permanente estado de guerra, no era muy atractiva para residir en ella. El sistema de defensa militar empleado en la frontera Norte de la Nueva España fue el sistema español medieval, puesto que desde un comienzo la defensa de su frontera requirió la creación de milicias municipales, además de que los pueblos que se encargaban de proteger la frontera eran nuevas poblaciones no originalmente castellanas, dándoles acceso a las prácticas sociales de participación militar.

La composición de la milicia, la describe Luis García de la siguiente manera: los comandantes militares eran altos oficiales de gobierno u hombres acaudalados de quienes se esperaba que utilizaran recursos para la guerra contra los indígenas. Además de que existía la

necesidad de construir fuertes que protegieran a los viajeros y a los vecinos. Los españoles basaron sus tácticas guerreras en incursiones punitivas llamadas entradas, que consistían en grupos de nueve a 50 jinetes que penetraban al interior del territorio indio para destruir sus campamentos. Estas fuerzas estaban conformadas por aliados indígenas que por lo regular eran los indios pueblo o grupos contrarios a los saqueadores. También había jinetes armados en los caminos, que trataban de vigilar y ayudar contra los ataques chichimecas. Sin embargo, estas medidas no siempre estaban basadas en una estrategia general, sino que más bien eran iniciativas individuales que en ocasiones tenían éxito y otras fracasaban, el autor demuestra que, a pesar de que se tomaron todas estas medidas, nunca existió algún tipo de paz.

El problema de la defensa fronteriza se observó como una amenaza constante tanto en los inicios como a lo largo de todo el siglo XIX. La situación se tensó cuando México logró su independencia, pues había heredado la gran riqueza territorial de la corona española y, a su vez, su mala organización administrativa. En los días previos a su emancipación de su libertad, los periódicos comenzaron a difundir alarmantes noticias sobre el septentrión mexicano. Por ejemplo, la gaceta diaria de México publicó detallados informes sobre los riesgos y peligros de poblar el septentrión y del riesgo económico que existía en la zona a causa de los indios apaches. En una parte del diario se menciona lo siguiente:

“Todo el ámbito de esta provincia es una cadena de sierras minerales de plata, algunas de oro, aunque de baja ley. En el descubrimiento del real de Batopilas se hallaron varias porciones de plata virgen. La vota del real de santa Elidía á cinco leguas de Chihuahua y correspondiente á su jurisdicción, ha sido siempre rica, y sus metales muy dóciles á cualquiera beneficio como los de las minas antiguas del Parral...siendo muchos los minerales que se trabajan, aunque lentamente por la falta de aesilioso, y por que en el discurso de mas de 40 años no há habido un parage libre de las crueles incesantes hostilidades de todos los indios apaches...”⁴

Las noticias reportadas en los diarios eran confirmadas por las narraciones de los viajeros internacionales. Ana Nieto (2012) señala que los extranjeros comentaban que en regiones más al norte “había comanches por todas partes” y que era una “vergüenza” que un grupo de “salvajes” “pusieran en tantos predicamentos a una nación que se decía civilizada”.

El principal dilema residía en el hecho de que las poblaciones asentadas en las regiones del norte septentrional del territorio, las cuales tenían un valor estratégico fundamental en el

contexto de la guerra contra los nativos, formaban parte de una extensa red de comunicaciones que históricamente han conectado y siguen conectando las regiones del norte de México y Texas. Según el análisis realizado por Gilberto García en su estudio publicado en el año 2021, se resalta la relevancia de esta conexión, la cual, representaba una línea de comunicación vital para los habitantes nativos y facilitaba el traslado de ganado, pudiendo ser descritos como importantes “corredores” en la región.

A causa del descontrol y la inestabilidad generados por los habitantes norteros, como consecuencia de los constantes ataques de los indios de las praderas, se llegó a especular acerca de la posibilidad de que detrás de estos feroces enemigos pudieran surgir otros aún más peligrosos para la seguridad y para la integridad del territorio nacional, lo cual era motivo de gran preocupación. Ana Nieto (2012, p. 21), plantea que México se encontraba en una situación en la que no tenía la capacidad para enfrentar los desafíos de manera efectiva. La presencia gubernamental era tan limitada, lo que impedía que el Estado pudiera ejercer su autoridad soberana, tanto hacia su población como para posibles enemigos externos.

A principios de 1846 se hizo evidente la crisis del gobierno mexicano, dada la falta de consolidación de las estructuras externas e internas. Además, existían otros problemas, como las disputas pronunciadas entre conservadores y liberales. Tras la toma de control de los liberales sobre la nación, la creación de un ejército sólido y confiable no fue la primera medida adoptada. A pesar de que Mariano Arista implementó ciertas modificaciones en el ejército, no se lograron conseguir recursos monetarios suficientes para pagar a los soldados. En última instancia, la pérdida del territorio hizo evidente la necesidad de una reestructuración y creación de una identidad que uniera a todo el pueblo de México. El problema inicial de la defensa de la frontera fue ignorado, pues no se prestó atención al principal punto débil de la defensa, el cual era el tratado con los pueblos indígenas del norte de México, ya que aunque existía la frontera, no se previnieron los problemas que podían surgir al no establecer algún tratado con las naciones indias del norte.

Al perder México más de la mitad de su grande territorio a raíz de la invasión estadounidense, las naciones indias no consideraron la separación del territorio mexicano, ya que no les importaba porque fuese indistinto a ellos, sino porque no se consideraban parte de ninguna nación, debido a que su soberanía e independencia era únicamente suya. Además, ambos países los veían como una amenaza a sus realidades de orden. Finalmente, con la firma

del tratado Guadalupe-Hidalgo, se fijó la persecución masiva contra las naciones indias, con el objetivo de aprisionarlas en reservas o simplemente extinguirlas. No obstante, se puede analizar que la separación del territorio ocasionó muchos problemas para estos pueblos, y a pesar de ser parte de dicha contienda, solo fueron utilizados y olvidados.

La situación de inestabilidad y descontrol en las regiones del norte de México durante el siglo XIX, causada por los constantes ataques de los indígenas de las praderas, como los apaches y comanches. Se destaca la importancia estratégica de estas regiones, que formaban parte de una red de comunicaciones vital para el traslado de ganado y la conexión entre el norte de México y Texas. Sin embargo, la falta de presencia gubernamental y la incapacidad del Estado mexicano para enfrentar estos desafíos generaron una crisis profunda, agravada por disputas internas entre conservadores y liberales.

2.3 Subsistencia y robo de ganado

*Si tú piensas que todos los hombres fueron criados iguales,
nunca viste cabalgar a Chato en las infernales montañas de la
Sierra Madre*

William Hafford

Una vez estudiado lo anterior, se sabe que las incursiones de los apaches eran un mecanismo de sobrevivencia, dado que fueron desplazados y desalojados de sus territorios tanto por colonos como por otras naciones indias. La presencia apache se observó en el transcurso del siglo XVIII al sur y occidente del río Grande (río Bravo). Sara Ortelli (2010) menciona que existe mucha evidencia documental entre 1770 y 1790, acerca del despoblamiento, problemas en la economía regional y la dislocación del orden colonial en el septentrión novohispano, junto con el temor persistente y la violencia constante que sentían los pobladores de aquella región, particularmente Sonora y, en ocasiones, Chihuahua y Coahuila, donde se encontraba un grupo causante en especial; “los atapascanos”.

Aunque se atribuía a los apaches todo el mal que azotaba al septentrión novohispano, Ortelli (2010) explica que no era del todo cierto. Los colonos utilizaban la mala concepción

que se tenía de los apaches para solicitar fondos a la corona cada vez que estos enfrentaban algún problema económico. Ortelli presenta como ejemplo, la zona de San Felipe el Real de Chihuahua en 1750, donde existió un momento de decadencia en la producción minera. Se creía que los trabajadores se habían retirado de aquella zona debido al ataque de apaches, sin embargo, el síndico a cargo, Domingo Antonio Gonzáles de Novoa, realizó diferentes entrevistas a vecinos cercanos y su investigación dio como resultado que las bajas en la población eran por una epidemia (Ortelli, 2010, p. 22).

En la actualidad, se ha estudiado de manera más profunda el problema de las incursiones, se ha llegado a diferentes resultados que enriquecen la investigación. Tal como el hecho de que son más complejas de lo que se había pensado, en las incursiones participaban grupos de heterogénea composición étnica y social, presencia de relaciones de comercio e intercambio en donde se involucraban varios grupos que conformaban extensas redes, que operaban tanto en el interior de las provincias septentrionales como más allá de ellas (Ortelli, 2010, p. 23). El robo de ganado era para los apaches tan solo una práctica de apropiación y, en este caso, se podría señalar que en principio se trataba de un “hurto de ganado”, ya que se realiza a escondidas, pues, “el robo” es un arrebato por lo regular con violencia. Además, que “el robo de ganado” implica una organización más compleja, donde los sujetos van armados y dispuestos a enfrentarse a los dueños de forma violenta. Ortelli (2010), examina que tal vez la idea del robo fue un gesto de violencia de los colonos nortños, para justificar la violencia hacia las naciones indias, es decir, el *hurto* de los indios no reducidos fue presentado como un *robo*, alertando a las autoridades virreinales para hacerle frente a una especie de alzamiento indígena.

El robo de ganado no fue una actividad propia del septentrión novohispano ni de los espacios fronterizos, sino que fue, en un principio, un medio de subsistencia que reemplazó al búfalo con la vaca. Pero con el pasar de los años los indígenas se volvieron dependientes de la obtención del ganado, de manera que cambiaron su forma de vida, de la caza del búfalo al robo y ataque de asentamientos de españoles que, a finales del siglo XVIII, incrementó en intensidad. Entre los años 1785 y 1787, en la jurisdicción de Parra, se contabilizaron más de ochenta y cinco incursiones, de las que sesenta y siete se mencionan como responsabilidad de apaches (Ortelli, 2010, p. 26). Existe un problema en la contabilidad de las incursiones, pues, para muchos de los españoles, se vio a indios en su ejecución. Entre 1779 y 1781, se señalaron

a apaches y a tarahumaras, pero se piensa que es posible que los colonos hubiesen confundido a los apaches con otro grupo indígena, pues, para aquellas fechas, se sabía que eran los apaches quienes realizaban aquellas incursiones y la discriminación hacía ellos podría tomarse en general, sin realmente saber a qué grupo étnico pertenecían las diferentes bandas de indígenas no reducidos (Ortelli, 2010, p. 26).

El robo de ganado deviene de la necesidad de alimento que necesitaban muchos de los pueblos indígenas de Norteamérica, que habían sido desplazados por otras naciones indias y sobre todo por los colonos ingleses. Muchos autores reflexionan que los atapascanos, al igual que otros pueblos indígenas, llegaron de Canadá al gran septentrión donde se dedicaron a comerciar con los pueblos vecinos, como lo habían hecho desde antes de la llegada de los colonos. El comercio fue una de las principales bases de subsistencia para muchos indígenas, ya fueran de pieles, frutos u otros objetos, el intercambio fue variando con la llegada de los colonos y también se fue prohibiendo. Existían grandes redes de comercio indígena, pero estas se fueron terminando cuando los colonos ingleses llegaron a Virginia y empezaron a extender su dominio en territorios indios.

Los colonos europeos, con su llegada, se dedicaron a rastrear y explotar las minas en América, realizando múltiples asesinatos, como consecuencia de esto, se desbarataron las redes de comercio indígenas. La explotación en las minas y haciendas dio como resultado la inanición, la pérdida de tierras, la prohibición de producción de sus alimentos, así como la falta de voluntad de vivir o reproducirse, ocasionando el aborto y la deportación. El comercio parecía ser su única fuente de subsistencia para los sobrevivientes a la explotación. Sin embargo, las potencias colonizadoras tomaron el control de las rutas comerciales, dejando sin alimento a las comunidades y debilitando a las poblaciones, además de sustituir los productos y alimentos indígenas por los europeos (Dunbar, 2019, p. 54).

En definitiva, las incursiones de los apaches en el septentrión novohispano durante los siglos XVIII y XIX, destacando que estas acciones eran un mecanismo de supervivencia ante el desplazamiento de sus territorios por los colonos y otras naciones indígenas. El robo de ganado, una práctica común entre los apaches, se interpretaba como un acto de violencia por los colonos, pero en realidad era una forma de subsistencia que reemplazó la caza de búfalo. Con el tiempo, los indígenas se volvieron dependientes de esta actividad, lo que aumentó la intensidad de los ataques a los asentamientos españoles. Aunque se atribuía a los apaches la

mayoría de los males en la región, como el despoblamiento y la decadencia económica, en muchos casos estos problemas tenían otras causas, como epidemias. Además, las incursiones no eran exclusivas de los apaches, sino que involucraban a grupos étnicos diversos y redes de comercio complejas.

2.4 Conflicto en la Nueva Vizcaya

Nadie quiere más la paz, que nosotros

Cochise

En este apartado se analizarán las incursiones o partidas de asalto llevadas a cabo por los indios apaches contra los terrenos de los hacendados y asentamientos de la región de la Nueva Vizcaya, analizando en profundidad las repercusiones que tuvieron tanto en los colonos españoles como para los pobladores mexicanos, una vez consumada la independencia de México respecto a la corona española. Este análisis es relevante en este punto de la investigación, ya que nos permitirá fortalecer y respaldar una parte fundamental de la hipótesis inicial. Además, es importante destacar que, al realizar este análisis, se rescatará significativamente la preservación de la memoria histórica del pueblo apache y demás comunidades indígenas, las cuales se vieron enfrentadas al tratar de sobrevivir ante la llegada y expansión de los colonizadores europeos.

Las incursiones apaches, también conocidas como partidas de asalto, eran relativamente pequeñas en cantidad, conformadas por un grupo que oscilaba entre cuatro o doce hombres. Los astutos asaltantes se desplazaban a pie con sigilo y se ocultaban meticulosamente por días, ahuyentando furtivamente a los animales para que su desaparición pasara desapercibida durante horas o días. Por lo general no eran fácilmente descubiertos, pero si en algún momento llegasen a serlo, estos huían la mayoría de las veces (Worcester, 2012, p. 18). El término incursión era utilizado por los vecinos del área, el cual, está cargado de una noción de territorialidad muy marcada, que concibe al espacio ocupado por los vecinos como propio, es decir, “incursión” para los vecinos implica ataque y rapiña (Aldama Bay, 2016, p. 3).

En el apartado anterior se describieron las condiciones del pueblo apache y del Gran Chichimeca, factores que los llevo a comercializar y a buscar alimentos en otras zonas como poblados o ranchos cercanos. Las incursiones o asaltos tenían como prioridad principal obtener alimentos, de las cosechas y ganado vacuno, entre otros artículos, para intercambiar con otros pueblos nativos o mestizos. Los atapascanos eran un pueblo guerrero, que en la antigüedad cazaban en las grandes manadas de búfalos, al igual que otros grupos, como comanches, navajos, dakotas, lakotas, cheyennes e incluso los sioux, quienes eran más conocidos por realizar estas actividades de caza, esenciales para su subsistencia. A pesar de que estos últimos grupos mencionados se encuentren más al norte del septentrión, su ubicación territorial experimentará una transformación, una vez que lleguen los colonizadores británicos.

La llegada de los colonos europeos a tierras americanas ocasionó un reajuste significativo en la distribución territorial de los pueblos nativos. A raíz de la invasión, se vieron forzados a modificar sus patrones de caza y a restringir sus territorios de caza, de modo que los invasores europeos se apropiaron y extendieron su control en casi toda Norteamérica, sometiendo a las comunidades más vulnerables y combatiendo a aquellas que aún estaban en lucha para exterminarlas, con el propósito de que todo aquel vasto territorio les perteneciera. También realizaron un reacomodo estratégico de las naciones guerreras con las que habían logrado firmar tratados de paz.

Ahora bien, los apaches eran pueblos nómadas que lograron la sobrevivencia a través de su adaptación de su entorno hostil, aunque para ellos era realmente un paraíso, pues eran sus tierras ancestrales, si bien, aun siendo invadidas por los europeos y otros pueblos indígenas, lograron convivir desarrollando una forma de comercio más amplia y flexible de acuerdo con la época, pues no todo se basaba en el hurto o en el fruto de las incursiones. Cuando el ganado ya había sido consumido por los apaches, salían de nuevo a saquear. Los grupos de asalto podían viajar a cientos de kilómetros de los campamentos para hacer incursiones en ranchos o asentamientos de Nuevo México, Chihuahua o Sonora, donde era muy fácil para los apaches entrar y salir, pues la defensa en esos lugares estaba muy debilitada (Worcester, 2012, p. 18).

Las incursiones, la mayoría de las veces, tenían como propósito principal la obtención de ganado vacuno y equino, el cual, era consumido o vendido dentro y fuera de la Nueva Vizcaya. Las partidas de asalto no solo se debían de apropiarse de los apaches, pues grupos de chichimecas, habían practicado esta actividad mucho antes que los atapascanos y no sólo lo

hacían para su subsistencia, ya que, obtenían un beneficio del mismo intercambio de mercancías con otros pueblos. Resulta increíble considerar que los apaches eran personas hechas para la guerra, sin embargo, con los nuevos métodos de guerra traídos por los españoles, combinaron su conocimiento con el de los invasores, se volvieron asombrosos estrategias tanto para la guerra como para el hurto y asalto en los ranchos cercanos.

García de León (2017) menciona la sumamente interesante estrategia que utilizaban los atapascanos, basándose en los hallazgos documentados por el general Crook. Este último relata su búsqueda, afirmando que: los apaches emboscaban sobre un terreno plano cubierto con un pasto de pie de alto, resultando invisibles para un convoy militar que pasó a su lado. Con la cabeza y los hombros revestidos de hierbas y el cuerpo embarrado de arcilla, permanecían inmovilizados bajo el duro sol de verano durante días enteros. Cuando se acercaban a un campamento o un rancho, lo hacían deslizándose sigilosamente mediante los movimientos lentos y elásticos de una víbora cascabel, la serpiente característica de la región (p. 42).

Las incursiones cada día eran más notables y amenazantes, lo que condujo a los españoles a abandonar Nuevo México tras convencerse de que los apaches y los navajos, estaban ayudando a los indios de otras tribus a huir de las casas o ranchos españoles donde eran sirvientes. No obstante, cuando los españoles decidieron volver a poblar la zona, les fue muy difícil, llegando a tardar dieciséis años. Los españoles albergaban la esperanza de que las tribus pueblo les rogase protección de los pueblos apaches y navajos. Pero los diferentes grupos de apaches empezaban a desplazarse, los mezcaleros trasladaron sus asaltos al norte, hacia el río Grande. Los gilias empezaron a atacar asentamientos españoles situados al sur, en Chihuahua y el este de Sonora. Conforme estos pueblos guerreros iban extendiendo sus zonas de poder, el rey se mantenía preocupado por los ataques de estos pobladores (Worcester, 2012, p.18).

Se considerará ahora, que una de las causas principales de la hostilidad de las incursiones apaches y de otros grupos étnicos, se debió en gran medida a las expediciones esclavistas que los españoles implementaron de manera clandestina. En un principio, a través de artimañas y engaños, llevaron a cabo el secuestro de varios miembros de la comunidad apache con el propósito de venderlos como mano de obra esclava. Esta cruel situación desencadenó un profundo sentimiento de odio y hostilidad hacia los colonizadores españoles. Este problema también contribuyó a la intensificación de la enemistad con ciertas facciones de

apaches con determinados grupos de indios pueblo, que en el pasado se habían unido contra los hombres blancos (Worcester, 2012, p. 23).

En la década de 1660, la hostilidad apache se generalizó tanto y se volvió tan destructiva que ningún camino resultaba seguro; los guerreros apaches estaban permanentemente alerta, listos para tender emboscadas a los viajeros incautos. Durante la década siguiente, las incursiones se hicieron aún más devastadoras y, a raíz de esto, en 1672 se abandonó el pueblo de Háwikuh. Los asaltos de los jicarillas y de los mescaleros provocaron el abandono de los pueblos Tompiro, al este de las montañas Manzano, a principios de la década de 1670. A excepción de unos pocos rebaños de ovejas que habían sido custodiados cuidadosamente, el ganado español en el valle del río Grande había desaparecido por completo. Mientras, al rey le había llegado noticia de la continua venta de apaches y, en 1673, a través de uno de los muchos edictos reales, ordenó la liberación de los indios esclavizados en Nuevo México y demás provincias del norte (Worcester, 2012, p. 23).

El monarca español, se mantenía preocupado por las incursiones realizadas por los pueblos del septentrión, recibiendo información por medio de misivas que demandaban la protección de los pobladores, mineros y ganaderos de la zona. En la mayoría de las cartas, se menciona más a los apaches como responsables de los ataques sobre asentamientos. Un ejemplo de esto se describe, en una carta del Comandante General de las provincias internas de Nueva España, que cuenta de las novedades de Nueva Vizcaya, de los oficios que a consecuencia pasó al virrey, y de sus disposiciones se ha enterado el Rey. Menciona de esta forma a los atapascanos:

“...Por el mes de Junio de dicho año 1777 se arrojó una indiada numerosa sobre las haciendas del Conde de San Pedro del Álamo, y poblaciones inmediatas en menos distancia de veinte y cinco lenguas de Durango: esta fue la primera irrupción que hicieron los Apaches de la banda de acá del Río de Navas, y acaban de ejecutar la segunda en el propio mes de junio en los mismo parales y con iguales desgracias que las que se vieron en la primera, pues tampoco fueron menos de sesenta y seis las muertes de personas de ambos sexos, ni el número de cautivos, ni el del considerable robo de mulas y caballada que se llevan sin oposición (...).”

Veamos entonces, que en la carta anterior se detalla la violencia de las incursiones apaches hacia los habitantes locales y constante saqueo de ganado mular y caballar, ya que se pensaba que, en un principio, los atapascanos y otros grupos étnicos consumían la carne de caballo.

En 1776 el problema de las incursiones atribuidas especialmente a los apaches llegó a ser tan grave que los funcionarios españoles crearon la Comandancia General de las Provincias del Interior, diseñada para solucionar ese problema. Se trataba de una administración puramente militar en la cual el comandante general tenía autoridad militar sobre la vasta extensión comprendida entre los golfos de California y México. En 1772, la situación se complicó aún más, pues debido a una regulación de aquel mismo año se recomendó el envío de los indios rebeldes de las Provincias Internas a Ciudad de México, donde podrían distribuirse entre las familias respetables como esclavos domésticos. Debido a que algunos apaches se escaparon del área de Ciudad de México y regresaron con su gente, el odio hacia los españoles se intensificó (Worcester, 2012, pp. 37-38).

El virrey, junto con los gobernadores de las Provincias de Oriente tenían como tarea principal cumplir los requerimientos de la corona española en el vasto continente americano. Menciona María del Carmen Velázquez (1996, p. 54-55) que una de las primeras directrices era que los colonos europeos establecieran relaciones amistosas y duraderas con las diversas comunidades indígenas, con el fin de garantizar su sobrevivencia. Los pueblos nativos desempeñaban un papel crucial al presentarles su servicio, sin embargo, aquellos que se mostraban desobedientes representaban un desafío considerable para la adquisición y control de las tierras.

El virrey Gálvez, con su habilidad diplomática, logró persuadir a muchos pueblos rebeldes a firmar la paz por medio de acuerdos. Fue así como en el año 1786, una banda de chiricahuas pidió la amistad en Sonora y aceptó vivir en un *establecimiento de paz*, ubicado en las cercanías del presidio de Bacoachi. Otros miembros de la tribu chiricahua, al ver cómo se les trataba a sus parientes, decidieron finalmente acceder a firmar el acuerdo propuesto por las autoridades. Pero, tras el fallecimiento del virrey Gálvez en el año de 1786, su sucesor, Manuel Antonio Flores, disolvió la negociación, ya que numerosos chiricahuas estaban suscribiendo la reconciliación con Sonora, pero hacían sus incursiones en Nuevo México y en Chihuahua (Velázquez, 1996, pp. 39-44).

Los sucesos anteriores eran una de las principales causas de que los acuerdos de paz no fueron efectivos o duraderos. Fue la falta de organización o control adecuado por parte de las autoridades españolas. Los residentes de la zona también contribuyeron al incumplimiento de los tratados, ya que buscaban a aquellos que habían robado al ganado para atraparlos y

recuperar a sus animales. La guerra entre los pobladores y los indios indómitos era sustentada por las autoridades en desacuerdo con la idea de darle una resolución al problema de la violencia. Además, se presentaba el problema de que la autoridad abandonaba la responsabilidad de aquella promesa, mientras que la autoridad que la relevaba no cumplía con el tratado, esta promesa se veía amenazada y a su vez rota.

Las medidas implementadas anteriormente, no solucionaron el problema en cuestión. Por lo tanto, las autoridades coloniales del virreinato decidieron implementar un elaborado sistema defensivo de presidios, con el objetivo específico de contener el avance de los apaches. Con lo que en la práctica se trazó una línea de frontera en contraposición a la resistencia de la expansión de estos pueblos indígenas. Los habitantes de los ranchos decidieron implementar una serie de medidas ofensivas y defensivas como respuesta a las incursiones. La colaboración activa del gobierno y de los vecinos se vió muy marcada, puesto que cada uno de ellos puso de sus propios recursos, para financiar esta guerra contra los apaches.

Se considerará ahora, que el problema central de la guerra contra los indios apaches, fueron las incursiones que a su vez ocasionaron ataques violentos y robo de ganado. Pero, la violencia ejercida por parte de los colonos no se justificaba, debido, que las incursiones y el robo de ganado no solo eran realizadas por los atascascanos. Existe otra perspectiva acerca de las incursiones y del robo de reses por parte de la investigadora Sara Ortelli (2010), quien en su artículo “Crisis de subsistencia y robo de ganado en el septentrión novohispano: San José del Parral (1770-1790)”, trata de establecer las relaciones entre el incremento del robo y los ciclos productivos agrícolas y mineros, las crisis de subsistencia, la incidencia de las sequías, la presencia de epidemias y los aumentos de mortalidad.

De acuerdo con Ortelli (2010), se puede observar con claridad que, desde el punto de vista de las autoridades provinciales del siglo XVIII, los adversarios buscaban resistir al invasor español, dislocar la economía de la provincia y ponerle fin al régimen colonial. Sin embargo, según el análisis de las diversas fuentes disponibles, sugiere que el objetivo principal de los “apaches” y de los insurrectos era la obtención de animales, especialmente caballos y mulas, los cuales, eran vendidos o intercambiados en el interior de la provincia.

Las investigaciones más recientes en el norte de México han explicado que la violencia, la crisis económica y el despueble de la Nueva Vizcaya se debía a las incursiones apaches, aunque, Sara Ortelli (2010) trata de darle una nueva visión al robo de ganado. Menciona que el

inminente despoblamiento, la desarticulación de la economía regional, la dislocación del orden colonial, la sensación de miedo y la impotencia ante el destino trágico de sus habitantes, tiene como protagonistas o responsables a los apaches, que aparecen referidos como el azote de las provincias norteañas y los responsables de todos los males que las asolaban. Sin embargo, los trabajos más recientes han demostrado que “los apaches” funcionaban como una especie de comodín que se adecuaba para explicar o justificar una amplia gama de situaciones.

La disminución de ganado tiene muchos elementos, algunos autores responsabilizan a los apaches. El término de “robo”, según la RAE, se refiere a quitar o tomar con violencia o con fuerza lo ajeno, amenazando o intimidando con armas, es decir, que el robo, significaba el arrebato con violencia y amenazas, para los colonos, ese concepto fue utilizado a conveniencia y comprensión occidental, cultura que graciosamente arrebatava las tierras de otros con el uso de la violencia. El término de robo no significaba lo mismo para los nómadas de las praderas que para los españoles, pues realmente no existía ese adjetivo en la cultura de los nativos. Según Ortelli (2010/24) la acción concreta que registra la documentación era la apropiación y el traslado de los animales, aunque la significación de tal acto fuera diferente en términos culturales para distintos grupos y no sólo se apropiaban de animales los indígenas no reducidos que eran percibidos como externos a la sociedad colonial, sino otros grupos integrados al sistema que compartían las mismas percepciones y el modo de vida de los españoles.

A fines de la década de 1750, la zona de San Felipe el Real de Chihuahua atravesó un momento de decadencia en la producción minera que, sumada a la escasez de población y la consiguiente falta de trabajadores, fue atribuida a los ataques e incursiones de grupos indígenas. El ensayista José de la Borbolla hizo una detallada relación de la decadencia, expresando de la manera siguiente: “el considerable número de gente que ha muerto por el oeste, por eso se habían escaseado los operarios y peones de minas y haciendas de fundición”. Parece ser, entonces, que el despoblamiento y la disminución de la actividad minera, se debieron posiblemente a otras causas adicionales, y no únicamente a las incursiones apaches, como se menciona en el estudio de Ortelli (Ortelli, 2010, p. 22).

En la Nueva Vizcaya eran varios los grupos que desarrollaban esta actividad. Entre ellos se identificaron las bandas de homogénea composición étnica y social -bandas multiétnicas, grupos étnicos no reducidos, entre los que se encontraban los apaches que participaban en algún momento de la actividad, fundamentalmente, como receptores de los

animales. También aparecen mencionados en la documentación como cuatrerros o abigeos, que en general son caracterizados como vagos y gente del mal vivir (Ortelli, 2010, p. 23). La historiadora Sara Ortelli, piensa que, aunque, los apaches realizan correrías en la Nueva Vizcaya y trasladaban ganado, no eran los únicos que lo hacían, pues, existían muchos pueblos étnicos que realizaban estas actividades, tales como; los comanches, tarahumaras y seris, entre otros. Pero se les culpaba de forma directa, es decir, que los generales de las provincias internas, al describir que eran los apaches quienes atacaban, caracterizaban a cualquier grupo indígena que asaltaba como “apache”, de manera que, existiendo cuatro grupos de asalto, las autoridades responsabilizaban solo a los apaches.

Los gobernantes y los vecinos, culpaban de la disminución del ganado, al estado de guerra permanente con los indios no reducidos que asolaban el territorio fronterizo, por lo que no dudaron en implementar una serie de medidas defensivas y ofensivas en un contexto de autodefensa limitada, las medidas eran doce, la más frecuente y pronta a una incursión de apaches era la persecución, tenía como objetivo represar el robo, la segunda era “la campaña”, se organizaba cuando se tenía sospecha de la presencia de una ranchería de apaches, era planeada con anticipación por alguna autoridad local, otras medidas eran “las partidas preparadas” eran partidas provistas de bastimento, parque y, en ocasiones, acuarteladas con el objeto de estar listas para salir inmediatamente después de recibir un reporte de incursión de apaches, aunque la mayor dificultad para ejecutar esta medida era la escasez de recursos para sostener a la fuerza acuartelada (Gutiérrez et al , 2015, pp. 1230-1234).

Existían otras medidas defensivas, como “la cortada”, una respuesta rápida, que permite interceptar y bloquear de manera inmediata el avance de las partidas de apaches hostiles. Otras estrategias implementadas incluían a “los exploradores”, las cuales consistían en una formación de pequeñas partidas que se enviaban al lugar afectado por las incursiones apaches con el objeto de verificar los hechos y encontrar huellas o pistas que señalaran el rumbo que habían tomado y recopilar información detallada sobre la situación en la región. El “destacamento” era una partida ubicada en un lugar estratégico en las inmediaciones de los pueblos, para dar una respuesta rápida a las incursiones (Gutiérrez et al, 2015, pp. 1234-1235).

La fatiga, se trataba de una partida organizada que salía en persecución de los apaches durante horas largas o días. “Los vigías” era un grupo especializado que detectaba noticias relacionadas con los indios indómitos y observaban sus movimientos. “La combinación” era

una medida ofensiva diseñada para la persecución de atapascanos por distintos rumbos, finalmente tenemos “la guerrilla” que separa la fuerza principal, “la emboscada” consiste en atacar a los apaches por sorpresa y “correr la línea”, esta última medida, se refiere al patrullaje de puntos geográficos (Gutiérrez et al, 2015, pp. 1235-1239). Aunque, estaban estas series de medidas defensivas y ofensivas, muchas de las veces en que se ejercían, no respondían a los objetivos iniciales, es decir, no eran del todo eficientes, pues los habitantes de aquellas provincias se negaban a participar. Sin embargo, las autoridades promovían la participación de los ciudadanos armados contra los apaches, ofreciendo retribuir por el ganado represado y las cabelleras de guerreros apaches muertos.

En contraste a la perspectiva de los autores mencionados, Sara Ortelli (2010, p. 29), expone algo trascendental en la investigación del ganado robado. Menciona, que es posible que los apaches consiguieran el ganado por medio de la compra o la crianza, pues no se sabe con certeza la disponibilidad de animales salvajes que vivían en las praderas, Ortelli examina la información y encuentra lo siguiente; “el padre Juan Agustín de Morfi atravesó la región y señaló que las llanuras de Texas y el Bolsón era un reservorio de animales salvajes y afirmó que las mesteñas eran numerosas, pues abundaban manadas salvajes, que contaban con más de un millar de caballos, yeguas y potros”. De modo que pudieron existir manadas de caballos salvajes e incluso los apaches u otros pueblos indígenas pudieron criar su propio alimento o pudieron comercializarlo con otros pueblos. Entonces, las necesidades de alimentación que han sido invocadas como una de las causas de las incursiones, es muy probable que el comercio se halla dado con otros pueblos.

En las décadas de 1770 y 1780 las incursiones alcanzaron niveles sin precedentes por dos factores: la gran cantidad de personas que dependían del robo de ganado para sobrevivir y el incremento de la demanda de caballos entre indios y europeos en regiones ubicadas más al norte. Estas actividades de intercambio dibujaron enormes redes que involucraron a un amplio espectro de sectores socioétnicos, y a los apaches y comanches, que proveían el ganado hacia Nuevo México y más allá (Ortelli, 2010, p. 32). Finalmente, se confirma parte de nuestra hipótesis, pues, si bien, la autora afirma que el despueble de los asentamientos de la Nueva Vizcaya, no se debió sólo a las incursiones apaches, pues, existían otros elementos como las epidemias, que provocaban una baja poblacional, este elemento repercutía, en el sector minero y, así mismo, en la defensa de la población contra el robo del ganado. Aunque, logramos

afirmar que realmente eran los grupos étnicos quienes comercializaban dentro y fuera la Nueva Vizcaya, exclusivamente los apaches.

La principal preocupación central de las autoridades se relacionó estrechamente con la manera en que fue interpretada la movilización masiva de gente y el despliegue de diversas formas de violencia que solía involucrar el robo, especialmente el robo y otros actos delictivos. También se puede interpretar que las manifestaciones fueron percibidas por algunos como intentos por terminar con el orden colonial que había prevalecido durante tanto tiempo en la región (Ortelli, 2010, p. 24). Pero, lo que más terror desató, fue el despoblamiento masivo de extensas zonas como Sonora, Chihuahua y Durango, y se atribuyó en gran medida a la presencia y acciones de los apaches de aquellos despueblos, lo cual tuvo un impacto devastador en la economía local.

Las incursiones de apaches chiricahuas sobre Sonora durante mucho tiempo son lo más aproximado a una guerra. Con el transcurrir de los años, los españoles confiaron en el exterminio: una política que no ofrecía ninguna esperanza de paz eventual con apaches. En 1772, la situación se complicó aún más, pues, debido a una regulación de aquel mismo año se recomendó el envío de los indios rebeldes de las Provincias Internas a Ciudad de México, donde podrían distribuirse entre las familias respetables como esclavos domésticos. Debido a que algunos apaches se escaparon del área de Ciudad de México y regresaron con su gente, con lo que el odio hacia los españoles se intensificó, Ugarte y otros oficiales de las Provincias Internas prefirieron enviar a los cautivos allende los mares (Worcester, 2012, p. 38).

En 1783, Teodoro de Croix envió noventa y cinco apaches a Ciudad de México con la orden de que les condujesen sin demora a algún lugar del que les resultara imposible regresar. El comandante general Pedro de Nava recomendó más tarde que todos los prisioneros de guerra indios fuesen deportados, sin tener en cuenta el sexo ni la edad, política que se fue adoptando gradualmente (Worcester, 2012, p.38). Estas acciones por parte de las autoridades españolas desataron la furia de los atapascanos, pues, no sólo tomaban cautivos a los guerreros, sino a los niños, mujeres, y ancianos, arrebatándolos de sus tierras de origen. Además de que ya estaban siendo cazados, por las gratificaciones de sus cabelleras, estas acciones violentas desarrollaron enormes consecuencias para los colonos, y más tarde para el pueblo mexicano, que implementaría las mismas medidas de la política heredada de los colonos españoles.

La política española era cruel para los apaches, pero también, para las personas que les

daban cobijo y protección, se designó que aquellas personas estaban destinadas a la muerte la más cruel posible, el destierro lejano, el desmembramiento de sus familias, la mutilación de sus cuerpos, la deshonra de sus mujeres y sus hijos. Pero eran más crueles los métodos autorizados por el virrey Bernardo Gálvez, que endureció sus políticas proponiendo una *“guerra sin cuartel ni misericordia contra cada nación insumisa”*, además de fomentar la afición de las bebidas embriagadoras a los indios, Gálvez obsequiaba variados regalos a los indios con los que pactaba la paz, con el fin de que estos se volvieran dependientes de esos objetos, bebidas como el aguardiente y el mezcal (García, 2017, p. 47). En la frontera se efectuaba un comercio intenso entre las partes enfrentadas y con las avanzadas colonizadoras de anglosajones y franceses, permitía una mutua familia entre enemigos. La paz expandía el comercio y beneficiaba a muchos grupos, pues, como señala García, la intención era crear necesidades nuevas, y con ellas, nuevas subordinaciones (García, 2017, p. 47).

La violencia ejercida por los invasores europeos, y más tarde por los mestizos, no se justifica, pues, como ya lo había comentado antes, las incursiones apaches solo fueron un producto del avance monárquico, que exilió y arrebató las tierras a sus antiguos dueños, implementando la violencia sobre aquellos pueblos que resistieron la evangelización y el nuevo sistema de vida monárquico. En conclusión, se responsabilizó al pueblo apache de las incursiones y el robo de ganado, de la violencia ejercida contra los pobladores y el despoblamiento de la Nueva Vizcaya. Aun existiendo otros grupos de asalto externos a los pueblos étnicos, sufrieron el exilio y la caza indiscriminada, por parte de los pobladores de Sonora, Chihuahua y Sinaloa. Como resultado inmediato, se desató una guerra de más de un siglo que, en consecuencia, dejó mutilado al México independiente y que le costó al pueblo apache su propia existencia como nación.

2.5 Furia apache

*Y desde niño vio Victorio la sangre. Las constantes carnicerías
que los blancos hacían en sus aduares, sin respetar mujeres o
niños*

Filiberto Terrazas Sánchez

El trauma generado por la guerra sin cuartel de los colonos españoles hacia los apaches se debe a las relaciones violentas que existieron por casi tres siglos, entre quienes querían la tierra y los que deseaban conservarla. El historiador Antonio García, es un poeta al relatar la trágica y amarga historia de un pueblo destinado al dolor y a la violencia por más de tres siglos, si es eso, que sus condiciones actuales no son peores. García de León (2017), narra la metamorfosis de los indios gentiles del desierto septentrional, ocasionada por hombres seguidores de Cristo. Los indígenas del desierto eran un pueblo nómada y en algunos casos seminómadas, dedicados a la caza, recolección y siembra para su consumo, aquellos seres de piel morena, de ojos profundos y de largos cabellos oscuros como el color de la noche, vivían en un espacio geográfico árido y seco, donde los mezquites, los agaves y los cactus adornaban aquel hermoso paisaje. La salida del sol solía alumbrar cada grano de arena, y la luna dejaba contemplar un hermoso y tranquilo estrellado. Los apaches y otros pueblos indígenas sentían el calor del corazón, pero la alarmante introducción de los hombres blancos les agitó el corazón, es decir, les robó aquella tranquilidad, espacio e, incluso, la vida misma.

Los apaches eran naciones gentiles, pero las condiciones de su vida estaban cambiando con el pasar de los años y no tuvieron opción o camino diferente a ser los “guerreros del desierto”. Para García de León (2017), el entendimiento de la muerte para este pueblo los hacía invencibles, en breve, la muerte le aseguraba un lugar junto al sol, iban a ser parte del espacio nocturno destellando toda la noche “la muerte era una victoria sobre el tiempo” (p. 16). Sin embargo, el camino hacia la muerte no les fue fácil, pues, en él estuvieron inmersas torturas. El siglo XVIII, levantó el valor e instituyó la furia de los atapascanos. Fueron aprisionados y

cazados a causa de sus hurtos y ataques a las rancherías de las provincias internas, encadenados del cuello, los brazos y los pies, fueron llevados al camino de la amargura del septentrión eran trasladados prisioneros a la ciudad de México, después enviados al castillo de San Juan de Ulúa para ser deportados a las fortificaciones de Cuba y, algunas veces a Campeche, Santo Domingo, Puerto Rico y las islas de Barlovento (García, 2017, p. 21).

Arrancados de las entrañas de su tierra, eran transportados en colleras o contingentes, fuertemente vigilados. Eran llevados caminando, niños, niñas, ancianos, jóvenes y guerreros. Su piel estaba quemada, sus ropas lucían como harapos sucios y sus condiciones físicas eran terribles, pero en su corazón aún estaba el calor del sol del desierto y con ello la esperanza de volver a los territorios donde descansan sus ancestros. García (2017), describe que, al llegar al castillo de San Juan de Ulúa, los apaches se fugaban de las autoridades virreinales lanzándose al mar emprendiendo una rápida y extenuante carrera hacia el septentrión (García, 2017, p. 24). La política de deportación empezaba a reformularse y el nuevo destino de los apaches sería La Habana. Esta decisión fue tomada, debido a que muchos de los apaches que fugaban lograban regresar con mayor tenacidad al septentrión donde se volvían jefes y los principales en seguir ocasionando robos y asesinatos. Lo más triste de la situación, era que los apaches no tenían un justo juicio previo y eran enviados violentamente a la Habana, en donde serían esclavos, acción que alteraría las Leyes de Indias, que prohibían la esclavitud de los indios (García, 2017, p. 29).

La colonización septentrional y de la misma Chichimeca fue una de las más complicadas y costosas en América del Norte, pues la corona sabía que aquellos territorios estaban pacificados desde el siglo XVI, aunque las naciones indias establecían alianzas intertribales y recuperaban sus territorios modificando nuevamente la geografía de las dominaciones. Un ejemplo de estas alianzas fue la de los tepehuanes, quienes efectuaron una resistencia armada durante medio siglo en las sierras de Durango, bloqueando el avance de los colonos en el siglo XVIII (García, 2017, p. 33). Estos eventos intensificaron la preocupación de la corona, que ya sufría temores grandes, con la creciente llegada de colonos ingleses y franceses en la cuenca del Misisipi, en la Florida. Mientras en Cuba los ingleses expulsaban a los españoles y sus misioneros. Además, se instalaban relaciones de ingleses y franceses con los indígenas, dando pie a vínculos comerciales, proporcionándoles caballos y armas de fuego, y un entrenamiento a las naciones indómitas, con la finalidad de presionar con ellas el oeste, hacia la tenue línea española de presidios, manteniendo las rivalidades y los enfrentamientos para

asegurar el control de los mercados de armas, vituallas y parque (García, 2017, pp. 33-35).

Pero el comercio también alentaba el tráfico de esclavos indígenas, muchos apaches e indios de otras tribus fueron además vendidos como esclavos o fueron regalados como siervos en el interior de México, en una escalada de violencia que arranca desde 1830 (por lo menos) y que se extiende hasta las últimas campañas de Gerónimo en 1886. Y para dar una idea de la persistencia de estos métodos de exterminio, en octubre de 1880, y después de una masacre, el gobernador de Chihuahua, Joaquín Terrazas capturó a Victorio, uno de los últimos caudillos apaches (García, 2017, p. 49). La situación se volvía más hostilidad cuando el brigadier Juan de Ugalde, gobernador de Coahuila y comandante militar de las provincias orientales, atacó en 1789, de manera brutal, un campamento de mezcaleros que ya habían pactado la paz, ultimando a todos los hombres, mujeres y niños a sangre fría, quedando sus cuerpos dispersos en el campo a merced de los lobos y los buitres. Los apaches respondían a todo esto con acciones igualmente crueles, ejercidas sobre sus prisioneros, los soldados y familias de presidios atacados: torturas, violaciones, desollamiento de cabelleras y decapitaciones formaban parte de este juego de guerra, infundiendo terror en ambos lados (p. 54, 57).

La notable capacidad de adaptación de los apaches les permitía mejorar la oportunidad de perfeccionar el uso de herramientas provenientes de los colonizadores españoles y estadounidenses. Un claro ejemplo son las adargas hechas a partir de cuero endurecido con dos capas, las cuales se cargaban en la espalda o a un costado de la cabeza del caballo, por lo regular de dimensiones más grandes utilizadas por los colonos. Los indígenas personalizaron su decoración. Estas eran elaboradas representaciones artísticas que incluían figuras del astro rey, la deidad de la Tierra, las direcciones cardinales y seres mitológicos como el mítico ciempiés. Estas manifestaciones visuales, llenas de simbolismo y colorido, reflejaban la profunda conexión espiritual que tenían con su entorno y sus creencias espirituales (García, 2017, p. 94).

Es importante tener en cuenta que no todos los apaches eran hostiles; existieron algunos que se llamaban "Apaches Mansos". Estos establecieron relaciones estables y pacíficas con los españoles, y se consideran leales aliados de los españoles. En enero de 1792, José Ignacio Moraga, teniente del presidio de Tucson recibió seis pares de orejas de quince guerreros apaches arivaipa, conocidos como los "Vinictinines", quienes afirman haber matado a apaches enemigos que sus hombres habían matado. Quince días después, Echeagaray suplente de Moraga, envió cincuenta reses de ganado para que los arivaipas pudieran comer

carne. Otros apaches se unieron al grupo y llegaron al presidio de Tucson con sus esposas e hijos, acompañados por su líder Nautil Nilché, quien solicitó pidiendo que les dejaran establecer su campamento. (Flagler, 2006, p. 27). Después de algún tiempo se sumaron más de cien personas; sorprendidos los españoles los llamaron "apaches de paz", y después de un tiempo se les nombró a "apaches mansos". Éstos se afincaron cerca de Tucson y Tubac; el censo del 1 de abril de 1843 menciona un total de 183 individuos, cuyo jefe era Francisco Coyotero (Flagler, 2006, p. 46).

La situación en la frontera a comienzos de la federación mexicana se tornó violenta. La práctica de saqueo ejecutada por los atapascanos no experimentó una reducción, sino que al contrario se intensificó. Este fenómeno era consecuencia de la violencia ejercida por los colonos españoles contra las naciones indígenas. Además de estar estrechamente vinculado con la urgencia de obtener alimentos de naciones asediadas por el nuevo sistema europeo y por las disputas con los pobladores mexicanos de la frontera, quienes se dedicaban a la captura de los apaches, provocando la disolución de sus estructuras familiares. El conflicto bélico fue intenso y no se registraron sobrevivientes indemnes. Flagler (2006) menciona que existieron casos registrados en donde las niñas y los niños apaches eran apresados y distribuidos entre los hombres involucrados en la campaña.

La escala de violencia alcanzó tal magnitud que el gobierno y los habitantes fronterizos empezaron a crear estrategias para hacer frente a los indígenas indomables, mediante actos inhumanos y sucios. El 23 de mayo de 1832, los jefes apaches Pisago Cabezón, Fuerte y Mano Mocha, junto con trescientos guerreros, fueron vencidos en una batalla. No obstante, en febrero del año siguiente, Pisago Cabezón volvió a atacar Janos y localidades adyacentes de Sonora, como Arispe. Ante las noticias de las incursiones, el gobierno de México adoptó una solución apresurada, decidiendo contratar cazadores, tanto de origen angloamericano como mexicano. En sus planes estaba entregar raciones de alimento a los apaches con el objetivo de mitigar la situación del robo. Sin embargo, los apaches ignoraban que dichas raciones estaban envenenadas (Flagler, 2006, p. 61).

Los atapascanos se enfrentaban a la persecución por parte de los rancheros del norte, los cazadores profesionales en obtención de cabelleras, las tropas mexicanas, filibusteros, naciones indias enemigas y contrabandistas famosos como John Johnson y Charles Ames. Estos últimos personajes eran aliados del gobernador de Sonora Manuel Escalante y Arvizu,

juntos planeaban atacar a diferentes grupos de apaches. El 20 de abril, un grupo fue a territorio apache para tratar de hacer negocios con los líderes Juan José y Diego Compá. Los jefes confiaron en aquellos hombres quienes más tarde los atacaron con un cañón, causando la muerte de más de veinte indios, incluidos algunos jefes como Marcel y los hermanos de Compá. Ese incidente fue el acto más traicionero que los apaches no olvidaron (Flagler, 2006, p. 62-64).

Lo anterior describe solo una de las tradiciones que estaban por venir. La traición más vergonzosa la experimentó Mangas Coloradas. Mediaba aproximadamente 1.92 metros de altura y pesaba 114 kilos. Nació entre 1790 y 1795 en el seno de la banda bendonkoe o chihenne. Se nombró por primera vez en los registros de México en 1842. Mangas Coloradas era un líder inteligente, reconocido por su habilidad de estrategia y política. Tenía la idea de que para sobrevivir al exterminio angloamericano, sería la unión definitiva de todos los indios insumisos por medio de lazos matrimoniales. Fue de esa manera que casó a una de sus hijas con Cochise, uno de los grandes jefes apaches; a otras dos las casó con jefes apaches montaña blanca y navajos. Sin embargo, la única alianza verdadera e importante fue la que tuvo con Cochise, pues por muchos años se unieron como pueblo para incursionar y hacer la guerra. Eran tan unidos que ambos vendían el producto del pillaje a traficantes mexicanos y angloamericanos en la comunidad de Janos. Es importante destacar que existieron más jefes apaches que llegaron a apoyar a Mangas Coloradas, tales como Irigoyen, Tepila, Delgado y Reyes, Teboca y Casimiro y finalmente Cuchillo Negro (Flagler, 2006, p. 68).

Las emboscadas contra los apaches eran principalmente planificadas por angloamericanos y mexicanos. Un caso destacado es el de James Kirker, quien el 6 de julio de un año determinado convocó a ciento cincuenta apaches al pueblo de Galeana con el propósito de celebrar los tratados de paz. Los apaches fueron embriagados con abundante mezcal. Una vez que quedaron incapacitados en el suelo, Kirker, acompañado de sus seguidores y residentes de Galeana, los atacaron con cuchillos mientras los chiricahuas descansaban. Según Flagler (2006,73-74), se reporta que en el incidente perdieron la vida 148 miembros de la tribu apache, incluido el líder Reyes y posiblemente Pisago, quien se presume era el progenitor de Mangas Coloradas.

En los años 1847 y 1848, la guerra entre los apaches se intensificó, resultando en múltiples ataques a lo largo de la frontera. Ante esta situación, los habitantes de los pueblos

vecinos optaron por abandonar sus hogares y buscar refugio en Bacoachi. En la frontera, en junio de 1848, se experimentaba un conflicto en el que ciudadanos armados apresaron a algunos apaches que estaban bajo la supervisión de Miguel Narbona. Los apaches capturados fueron trasladados a una prisión ubicada en la zona de fronteras. Al parecer, uno de los individuos retenidos era Cochise, quien se encontraba bajo custodia hasta el 11 de agosto, momento en el cual lo intercambiaron por un prisionero mexicano. La práctica del canje del prisionero era muy común entre los apaches y los mexicanos. No solo se realizaban intercambios de personas, sino también de bienes como alcohol, comida y ganado (Flagler, 2006, p. 74).

La frontera, conocida como una zona constantemente hostigada por los apaches, mantenían una conexión con los mexicanos basada en un sentimiento de "venganza". Además, la situación de violencia en la frontera no estaba siendo controlada por el gobierno mexicano. Este último experimentaba dificultades en la política interna del país, así como en su economía, lo que dificultaba la sostenibilidad de la independencia. Esto afectaba la vida y las relaciones de los mexicanos, especialmente aquellos que habitaban la frontera, así como la existencia de las naciones indígenas apaches, comanches y navajos. Flagler (2006) señala que, en 1849, debido al abandono de varios pueblos, una gran extensión del territorio septentrional estaría deshabitada, quedando vulnerable ante el paso de numerosos individuos que se dirigían hacia las minas descubiertas durante la "Fiebre del Oro" en California. La ruta del sur atravesaba los territorios de Nuevo México y el norte de Sonora. La migración de los escasos hombres restantes en el norte hacia California resultó en una mayor vulnerabilidad de la frontera (Flagler, 2006, p. 76).

El trauma generado por la guerra sin cuartel entre los colonos españoles y los apaches, un conflicto que se extendió por casi tres siglos debido a las relaciones violentas entre quienes buscaban apropiarse de las tierras y quienes deseaban conservarlas. Durante el siglo XVIII, muchos apaches fueron capturados, encadenados y trasladados a lugares como Ciudad de México, Cuba y otras colonias españolas, donde eran sometidos a condiciones inhumanas. A pesar de estas adversidades, los apaches demostraron una notable capacidad de adaptación y resistencia, perfeccionando el uso de herramientas y armas traídas por los colonizadores.

2.6 El fenómeno de las incursiones

Los apaches son tan agradecidos como vengativos... y conozcan que si el indio no es amigo es porque debe beneficio y que si se venga es por justa satisfacción de sus agravios

Bernardo de Gálvez (Siglo XVIII)

En este capítulo, se analiza el contexto de las incursiones, la guerra y el despueble de estados como Sonora, Chihuahua y Sinaloa. Las incursiones atribuidas a apaches y los casos de despueble han sido estudiadas por Ignacio Almaba Bay, Juan Carlos Lorta Sainz, David Contreras, Tánori y Amparo A. Reyes Gutiérrez. Estos autores describen las prácticas de robo y asalto, por parte de los apaches, quienes no son enfrentados de forma inmediata debido a su rapidez y sigilo para hurtar las cabezas de ganado. Sin embargo, los pobladores de aquellas zonas desarrollaron una serie de medidas ofensivas y defensivas, lo que dio inicio a enfrentamientos violentos, entre pobladores del septentrión mexicano y el pueblo apache.

Las incursiones y los asaltos perpetrados por los apaches representaron un desafío de gran dimensión para las autoridades mexicanas, ya que acarrearón grandes consecuencias y desencadenaron una profunda crisis interna, en relación con la seguridad y defensa del país. Las incursiones constantes de los indios nativos de las vastas praderas del oeste abrieron el paso a un lucrativo comercio prohibido por las autoridades mexicanas de la época. Fueron principalmente los apaches y comanches, hábiles comerciantes, quienes lograron establecer relaciones comerciales con los estadounidenses y algunos adinerados rancheros mexicanos, intercambiando cabezas de ganado, bovino, mular o caballar, que previamente habían sido robadas.

Normalmente, se atribuye a las incursiones apaches la causa del despueble en Sonora, pues la guerra se desencadenó por las represalias de las muertes de apaches, fue, una guerra muy larga y cara. No obstante, la historiadora Sara Ortelli (2007) argumenta que las incursiones en su práctica no eran violentas, debido a que, en la mayoría de los asaltos, los apaches huían

antes de que los ganaderos se dieran cuenta de que su ganado ya no estaba. Sin embargo, como lo había mencionado Ana Nieto (2012) las incursiones no sólo eran prácticas realizadas por apaches y comanches, sino que participaban otros grupos más, tal era el caso de otros pueblos indígenas, cuatreros y filibusteros.

Pero las consecuencias de las correrías ya fueran ejercidas por los apaches o no, tenían un resultado militarizado, puesto que, los habitantes de aquellas zonas frecuentadas por los ataques, se organizaron y crearon una serie de medidas ofensivas y defensivas. Estas medidas, se realizaron como una acción desesperada de parar las irrupciones de los atapascanos, sin embargo, no siempre se obtenían los resultados esperados, debido a que, no contaban con la climatización y el conocimiento militar y geográfico del gran septentrión novohispano y que más tarde sería parte del territorio mexicano. Se analiza el periodo colonial y de transición del México independiente y en el periodo de la invasión estadounidense. Se sitúa en esta etapa, porque así podemos explicar el contexto de los asaltos y más tarde el de la guerra, que llevaría al despueblo.

Las incursiones, no necesariamente de los nómadas, llevaron al asesinato de integrantes de familias atapascanas, por lo que llevó a las represalias, estableciendo un estado de guerra entre apaches, comanches, nortños y otros más. El contexto fue la violencia, tal como lo explican, Marcos Medina y Esther Padilla (2015), una “violencia crónica”, la cual se puede definir como “la fuerza con que a alguno se le obliga a hacer lo que no se quiere ir medios que no puede resistir”, Max Weber lo presenta de la siguiente forma, “Con frecuencia los grupos sociales que viven inmersos en situaciones agresivas deciden resistir a las imposiciones que contrariarían su voluntad, por lo que, entonces, se producen confrontaciones entre quienes buscan imponerla y quienes se resisten a dicha imposición”.

En este caso se estaría hablando de una violencia interétnica, que es aquella que se ejerce considerando las diferencias culturales e identidades de los grupos humanos, la cual, ha sido ejercida en la frontera norte desde la llegada de los colonos españoles, después de las misiones jesuitas y una vez más con el establecimiento y expansionismo tanto inglés como español. Con anterioridad se había mencionado que, en Mesoamérica, el panteón de dioses de las culturas indígenas les permitió a los franciscanos enseñar la nueva religión y los nuevos dioses se incorporaron o cambiaron en su panteón. En el caso de Aridoamérica y Oasisamérica, tenían sociedades políticamente descentralizadas, con escasa estratificación, su

vida nómada y seminómada, no permitió la incorporación de la religión católica.

La Compañía de Jesús en su difícil labor misionera, logró resistir al clima del septentrión y a los alzamientos constantes de los indígenas disgustados por la usurpación de sus tierras y por el nuevo sistema de vida, que los obligaba a vivir en la misión o a poblar las zonas cercanas a la misión o establecerse en las áreas adyacentes a la misma. La frontera septentrional es comprendida, por Medina y Padilla (2015, 10), como una zona de anchura indefinida, en la que ambas entidades políticas hacen sentir su presencia, pero sin lograr un control efectivo del territorio, el cual, es penetrado por grupos indígenas independientes que no han sido conquistados.

Asimismo, se entiende que la frontera septentrional, es un lugar político, económico y social de gran importancia, y eso mismo, se hace dominio de violencia, de las constantes guerras, por la pelea de aquel vasto territorio, tanto para los que querían conservar aquellos parajes ancestrales, como quienes querían explotar y repoblar aquellas tierras. Aunque más adelante este lugar trascenderá su propósito con la intervención por parte de los estadounidenses y su gran pérdida. El septentrión novohispano conformó una zona de frontera, integrada por la Alta California, los límites norteños de las intendencias de Arizpe y Nueva Vizcaya, del Nuevo Reyno de León, Coahuila, Texas y Nuevo México, todas estas tierras conformaban la frontera de los indios de las praderas o indios nómadas, los cuales eran realmente una amenaza para el control español.

De forma que, al tratar de hablar de violencia, se recapitulan las incursiones y las diferentes batallas entre las naciones indígenas del norte, entre los indígenas rebeldes contra los españoles, por la ocupación de sus tierras y servicios de la encomienda. Hicieron del septentrión una zona de guerra, principalmente por las grandes naciones indígenas, todas ellas con hábiles guerreros. La relación conflictiva con los grupos nómadas constituyó una condición dominante para españoles y mexicanos asentados en la frontera norte. La dificultad para vencer estos grupos, obligó a los españoles a buscar estrategias para enfrentarlos, aprovechando las rivalidades existentes entre distintas “naciones” como en el caso de comanches y apaches. Mientras que los indígenas agricultores fueron reducidos a pueblos de misión. Estos últimos también sufrían los ataques de los nómadas, por lo que fueron receptivos a las demandas de apoyo militar (Medina y Padilla, 2015, p. 10).

Aunque entre españoles, apaches y comanches, pactó la paz, esta era difícil pues, en

general, se estipulaba que debían asentarse cerca de presidios, permitir la inspección de sus campamentos y el censo de sus caballos, tenían prohibido comerciar con ganado robado y los hombres debían contar con la aprobación de las autoridades castrenses para alejarse de las rancherías, todo lo cual iba en contra de su cultura nómada (Nieto, 2012, p. 55). Debido a esto, la monarquía española permitió a los indígenas sedentarios mantener estructuras militares en los pueblos, lo que los convertía en rebeldes potenciales, como el caso de los yaquis en 1740, los pimas altos en 1750 y posteriormente mayos y ópatas a lo largo del siglo XIX. Uno de los efectos de la militarización conllevó formas particulares de organización social e institucional, así como las prácticas y representaciones propias de una sociedad que debía estar presta a luchar por defender su vida y posesiones (Medina y Padilla, 2015, p. 12).

La monarquía hispánica finalmente impuso la política de buscar vías pacíficas para contener a los apaches, como los tratados de paz y la distribución de raciones a los que se asentaran en paz en los presidios. Más adelante, hubo alzamientos por parte de otros pueblos como los seris o los yaquis, debido a la introducción del liberalismo en relación con su gobierno y sus tierras, fueron una reacción a las demandas excesivas de servicio militar, tanto del aparato monárquico como del naciente estado republicano. Por lo que, reclamaban la independencia de sus respectivas “naciones”. El alto grado de autonomía y la capacidad militar de estos grupos indígenas, heredada de la situación de frontera, puso en aprietos al recién establecido Estado nacional mexicano, el cual tuvo que negociar (Medina y Padilla, 2015, p. 12).

Cynthia Radding (2015) menciona que la violencia era un factor constante en las fronteras novohispanas. La arqueología histórica ha contribuido con importantes análisis de la vida material de los pueblos constituidos de nuevo en misiones, sugiriendo cambios profundos en sus modos de subsistencia entre la agricultura de maíz, la cacería y la recolección a causa del régimen colonial. Generalmente, los indígenas son víctimas de las exacciones económicas de ambos poderes coloniales, misioneros y civiles, y arguyen que los indígenas sufrieron bajas demográficas y un quebranto en su salud debido al sobrecargo de trabajo y las cantidades de maíz y otros productos de la tierra que se vieron obligados a entregar por vía del tributo. De igual modo, una de las causas de los alzamientos, era la mano de obra de los encomenderos para trabajar en sus granjas y estancias, lo que motivó conflictos durante todo el siglo XVII. Los productos que los encomenderos deseaban obtener eran el maíz y otros cultivos, los rebaños de ovejas y el ganado bovino, los textiles de lana y de algodón, la sal, las pieles de

cacería curtidas, la nuez de piñón y la leña (Radding, 2015, pp. 30-32).

Las causas de los alzamientos indígenas y del mal ejercicio de los tratados de paz, se debían a los abusos de los encomenderos, un caso en particular fue el de López de Mendizábal, un gobernador del Reino de Nuevo León, este gobernador abuso de su poder en aquella región, una de sus acusaciones, fue el caso de la matanza de apaches ordenada por él. Sucedió que los apaches habían entrado pacíficamente en varios pueblos de indios cristianos con autorización misma del gobernador. Donde, según la información de la carta de Fray Diego de Santander, los nómadas fueron capturados y se les quería vender como esclavos, ellos eran personas gentiles que solo iban pasando por aquellos pueblos, incluso se menciona que estaban ayudando a descargar las milpas a los cristianos, pero el gobernador, envió tres escuadras, las cuales mataron a más de 200 gentiles y cautivaron más de ochenta (Radding, 2015, p. 36).

La conducta violenta y escandalosa que dió lugar a la condena de don Bernardo López de Mendizábal, a mediados del siglo XVII, no fue un caso único, sino que formó parte de una larga cadena de conflictos entre los mismos colonizadores que ostentaban el poder y las comunidades indígenas y de pobladores mezclados que constituían la base de esta colonia. Más tarde, la paulatina salida de los franciscanos y la dispersión parcial y gradual de las comunidades indígenas, pues pasaron algunos a la nueva misión de N. S. de Guadalupe de El Paso, junto con los jumanos y los mansos, significó a la larga, un cambio en la conformación de una frontera siempre movедiza entre los territorios y los pueblos gobernados según las instituciones virreinales y los espacios de corredores nómadas. Las cicatrices de la violencia en la década de 1660 abrieron grietas en los tenues acuerdos que habían tejido una sociedad colonial de desigualdades en Nuevo México, profundizada por las sequías y hambres de la década siguiente. Visto desde esta perspectiva, la rebelión de 1680 no fue un levantamiento aislado, sino un capítulo más en el complejo tramo de enfrentamientos, acercamientos e intercambios, poblamientos y desplazamientos de diversas naciones en los espacios fronterizos (Radding, 2015, p. 38-39).

En el capítulo anterior, se mencionó la participación de los Jesuitas de la Compañía de Jesús en la conquista y la pacificación del septentrión novohispano. Se argumenta que el papel que desempeñaron los eclesiales en aquellos parajes inhóspitos, si bien, a diferencia de las culturas mesoamericanas, no del todo pacíficas o evangelizadas, debido a que no contaban con una estratificación social. Las naciones indígenas del norte lograron incorporarse a las misiones

jesuitas por periodos muy cortos, pues se unían a ellos debido a que buscaban protección de otros pueblos o simplemente les convenía establecerse. En 1783 Francisco Antonio Crespo, inspector de las provincias internas, apuntó que los apaches, que luego serían llamados orientales, comenzaron a internarse en Texas a fines del siglo XVII para robar el ganado de los colonos como consecuencia de la guerra que mantenían con otras tribus de más al norte. En 1731 las agresiones de dichos indios impidieron que se fundara una villa al poniente del presidio de San Antonio Béxar (Hernández, 2015, pp. 48-49).

En 1749, se creó una propuesta que fue bien recibida por los jefes apaches que acudieron al presidio de San Antonio Béxar, donde, el 19 de agosto, se formalizó en acuerdo según su costumbre, es decir, mediante el entierro en un hoyo de un caballo, un hacha, una lanza y flechas. De forma que, poco a poco, los apaches comenzaron a internarse más al oriente, asentaron rancherías entre el río Grande, en la provincia de Coahuila, y el río de las Nueces. Las noticias de que los apaches eran muy bien tratados en Coahuila convencieron a los lipanes de trasladarse a esta provincia, donde también se asentaron y se reconciliaron con sus parientes. Se afianzó así una relación apacible entre apaches y colonos (Hernández, 2015, pp. 50).

Los indígenas del norte tenían creencia arraigada de que los apaches actuaban de consuno (común acuerdo) con los españoles, debido a que advirtieron que los primeros se refugiaban en la misión y en el presidio de San Sabá. Por consiguiente, un total de más de dos mil indios, incluyendo taboayazes, guachitas, taguacanes, flechazos, izcanis, caodachos, quitchas, tancagues, tejas, comanches y otros grupos relacionados, -identificados genéricamente como norteños- llevaron a cabo un ataque contra la misión franciscana de San Sabá el 16 de marzo de 1758. Gracias a la valiosa labor de inteligencia de sus hábiles espías, los apaches anticiparon el ataque en su contra y tomaron la decisión y abandonaron rápidamente el lugar, para refugiarse en la provincia de Coahuila (Hernández, 2015, p. 52).

Unas semanas después, apaches y españoles organizaron una expedición punitiva que concluyó en un desastre. En cuanto los apaches se enteraron de los aprestos, arribaron al presidio y se ofrecieron como voluntarios ante el coronel Ortiz Parrilla, poco más de 600 lipanes, mezcaleros y los llamados apaches. Los taboayazes lograron escapar antes de ser atacados y se refugiaron en un bosque cercano, desde el cual observaron cómo los apaches saqueaban su pueblo. Desde ahí también prepararon el contrataque que ejecutaron por

sorpresa y con éxito. Algo muy relevante de esta relación, fue que, solicitaron que las tropas españolas los escoltaran durante la cacería de cíbolos, es decir, bisontes o búfalos, y pelearon juntos contra los nortños comanches (Hernández, 2015, p. 54). Enterados de la protección de los españoles, los comanches interpretaron el gesto como una hostilidad en su contra y rompieron acuerdos de paz con éstos (Hernández, 2015, p. 53).

De manera que los apaches se acercaban a los presidios y misiones apoyados por los españoles en la guerra con los comanches y otros pueblos indígenas del norte. Incluso los apaches se aliaban con los colonos españoles, para ayudarlos a encontrar a otros indios rebeldes. Esta amistad se lograba por algunos periodos no muy largos, pero lo más notable era que se podía vivir en paz. A pesar de que podían convivir colonos españoles y apaches, las incursiones y asaltos tenían como objetivo la obtención de ganado, y aunque, los apaches no habían sido partícipes de todos los robos de ganado, se les responsabilizaba de ello. Entre 1851 y 1870 la población de la entidad federativa mexicana de Sonora registró la caída más pronunciada en el siglo XIX, de acuerdo con las estadísticas del periodo. La población pasó de 147,133 habitantes reportados en 1850 a 131,465, según el censo de la población de 1870. Las causas registradas se debían a la baja de la población relativa a la pérdida de la Mesilla, en 1854, la emigración a los Estados Unidos, el impacto de las epidemias, el efecto de las incursiones apaches en muertes, cautivos y población desplazada y el fracaso de los proyectos de colonización (Almada et al, 2015, p. 227).

Autores como Ignacio Almada, Juan Carlos Lorta, David Contreras y Amparo A. Reyes (2015) emplean el término de “incursiones” y la noción de territorialidad, que concibe al espacio ocupado por los vecinos como propio, sujeto a la normatividad formal e informal de su orden social y tomaba a los apaches como intrusos, ajenos o enemigos, a sabiendas de que incursión implica ataque o rapiña. Los apaches que llevaban a cabo incursiones en el territorio de Sonora durante el período de investigación son conocidos como chiricahuas, estaban estructurados en diversas bandas, y entre sus líderes más destacados se encontraban Mangas Coloradas (1790-1863), Cochise (1810-1874) y Gerónimo (1829-1909).

Se atribuyen las causas de las incursiones de los indios nómadas entre 1852 y 1883, realizadas mayormente por los apaches de la banda chiricahua, en Sonora, tienen efectos interrelacionados tales como: la despoblación debido a la captura de cautivos, a las muertes, a la emigración y a la desintegración de las familias, la caída de la actividad económica por el

despojo del ganado vacuno y caballar y por el desplome de la agricultura y la minería debido a la inseguridad, en un espacio caracterizado por un clima y un terreno favorables a la incomunicación, también, se presenta la disgregación de las comunidades debido al desaliento y alarma causados por los ataques apaches que revelan conocimiento del terreno, una extraordinaria movilidad, un armamento superior y la “conexión yanqui” la complicidad de comerciantes ubicados en Arizona y Nuevo México a partir de 1848 y el apoyo abierto o la indiferencia de las autoridades gubernamentales estadounidenses para abastecerse de armas y bastimento, en la lógica del “destino manifiesto”, justificación del expansionismo anglosajón para la construcción de una nación continental (Almada et al, 2015, p. 232).

Asimismo, ocurren los pueblos en coyunturas inscritas en los periodos de intensidad de los ataques apaches que son una escala de represalias, a su vez, los apaches hacen sus incursiones por los valles longitudinales fluviales y las serranías contiguas; en éstas establecen rancherías para proteger a sus mujeres y niños para depredar en un radio más próximo. También tienen refugios que se toman santuarios para escapar en las décadas de 1870 y 1880 de las compras de las campañas del Ejército estadounidense que buscan rendir a los núcleos rebeldes chiricahua en las estimaciones de la sierra madre occidental. Por último, las incursiones de apaches chiricahuas sobre Sonora en varios años son lo más aproximado a una guerra. Como en 1846 1853, las incursiones de los chiricahua son diferentes en su carácter e intensidad a las que realizan sobre Chihuahua debido a una serie de episodios de crueldad brutal por ambas partes que son tan especiales de revanchas (Almada et al, 2015, p. 232).

Las respuestas de la población de vecinos comprenden un arco que va de la guerra abierta a la paz concertada, pasando por el intercambio de cautivos o el pago de su rescate y por prácticas como realizar cortadas, maniobras efectuadas por miembros de la Guardia Nacional para interceptar las incursiones apaches a fin de disputarles el botín y, en caso de salir airosos, ser retribuidos por las sacá (Almada et al, 2015, p. 232). Los autores Ignacio Almada, Juan Carlos Lorta, David Contreras y Amparo A. Reyes presentan, que en la década de 1360 la respuesta a las incursiones apaches fue más consistente por parte de las autoridades locales, como los jueces y la Guardia Nacional. Esta milicia, sostenida en buena medida por particulares, representó el principal recurso de defensa de los asentamientos de vecinos, sin embargo, existieron casos en los que la Guardia Nacional se desorganizó lo que ocasionó que la infantería fuese aniquilada por los apaches al ser abandonada por la caballería que huyó. En

1848 se había iniciado un período de interacción violenta con los apaches, lo que ocasionó el desplome total del vecino pueblo de Chinapa. Bacoachi registró un despueble parcial en febrero de 1857 y éste continuó en septiembre de 1858.

Finalmente, los despueblos totales ocurren después de una incursión especialmente devastadora y catastrófica para la comunidad afectada. Los apaches realizan las entradas y salidas de sus incursiones por los extensos valles longitudinales que funcionan como cuencas fluviales, donde se concentran los asentamientos de los vecinos y las serranías contiguas; en estas áreas se establecen rancherías para el acopio de suministros, como refugio y base estratégica para lanzar incursiones a su alrededor. Además, cuentan con santuarios seguros para escapar durante las décadas de 1870 y 1880 de las incursiones del Ejército estadounidense, el cual busca someter a los núcleos rebeldes chiricahuas que se mantuvieron activos hasta 1886, según estimaciones de la Sierra madre (Almada et al, 2015, p. 266-267).

Las incursiones, la guerra y el despueble en estados como Sonora, Chihuahua y Sinaloa, se les atribuyeron a las acciones de los apaches. Las incursiones se describen cómo una estrategia rápida y sigilosa, representaron un desafío significativo para las autoridades mexicanas, generando una profunda crisis interna en la seguridad y la defensa. Los apaches y otros grupos indígenas, como los comanches, establecieron relaciones comerciales con estadounidenses y rancheros mexicanos, intercambiando ganado robado. Sin embargo, las represalias por parte de los pobladores locales llevaron a un ciclo de violencia interétnica que se extendió por décadas. Las medidas defensivas y ofensivas implementadas por los habitantes de la frontera no siempre fueron efectivas, debido a la falta de conocimiento del terreno y la movilidad superior de los apaches.

CAPÍTULO III: LA ANEXIÓN Y LA TRANSFORMACIÓN DE UN NUEVO TERRITORIO

...ha caído la noche y no llegan los bárbaros. Gente llegada de la frontera lo afirma: ya no existen los bárbaros. Y ahora, ¿qué destino será el nuestro, sin bárbaros?

*Esa gente era al menos una
solución*

*Constantinos Cavafis
Esperando a los bárbaros, 1988*

En el presente capítulo, se procederá a exponer de manera exhaustiva los aspectos más significativos de esta investigación. Se llevará a cabo un análisis de la nueva concepción que se les asignará a los apaches, y de qué manera el término “apache” se convertiría en un símbolo de los indios insurgentes e insumisos que se resisten al sistema colonial. Los apaches pasarán a ser los responsables de la mayoría de los robos y asaltos, secuestros y asesinatos de los estados septentrionales. También, se realizará una recopilación de la historia de Texas, considerándolo un estado crucial en las incursiones, no solo por ser el primer estado en el que se establecieron los colonos anglosajones, sino por ser el origen del inicio del conflicto expansionista estadounidense, problema que marcaría un antes y un después en la historia de Estados Unidos y de México.

Se identificará un nuevo tipo de expansionismo que no se había observado anteriormente en la historia global, el cual corresponde al expansionismo agresivo de Estados Unidos. Se presentarán los métodos introducidos por el nuevo sistema expansionista, tales como la masacre y el etnogenocidio perpetrados por la emergente nación dominante del siglo XIX. Se abordarán cuestiones relativas a la defensa fronteriza de México, abarcando aspectos que van desde su armamento hasta su estructura organizativa. Se observaron dificultades con la llegada de “filibusteros y separatistas en la frontera”, hombres financiados por el gobierno de Estados Unidos y Francia con la finalidad de apropiarse de territorios mexicanos próximos a las áreas marítimas. Así como la implementación de agentes encargados de labores de

inteligencia en la zona fronteriza y en el centro del país, con el objetivo de usurpar el control y romper los lazos con las corrientes ideológicas que tenían como objetivo la anexión del territorio, así como de los habitantes locales.

En relación con las repercusiones de la delimitación de la frontera México-Estados Unidos, se examinarán las dificultades derivadas de la firma del Tratado Guadalupe-Hidalgo, el cual culminó la guerra entre las dos naciones, pero que generó obstáculos significativos para la situación de los apaches y otras naciones indias. Este fenómeno de expansión territorial se originó debido a que los Estados Unidos habían tomado la iniciativa de colonizar áreas que se percibían como desocupadas o perdidas por México, en las que habitaban animales como los bisontes, así como diversas naciones indígenas que habían ocupado esos extensos territorios de California, Nuevo México y Texas desde tiempos remotos. Con la incursión de los colonos anglosajones al oeste, sumado a la construcción de la red ferroviaria, el territorio experimentaría una suerte de limpieza étnica o desplazamiento forzado de las naciones indígenas por parte de los Estados Unidos. México también sufriría la terrible pérdida de más del 55% de su superficie terrestre.

La invasión del territorio perdido sería experimentada por sus legítimos propietarios, las naciones indígenas del gran septentrión de México, las cuales emprenderían una guerra sin cuartel contra los invasores, es decir, los hombres blancos. Esta resistencia se extendería y se tornaría brutal, una potencia global en contra de un conjunto reducido de poblaciones indígenas que carecían de armamento. No obstante, los grupos indígenas no se doblegarían. Los apaches y otros grupos combatían por separado al invasor, empleando tácticas increíbles que les permitirían sobrevivir por más de dos siglos. Este último capítulo de la investigación representa el desenlace de los apaches. Se expone y se analiza la prolongada contienda que soportó la nación atapascana en contra de los Estados Unidos. Finalmente, cada uno de sus líderes valientes y estrategas sería objeto de persecución por un considerable número de individuos que contaban con municiones y el armamento más avanzado. Los apaches persistieron en su combate hasta el final, siendo trasladados en un tren como prisioneros de guerra hasta la Florida, donde fueron sometidos a un trato inhumano. En conclusión, los apaches y otras naciones indias serían reducidos y confinados en reservas gubernamentales.

3.1 El enemigo de las praderas

*No creo que seamos inútiles o Dios no nos hubiera creado.
Hay un Dios que nos mira a todos, todos somos hijos de un
solo Dios. El sol, la noche, los vientos, todos escuchan lo que
tenemos que decir*

Goyathlay/ Gerónimo, jefe apache

Con anterioridad, se expusieron los casos de violencia en la frontera norte de México. En la observación, se pudo constatar la atribución de aquellos daños a los atapascanos. Según lo menciona Sara Ortelli (2007), los atapascanos mantenían una relación amistosa con los españoles. Esta relación, si bien no fue completamente permanente, existieron momentos pacíficos entre estos dos grupos, creando alianzas, tratados de paz, viviendo periodos cortos en tranquilidad, conviviendo cerca de los presidios españoles. Además, se realizaban diversos intercambios comerciales que resultaron beneficiosos para ambas partes involucradas en dicha relación.

Entonces, ¿por qué los apaches fueron un enemigo oficial en la frontera? Para los colonos españoles, después para los norteros mexicanos, para otras naciones indias y, por último, para los estadounidenses. En efecto, los integrantes de los pueblos nativos eran llamados “indios”. Desde el comienzo, el vocablo ya es problemático e impuesto por los colonizadores, tiene una carga racista y de menosprecio. Si bien, este término fue acuñado por los europeos, fue para menospreciar a otros pueblos diferentes a ellos, es decir, el término de *indio* o *bárbaro* es muy relevante en los roles de poder, pues, el significado atribuido describe a una civilización ignorante y, sobre todo, atrasada, pues es erróneamente comparada con civilizaciones como la europea.

Como se afirmó arriba, los colonos les impusieron un término discriminador a los nativos americanos. En otras palabras, los europeos crearon un sistema discriminador que señalaba las diferencias entre la gente traída de África, los pobladores americanos y, por supuesto, ellos mismos. Estas diferencias, eran para justificar su poder y violencia hacia otras naciones. Carlos Valdés (2017) menciona que los términos racistas les fueron puestos a los chichimecas, es decir, a las naciones nativas del norte de la Nueva España que eran nómadas,

seminómadas y, sobre todo, indomables por otros pueblos nativos sedentarios quienes no podían someterlos para obligarlos a pagar tributo. Tras el estudio de estos pueblos y el pasar de los años, se cambiará la forma de nombrarlos.

El pueblo atapascano no era indiferente a estos términos de desprecio, su propio nombre de “apache” significa “enemigo”, nombre impuesto por el pueblo navajo. Las noticias más antiguas de los pueblos del norte de México fueron recopiladas por los jesuitas de la Compañía de Jesús, quienes los describen como indios rebeldes que no permiten la conversión o la aceptación de la fe cristiana. Carlos Valdés (2017) menciona que “Los escritos franciscanos intentaron mover el corazón de los poderosos, proponiendo una visión del nómada como un ser injuriado, una víctima de las ambiciones de los encomenderos” (p.20). Esto último es un claro ejemplo de la creación de una imagen negativa de estos pueblos.

En la documentación histórica del siglo XVIII, los nativos americanos conocidos como “apaches” eran comúnmente catalogados como el enemigo externo que representaba una amenaza constante para las autoridades coloniales de la época. Eran considerados de esa manera debido a que no habían sido reducidos ni estaban integrados al sistema colonial, entraban y salían de la nueva pesquera asolando los terrenos a su paso. La relativa abundancia de información y el hecho de que aparecían como un problema crónico que aceptaba varios aspectos de la vida de la provincia, convirtieron el “problema apache” en uno de los ejes principales para analizar el estado de la violencia y los conflictos en el norte de Nueva España (Ortelli, 2007, p. 85).

Sara Ortelli (2007) menciona que, para sostener la hipótesis de la guerra y la necesidad de los presidios, se tendría que comprobar la presencia de un enemigo, la delineación de un conflicto y la amenaza de un peligro. Dentro de ese contexto, a los denominados “apaches” del Bolsón, quienes anteriormente habían sido amigos, se les cambió su imagen a la de un enemigo. Se argumenta que los problemas sociales del septentrión novohispano están cargados de procesos históricos más complejos, en los que los “apaches” juegan un papel relevante en la historia de la frontera norte mexicana. De tal manera que, sin los atapascanos o las naciones indias del norte de América, no existirían las fuentes necesarias para la elaboración de una historia.

Los apaches representaban un desafío significativo para la empresa colonial, ya que el plan principal de los colonos españoles era llegar al norte de América para ocupar territorios y

saquear de sus tierras las riquezas e incorporar a los habitantes del continente americano a la civilización europea. Sin embargo, el medio geográfico era un espacio difícil de habitar por los colonos, a diferencia de los pueblos nativos que opusieron resistencia al avance de los europeos, preservando sus formas de organización social y cultural, así como su territorio (Aboites, 1994, p. 11).

Los colonos ingleses despojaron a los indios de sus territorios, cazaban indiscriminadamente al “búfalo” animal esencial en la dieta de aquellos pueblos de Norteamérica. Las grandes manadas de búfalos habían sido repartidas en sus territorios de caza. Mediante acuerdos de los diferentes pueblos indígenas, se turnaban la caza de este animal por temporadas, preservando al mismo, pues tan solo tomaban las piezas que necesitaban para enfrentar los crudos inviernos o las largas sequías. Sin embargo, los colonos ingleses cazaron indiscriminadamente a estos animales en territorios ajenos, dejaban solo el cuerpo sin piel del animal, creando descontento en los pueblos nativos, quienes se quedaban sin alimento. Esto los obligaba a viajar muchos kilómetros para hallar alimento, encontrándolo en las granjas de los colonos españoles, donde hurtaban unas cuantas reses para sobrevivir. A pesar de que los jefes indígenas de Norte América mantenían relaciones amistosas con la creciente población blanca, que invadía sus ya mermadas tierras de caza, los terratenientes y encomenderos abusaban de la amistad indígena (Ortelli, 2007, p. 22).

El problema radica en este plan oscuro de las autoridades provinciales, que habían creado a un enemigo en común para su propio beneficio. La ratificación de los tratados de paz con los pueblos indígenas de Norteamérica, que no solamente firmaron con las comunidades cercanas, sino también con figuras políticas de relevancia. No solo los colonizadores españoles perpetraron violaciones de los tratados, sino también los ingleses y posteriormente los norteamericanos. Abraham Lincoln, un caso destacado, reconoció a los jefes indígenas ante el público. Pero, durante su mandato, se registraron demasiadas transgresiones a los tratados por parte de los estadounidenses. Esta situación, fue señalada por los líderes nativos a Abraham Lincoln, aunque fue inútil, pues él ignoró aquellos llamados, permitiendo la violación de los pactos.

Entonces, ante el mundo, el presidente de los Estados Unidos conmemoraba y respetaba a los jefes indios, pero en realidad, eran apariencias de amistad, respeto y paz. El gobierno estadounidense se encargó de crear una imagen negativa de los indígenas, práctica

heredada de los ingleses. Se creó una imagen negativa de muchos pueblos indígenas y sus jefes, ejemplo de ello es “Gerónimo”. Sonnichen (2017) menciona que muchos historiadores consideran ridículas ciertas acusaciones contra Gerónimo y, más bien, la creación de un enemigo como lo fueron los apaches fue parte de un maquiavélico plan. El autor muestra que es muy posible conjetura, pues el 3 de abril de 1871, William S. Oury y Juan N. Elías, de Tucson, comandaron la partida de 148 mexicanos, papagos y anglos que perpetraron la famosa masacre del Campamento Grant. Aquel día más de cien apaches, en su mayoría mujeres y niños, fueron sorprendidos al alba y exterminados. Aunque después se exigió un castigo, los asesinos no fueron condenados y es claro que debió de ser por las razones aludidas. Después, el primer presidente de la Sociedad de Historia de los Pioneros de Arizona defendió la acción ante una gran asamblea de socios, sus palabras fueron: «los apaches habían desencadenado un festín de asesinatos y saqueos en todos nuestros asentamientos» (Sonnichen, 2017, p. 25).

La imagen de Gerónimo y de los chiricahuas se veía cada día más afectada, los periódicos estadounidenses, dramatizaban y decían que Gerónimo no era un luchador por la libertad en la Arizona de 1886. Su grupo estaba formado de sucios salvajes, unos guerreros crueles y escurridizos...el apache olía mal, no tenía modales, disfrutaba el sufrimiento de los hombres. La imagen del apache como ser salvaje, pérfido, despiadado y sediento de sangre continuó hasta el tercer cuarto del siglo. Por lo tanto, algunos historiadores como Paul I. Wellman, Frank C. Lockwood y escritores como Edward S. Ellis y Dan Thrapp, lo describían como un hombre inmerso de coraje, sediento de sangre y su grupo como demonios atezados. La visión que se tenía de los apaches no era muy clara, pues estaba inmersa en fantasías y muchas veces discursos exagerados sobre ellos. Se cree que fue esta imagen y representación lo que causó su trato antes y después de su exilio (Sonnichsen, 1986, p. 27).

Las producciones cinematográficas también se inspiraron en Gerónimo: “Mangas Coloradas” y “Cochise”, de imagen negativa; buscaban encarnizar a estos personajes tomando parte de su biografía. Series como: “cuchillo de oro” y “Sonora Slaughter” presentan a personajes indios vengativos que matan, violan y cometen actos atroces con el fin de saciar su sed de venganza (Sonnichsen, 1986, p. 32). No obstante, la imagen de un Gerónimo inmerso en situaciones complicadas para él y para su pueblo lo llevó a buscar otras maneras de subsistir y de tomar a la fuerza los pocos años de libertad en sus territorios ancestrales, cada día amenazados por la llegada del hombre blanco. A finales de la Guerra Civil, la visión de los

indígenas pieles rojas se sensibilizó gracias a Wendell Philips y William Lloyd Garrison entre otros, quienes atacaron al ejército y lo responsabilizaron del exterminio de los indios (Sonnichsen, 1986, pp. 32-33).

Actualmente, el cine ha reflejado una visión general de vulnerabilidad de las naciones indias y el genio malvado estadounidense fue el cineasta Martín Scorsese quien se aventuró a presentar aquellos actos y estrategias maquiavélicas, llevadas a cabo contra las naciones indígenas de América del Norte. La película se estrenó el 20 de octubre de 2023, nombrada *Los Asesinos de la Luna*. Esta creación cinematográfica fue inspirada por la historia del pueblo nativo americano Osage, ubicado en Oklahoma y el descubrimiento de petróleo en sus tierras. La película está ambientada en la década de 1920. La noticia de la gran riqueza del pueblo Osage, atrajo la atención de los hombres blancos mafiosos y peligrosos, quienes se unieron para extorsionar y manipular a este pueblo. La película es protagonizada por Robert De Niro, quien representa a King, un hombre blanco que llega a esas tierras y se vuelve cercano de los Osage y, con ello, amasa una gran fortuna, planificando la muerte de muchos Osages. Sus planes requieren la llegada de su sobrino Ernest Burkhart (Leonardo DiCaprio), quien finge enamorarse de Mollie (Lily Gladstone), una de las últimas herederas de una familia Osage. Lo interesante de esta trama es que los hombres blancos buscan casarse con mujeres Osage, con el fin de heredar los derechos sobre el petróleo, pero para esto las mujeres y hombres Osage mueren misteriosamente. Tanto Ernest como King planean la muerte de varios Osages, sin embargo, son detenidos por el FBI. Esta agencia es presionada por algunos Osages, quienes piden una investigación y justicia por las muertes injustas de sus hermanos.

Martin Scorsese se aventura valientemente a hablar de la historia poco conocida de los Estados Unidos, aunque consigue representar de manera feroz y verdadera la violencia, el racismo, la injusticia y la falta de responsabilidad de las autoridades estadounidenses cuando se trata de proteger a las naciones indias y su autonomía. Scorsese junto con autores de prestigio adapta y lleva a las pantallas de forma magnífica la historia de la nación Osage. *Asesinos de la Luna* ha sido una de las pocas películas que relata la crueldad del hombre blanco, esta adaptación muestra cómo se acercan cineastas, escritores e historiadores a desmentir la historia de los Estados Unidos, sacando a la luz su historia de omisión y de formación. Es cierto que la narrativa se acerca un poco a la masacre de aquellos pueblos, sin embargo, le falta un poco más de profundidad para explicar lo que fue realmente un etnogenocidio ejercido por las

autoridades y civiles de los Estados Unidos. Por más de cuatro siglos se ha ocultado el trato injusto y la masacre de los habitantes ancestrales de América. Esta producción cinematográfica les hace justicia.

En la expedición de Juan de Oñate por Nuevo México, hacia 1569 entró en contacto con grupos atapascanos-hablantes que los zuñi llevaban *apachú*. “Apache” sería, entonces, una corrupción del término “apachú” que significa enemigo. Así los apaches habían sido estigmatizados como adversarios desde el momento mismo en que fueron nombrados por sus vecinos. Incluso su denominación general “chichimeca” los califica culturalmente como salvajes nómadas de los grandes territorios inhóspitos, es decir, que estaban instalados fuera de los límites de los mexicas y los michoacanos y caracterizaba a tales grupos frente a la gente de paz. La contraposición entre indios de paz e indios de guerra se mantuvo en el norte de nueva España a lo largo de la época colonial como uno de sus criterios que permitió entender y ordenar ese espacio (Ortelli, 2007, p. 85).

El problema de su designación chichimeca los hace ya salvajes ante los demás pueblos cristianos o aquellos que se incorporaron al sistema colonial. Entonces, para los colonos españoles, los apaches designados enemigos por sus vecinos navajos eran, desde antes de conocerlos, un problema para colonizar aquellos grandes territorios del septentrión Novohispano. Asimismo, la habilidad de los atapascanos para la guerra los acrecentó más a la fama de bárbaros salvajes e inhumanos mediante un discurso que expresaba las exageraciones y temores de los cristianos europeos (Ortelli, 2007, p. 85).

Por tanto, los apaches infligieron un miedo que su presencia provocaba y que, en numerosas ocasiones, fueron señalados como chivos expiatorios para encubrir situaciones de violencia llevadas a cabo por otros grupos. Un ejemplo claro de esta situación se puede observar en los ladrones de animales en las regiones de Chihuahua y Parral. Curiosamente, estos individuos solían responsabilizar a los supuestos “apaches” de los actos delictivos que ellos mismos llevaban a cabo de manera sistemática. En tales contextos, “apache” fungía como sinónimo de enemigo y era señalado como el causante de todos los infortunios que afectan a la región de la Nueva Vizcaya (Ortelli, 2007, p. 92).

De forma que los “apaches” eran culpables hasta que no se demostrara lo contrario y esa sentencia se aprecia en algunas declaraciones de la época. En 1777, un vecino que acusaba a los apaches de los ataques perpetrados en la jurisdicción del Real del oro reconoció, más tarde,

que todo lo que tiene declarado lo había escuchado de la comunidad y a varias personas, es decir, que no había sido testigo directo de los hechos que relataba. El rumor desempeñó un papel importante en este escenario y algunos testigos declaraban hechos que no les constaban. Otro declarante aseguró que unos vaqueros se acercaron a un grupo pensando que eran gente de razón, pero se trataba de indios. Es probable que en muchos casos sucediera lo contrario y que se tomara a razón del hombre, a mulatos, indios de pueblo o gente de castas, por apaches, y se los señalara sin más, como los culpables de los ataques (Ortelli, 2007, p. 95).

Entonces “apache” tiene una connotación explícitamente étnica cuando incluye en esta categoría a varios grupos indígenas no integrados formalmente al sistema colonial al mismo tiempo. “Apache” alude a un modo de vida que se ubica en los límites entre la marginalidad y la integración y que definía a los grupos que llevaban a cabo actividades ilegales, con la independencia de la adscripción étnica o legal. La mayor parte de los grupos denominados “apaches”, en la documentación consultada, corresponden a este segundo fenómeno, que integra una compleja combinación de actividades ilegales y acciones consideradas delictivas disfrazadas como apaches, con el traje de ese enemigo común institucionalizado -el enemigo oficial- que permitían cubrir algunos de los mecanismos que articulaban la ciudad colonial del norte novohispano (Ortelli, 2007, p. 95).

Entonces, existió una narrativa de la guerra en Nueva Vizcaya. Los colonos crearon este discurso y a un enemigo para sustentar una guerra sin sentido, en la frontera norte de los límites españoles. El problema radicó en las miradas nacionales, las cuales empezaron a ver a estos pueblos como salvajes, ignorantes. Las descripciones de ellos no son muy buenas, los hacen ver como un problema, o enfermedad que debe de ser erradicada. La sociedad lo tomó muy en serio, sin embargo, no tomó conciencia, de que fueron ellos quienes despojaron a los dueños legítimos de aquellas grandes tierras, y que el acto de salvajismo fue cometido por los colonos ingleses y españoles, y más tarde por los norteamericanos y el pueblo mexicano.

Ortelli, (2007/23) menciona que la defensa del Septentrión Novohispano preocupaba de manera especial a las autoridades virreinales y metropolitanas por varias razones. A la presencia de grupos indígenas no reducidos, que detenían el control territorial efectivo por parte de España, se sumaban las ambiciones expansionistas y comerciales de Inglaterra, Francia y Rusia. La exigencia por dominar al septentrión novohispano recayó en la necesidad de encontrar las ciudades perdidas repletas de oro, como el caso de “Cíbola”. Aunque después se

descubriría la falsedad de aquellas leyendas, las minas de Zacatecas habían llamado la atención de muchos colonos, por lo que, durante la época virreinal la toma del septentrión sería un trabajo difícil y violento tanto para las autoridades españolas como para las mexicanas (Aboites, 1994, p.12).

La encarnada lucha por el septentrión novohispano se observó en la disminución de los habitantes nativos de aquella vasta región, según Luis Aboites (1994) en su análisis detallado de los habitantes durante las primeras expediciones de Ibarra. Aboites menciona que una numerosa población se acomodaba en las montañas boscosas, valles, lomeríos, empinadas barrancas y planicies de escasa vegetación. Las estimaciones demográficas indican que, hacia el momento del contacto con los colonizadores, había unos 350, 000 mil habitantes en la porción que desde 1562 se denominaba Nueva Vizcaya. El descenso de la población fue tan significativo que resulta imposible atribuir únicamente a las epidemias ni siquiera la mitad del impacto total (Aboites, 1994, p. 15).

No era de extrañar que la criminación y demonización de los apaches, considerados por los colonos norteros como una amenaza constante e inminente, fuera parte de una estrategia más elaborada y sistemática. Según la investigación realizada por María del Carmen Velázquez (1996, p. 54-55), los colonos de la época percibían a los indígenas, franceses e ingleses como enemigos despreciables. Esta visión generaba la urgente necesidad de tener una vigilancia constante y cercana sobre estos grupos. Asimismo, deberían prestar atención a los movimientos y acciones de dichas comunidades, con el objetivo de prevenir a toda costa posibles alianzas que pudieran poner en peligro su dominio en la región.

En conclusión, la transformación de la imagen de los apaches, quienes pasaron a ser considerados como el enemigo oficial en la frontera norte de México, permitió a las autoridades coloniales y posteriores justificar la guerra y el control territorial. Se explora cómo el término “apache” se convirtió en un símbolo de resistencia contra el sistema colonial, atribuyéndoles la responsabilidad de robos, asaltos y otros actos violentos en los estados septentrionales. Esta narrativa ocultó las verdaderas causas de la violencia, que incluyeron el despojo de tierras y la explotación de los recursos naturales por parte de los colonizadores. Además, se examina el papel de Texas como un estado crucial en las incursiones y como el origen del expansionismo estadounidense, que marcó un antes y un después en la historia de México y Estados Unidos.

3.2 Texas

La colonización del norte de la Nueva España fue una tarea indispensable para que la corona española expandiese sus dominios y con ello su riqueza. De manera que los monarcas enviaron diversos exploradores acompañados de jesuitas y franciscanos. En 1583 y 1585 se realizó la fundación del Reino de Nuevo León, en 1590, la de Nuevo México y en 1643 se organizó un intento frustrado para poblar Nuevo Almadén. Las primeras exploraciones a esos territorios fueron las de Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado, en 1537, por lo que constituyen las únicas fuentes que describen el contexto natural y a los pobladores que se encontraron en su recorrido, aun así, era muy escasa la información.

En el año 1675, aún no se había llevado a cabo una exploración exhaustiva y minuciosa de la zona septentrional del norte de América. Las incursiones anteriores que habían recorrido el extenso territorio de Texas habían sido las expediciones lideradas por Cabeza de Vaca, Francisco Vázquez de Coronado en 1537, Luis de Moscoso en 1543, la de Antonio de Espejo en 1582, la de Castaño de Sosa, en 1590, y la de Juan de Oñate, en 1598. Las cuales sólo habían logrado abarcar una fracción mínima de la enorme región occidental texana. Por lo tanto, en el transcurso del año de 1675, los recursos naturales y la riqueza potencial de Texas seguía siendo un misterio para muchos (Robles, 1979, p. 17).

Los datos que nos proporciona Vito Alessio Robles nos revelan la dimensionalidad de Texas, con un área enorme de 689,836 kilómetros cuadrados, es decir, lo que equivale a más de la tercera parte de la actual superficie de la República mexicana. La distancia más extensa registrada dentro del territorio texano, era desde la desembocadura del río Grande o Bravo del Norte y el vértice noroeste de la región llamada Panhandle. Abarca un total de 1,289 kilómetros, superando la distancia mayor que la medida entre la ciudad de México y Nuevo Laredo, a lo largo por la carretera internacional. La mayor anchura del territorio de Texas en dirección oeste-este, de aproximadamente 1,245 kilómetros (Robles, 1979, p.31).

El autor describe la población de Texas, los nativos que se estima que llegaron a habitar la región eran alrededor de 45,000, de los cuales, las dos terceras partes eran comanches, que correspondían a cada uno de los 3,000 habitantes que llevaban una vida sedentaria. Texas y Coahuila, al ser provincias vecinas, compartían algunos problemas, pues al tener la primera una

posición débil, Coahuila era igual de inmune. La superficie del territorio coahuilense se estimaba en 165,099 kilómetros cuadrados. En 1904 (verificar la fecha), se calculaba una población de 32,172 habitantes, incluyendo a los indios reducidos en las misiones y congregados en pueblos. En las primeras décadas del siglo XIX, Coahuila, el Reino de Nuevo León y de la Nueva Vizcaya habían sufrido varias agresiones por parte de los indios salvajes, que buscaban refugio en el casi desierto Bolsón de Mapimí (Robles, 1979, p. 31-32).

La problemática histórica de Texas comienza con las tardías exploraciones realizadas en el año 1675, en una expedición encomendada por el gobernador Balcárcel al valiente Alférez Fernando del Bosque, llevando el mando de la exploración Francisco Juan Larios, encargado de liderar la exploración. Durante esta travesía, recorrió la porción norte de Coahuila, cruzando los imponentes ríos; Bravo, Nueces, Leona y Frío. Aunque la misión consistía en explorar y evangelizar aquellos sitios. Aplazaron la fundación de población, lo cual, fue un error muy grave, pues en un futuro esta acción ocasionaría muchos problemas para la corona, debido a que no estaban ocupados y el nombramiento era indispensable (Robles, 1979, p. 17).

Los problemas para la corona española fueron evidentes cuando la corte ordenó al virrey de Nueva España para buscar en la costa de Texas una población establecida por expedicionarios franceses, la cual, tenía la finalidad de posesionarse del litoral texano e intenciones de llegar a ocupar la Nueva Vizcaya. Sin embargo, se organizaron dos expediciones, una el 27 de junio de 1686, que salió de Cadereyta y otra el 20 de febrero de 1687. Los resultados fueron preocupantes, pues no se encontraron rastros de poblaciones de franceses. Se creyó que los franceses habían sido capturados por los indios de aquel territorio. La población fundada por los franceses se había nombrado *Saint Louis* y cuando la encontraron solo tomaron prisioneros a cuatro franceses, quienes habían sobrevivido gracias al refugio de los nativos. Los prisioneros fueron enviados a la Ciudad de México (Robles, 1979, p. 19).

La corona española mandó a los franciscanos Margil de Jesús y a Cristóbal de Espinosa en el año 1690 con el propósito de fundar la misión de San Francisco de Texas. Estas últimas provincias, como Coahuila, estaban estrechamente unidas, pues para llegar a Texas, se tenía que pasar por Coahuila. Por esta razón, la corona española las designó como parte de las provincias internas, junto a Nuevo León y Nuevo Santander. Entre estas provincias se va a practicar, de acuerdo con lo expuesto por Vito Alessio (1979, p. 9 y 25), un intercambio comercial, el cual se caracterizaba por la presencia de procedimientos de corrupción y de contrabando, tanto por

parte de las autoridades como de los habitantes nativos.

Los expedicionarios franceses, liderados por un nuevo capitán, volvieron a ser un problema para el poblamiento de Texas. Se tenía noticia de la existencia de un destacamento militar francés en la zona de Natchitoches. Además, se llegó a saber que el jefe de los expedicionarios franceses era Saint Denis. Este individuo se había encargado de instruir y armar a los indios texanos para la batalla. Esta intensa presión por mantener el control y asegurar los límites territoriales de la corona española, propició la fundación intermedia de una población en 1718, que el gobernador de Coahuila, Martín de Alarcos, bautizó como Béjar, junto con la misión de San Antonio Valero (Robles, 1979, p. 26).

En la estación de primavera del año 1718, Martín de Alarcón, designado como el honorable gobernador de los territorios de Coahuila y Texas, inició su expedición y la entrada triunfal a la majestuosa bahía del Espíritu Santo y la provincia de Texas. Visitó personalmente las misiones, se encargó y proveyó a los frailes una variedad de artículos, incluyendo ropa, mercería y alimentos, los cuales eran para distribuir a la comunidad de indios. Lo más notable de su entrada fue el establecimiento del presidio de San Antonio Béjar en mayo de 1718, así como la creación y fundación de la misión religiosa de San Antonio de Valero (Velázquez, 1996, p. 111).

La mayoría de los presidios parecerían trabajar bien, pero había uno que podía tener estabilidad y progreso por muchos meses. Texas, en aquel entonces, era el presidio estratégico en donde todos sus soldados estaban preparados para hacer guerra defensiva contra los indios insumisos. De todos estos grupos, los únicos que destacaban por su valentía y ferocidad eran los apaches y otras “parcialidades” a fines (Velázquez, 1996, p. 115). En cuanto a los presidios de Dolores en Texas, no merecían en lo absoluto este honroso título, pues se componían solamente de algunas chozas de palos y techos de zacate. Los soldados nunca habían participado en alguna acción guerrera, porque los indios de allí siempre se habían mantenido en quietud.

El problema es evidente, pues bautizar un lugar no aseguraba que podría pertenecer a la corona, ya que los franceses estaban al acecho. De manera que, la corona sabía que era urgente poblar aquellas tierras con sus vasallos. Se designó un gobernador para las provincias de Texas y Coahuila, Joseph de Azlor y Virto de Vora. En un principio, solicitó el envío de 200 familias de Galicia, de las islas canarias, de la Habana y familias tlaxcaltecas a la colonización de

Texas. La respuesta llegó de forma tardía en 1729, las familias solo lograron llegar a Béjar, pues el clima y la tardía respuesta fue un problema para los colonos (Robles,1989, p. 27).

La problemática principal de la empresa colonial dependía de que en 1777 el gobernador, el barón de Ripperdá, dió a conocer que la población texana apenas ascendía a los 3,103 habitantes, y las dos terceras partes se concentraban en el presidio de Béjar, villa de San Fernando y las misiones anexadas. A principios del siglo XIX, Texas continuaba siendo una provincia casi abandonada, vulnerable al contrabando, incursiones de aventureros franceses, angloamericanos y depredaciones de los indios salvajes. Por el tratado de San Ildefonso, España cedió la Luisiana a Francia y, en 1803, Napoleón la vendió a Estados Unidos de Norteamérica. En ese momento, Texas era punto débil para la protección del territorio y volvió a ser una provincia fronteriza del vasto y ya tambaleante imperio español (Robles, 1989, p. 30).

En el período citado de la colonización británica y la posterior colonización, la victoria británica en la guerra franco-india de 1763 catapultó a Inglaterra al dominio del comercio global, al control del dominio marítimo y a la administración de las colonias durante un periodo de 150 años. El crecimiento territorial británico resurgió en el Tratado de París, en donde Francia cedió Canadá a Gran Bretaña, renunciando a cualquier reclamación territorial cerca del este del río Misisipi. Tras esta situación, se experimentó un ascenso en el incremento en número y potencia en comparación con las comunidades indígenas situadas en las fronteras de las colonias bajo dominio inglés. Los colonos ingleses se desplazaban con rapidez hacia el suroeste y oeste, también llegaron colonos con diferentes nacionalidades, holandeses, alemanes, irlandeses, de manera que Norteamérica se observaba y presentaba como “La tierra prometida”, vasta de riquezas llamaba la atención de los hombres pobres de Europa, que estaban siempre en la búsqueda de una vida de opulencia (Huberman, 2011, p. 3).

La situación más preocupante fue el gran número de colonos que se habían establecido en territorios indígenas, excediendo los límites establecidos. Como consecuencia de dicho asentamiento, el rey Jorge III impuso una restricción a los colonos de ocupar tierras hacia el oeste de la frontera montañosa de Allegheny-Apalaches. Los colonos establecidos en esa región se enfurecieron por el edicto que les obligaba a retornar al este de la frontera. No obstante, las autoridades británicas ignoraron el edicto. Este agravó la situación de las comunidades indígenas, las cuales se veían amenazadas por una multitud de colonos que atravesaban las cordilleras, estableciéndose en sus alrededores (Dunbar, 2019, p. 87).

La presencia de colonos en tierras originarias inspiró a otros a imitar sus aventuras migratorias a través de las cordilleras. Durante los años 1770, la invasión de los colonos anglosajones en todas las colonias desató un tsunami de preocupación por la expansión descontrolada de la especulación de terrenos en la región occidental. Los agricultores se desplazaban hacia las tierras occidentales tras perder sus tierras por la competencia de plantaciones más colosales que empleaban mano de obra esclava. Según Roxanne Dunbar (2019), los colonos agrícolas implementaron un plan ambicioso y duradero para obtener y colonizar las tierras de los indígenas en América. Este plan consistía en que una facción de los agricultores enseñada por veteranos experimentados que combatieron con indígenas. Primero solicitaban la protección de sus asentamientos a las autoridades británicas, las milicias de las colonias británicas y, posteriormente, hacia el gobierno y el ejército. Según Dunbar (2019, p. 87-88), la dinámica mencionada es el elemento esencial de la democracia en los Estados Unidos.

La guerra franco-india, también conocida como la guerra de los siete años, representó un cambio significativo en la historia de las colonias británicas en América del Norte. Este conflicto bélico fue fundamental en el proceso; fue el catalizador de la independencia de los colonos, de la cual emergió la nación caracterizada por su carácter “americano”. En 1826, el escritor James Fenimore Cooper desarrolló una narrativa, la cual se enfoca en explorar de manera detallada el colonialismo de asentamiento en la novela "El último mohicano". Las adaptaciones realizadas por Hollywood en los años 1932 y 1992 construyeron un imaginario equivocado de la historia estadounidense. La producción cinematográfica de 1940, fundamentada en la famosa obra de “Pasaje al noroeste”, representa a los mercenarios sedientos de sangre, los Rogers’ Rangers, como héroes por haber aniquilado una aldea de abenakis. Este clásico continúa adquiriendo popularidad a través de las repeticiones televisivas (Dunbar, 2019, p. 88).

En 1777, el conflicto bélico de Dunmore condujo a la unión de los shawnees con los británicos en contra de los separatistas. Los guerreros indígenas combatieron contra las comunidades coloniales en el valle del río Ohio, lo que resultó en la expulsión de cientos de colonos del territorio de los Shawnee. Sin embargo, un cambio en la situación entre los británicos y los separatistas permitió que el Congreso Continental centrara su atención en el Territorio del Ohio y preparara un ataque para derrotar a los Shawnees. Quinientos

separatistas, entre milicianos y soldados, iniciaron un conflicto armado extremadamente violento (Dunbar, 2019, p. 89). Gran parte de los enfrentamientos entre franceses e indígenas ocurrieron en territorio indígena, siendo estos últimos los principales combatientes en la mayoría de los enfrentamientos entre ambos bandos (Dunbar, 2019, p. 94).

En el año 1783, los británicos dejaron sus intentos por mantener el control sobre las trece colonias norteamericanas, tras decidir reorientar sus esfuerzos expansionistas hacia el sudeste asiático. Desde 1600, la Corona británica había establecido la Compañía Británica de las Indias Orientales (East India Company), la cual operaba en la India mientras, de manera simultánea, se llevaba a cabo la colonización de la costa atlántica de América del Norte. La transferencia de la reclamación del Territorio del Ohio de los británicos a los Estados Unidos representó un problema significativo para las comunidades indígenas asentadas al este del río Misisipi. La retirada británica en 1783 no significó el fin de los conflictos con las naciones indígenas. El panorama expansionista se complicó, pues se volvió más agresivo y no respetó límites territoriales. Al terminar la guerra de independencia de las colonias, Gran Bretaña ignoró la ayuda que había tenido de los pueblos indígenas durante el conflicto. En el Tratado de París de 1783, la Corona británica cedió a los Estados Unidos el control de un vasto territorio situado al sur de los Grandes Lagos, que se extendía desde el río Misisipi hasta el océano Atlántico, y al norte de Florida, entonces bajo dominio español. Este acuerdo ignoró por completo las reclamaciones y la soberanía de las naciones indígenas que habitaban dichas tierras (Dunbar, 2019, p.96).

En este contexto, Alexander McGillivray, líder de la tribu Creek, expresó el sentimiento generalizado entre los pueblos indígenas al afirmar: "Es injusto y egoísta ver cómo nosotros y nuestra tierra han sido entregados a nuestros enemigos, dividiéndonos entre españoles y estadounidenses" (Dunbar, 2019, p. 97). Esta declaración refleja la frustración y el descontento de las comunidades indígenas ante la falta de consideración de sus intereses en los acuerdos diplomáticos entre potencias coloniales. La retirada británica no solo consolidó el poder estadounidense en la región, sino que también exacerbó las tensiones y conflictos con las poblaciones nativas, quienes se vieron obligadas a enfrentar una nueva fase de colonización y desplazamiento.

En 1809, el gobierno de Thomas Jefferson adquirió el Territorio de Luisiana, que abarcaba 2.144.510 kilómetros cuadrados, de Napoleón Bonaparte. Transacción que se realizó

sin consultar a las naciones indígenas cuyos territorios y formas de vida se vieron directamente afectados. Esta anexión representó un incremento del cincuenta por ciento en la extensión territorial de los Estados Unidos, consolidando su expansión hacia el oeste. La gran extensión de la superficie terrestre incluía los territorios ancestrales de naciones indígenas, como los sioux, cheyenes, arapajós, crows, pawnees, osages y comanches, entre otros pueblos, que compartían su subsistencia por el bisonte. Así como la región más tarde comprendida como Oklahoma, en donde se albergarían miles de comunidades indígenas desplazadas provenientes del oeste del río Misisipi, a lo que se llamaría “Territorio Indio”.

A partir de esta adquisición, se formarían quince estados que abarcarían los territorios actuales de Arkansas, Misuri, Iowa, Oklahoma, Kansas y Nebraska. También se anexarían partes de Minnesota ubicadas al oeste del río Misisipi, la mayor parte de Dakota del Sur y Dakota del Norte, el noroeste de Nuevo México y el norte de Texas, así como regiones de Montaña, Wyoming y Colorado al este de la divisoria continental. La ciudad de Nueva Orleans, ubicada al oeste del río Misisipi, también quedó incorporada dentro de este vasto territorio. Algunos de los territorios anteriores habían estado bajo la soberanía de España e incluían Texas y todas las regiones al oeste de la divisoria continental hasta el océano Pacífico (Dunbar, 2019, pp. 115-116). Finalmente, el crecimiento de los Estados Unidos y su expansión a nivel mundial no se debieron a su ventaja tecnológica ni a la gran cantidad de colonos que poseían. El objetivo principal del Estado colonial era eliminar sistemáticamente las culturas ancestrales completas para apoderarse de sus territorios.

La colonización del norte de la Nueva España fue un proceso importante para la expansión territorial y económica de la corona española. Durante los siglos XVI y XVII, se fundaron reinos como Nuevo León y Nuevo México, aunque algunos intentos, como el de Nuevo Almadén, fracasaron. Exploradores como Cabeza de Vaca y Francisco Vázquez de Coronado documentaron los territorios y sus pobladores, pero la información era limitada. En 1675, Texas seguía siendo una región poco explorada, con una riqueza natural desconocida. Las expediciones posteriores, buscaron evangelizar y establecer poblaciones, pero la falta de ocupación efectiva generó problemas futuros para la corona. A principios del siglo XIX, Texas era una provincia vulnerable, y la cesión de Luisiana a Francia y su posterior venta a Estados Unidos agravó la situación. La expansión estadounidense hacia el oeste, marcada por la compra de Luisiana en 1803, desplazó a numerosas comunidades indígenas y consolidó el dominio

territorial de Estados Unidos, ignorando los derechos y la soberanía de los pueblos originarios.

3.3 El nuevo imperialismo estadounidense

Los hombres, la guerra, la fortuna y el destino, el verdadero vencedor y culpable es el imperial; los agentes y los hombres son sólo agentes y hombres.

Simon J. Ortiz

Anteriormente, se han estudiado a los pueblos apaches, los colonos españoles e incluso la nueva nación mexicana. En este capítulo mencionaremos la relación que tienen con Estados Unidos. La historiadora estadounidense Roxanne Dunbar (2019) narra que la historia de Estados Unidos es de colonialismo, de asentamiento, además, de que es poco difundida entre algunos académicos estadounidenses y sobre todo la historia nacional que se enseña en las escuelas es una historia poco crítica y muy fantasiosa. En cambio, se ha adoctrinado a muchos de sus ciudadanos con ideas de la fundación de un Estado sobre la base ideológica de su apreciada banca; la práctica extendida del comercio de africanos esclavizados y una política de genocidio y robo de tierras (Dunbar, 2019, p. 12).

Dunbar (2019), junto con otros investigadores como Leo Huberman (2011) y Howard Zinn (2005) piensan que la historia de Estados Unidos es una historia de negación, pues se ha negado a los oprimidos, es decir, los africanos esclavizados y las naciones indígenas exterminadas, además de otros grupos, como los residentes norteamericanos pobres y los explotados latinoamericanos. No obstante, se ha insertado en la mente de muchas personas una concepción demasiado diferente de la historia real de los Estados Unidos, incluso menciona Dunbar (2019), que existe una doctrina insertada acerca de lo que es y fue el territorio de los Estados Unidos en el siglo XVI, en realidad, muchas personas piensan que el territorio original de los Estados Unidos es lo que es, después de la guerra contra México y no lo que fue después de su independencia (Dunbar, 2019, p. 13).

La historia de los Estados Unidos es una historia que se ha construido con base en la

negación y en la ficción. La historiadora Roxanne Dunbar (2019) explica que la construcción de una nación avanzada y democrática se afirmó gracias a la negación de las naciones y comunidades indígenas que la habitaban, pues es causa de que, desde la llegada de los colonos ingleses a Virginia, las comunidades indias fueron un problema para la expansión y población de los entonces invasores ingleses. De manera que en la actualidad los pueblos indígenas norteamericanos han sido transformados en un grupo racial oprimido y marginado, al igual que los estadounidenses de origen mexicano, cubano, colombiano, puertorriqueños, etc., han quedado disueltos designados como “hispanos” o “latinos” (Dunbar, 2019, p. 16).

Howard Zinn (2005) describe que cuando llegaron los colonos ingleses a establecerse en Jamestown, Virginia no les importó en lo absoluto de que aquellas tierras ya estuviesen pobladas y que estas pertenecían a una confederación india dirigida por el jefe Powhatan. La experiencia más difícil de los Powhatan fue el invierno de 1610 cuando los ingleses sufrían de hambre. Entrando al poblado del jefe, destruyeron casas, cultivos, asesinaron a niños, ancianos, jóvenes y mujeres, llevando tan solo algunos sobrevivientes Powhatan para después torturarlos (Zinn, 2005, p. 24-25). Con el pasar de una década, las confederaciones indias se reunían más a menudo, pues en sus corazones se sentía la desesperación al ver que la población de los invasores blancos iba creciendo rápidamente. De manera que se decidieron a terminar con los pobladores ingleses. Incursionando, asesinaron a 347 hombres, mujeres y niños, declarándose una de las primeras guerras sin cuartel, Zinn (2005) menciona que esta masacre fue vengada muchas veces.

En tan solo trescientos años, llegaron millones de colonos a veces a razón de un millón por año a América del norte. De manera que los indios vieron sus territorios invadidos y su libertad amenazada. Leo Huberman (2011, p. 130), menciona que mientras millares de buscadores de tierras y pioneros llegaban más hacia el Oeste, los indios no pudieron detener a esa gran masa de gente que se avanzaba al interior de sus últimos senderos y tierras de caza. Huberman (2011), menciona que los indios pelearon, los derrotaron y los obligaron a retroceder al interior, pero aun así volvieron a combatir, volvieron a ser derrotados y se los empujó aún más atrás. Desesperadas las naciones indígenas negociaron con el gobierno. Las autoridades gubernamentales les prometieron una indemnización por las tierras de las cuales se habían apoderado los colonos. Sin embargo, se reubicó a las comunidades indias a territorios lejanos y con tierras infértiles. Un ejemplo de las reubicaciones o desplazamientos forzosos fue

el amargo “Trail of Tears” (Los senderos de Lágrimas) fue la migración forzada de miles de nativos americanos del sudeste de Estados Unidos al “territorio indio” del oeste del río Misisipi que sucedió a comienzos del siglo XIX. Los senderos de Lágrimas, sobresale en la historia de crueldad y violencia ejercida por los Estados Unidos a las naciones indígenas.

Tanto Roxanne Dunbar (2019) como Howard Zinn (2005), mencionan que la barbarie y la crueldad impuesta por los ingleses tuvo consecuencias devastadoras para las naciones indias. Las comunidades de pobladores anglosajones en ciertos momentos históricos habían practicado diferentes métodos de guerra, es decir, una contienda sin recurrir a medios descabellados, y sobre todo una guerra forzada, prolongada y sin tregua. Es claro que el conflicto con las naciones indígenas se había originado principalmente por la disputa por el control territorial, la cual inicialmente se había justificado en base a la fe cristiana y puritana, y posteriormente se sostuvo en la idea de la superioridad de la raza blanca.

La supremacía blanca se mostró en América por primera vez con la llegada de Cristóbal Colón, según Zinn (2005) en las crónicas sobre Colón. En estas crónicas se detalla la supuesta inferioridad tecnológica de los indígenas arawak, habitantes originarios de las Islas Antillas. Además, se describe a los arawak como personas tranquilas y fáciles de someter, volviéndolos esclavos. A pesar de la hospitalidad mostrada por los arawak, el colonizador europeo ya había concebido la idea en su primer contacto de esclavizarlos (Zinn, 2005, p. 11). Pareciera que la búsqueda de los colonos europeos estaba determinada necesariamente por la obtención de mano de obra esclava, territorios extensos que poblar y explotar, así como el descubrimiento y explotación de minerales preciosos.

La locura de los colonos europeos por encontrar oro, esclavos y recursos naturales hizo que se cometiera genocidio, Zinn menciona que lo que hizo Colón con los arawaks de las Islas Antillas, Cortés lo hizo con los mexicas de México, Pizarro con los incas del Perú y los colonos ingleses de Virginia y Massachusetts con los indios powhatanos y pequotas, todo con el fin de financiar las emergentes burocracias monárquicas de Europa Occidental, con la finalidad de que se diera el crecimiento de las nuevas economías monetarias que surgían del feudalismo y afirmarían lo que Carlos Marx llamaría “la acumulación primitiva de capital”, siendo la violencia el modelo para el inicio de un sistema complejo de tecnología, negocios, política y cultura, que afirma Zinn sería el modelo que dominaría el mundo durante cinco siglos (Zinn, 2005, p. 24).

Las tierras, los recursos y las naciones indias formaron parte del sustento de las nuevas potencias emergentes y el genocidio de las naciones indias fue el camino más rápido para tomar posesión del nuevo continente. Dunbar señala que el término “genocidio” se acuñó después de la Shoah u Holocausto y su prohibición quedó consagrada en la convención de las Naciones Unidas adoptados en 1948: la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio (Dunbar, 2019, p. 9). Esta medida se aplicó en 1988, entre las relaciones de los Estados Unidos y las naciones indias, se consideró en la convención que cualquiera de los siguientes cinco actos constituyen genocidio sin son «perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso»: • matanza de miembros del grupo; • daño grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; • sometimiento intencionado del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; • medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; • traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo. Además, Dunbar (2019) señala que fue en la década de 1990, que el término “limpieza étnica” se volvió útil para describir el genocidio (Dunbar, 2019, p. 9).

Muchos historiadores estadounidenses piensan que, para comprender la historia de Estados Unidos, es necesario enfrentar la cuestión del genocidio perpetrado hacia los pueblos originarios, además de una historia indígena eliminada del sistema nacional. Es el estudio del trauma indígena trascendental en la formación de la historia de los Estados Unidos y de toda América. Dunbar (2019) afirma que, en el periodo colonial, la fundación del país y durante el siglo XX, ese genocidio incluyó tortura, terror, abusos sexuales, masacres, ocupaciones militares sistemáticas, expulsiones de indígenas de sus territorios ancestrales e ingreso forzado de niños indígenas en internados de tipo militar. La ausencia de al menos el mínimo indicio de arrepentimiento o sentimiento de tragedia en la celebración anual de la independencia nacional revela una profunda desconexión en la conciencia de los estadounidenses (Dunbar, 2019, p. 19).

En su obra, Dunbar (2019, pp. 75-76) relata la historia de la primera colonia inglesa conocida como Jamestown, la cual se caracteriza por un trágico episodio de violencia hacia la población indígena, específicamente los powhatans. Esta historia tiene un malvado personaje conocido como John Smith. Este personaje inglés realiza acciones atroces contra los powhatans. Casualmente, John Smith es representado en la película animada Disney, *Pocahontas*.

Sin embargo, la representación de los colonos ingleses en dicha película es criticada por su toque de irrealidad, pues se representan figuras como John Smith como héroe, a pesar de su papel como perpetrador principal de actos violentos contra mujeres y niños powhatans, a quienes obligaban a proveer alimentos a los colonos ingleses. El final de la película sugiere un escenario pacífico al presentar la retirada de los ingleses y la aparente tranquilidad en la que viven los indios powhatans. No obstante, en la realidad, los powhatans fueron brutalmente asesinados y es claro que los colonos ingleses jamás abandonan el continente americano. Según Dunbar (2019), esta representación distorsionada de los hechos en la película aleja a los niños de la verdad histórica, fomentando un mundo ficticio que perpetúa el racismo y la marginación.

Zinn (2005) menciona detalladamente que una variante significativa en la historia de la construcción de los Estados Unidos fue, sin lugar a duda el *racismo sistémico* arraigado en las estructuras políticas de la nación. Cuando los colonos ingleses pasaron una gran hambruna, en la colonia de Virginia, pensaron en la necesidad de traer esclavos africanos al continente americano. Esta necesidad se originó en la resistencia de muchos indígenas a ser capturados, además de ser desafiantes y terriblemente libres, lo cual representaría un desafío para los colonizadores ingleses. Posterior y a lo largo de la historia, con los pueblos indígenas americanos y con los esclavos traídos de África.

El racismo ha sido por mucho tiempo una estrategia para separar a los colonos ingleses pobres, esclavos traídos de África y a los indígenas, pues existió el temor de la corona inglesa y después por el gobierno estadounidense, de que se aliaran estos sujetos marginados. En cambio, Dunbar (2019) señala que los colonos ingleses e irlandeses fueron incentivados por el gobierno colonial para exterminar a los indígenas. En palabras de Howard Zinn (2005), la declaración de guerra a los indios era para ganar apoyo de los blancos y desbaratar cualquier posibilidad de enfrentamiento de clase, a base de enfrentar a los blancos pobres con los indios, de esa forma se aseguraba la estabilidad y la seguridad de la élite (Zinn, 2005, p. 56). La élite también tomó otro tipo de medidas para evitar que se diera la convivencia pacífica de estos grupos excluidos. Por ejemplo, se prohibieron a los negros libres viajar en territorio indio y a las tribus indias se les obligaba a firmar tratados en donde existía la condición de devolver a los esclavos fugitivos. Todas estas medidas eran para evitar lo que había pasado en las Carolinas en la década de 1750 a 1760. Un ejército de 25 000 blancos se enfrentaba en la zona con una alianza de 40 000 esclavos negros y 60 000 indios creek, cherokee, choctaw y chickasaw. Se

temía que otras tribus pudiesen tomar este acontecimiento como modelo para su levantamiento (Zinn, 2005, p. 57).

La separación de las personas marginadas en Norteamérica fue necesaria para la élite, ya que esta se evidenció con la creación de una clase media blanca de pequeños colonos, agricultores independientes y artesanos, que se podrían unir con los comerciantes y colonos potentes, y que a su vez se capacitaría para frenar la amenaza de esclavos traídos de África, los indios de la frontera y los blancos muy pobres (Zinn, 2005, p. 58). De manera que, fue la creación de una clase media una facilitación del control de masas, la perfecta combinación del paternalismo y del autoritarismo. Howard Zinn (2006) menciona que la exclusión de los indígenas y de los esclavos africanos se menciona el 3 de noviembre de 1755 en la Declaración de Independencia, en esta se declara a los indios “rebeldes, enemigos y traidores”, además de ofrecer una recompensa “por cabellera de indio macho traído... de cuarenta libras”. Por la cabellera de cada mujer india o joven macho de menos de doce años que se matase... veinte libras...” (Zinn, 2005, p. 74).

Es cierto que un elemento principal e inherente al sistema de colonialismo, el cual está estrechamente ligado al sistema económico del capitalismo, es la práctica del genocidio, es decir, el uso de la violencia con el fin de apropiarse de territorios y recursos. Dunbar (2019) sostiene la teoría de que los colonos ingleses, en su afán de expandir su dominio, perfeccionaron sus tácticas bélicas a través de la ejecución sistemática de actos atroces contra las naciones indias. Entre estas prácticas despiadadas se incluyen la implementación de estrategias de limpieza étnica, la guerra biológica, la esterilización forzada, el traslado forzoso y la asimilación cultural. Estos métodos no se limitaron al contexto local, sino que fueron exportados por los estadounidenses a otras naciones como parte de una expansión imperialista enmarcada en la lógica del sistema capitalista (Dunbar, 2019, p. 23).

Estados Unidos se presentó ante el mundo como una nación triunfante que había luchado constantemente con un enemigo que el mismo creó, es decir, el comunismo, y para enfrentar a este enemigo obtuvo el derecho a los ojos del mundo de invadir cualquier país y tomar a la fuerza los recursos que necesitaba. Es evidente que, su participación belicosa ante el mundo fue heredada directamente de Inglaterra. A comienzos del siglo XVII, Inglaterra ocupó doscientas mil hectáreas disponibles en Irlanda, señalado como el primer colonialismo de asentamiento. En Irlanda se desplazó a los indígenas y se reemplazaron por colonos, además de

prohibirse canciones y música tradicional, se exterminaron clanes completos e intentaron establecer reservas para los “salvajes irlandeses” y, finalmente, la mutilación y exposición de los cadáveres de los rebeldes, incluyendo las cabezas de estos y los cueros cabelludos o las orejas (Dunbar, 2019, p. 52). Más tarde sucedió lo mismo en América, cuando los ingleses y españoles gratifican por los cueros cabelludos de los indígenas.

Los colonos europeos, con su llegada al continente americano, transformaron de forma profunda la existencia de los pobladores americanos, impusieron su cultura y costumbres de manera despiadada. Uno de los procedimientos más atroces que utilizarían fue la asimilación forzada, que implicaría la desarticulación de los grupos familiares y la alteración de las estructuras sociales indígenas. Además de establecer un mito fundacional, al igual que los colonos españoles, se apoyó la idea de que los colonizadores adquirieron un gran territorio que habitaban diversos pueblos indígenas que, según se sostenía, no aprovechaban de manera adecuada los recursos naturales presentes en la tierra, a diferencia de cómo la explotaban la tierra los europeos.

En el transcurso del verano de 1788, Juan Sevier, un soldado, pionero y político estadounidense, realizó un ataque sorpresa contra las ciudades chickamaugas. Este evento resultó en la muerte de treinta individuos y forzó la huida de los sobrevivientes hacia el sur. Las acciones emprendidas por Sevier ilustraban la relación directa que tenían los militares y colonos con el gobierno federal, así como su cooperación en la erradicación de los habitantes ancestrales de América (Dunbar, 2006, p. 107). Una estrategia adicional para acelerar la extinción de las comunidades indígenas consistía en la conversión de las áreas de caza indígenas en terrenos agrícolas. De manera similar, la edificación de estructuras en proximidad a sus territorios se orientaba hacia la atracción de colonos no autorizados hacia territorios indígenas (Dunbar, 2019, p. 107-108).

La planificación inicial para la erradicación total de las naciones indígenas no tenía restricciones ni clasificación, lo cual se evidenció con el desalojo de sus territorios de la nación Muskogee, que había manifestado neutralidad durante el conflicto bélico entre los colonizadores angloestadounidenses y la monarquía británica. Los Muskogees, una nación numerosa que habitaba en los territorios de Georgia, Tennessee y Carolina del Sur, se agruparon en una ocasión para ejercer hostigamiento y asediar a los colonos que invadían sus territorios. En este esfuerzo, solicitaron la asistencia de la Florida española en búsqueda de una

coalición para frenar el flujo de colonos hacia su territorio durante la formación de Estados Unidos. España contempló la posibilidad de una colaboración que le beneficiara y salvaguardara los territorios del bajo Misisipi y la ciudad de Nueva Orleans. No obstante, los colonizadores sostenían la creencia de que la nación Muskogee representaba un obstáculo para su asentamiento permanente en la región, particularmente en Georgia. En colaboración con el gobierno estadounidense, desplazaron a los miembros de las naciones muskogee, cherokee, seminola, chickasaw y choctaw, naciones que eran parte de las Cinco Tribus Civilizadas o también llamadas *Indian Removal Act*, aproximadamente 60 000 indígenas. Este suceso se conoce históricamente como el *Sendero de Lágrimas*. Esta expulsión forzada de las naciones indias de sus territorios ancestrales representa el episodio más cruel en la historia de los Estados Unidos contra las naciones indígenas (Dunbar, 2019, p.110).

Las tierras que habían quedado vacías después del desplazamiento forzoso constituyeron la principal fuente de ingresos del Gobierno. William Henry Harrison, gobernador del Territorio de Indiana, se encargaba de la desocupación de territorios indios con objetivo de proceder con la venta de dichos territorios. Durante la mayoría de su mandato, desalojó de manera forzada a numerosas comunidades; sin embargo, Harrison no se había enfrentado con dificultades significativas. No fue hasta que conoció al líder shawnee Tecumseh, al que consideraba un gran adversario en la lucha por el territorio norte, que en la actualidad comprende los estados de Ohio, Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin. Tecumseh consideraba de vital importancia la unificación de todas las comunidades indígenas en una única nación india que se distinguiera por una gran mayoría de habitantes y fuerzas guerreras. En otras palabras, una coalición político-militar, con el objeto de neutralizar a los invasores blancos que día a día avanzaban con premura hacia territorio indio. Tecumseh reflexionó sobre la posibilidad de unificar todas las comunidades situadas al oeste del río Misisipi, al norte de los Grandes Lagos y al sur del golfo de México. Elaboro un plan para evitar que las tierras de los indígenas fueran vendidas a los colonos. Propuso que un grupo de países indígenas podría administrar juntos las tierras de forma unida. Al jefe Tecumseh, se le unió su hermano Tenskwarawa; juntos tuvieron el liderazgo de los movimientos y alianzas intertribales contra fuerzas francesas, británicas y estadounidenses, dando origen a lo que hoy se reconoce como la confederación panindia (Cozzens, 2020, p. 11-12).

En el año de 1810, surgieron significativas dificultades para los colonos que habitaban

la zona de Indiana e Illinois, debido a las emergentes alianzas entre las naciones indias. Simultáneamente, su circunstancia se intensificaría debido al enfrentamiento entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto únicamente podría significar que los británicos buscarían alianzas con los indígenas insumisos, con el objetivo exclusivo de interferir en el plan de Estados Unidos de dominar el continente. Al imaginar esta alianza desfavorable, los colonos redactaron una petición dirigida al presidente James Madison, solicitando que las autoridades pertinentes previeran dicha alianza. Argumentaban que la seguridad de la frontera solo podría garantizarse si se impedía la alianza liderada por el profeta Shawnee en el río Wabash (Dunbar, 2019, p. 104). El análisis acerca de la consolidación de la resistencia y formación de confederaciones indígenas en respuesta a la disputa por sus territorios resultaría beneficioso, pero lamentablemente tardío para el progreso y las masacres perpetradas en ese periodo por los colonizadores. Esta circunstancia representó un desafío significativo para los colonizadores, quienes percibían estas acciones como un obstáculo para la adquisición de tierras.

Las comunidades indígenas estaban siendo segregadas por los intereses de las empresas colonizadoras. Se presentó el escenario de la nación Muskogee, la cual fue segmentada en dos estratos distintos. Al grupo más pequeño, los colonizadores le proporcionaron conocimientos económicos, así como la participación activa y conjunta con las autoridades coloniales. Este conjunto era identificado como “caciques”, pero por la población africana se les denominaba “compradors”. Los líderes de la élite indígena excluyeron a los que se oponían a su control cuando el gobierno federal incrementó la ayuda económica. Esta élite proporcionaba licor a bajo precio para la comunidad empobrecida de muscogees. Según Roxanne Dunbar (2019/112), este método era muy eficaz en la colonización por cooptación y deuda. Inicialmente, implicaba la utilización de violencia extrema para mitigar cualquier intento de insurrección por parte de la población indígena.

Durante la guerra civil, se implementaron nuevos métodos o modelos de guerra irregular contra las naciones indígenas que, con anterioridad, habían dado resultados significativos para las autoridades. Este modelo ignoraba a naciones pacíficas o que habían adoptado el cristianismo en los casos de los abenakis, cheroquis, shawnees, muscogees. En la región, al oeste del río Misisipi, las estrategias de lucha tuvieron un impacto significativo en ambas facciones en conflicto durante la guerra civil. Las fuerzas regulares confederadas encabezadas por William Quantrill y las tropas de la Unión lideradas por el general Sherman se

orientaban primordialmente hacia la eliminación de las comunidades indígenas durante el conflicto civil estadounidense. Este ocultamiento es terrible, si bien es evidente que no solo ha llevado a cabo operaciones genocidas contra las poblaciones indígenas, sino que ha hecho lo mismo con naciones que abarcan desde Filipinas y Cuba hasta América Central, Corea, Vietnam, Irak y Afganistán (Dunbar, 2019, p. 114).

Esta línea militar es parte del espíritu y de la identidad de los Estados Unidos. Según Tariq Ali y Oliver Stone (2011), los Estados Unidos heredaron este legado colonial de los británicos; sin embargo, no se comportan como ellos en aspectos económicos, pues adoptaban un nuevo colonialismo. Históricamente, su ideología se limitaba a la anticolonialidad, impidiendo así el reconocimiento de su condición de imperio. Más tarde establecía aduanas y empresas en diversos países, aunque no de forma directa, pues dejaba su personal a cargo y agentes de espionaje para mantener informado a Washington sobre los acontecimientos. Sin embargo, estas entidades no se involucrarían en actividades directas o en el despliegue de fuerzas armadas a menos que sus intereses lo ameritaran. De manera similar a cómo Inglaterra empleó la plataforma antiesclavista como medio de colonización en África, Gran Bretaña había acumulado una considerable fortuna mediante el comercio de esclavos. Dicho argumento fue empleado por los Estados Unidos al afirmar que conquistan este o aquel país con el objetivo de salvaguardar los derechos humanos (Tariq y Stone, 2011, p. 52-54).

Estados Unidos había instaurado un sistema colonialista en el que se había forjado la concepción del “hombre de frontera”, un colono que se aventuraba en búsqueda de nuevos territorios para conquistar, montado en una carreta cubierta y con una escopeta preparada para enfrentar a valientes indígenas que obstruyeran su camino. Este imaginario representó el comienzo de la crueldad y del genocidio en América del Norte, así como la perspectiva de las autoridades, en este caso jefes de gobierno, que audazmente asignaban al ejército para luchar por su libertad con las poblaciones indígenas. Los líderes estadounidenses eran implacables y la gran mayoría tenía y actualmente tiene una mente retorcida; aquellos líderes estadounidenses eran despiadados y tenían una mente retorcida, pero recibían respeto y afecto por parte de la población anglosajona. Un ejemplo emblemático es el presidente Andrew Jackson, un individuo de naturaleza sociópata y genocida. Roxanne Dunbar (2019) apunta que el factor determinante en la conquista de Estados Unidos no radicó en la victoria sobre los británicos en el campo de batalla en 1815, sino en la implementación de una guerra genocida y en el

desplazamiento forzoso de poblaciones ancestrales indias. Los dirigentes estadounidenses llevaron la estrategia contrainsurgente utilizada durante el periodo preindependentista hacia la nueva república. Esta estrategia fue implementada en el incipiente ejército federal, teniendo repercusiones significativas en el continente y a nivel global. A lo largo del siglo XIX, la guerra contrainsurgente y la limpieza étnica contra civiles indígenas fueron elementos característicos de la estrategia militar estadounidense. Los eventos notables que ejemplificarían esta práctica comprenden las tres guerras contrainsurgentes contra los seminolas, la masacre de Sand Creek en 1864 y el incidente de Wounded Knee en 1890 (Dunbar, 2019, p. 113-114).

Anteriormente habíamos abordado una táctica ampliamente usada para erradicar a las comunidades indígenas, la nombrada “limpieza étnica”, la cual consistía en desplazar, asesinar o forzar la asimilación de las comunidades indígenas. Conforme a lo argumentado por Roxanne Dunbar (2019), Andrew Jackson recurrió a la estrategia de la limpieza étnica con el objetivo de colocarse en las esferas de poder político. El gobierno también desarrolló proyectos de “civilización”, los cuales tenían como objetivo enseñarles a las comunidades indígenas principios y valores de la cultura anglosajona, tales como la privatización de recursos, la obtención de ganancias económicas, la centralización de la riqueza, así como prácticas negativas como la adquisición de deudas y la esclavitud, además de la labor y el traspaso de sus tierras a los colonos. Un ejemplo claro fue el del agente federal Benjamín Hawkins, quien tenía a su cargo la gestión de asuntos indígenas. Él encabezó el ambicioso proyecto de "civilización" promovido por el Gobierno de los Estados Unidos, conocido como las "Cinco Tribus Civilizadas". Este término era utilizado por los colonos para referirse a las principales naciones indígenas como una economía agrícola desarrollada en la región del sudeste estadounidense. El propósito principal de las autoridades era la integración de los colonos europeos en el extenso territorio habitado por la nación muskogee (Dunbar, 2019, p. 118-119).

Estas tácticas injustas y de sabotaje a las naciones indígenas de Norteamérica fueron principalmente utilizadas de manera sistemática y planificada cuando comenzaba la expansión territorial de los estadounidenses; sin embargo, con el tiempo entrarían al escenario situaciones aún más complejas y macabras. En administraciones como la del presidente Ulysses S. Grant, se establecieron acuerdos injustos. En el año 1875, más de sesenta y dos prisioneros cheyennes y guerreros indígenas, bajo la supervisión del capitán Richard Henry Pratt, fueron trasladados desde el lejano oeste hasta Fort Marion y posteriormente confinados en una fortaleza fría,

antigua y lúgubre. Los Cheyenes no solo fueron confinados en prisiones, sino que también fueron sometidos a duros entrenamientos militares, mientras que sus hijos eran adoctrinados en misiones cristianas, obligados a renunciar a su idioma materno y a su identidad, con el propósito de ser asimilados por completo al sistema. A estos sujetos se les impuso un estricto régimen con la finalidad de convertirlos en combatientes disciplinados y sumisos, capaces de enfrentar y desarrollar estrategias en contra de su propio pueblo (Dunbar, 2019, p. 176).

Imagen 3. Cheyenne Indians confined at Fort Marion



Cheyenne Indians confined at Fort Marion - Saint Augustine, Florida. 1875. Fuente: State Archives of Florida, Florida Memory. <https://www.floridamemory.com/items/show/27883>

Un suceso trascendental que transformó de manera definitiva la resistencia indígena fue la batalla de Little Bighorn. Este fue un enfrentamiento armado entre las fuerzas combinadas de las tribus lakota, cheyenes y arapajó contra el 7º regimiento de caballería del ejército de los Estados Unidos. El conflicto se desarrolló los días 25 y 26 de junio de 1876, cerca del río Little Bighorn, en el territorio de Montana. Ese acontecimiento fue el episodio más sobresaliente de la Guerra de Black Hills de 1876. El enfrentamiento transformó la visión de la resistencia indígena, dado que culminó en una victoria aplastante de la coalición india, encabezada por líderes tribales como Caballo Loco y Toro Sentado. La victoria se concretó a través de la coalición de estas naciones indias, que confrontaron 700 hombres liderados por el teniente coronel George Armstrong Custer, quien perdió la vida en Little Bighorn. Pese a esto, la indignación de las autoridades gubernamentales se manifestó en cada una de las comunidades indígenas. Persecuciones de los soldados, capturas, desplazamiento, el arrebato y la separación de sus hijos para llevarlos a escuelas distantes. Las naciones de los apaches, kiowas, siux, utes, kikapús, comanches, cheyenes y diferentes tribus fueron objeto de agresiones, resultando en la devastación de una comunidad tras otra. En los años 1890, a pesar de que todavía se registraban ataques militares en las comunidades indígenas y persistía la valiente resistencia armada, la mayoría de los desplazados y asimilados con el propósito de que perdieran su identidad indígena (Cozzens, 2019, p. 281-285).

Posteriormente a la batalla de Little Bighorn, numerosas comunidades indias anteriormente mencionadas fueron trasladadas a campos de detención y fragmentadas, resultando en la separación de los progenitores de sus hijos, a quienes se les enviaba a instituciones cristianas, donde eran sometidos a golpes y abusos. Los inviernos cada año se tornaban más fríos y las familias, a pesar de las severas restricciones, procuraban mantener las ollas llenas. Asimismo, se propagarían epidemias de sarampión, tosferina y gripe que devastaron las reservas, resultando en la muerte de niños y ancianos malnutridos. Los guerreros se habían derrumbado en el abismo del alcoholismo, las cabañas eran grises y los campos desolados. La muerte del defensor de los lakotas George Crook agravó la situación en las reservas, junto con la negligencia hacia los tratados, puesto que era el único que les había proporcionado asistencia y cumplido con las promesas, dejando a los siux sumidos en la desesperación. El rumor de un mesías indio que había surgido de las Montañas Rocosas con el propósito de liberar a todos los pueblos indios del yugo del hombre blanco despertó la esperanza en numerosas reservas. Cuando la disminución de raciones alcanzó las reservas, los

jefes oglalas enviaron una delegación al Noroeste del Pacífico para establecer un encuentro con el mesías. El nombre terrenal del mesías era Wovoka, o Jack Wilson para sus amigos blancos (Cozzens, 2019, p. 499).

Wovoka, un hombre de treinta y cinco años, caracterizado por su amabilidad y su mente pacífica, era conocido por ser un hombre medicina paiute. Al enfermar de gravedad, tuvo una visión con Jesús, quien había regresado a la Tierra para inaugurar el milenio indio. A partir de ese momento, dijo Wovoka a sus discípulos, deberían celebrar la Danza de los Espíritus con fe y mantener buenas relaciones con los blancos. En un periodo muy corto de tiempo, su mensaje había llegado a todas las tribus del Oeste americano. La Danza de los Espíritus se realizó en todas las reservas. No obstante, para los emisarios lakotas, la ira provocada por las cesiones de tierra y la disminución de las raciones era demasiado severa para aceptar una religión de manera pacífica. Por lo tanto, incorporaron sus propios toques militares y crearon una herejía potencialmente explosiva (Cozzens, 2019, p. 499-501). Se trataba de una danza destinada a mitigar la crítica condición de los indios en las reservas. Durante los momentos más dolorosos, los hombres habían requerido soluciones espirituales que proporcionaran esperanza a su melancólico corazón. Cozzens (2019) argumenta que las condiciones climáticas adversas y la escasez de alimentos propiciaron un terreno propicio para la nueva fe, y el hambre alimentó su crecimiento; la danza de los espíritus se convirtió en una protesta sobre las condiciones de vida de la gente de las reservas.

La Danza de los Espíritus se había transformado en un espectáculo terrorífico para la mayoría de las autoridades y civiles estadounidenses. Los danzantes caían derrumbados por el suelo, desperdigados en una especie de rigor mortis, otros echaban espuma por la boca o gritaban enloquecidos. Todos estaban bañados en sudor. En cierto momento, ese escenario era empático para los blancos; empero, el sufrimiento de los lakotas dio paso al terror a que se produjera un sangriento estallido indio. Habitantes cercanos a las reservas temían que la desesperación de los indios los hiciera alzarse en armas una vez más. Cozzens (2019) describe que los periódicos corroboraron dicha especulación: los indios celebraban su salvaje danza de la muerte con un Winchester en la mano y con (mala) sangre en el corazón. En 1890, los siux comenzaron a bailar en la reserva de Standing Rock. Situada en Dakota del Norte y Dakota del Sur, la reserva Standing Rock estaba al cuidado del jefe Toro Sentado, también llamado Tatanka Yotanka. Este líder se distinguía por ser uno de los jefes victoriosos en la batalla de Little

Bighorn. A pesar de mantener una discreción rigurosa, mostraba interés en las narrativas de la nueva religión. La existencia de los sioux era desalentadora y Toro Sentado enfrentaba una realidad severa. A pesar de ello, las autoridades tenían planes diferentes para acabar con la existencia de Toro Sentado y la Danza de los Espíritus, que se estaba convirtiendo en una amenaza para el gobierno estadounidense (Cozzens, 2019, p. 511). Los encargados de las reservas indicaron que las danzas resultaban perturbadoras y difíciles de manejar. En este contexto, la policía india señaló dicho consentimiento de aquellas danzas al jefe Toro Sentado, quien se había mantenido como un espectador. Sin embargo, hasta su última acción, fue parte de una sospecha intensamente monitoreada por la policía india. De este modo, la suposición de aquellas danzas inocentes, que simbolizaban la intensa depresión, tristeza y descontrol emocional de los sioux, se utilizó como fundamento para su detención (Dunbar, 2019, p. 178).

En su obra “La tierra llora”, Peter Cozzens (2019) expone que el gobierno nunca explicó a Toro Sentado por qué lo habían encarcelado. Nunca se le juzgó ni se le condenó por crimen alguno. Una noche, fue sorprendido en su cabaña mientras se encontraba en reposo con su cónyuge y sus dos hijos menores. En el exterior, la policía india se encontró con una creciente congregación de danzantes de los espíritus. El clima era tenso e incierto. Entre varios agentes, Toro Sentado forcejeó, pero fue sacado de la cabaña. Al ver esto, los danzantes lanzaron puños a la policía india. Atrapa al Oso, otro jefe indio, sacó su rifle Winchester y disparó a uno de los policías llamado Cabeza de Toro, quien sujetaba a Toro Sentado. Cabeza de Toro sacó su revólver, disparándole una ráfaga e hiriendo al jefe en el esternón y desgarrándole el pecho, resultando en una lesión de muerte. La multitud se dispersó hacia una arboleda, mientras que los policías respondían con sus armas. El hijo de Toro Sentado fue asesinado por un policía indio. El cadáver de Toro Sentado se encontraba en el suelo, algunos agentes vaciando sus cargadores sobre él, y rebanaron su cara y apuñalando numerosas veces su cuerpo; se llega a mencionar la destrucción violenta de todo su cráneo. Los hunkpapas (lakotas o sioux) huyeron hacia la reserva del río Cheyene, nombrando a aquel acontecimiento como la batalla de la Oscuridad. Los restos de Toro Sentado fueron enterrados en un ataúd tosco, en un lugar distante del cementerio, simulando la sepultura de un ladrón o un indigente, sin ninguna ceremonia formal (Cozzens, 2019, pp. 512-514).

El 15 de diciembre de 1890, se produjo la muerte del destacado jefe sioux “Toro Sentado”. Fue asesinado por uno de los hombres que lo tenían prisionero. Su homicidio

únicamente intensificó la incertidumbre entre su gente, provocando que abandonaran la reserva. Pero el Departamento de Guerra estipulaba que cualquier individuo o colectivo indígena que residiera fuera de las reservas federales designadas sería reconocido como un "promotor de disturbios". La fuerza armada emitió órdenes de detención contra líderes como Pie Grande. Este jefe había salido de la reserva en compañía de numerosas personas después de enterarse de la muerte de Toro Sentado y de la búsqueda que el Ejército estaba realizando, con la finalidad de buscar refugio en la reserva de Pine Ridge. Pie Grande decidió guiar a su grupo de 350 lakotas, incluyendo 230 mujeres y niños, hacia Pine Ridge en medio de un clima muy frío y de la búsqueda que el Ejército estaba realizando. Su intención era entregarse y trasladar a su pueblo a la reserva de Pine Ridge (Dunbar, 2019, p. 181-182).

El 28 de diciembre, se encontraron con tropas del ejército, que les dijeron que se dirigieran a Wounded Knee Creek. En esa noche, mientras los lakotas hambrientos y desarmados acampaban en Wounded Knee, aproximadamente 500 soldados del Séptimo de Caballería se aproximaron a los lakotas. Fueron rodeados y se les avisó que serían trasladados lejos del territorio lakota. Los sioux se dispusieron a entonar canciones de la Danza de los Espíritus, pero W. Forsyth les indicó que pararan, dado que dichas canciones eran interpretadas como preludios de la guerra. Sin embargo, uno de los bailarines tomó un puño de tierra y lo lanzó al aire; los soldados lo interpretaron como una señal y empezaron a disparar sus ametralladoras. Las mujeres, niños, bebés y ancianos fueron los primeros en caer. El ejército estadounidense tomó sus propios muertos, que estimaban en 25 soldados, pero dejó a las víctimas lakota que se congelaran durante tres días. Las cifras estiman al menos 300 lakotas muertos, evento que los blancos celebraron. Ese exterminio indiscriminado en el campo de Wounded Knee se considera el momento decisivo que señaló el fin de la resistencia armada de las naciones indias en la región (Cozzens, 2019, pp. 517-531).

En 1883, se llevó a cabo la primera conferencia de una serie en Mohonk, Nueva York, organizada por un grupo influyente y acomodado de defensores del concepto del "destino manifiesto". Los individuos que se autodenominaron "amigos de los indios" implementaron una estrategia de asimilación que luego fue convertida en una ley por el senador del Congreso Henry Dawes, la Ley General de Parcelación de 1887. Cuando argumenta a favor de la subdivisión de las tierras de los pueblos indígenas. En 1889, se designó un área del Territorio Indio para la colonización de familias y personas, pero los indios resistirían dicha repartición

por medios legales. En un evento conocido como "la carrera de Oklahoma", el Gobierno federal se refirió a estas áreas como "tierras no asignadas", las cuales estaban disponibles después de la subdivisión (Dunbar, 2019, pp. 183-186).

Un pueblo que se opuso a la parcelación de tierras mediante medidas legales fueron los hopis y los indios pueblo. Dunbar (2019) señala que, a albores del siglo XX, el escultor James Earle Fraser presentó la obra monumental y emblemática "El final del camino", la cual había sido diseñada específicamente para la exitosa exposición internacional Panamá-Pacífico en San Francisco, California. La representación visual de un indígena parcialmente vestido, fatigado y moribundo, montado en un caballo igualmente fatigado, simbolizaba la propuesta definitiva: la erradicación de las comunidades indígenas del continente. En el año siguiente, falleció Ishi, el último miembro de la tribu Yahi de California, quien estuvo prisionero durante cinco años bajo la observación de antropólogos que lo investigaban, lo que lo llevó a ser considerado como "el último indio". En repetidas ocasiones, los Estados Unidos intentaron demostrar ante la comunidad internacional que los pueblos indígenas habían desaparecido, perpetuando así una idea falsa y eliminando su existencia de manera simbólica. Esta representación errónea y negación de la existencia de los indígenas se reflejó en la industria cinematográfica. Después de dicha representación aparecieron múltiples obras de cine, en donde se postulaba la reciente muerte de Ishi y otras películas relacionadas, argumentando que con él se habían extinguido los indios de Norteamérica. La industria cinematográfica rápidamente incorporó representaciones de violencia hacia los indígenas en sus producciones, impactando a la audiencia infantil, incluyendo a niños y niñas pertenecientes a comunidades indígenas (Dunbar, 2019, p. 186).

Durante la invasión y ocupación de Cuba, Estados Unidos expandió su Ejército de veinticinco mil a casi trescientos mil hombres, con el objetivo de debilitar el movimiento de independencia que se estaba gestando en la isla contra España. Pero los Estados Unidos se habían preparado y desarrollado la "Gran Flota Blanca" naval. En 1898, mientras las tropas estadounidenses se dirigían al puerto de La Habana, el almirante George Dewey lideró la intervención de la marina de los Estados Unidos en Filipinas. Esta acción se llevó a cabo con la supuesta intención de apoyar a una fuerza de treinta mil rebeldes indígenas filipinos que habían logrado obtener su independencia de España y la habían declarado. Dewey hizo referencia a los habitantes de Filipinas como "los indios" y expresó su determinación de "ingresar a la ciudad [de Manila] y mantener a los habitantes locales alejados". A Estados Unidos le tomó tres años

adicionales sofocar la resistencia filipina. Durante este periodo, el Ejército implementó estrategias de contrainsurgencia similares a las utilizadas contra las poblaciones indígenas en América del Norte. Estas tácticas incluyeron métodos de tortura innovadores, como el simulacro de ahogamiento o "submarino", y estuvieron bajo la dirección de varios comandantes que también habían participado en conflictos previos. Veintiséis de los treinta generales estadounidenses estacionados en Filipinas habían servido como oficiales en los conflictos conocidos como las "guerras indias". En esta ocasión, el general de división Nelson A. Miles, quien previamente había liderado al Ejército en operaciones militares contra comunidades indígenas, asumió el mando general del Ejército durante el conflicto en Filipinas (Dunbar, 2019, p. 189).

En ese mismo periodo, se desarrollaba una importante revolución en México en la que los campesinos y los indígenas sin propiedad se alzaban en oposición al régimen gubernamental establecido. Al observar la situación, las autoridades gubernamentales de los Estados Unidos consideraron la posibilidad de que sus civiles indígenas se sintieran motivados por dicho alzamiento y tuvieran la intención de imitarlo. En consecuencia, el presidente Wilson designó a John J. Pershing como el líder de las Fuerzas Expedicionarias estadounidenses, las cuales estaban compuestas por soldados de caballería, hacia México por casi un año con el objetivo de sofocar la revuelta en el norte, encabezada por Pancho Villa. Esta intromisión extranjera en el territorio nacional fue rechazada por ambas facciones mexicanas, generando un descontento generalizado entre la población. Esta acción no cumpliría con las expectativas de las autoridades estadounidenses, quienes se vieron en la necesidad de replantear su estrategia en la región (Dunbar, 2019, p. 193).

El mundo persiste en su transformación constante, y para las comunidades indígenas cada nueva reforma resulta más perjudicial. En 1956, se promulgó la Ley de Relocalización Indígena de 1956 (Ley Pública número 949). Esta legislación, promovida y financiada por la Oficina de Asuntos Indígenas (BIA), contemplaba la reubicación de individuos como las familias a zonas urbanas industriales específicamente designadas para este propósito, como por ejemplo el área de la Bahía de San Francisco, Los Ángeles, Phoenix, Dallas, Denver y Cleveland. En estas regiones, se habían establecido oficinas de la BIA con el objetivo de coordinar la distribución de viviendas y puestos de trabajo, así como de brindar programas de formación laboral. El desarrollo de este proyecto resultó en la formación de amplias

poblaciones urbanas indígenas que se establecieron en comunidades donde ya residían minorías de clase trabajadora con escasos recursos o en situación de vulnerabilidad, desempeñando labores de baja cualificación o enfrentando largos periodos de desempleo (p. 200-201).

En última instancia, se continúa evidenciando la constante y tenaz batalla de las reducidas comunidades indígenas, que en la actualidad continúan siendo presionadas por los gobiernos de su país. El problema de las limpiezas étnicas, la asimilación, el traslado forzoso y la reubicación, junto con la reducción de sus territorios, persiste en diversas regiones de América y del mundo. La civilización ha logrado un triunfo sobre la “barbarie”; esa victoria ha implicado la pérdida de muchas naciones indígenas, las cuales han sido disminuidas y excluidas en las naciones, y casi eliminadas en la historia oficial. Si se menciona parte de su cultura en los medios de comunicación de gran alcance, se utiliza exclusivamente para la promoción de destinos turísticos, donde las corporaciones comercializan sus colores y la historia de la grandeza de lo que fueron algún día. Con el objetivo de apagar la historia, su historia de resistencia al exterminio. Exponiéndolos en las salas de cine como elementos de un pasado, de un imaginario concebido para los espectadores, sin evidenciar la crudeza de la colonización y de la modernidad que los mantiene excluidos y marginados. El sistema ha distorsionado su historia y los ha inmerso en un estado de pertenencia al pasado, imponiendo a los no indígenas la obligación de olvidarlos, una acción que cada día los asesina.

3.4 Filibusteros y separatistas en la frontera

Con pasos sigilosos, arribaron hombres anglos a tierras mexicanas. A los cuatro vientos proclamaban que las tierras que pisaban eran suyas. Que formarían parte de una nueva nación

Anónimo

En este nuevo apartado, se estudiará un caso especial de amenaza externa e interna en la frontera norte. Aunque los apaches habían realizado prácticas comerciales tanto antes como después de la intervención estadounidense, fueron presentados como la principal amenaza de la frontera, por lo cual, los comerciantes, mineros y pobladores, debían cuidarse y de estar alerta ante la posibilidad de asaltos y ataques, ya que no solo perdían sus bienes, sino incluso sus propias vidas. Sin embargo, otros problemas mayores surgieron rápidamente después de la independencia de México.

Durante la guerra de independencia, la corona retiró a muchos soldados de los presidios fronterizos, dejando a las pocas tropas restantes sin municiones. En 1821, el gobierno federal enfrentaba dificultades financieras, lo que resultó en una disminución temporal del suministro de alimentos para la población apache asentada en Janos (Chihuahua), Fronteras (Sonora) y Santa Rita del Cobre (Nuevo México), provocando escasez alimentaria. En 1824, los grupos de apaches nednis y chokonen que habitaban en las proximidades de Fronteras se trasladaron a las montañas con el propósito de expandir sus incursiones hacia Sonora, Arizona y el sudoeste de Nuevo México. Los líderes eran Teboca de los chokonen y Mano Mocha y Fuerte de los chihennes (Flagler, 2006, p. 56).

El gobierno mexicano no logró proporcionar las raciones de alimentos a los apaches, quienes, al enfrentar esta situación de necesidad, se vieron obligados a recurrir al robo y a la violencia en las regiones fronterizas. Algunos de ellos optaron por desplazarse a las zonas montañosas con el fin de obtener alimentos de manera autónoma, ya sea mediante la

recolección, el cultivo o la caza, en un entorno caracterizado por la escasez de recursos alimenticios y la hostilidad del territorio (Flagler, 2006, p. 57). De manera que las correrías se reanudarían a principios de 1832 y se intensificarían en violencia a partir de 1840. Se considera que las incursiones apaches podrían haberse detenido si el gobierno mexicano hubiera implementado medidas diplomáticas y continuado brindando apoyo a dicho pueblo. No obstante, la nueva nación mexicana tenía presiones políticas, económicas, así como conflictos internos entre los partidos liberal y conservador. Además, se produjeron constantes actos de sabotaje por parte de diversas potencias europeas y americanas.

En 1834, el gobierno mexicano envió soldados regulares a la frontera. Estos soldados estaban mal pagados y tenían armas en mal estado y de mala calidad. Los indios de las praderas estaban bien equipados con armas provenientes del comercio ilegal manejado por Robert McNight desde 1812, tenían vínculos con el gobierno de los Estados Unidos. McNight trabajaba con Stephen Courtier, quien era muy rico gracias a las minas de Santa Rita del Cobre (Flagler, 2006, p. 56-57). La presencia de ciudadanos estadounidenses en México era común, pero muchos de estos visitantes representaban un problema para la seguridad del país en términos políticos y militares. Muchos de ellos eran agentes de inteligencia de su país, cuya tarea era dificultar las relaciones de México con su población. John Johnson y McNight comenzaron a hacer negocios con los líderes apaches, como Juan José Compá. Pronto llegó un hombre irlandés llamado James Kirker, conocido por ser amigo de los apaches. En ocasiones se menciona que él se unía a sus incursiones en Nuevo México. Pero más adelante, Kirker se hizo conocido por ponerles trampas a gran número de apaches (Flagler, 2006, p. 57).

Todo esto formaba parte de la política secreta de los Estados Unidos para socavar a México, enviando a individuos malintencionados que se beneficiaban del contrabando de armas, la venta de ganado robado y la explotación de minas mexicanas. Ingresando y saliendo de manera frecuente de México sin encontrar obstáculos. La misión principal de los aventureros y aliados estadounidenses de los apaches era acercarse a los indígenas rebeldes con el propósito de establecer relaciones económicas y amistosas. Posteriormente, les proporcionaba armamento avanzado para continuar la lucha contra los pueblos fronterizos. Esto tenía como objetivo debilitar a un país que se encontraba en proceso de recuperación tras enfrentamientos con españoles, filibusteros franceses y estadounidenses. La falta de protección en la región norte de México dejaba vulnerable al país. La provocación de Estados Unidos para

iniciar la guerra con México parecía formar parte de un plan maquiavélico diseñado por los invasores y genocidas estadounidenses (Flagler, 2006, p. 57).

Ana Suárez (2006,01) expone que, con el aumento de la población estadounidense, el desarrollo económico y la búsqueda de más tierras para impulsar su agricultura, además de los intereses políticos y su “destino manifiesto”, los norteamericanos sentían la necesidad de expandirse hacia el sur, por lo que al adquirir de Texas, California y Nuevo México satisficieron una pequeña parte de su ambición. Más tarde, los defensores del expansionismo pusieron sus ojos en Sonora, pues el anhelo radicaba en todo el público en general, el resultado de esto fue la creación de las empresas de filibusteros y separatistas, con el fin de anexionar a Sonora al animal expansionista.

Estas empresas filibusteras se presentaron de forma masiva una vez que se firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo. Esta empresa era una extensión más del poder del gobierno estadounidense que emprendió acciones directas en contra de México en un sector privado de forma reducida. Entonces el término “filibustero”, se refirió a los grupos paramilitares dispuestos a hacerse por la fuerza de territorios pertenecientes a estados nacionales emergentes, este término adquirió una connotación militar y política (Del Río, 2003, p. 21). Además, estas ambiciones expansionistas crecieron con las leyendas de la riqueza de Sonora, en donde se hablaban de grandes minas de plata pura desde 1736, y aunque la corona española sabía de ellas, los mineros particulares no podían hacer mucho en aquella zona debido al ataque de los indios de las praderas, el alejamiento del centro, la falta de mercurio y la falta de agua. Esta leyenda persistió al descubrirse oro en Sutter's Mill, cerca de Sacramento, California, en 1848, por lo que, se pensó que, en Sonora, por la cercanía de aquel lugar debía de existir numerosas minas” (Suárez, 2006, p. 02).

Si bien es cierto que la llegada de los filibusteros al territorio mexicano era parte del desenlace de las consecuencias del tratado de Guadalupe-Hidalgo, donde tanto estadounidenses como mexicanos estaban inconformes con la repartición de territorios, también es importante considerar otros factores que influyen en este conflicto histórico. Para los algunos ciudadanos de los Estados Unidos, los territorios cedidos no resultaban ser suficientes. De acuerdo con Ignacio del Río (2003), los estadounidenses compartían ideas siniestras para atacar México y quitarle los territorios deseados por los ambiciosos anglosajones.

Leo Huberman (2011) señala que el conflicto bélico contra México fue promovido por el gobierno estadounidense. La narrativa oficial logró persuadir a la mayoría de la población de que la guerra era un destino inevitable y necesario. Sectores clave, como agricultores, ganaderos y empresarios, se mostraron particularmente convencidos de esta postura, lo que contribuyó a consolidar el apoyo social al conflicto. No obstante, gran parte de la ciudadanía de Estados Unidos desconocía las razones que justificaban dicha declaración de guerra. Un congresista de Ohio, por ejemplo, criticó abiertamente la intervención militar, calificándola como «una guerra contra un pueblo que no ha incurrido en ofensa alguna, sin causa adecuada o justa, con el propósito de conquista... No habré de prestarle ayuda ni apoyo alguno. No empaparé mis manos en la sangre del pueblo de México, ni participaré tampoco en la culpa de los asesinatos ya cometidos o de los que, en adelante, cometa nuestro ejército en ese país» (Huberman, 2011, p. 163). Incluso Abraham Lincoln cuestionó la legitimidad del enfrentamiento, argumentando que este había sido innecesario e inconstitucional (Huberman, 2011, p. 163).

Las ideas expansionistas se manifestaban en las empresas de filibusteros que no eran ajenas a los aplausos de estadounidenses que apoyaban tales situaciones. Esto se reflejaba de manera evidente en la prensa norteamericana, que se encargaba de mantener vivos los ánimos expansionistas. La revista *The Democratic Review*, por ejemplo, mencionaba que era necesario llevar a cabo el “destino manifiesto” para evitar que otras naciones se apoderaran del continente americano. Del Río (2003) menciona que el artículo del *Daily Tribune* de Nueva York, remitido en 1852 a la Secretaría de Relaciones Exteriores por el ministro de Francisco de Paula Arrangoiz, alentaba a incursionar en tierras extranjeras, se precisaba en el cuerpo del artículo: “El primer golpe- se decía ahí- debe darse a los estados de Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Tamaulipas, Durango y tal vez... San Luis Potosí”, para cuyo mejor éxito se haría conveniente buscar alianza con los indios comanches y hacer con ellos “operaciones por cuenta común”. No por su simpleza o su desmesura las excitativas como pistas dejaban alimentar las ilusiones de muchos de los aspirantes a filibusteros (Del Río, 2003, p. 28-29).

Asimismo, es importante destacar que tanto Sonora como Chihuahua y Colima se veían inmersas en conflictos bélicos de gran escala con las naciones indias del norte, tanto antes como después de la proclamación de la independencia. Según Sara Ortelli, a partir de 1748, las autoridades virreinales comenzaron a recibir noticias alarmantes sobre la cantidad de apaches que se congregaban en el Bolsón de Mapimí, lugar de refugio por excelencia de los nómadas,

pues éste era el sitio en que se reunían para organizar sus correrías. Tras la guerra con los Estados Unidos, el gobierno federal retomó esta preocupación e hizo de la expulsión de los indios belicosos del Bolsón uno de los ejes fundamentales de su política de defensa.

Si bien, los filibusteros tuvieron mayor participación después de la invasión norteamericana, la llegada de aventureros y cuatreros trajo consigo muchos problemas para las autoridades mexicanas. A pesar de su escaso número reducido, los apaches y comanches facilitaban el contrabando de ganado provenientes de los norteros mexicanos. Ana Lilia Camacho menciona que la llegada de los filibusteros a México es mucho más antigua, pero la atención de estos aventureros se centra después de la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Los contingentes de los filibusteros se conformaban de irlandeses, franceses, alemanes, españoles e hispanoamericanos incluyendo a habitantes de México, entre otros. Ignacio del Río (2003/23) piensa que los filibusteros se hacían pasar por colonos en el Norte de México.

Los comanches parecían ser guerreros forjados para el arte de la guerra. Considerados más temibles que los apaches, dominaron el sudoeste norteamericano entre 1750 y 1850 a través del comercio y la guerra. Ana Nieto Camacho (2012), argumenta que los comanches eran un grupo que proveía a una amplia red de mercados, bienes particularmente demandados tanto por los nativos como por los angloamericanos, es decir, los caballos y mulas. En la “comanchería” tanto indios como no-indios intercambiaban armas, municiones, textiles, utensilios varios, maíz y pan por cautivos, pieles y caballos que se distribuían en Texas, Arizona, Missouri, Oregón, e incluso Canadá (Nieto, 2012, p. 54).

Este tipo de intercambio comercial en la frontera septentrional implicó una notable actividad económica por parte de indígenas locales y los ganaderos de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo México, las Californias y Texas. Esta dinámica comercial se desarrolló tanto como después de la anexión de Texas a los Estados Unidos. Si bien, es cierto que los indígenas del Norte de América, antes de la llegada de los colonos, practicaban un comercio, basado en el trueque, en el cual intercambiaban, semillas, pieles, animales y otras artesanías. Este comercio era simple y no era tan necesario, como se vería más tarde, pues con el desplazamiento de los invasores anglosajones y el establecimiento de los colonos españoles, el comercio se va a volver más frecuente y los productos que se van a comercializar, van a experimentar modificaciones. En este nuevo escenario, las comunidades guerreras van a intercambiar el ganado vacuno o caballar, no forzosamente robado, con los estadounidenses, por armamento militar.

En un principio, el hurto ocasional de algunas piezas de ganado era una necesidad para la sobrevivencia del grupo, tanto para los comanches como para los apaches que habitaban la región. En otras ocasiones, los incursionistas tomaban el ganado y otros recursos de los pobladores como parte de las represalias por los constantes asaltos de los mexicanos a sus campamentos y los ultrajes de los no indios. Aunque el objetivo principal de los nómadas no era asesinar a los pobladores, se asegura que el robo era sigiloso y rápido, por lo que los pobladores o rancheros no podían enfrentarse directamente. Por lo tanto, el propósito final era la obtención de ganado, tanto para poder subsistir como para llevar a cabo transacciones comerciales (Nieto, 2012, p. 57).

Camacho Nieto (2012), afirma que, en aquel paisaje marcado por la violencia, también se desarrolló otro tipo de relaciones pacíficas entre apaches, comanches, así como con ciertos sectores de la población mexicana y estadounidense. Durante el transcurso del siglo XIX, el avance hacia la región del oeste por parte de los colonos provenientes de América del Norte permitió una relación continua entre estos indios de las praderas y de las extensas llanuras, ya que estas relaciones amistosas se basaban en el intercambio comercial. Los apaches, conocidos por sus incursiones violentas, solían atacar a los habitantes de los territorios de Nuevo México y Arizona, saqueando su ganado y demás, hostigando a los colonos que se aventuraban a la peligrosa búsqueda de oro en California.

En 1873, la Comisión Pesquisidora de la Frontera Norte, organizada por el gobierno mexicano, aseguraba que las correrías de los indios sobre México se habían intensificado a partir de 1835 y señalaba a los norteamericanos como los responsables de la intensificación de los ataques. Lo más preocupante del caso, era que el comercio se realizaba a la vista de las tropas norteamericanas (Nieto, 2012, p. 58). Si bien, los apaches y comanches incursionaban, también los indios atacaban “mezclados” con los norteamericanos. Ana Nieto Camacho menciona, que después de 1848, los estadounidenses encontraron en México una fuente de ganado con que “establecer o acrecentar” sus negocios en las nuevas tierras abiertas a la colonización. Entonces, el territorio mexicano comenzó a recibir de forma frecuente a los llamados “cuatreros”, quienes robaban ganado en México, principalmente caballos, dirigiéndolos rápidamente al territorio norteamericano (Nieto, 2012, p. 60).

El comercio en la frontera era importante, pues los estadounidenses no solo se beneficiaban del robo de ganado, sino que, por medio del comercio, ellos lograron entrar y salir

de Sonora y Chihuahua sin ningún problema, pero, para las autoridades mexicanas era un verdadero problema, pues se corría el riesgo de ser invadidos por los norteamericanos. Ana Suárez (2006, 03), menciona que los pobladores de la nueva propiedad norteamericana de Arizona tenían especial interés en la anexión de Sonora, pues según estos, separados de San Francisco y de Santa Fe por regiones inhospitalarias, las provisiones sonorenses resultaban indispensables, las mejores rutas de comunicación con el océano Pacífico atravesaban Sonora. No solo ellos deseaban la anexión de Sonora. Ciudadanos de Nueva York, Texas y Tennessee, entre otros, lo demandaron al Congreso de los Estados Unidos, cuando se reunió en diciembre de 1857. Hablaron de comprar tierras sonorenses, elaboraron planes para construir sociedades de ayuda a los inmigrantes y también a las partidas de filibusteros.

Incluso el explorador francés Hippolyte du Pasquier de Dommartin, que había recorrido los territorios de Sonora y Chihuahua entre los años 1849 y 1850, emitió comentarios tanto en la prensa como en el congreso norteamericano. En sus declaraciones, declaró que se mostraba convencido de que los Estados Unidos planeaban construir un ferrocarril transcontinental que permitiese acortar significativamente la distancia entre el océano Pacífico y el océano Atlántico. Para lograr este ambicioso proyecto, sería necesario apoderarse con el control de vastas extensiones del norte de México, ya que éstas eran las tierras indicadas para la construcción de un ferrocarril en el Paso Norte y el valle Gila (Suárez, 2006, p. 03).

Como se afirma arriba, eran claras las ideas expansionistas, pues hasta los extranjeros europeos podían darse cuenta de la riqueza del territorio mexicano, lo mismo sucedió en California al descubrir grandes zonas mineras, muchos pobladores llegaron a establecerse en el nuevo territorio norteamericano, considerando la posibilidad de asentarse en Sonora, pues se creía que eran tierras muy fértiles y además muy despobladas, descuidadas por el ejército mexicano para defenderlas. Se mencionan casos de violencia de inmigrantes que se dirigían a California en busca de oro, cruzaban la frontera con frecuencia para aprovisionarse, saqueaban pueblos incendiando algunas casas, un caso particular pasó en 1849 en el mineral de Cieneguita, al noroeste de Sonora. Tras pasar algunos meses, una partida de indios pápagos, enviados por el gobierno estatal contra los apaches, descubrió que la ranchería apache que iban a atacar estaba defendida por una fuerza norteamericana. Según los pápagos, los norteamericanos habían mandado a los apaches a robar ganado, que luego compraban y que aprovechaban los emigrantes en su viaje a California” (Suárez, 2006, p. 04).

Debemos suponer que el gobierno estadounidense estaba informado de estas reiteradas incursiones a territorios mexicanos por parte de sus ciudadanos, puesto que las autoridades norteamericanas no impedían estas incursiones, no decomisaban los bienes robados que, una vez en Texas, se vendían rápidamente a precios inferiores a los demandados por los hacendados mexicanos. Ana Nieto argumenta el beneficio de los norteamericanos por el tráfico de ganado de origen ilegal (Nieto, 2012, p. 60).

El problema radicaba en toda la responsabilidad del robo de ganado recaía en los nómadas comanches y apaches, ya que las autoridades mexicanas aseguraban ver indios cometiendo los delitos, sin considerar a los bandoleros disfrazados de indios, tal como se menciona en 1853:

Las autoridades de Monclova aclaraban que “Muchos malhechores, prevalidos del espanto que producen en gentes timoratas la guerra del salvaje, se han presentado vestidos de estos a efecto de cometer con más seguridad sus depredaciones; siendo necesario para un disfraz semejante el uso del pelo largo para poderse fingir como miembros de la asoladora raza comanche” (Nieto, 2012, 62).

Entonces, los apaches y comanches se considerarían alarmantes para la defensa de la nación mexicana, el comercio y la entrada de cuatreros al país, causaron un gran problema de seguridad en la frontera norte de México. Además, el periódico que en el siglo XIX escribía desde El Paso, estaba particularmente preocupado por las actividades de los “apacheros” porque estos individuos eran guías de los indios durante sus correrías, les indicaban los lugares donde podían encontrar ganado y después de las incursiones les servían de “corredores en la enajenación de la caballada y cautivos”. Se decía que en todas las poblaciones de la frontera estaban involucradas en ese tipo de negocio y era necesario reprimirlo, se dice que: “esta vandálica inclinación, en que todos, sean mexicanos o americanos, quieren comprar bestias baratas, aunque hayan costado la sangre de nuestros compatriotas” (Nieto, 2012, p. 62).

En la república mexicana se sabía lo que ocurría en la frontera norte de México, y aunque el tráfico lo realizaban otros grupos externos al país, la culpa y responsabilidad recaía en los indios, pues se negaban a incorporarse en los poblados cercanos, además de dejar de practicar el comercio con los estadounidenses. Lo más alarmante de este asunto se expuso después de la guerra con Estados Unidos, afirma Ana Nieto (2012, p. 63), que los periódicos

de la ciudad de México reportaban con frecuencia los ataques de los indios y también con cierta regularidad se recibían noticias alarmantes sobre la asociación de indios y norteamericanos que se ocultaban en las sierras para sobar ganado a los ganaderos mexicanos.

Estas noticias, causaron grandes preocupaciones al pueblo de México, pues significaba una nueva amenaza para su seguridad y autonomía, además de que el ejército estadounidense solía cruzar la frontera con el fin de capturar a los esclavos y fugitivos, sin embargo, solo era un pretexto para incursionar a territorio mexicano” (Nieto, 2012, p. 63). No obstante, el verdadero temor de las autoridades mexicanas era la posibilidad de la organización de que grupos mayores atacaran el norte mexicano con objetivos anexionistas. Nieto Camacho señala que tan sólo tres meses después de la ratificación del tratado de Guadalupe Hidalgo, ciertos sectores de la sociedad estadounidense, descontentos con los linderos negociados, se prepararon para adueñarse del territorio que consideraban debía haberse anexado a su país” (Nieto, 2012, p. 64).

De manera que aparecieron grupos de aventureros en el norte de México con proyectos para separar algunos estados y formar repúblicas independientes, siguiendo el ejemplo de Texas. Ricardo Cruz y Gerardo Díaz, exponen que, en los primeros meses de 1851, Joseph C. Morehead se lanzó a una aventura para separar Sonora de México, en una sublevación contra el poder central que, según él, era apoyada por sonorenses distinguidos. Veterano del estado sureño de Kentucky, Morehead había participado en la invasión contra México de 1846-1848 y luego se estableció en California. Ante el declive de la “fiebre del oro” en esa región, empezó a reclutar voluntarios con la promesa de hacerse con los yacimientos auríferos de Sonora.

Para su empresa, Morehead sustrajo armamento y pertrechos de los almacenes del ejército estadounidense, lo que llevó a ser detenido en San Diego. Aunque fue encarcelado por disponer de bienes públicos, luego fue liberado. Con cerca de cuarenta hombres, Morehead llegó a La Paz, Baja California, luego a Mazatlán, Sinaloa donde, derrotado, se hizo pasar por inmigrante y no por filibustero, al llegar al norte de Sonora, con un grupo de setenta hombres, fue capturado y enviado a Estados Unidos” (Cruz y Díaz, 2013, p. 51).

William Walker llegó a California procedente de Nueva Orleans a fines de 1850, nativo de Nashville, Tennessee, miembro de una familia acomodada, a los 26 años llegó a California (Del Río, 2003). Residió en San Francisco, pero finalmente se estableció en el pueblo de

Auburn, cerca de Sacramento, zona de yacimientos auríferos, entró en contacto con un grupo que había tratado de obtener tierras en el norte de Sonora para fundar una colonia, so pretexto de que serviría de defensa frente a los apaches (Del Río, 2003, p. 46). Para aprovechar los yacimientos de oro que se suponía que abundaban en los territorios sonorenses de la zona fronteriza.

En los primeros meses de 1853 Walker empezó a propagar ya abiertamente la idea de formar una república independiente en el norte de Sonora, obrarían con sus dos asesores jurídicos, hizo una emisión de bonos de 500 dólares, que introdujo en el mercado financiero informar. Ignacio del Río (2003) menciona que Walker procuraba aparecer como un caudillo decidido y altruista, el valiente filibustero tenía en mente, que un cuerpo de americanos relativamente pequeño podía infiltrarse en la frontera de Sonora y proteger de los asaltos de los indios a las familias que ahí residían, lo que él juzgaba que sería “humanitario y justo” y que precisamente por ello tenía que llevarse a cabo lo “autorizara o no el gobierno mexicano” e incluso este mismo, no tendría la fuerzas militares para resistir el equipo armado de Walker (Del Río, 2003, p. 47).

Walter constantemente cambiaba de posición, las razones eran obvias y en un intento de proclamar la nueva república de Baja California, fue perseguido y huyó en una embarcación, inglesa que, al saber quién era el, lo echó y el filibustero fletó una embarcación, la *Caroline*, de Bandera mexicana, sospechosamente propiedad del cónsul norteamericano en Guaymas, el negociante John A. Robinson. Menciona Del Río (2003) que Walter no se dirigió a Guaymas, sino a La Paz, en su trascurso escribió sus planes relatando el objetivo que deseaba, desembarcando en La Paz, donde esperaba junto con 45 hombres obtener refuerzos de California para pasar a ala contracosta y establecer en la parte norte de Sonora una colonia que pudiera contener a los apaches.

Los sueños de Walter eran proclamar una república a Sonora, pero sus deseos no se concretaron, aunque declaró en inglés la República de Baja California y de la cual su grupo de filibusteros lo proclamaran presidente de la Nueva República, Walter decidió abandonar La Paz. Después llegó a la Ensenada de Todos Santos, con 230 hombres de refuerzo, provisiones de boca y pertrechos de guerra, logró contar con 600 efectivos, la tropa invasora empezó a disolverse. La empresa de Walker creó serios problemas a México y a los lugares donde llegaba con sus filibusteros a saquear casas, corrales, robar mercancías y ganado como reses, carneros,

mulas y caballares y finalmente alarmó al gobierno mexicano, pues se llegó a pensar que la invasión de Walter era un anuncio de guerra, se sospechaba que detrás de estos ataques de filibusteros estaba el gobierno de los Estados Unidos (Del Río, 2003, pp. 56-58).

El filibustero Walker se quedó aislado, dejó de intentar su empresa filibustera en México y decidió irse a Nicaragua a seguir los sueños de filibustero, pero, involucrado en una lucha interna de facciones, cayó prisionero y fue fusilado el 12 de septiembre de 1860. Sin embargo, pasó sus conocimientos a Henry Alexander Crabb, quien también se presentó como un filibustero en Sonora, intentando persuadir a los sonorenses de que los ataques de los apaches eran debido a la falta de apoyo del gobierno central de la república (Del Río, 2003, p. 62-64). La prensa norteamericana el *Alta California Daily* aludió a Mr. Crabb, pues se mencionaba como un héroe que se decidía salvar a los sonorenses que se veían incapaces de parar las incursiones de los temibles apaches y del inhumano gobierno de Sonora.

También se mencionan casos de filibusteros franceses, quienes llegaron a tener relación con altos niveles del gobierno mexicano, estos filibusteros, eran hombres caídos en desgracia en su país, buscaban nuevas oportunidades al emigrar a los Estados Unidos. Uno de ellos fue el marqués Charles de Pindray, quien deseaba desarrollar la colonización francesa en México. Llegado en 1850 a San Francisco, se dedicó a la cacería y, al enterarse de la oferta mexicana para establecer colonias de europeos, logró convencer a otros franceses de que lo acompañaran. A finales de 1851 llegó a Guaymas, Sonora, aproximadamente con noventa hombres y recibió formalmente tierras en la antigua misión jesuita de Cocóspera, con el objetivo de poblar la zona y servir de freno a las incursiones apaches. El gobierno estatal lo apoyó con dinero, mulas, caballos, carros y bueyes para su empresa, a cambio de que acataran las leyes mexicanas y defendieran el territorio, pero al no tener éxito, Pindray partió con un contingente armado hacia Ures, entonces capital de Sonora, pero sus acciones causaron que el gobierno mexicano preparara a sus fuerzas militares, finalmente el marqués falleció” (Cruz y Díaz, 2013, p. 52).

Más tarde, se documentó la presencia de filibusteros en los territorios de Tamaulipas y Baja California. En el año 1851, los temores y preocupaciones en torno a un posible movimiento secesionista se materializaron cuando algunos comerciantes de Matamoros publicaron una declaración en contra del arancel impuesto por el gobierno federal y por los intentos que se hacían para controlar el contrabando en la frontera. El líder principal de la

insurrección, José María Canales, tuvo a su disposición un grupo considerable de apoyo que incluyó al renombrado filibustero José María Carvajal, quien había ganado fama en la frontera desde 1830 (Nieto, 2012, p. 85).

En esa época, estuvo involucrado en varios proyectos para la colonización de Texas y era amigo cercano de Stephen Austin; apoyó la independencia de esa provincia e hizo buenos negocios vendiendo provisiones a los revolucionarios. En 1851, Carvajal y sus seguidores lanzaron un plan, llamado de La Loba en el que demandaban la reducción de los impuestos al comercio exterior, la eliminación de las prohibiciones a la importación, la supresión de multas por contrabando y el retiro del ejército quien, al ser apoyado por algunos comerciantes, declaró formar un gobierno provisional si no se cumplían sus demandas, por lo que, fue una noticia alarmante para el país. Los periódicos en Estados Unidos informaron que 300 hombres se habían unido en apoyo a esa causa y estaban listos para marchar a Tamaulipas. Carvajal tenía listos los embarques de mercancías y, en septiembre de 1851, cruzó la frontera al mando de 400 estadounidenses y 300 mexicanos con el objetivo de ocupar Camargo (Nieto, 2012, p. 85).

La ciudad de Matamoros fue el siguiente objetivo de los filibusteros. Las fuerzas rebeldes, lideradas por Carvajal, recibieron refuerzos de 400 norteamericanos y 600 mexicanos. Sin embargo, el general Francisco Ávalos decretó un nuevo arancel en el que se redujeron considerablemente los derechos de importación y la lista de los productos prohibidos. Carvajal prometía liberar a los estados del yugo de las autoridades mexicanas. Periódicos en Nueva Orleans consideraban que los filibusteros tenían buena oportunidad de separar Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango e incluso San Luis Potosí, una vez independientes esos territorios se anexarían a Estados Unidos (Nieto, 2012, p.p. 87-88).

En conclusión, estas campañas no tuvieron el éxito esperado, pero sí provocaron daños serios a la reputación y autoridad de la presidencia de Mariano Arista. Además de crear una profunda preocupación a nivel nacional, ya que la soberanía del país estaba en riesgo y la estabilidad política se veía amenazada. La posible anexión de algún estado del norte podría desencadenar la anexión de otros territorios del norte, puesto que la frontera tenía un armamento militar insuficiente para su defensa. Esto debido a los altos costos económicos que se derivaron de la consecuencia del combate contra los indios de las praderas. Asimismo, la población en general estaba reacia a incorporarse al ejército o a la guardia nacional.

En cambio, sostiene Ricardo Cruz y Gerardo Díaz (2013), la invasión filibustera y los

saqueos y robos constantes, además de las detenciones injustas y amenazas de muerte a los opositores, provocaron una resistencia popular tanto en el sur como en el norte de la península. Ante la demora significativa de la respuesta de las autoridades mexicanas estatales y federales de México, este movimiento estuvo mayoritariamente compuesto principalmente por rancheros y habitantes locales. En otras palabras, la defensa de los estados cercanos a la frontera la desempeñaron los mismos que la poblaban, ya que, aunque se habían de preparar para enfrentar los ataques apaches, la posibilidad de un ataque de filibusteros no era descartable.

Uno de los problemas principales que aborda Ignacio del Río (2003) es el despoblamiento del noroeste fronterizo del territorio mexicano. Registraba en general bajos índices demográficos, condición que hizo atractivo para los filibusteros, se pensaba que tal despoblación facilitaría la ocupación. Entre 1850 y 1870, la población de Sonora decreció por lo menos en un 10 %, debido al traspaso territorial a los Estados Unidos. Emigraron hacia la Alta California unos 5000 o 6000 sonorenses (Del Río, 2003, p. 31). La concepción de los estadounidenses sobre México era fría y vacía, pues para ellos no era un país en vías de desarrollo cuya independencia había sido costosa, sino que solo eran extensas tierras que se aprovecharían en sus manos. Los planes para la continua expansión norteamericana se volvieron a presentar con el ministro norteamericano James Gadsden, quien trataba de negociar la venta de La Mesilla (Del Río, 2003, p. 58).

La venta de La Mesilla se consumó el 30 de diciembre de 1853. Menciona Del Río (2003) que las autoridades mexicanas decidieron no difundir la noticia de la venta hasta que el tratado no quedara correctamente ratificado. La venta de La Mesilla significó la suspensión de los actos de filibusteros, sin embargo, esto no supuso el fin de las ideas anexionistas de Estados Unidos. Por otro lado, la venta de la Mesilla se manifestó en inseguridad en la zona fronteriza. La noticia de la venta de La Mesilla fue manipulada para crear aún más inseguridad, incluso menciona Ignacio del Río (2003) que se rumoreaba que el gobierno de México estaba por vender Sonora a los Estados Unidos, y en uno de los periódicos sonorenses se llegó a expresar la inconformidad de la noticia en simples palabras como “No queremos ser americanos” (Del Río, 2003, p.75).

Es interesante observar cómo, en el contexto de la campaña filibustera, se aborda detalladamente la problemática de las incursiones apaches con el propósito de justificar las

acciones de los filibusteros y promover la posible anexión de estados como Sonora, Chihuahua y Baja California. Incluso la prensa estadounidense expone la presencia de los apaches como enemigos de los estados mencionados y sobre todo los relacionan con la inseguridad y la inestabilidad de aquellos estados en desgracia. Asimismo, se cuestiona la eficacia del gobierno central de México en la defensa de la zona fronteriza, evidenciando su supuesta incapacidad para solucionar de forma inmediata esta problemática (Del Río, 2003, p. 74).

La defensa estratégica de la frontera norte de México fue de suma importancia, dado que constantemente estaba siendo amenazada por los estadounidenses. Bajo la idea del “destino manifiesto”, impulsó la llegada de filibusteros como William Walker y Joseph C. Morehead, quienes intentaron anexar territorios mexicanos, especialmente Sonora, bajo el pretexto de proteger a los colonos de los ataques apaches. Estos intentos de secesión y anexión se vieron respaldados por la prensa estadounidense, que promovía la idea de que México era incapaz de gobernar sus territorios del norte. A pesar de los esfuerzos de los filibusteros, sus campañas fracasaron debido a la resistencia de los pobladores locales y a la falta de apoyo logístico. Además, los apaches fueron utilizados como chivos expiatorios para justificar las incursiones y el robo de ganado, cuando en realidad muchos de estos actos fueron cometidos por bandoleros disfrazados de indios o por cuatrerros estadounidenses. La venta de la mesilla en 1853 marcó un punto de inflexión, pero no detuvo las ambiciones expansionistas de Estados Unidos. En última instancia, la defensa de la frontera norte dependió en gran medida de los esfuerzos de los pobladores locales, quienes resistieron las partidas de apaches y comanches, las expediciones de estadounidenses, los filibusteros y separatistas, protegiendo la integridad territorial de la nación mexicana en las situaciones adversas y de inestabilidad política y económica.

3.5 La política secreta de la intervención

Se considera que este capítulo es fundamental para el análisis de nuestra investigación, ya que se analiza cómo Estados Unidos ha intervenido en las decisiones políticas de México de manera abierta y oculta desde su llegada al continente americano. Se mencionan los antecedentes de los colonos ingleses en América. María del Carmen Velázquez (1996, p. 70) menciona que la llegada y las continuas exploraciones de los colonos europeos, principalmente ingleses y franceses, al norte de la Nueva España representaron una enorme preocupación para la empresa española, que veía en peligro constante su frontera y los territorios ya ocupados por sus vasallos. Los nuevos territorios recién poblados y nombrados como parte de la corona española implicaron enormes gastos económicos y humanos para pacificar a las naciones nativas guerreras.

Guadalupe Jiménez Codinach (1991), en su libro *La Gran Bretaña y la independencia de México 1808-1821*, explica que Gran Bretaña mantenía una comunicación constante con la Nueva España, ya que muchos hombres de la Nueva España que desempeñaban un cargo en el gobierno español vendían información del imperio a los diplomáticos, comerciantes y políticos británicos. La preocupación de la corona española por las tierras aún no conquistadas aumentó cuando los territorios del septentrión novohispano quedaron abandonados tras la expulsión de los jesuitas en 1767, debido a las reformas del imperio español. Asimismo, se veía con mayor intensidad la llegada de colonos ingleses e irlandeses a las ya ocupadas trece colonias del norte de América, además de observar su avance poblacional.

Antes de la expulsión de los jesuitas, la corona presionó fuertemente a la Compañía de Jesús para que evangelizaran a la mayor cantidad posible de habitantes ancestrales y mantuvieran las provincias estables y fuertes, con el fin de continuar la expansión territorial del septentrión, con la finalidad de combatir e impedir la presencia de los colonos ingleses y franceses, que ya de por sí eran una carga considerable para la corona y, sobre todo, para enfrentar a los piratas ingleses que interceptaban las riquezas de las tierras americanas enviadas a España.

La situación en el septentrión novohispano se deterioró para la corona española, pues los ingleses atacaban asentamientos e islas pobladas por españoles, y la pérdida de las flotas agotaba los recursos de la corona española. La corona española buscó solucionar este problema firmando el tratado de 1667, donde Inglaterra obtenía de España libertades para

comerciar con las colonias americanas que prácticamente hacían legítima cualquier transacción entre súbditos de las dos coronas. Tres años después, con el Tratado firmado en Madrid, Carlos II, rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda, logró invalidar la exclusividad de España a la posesión de las Indias septentrionales, al convertir al rey español en “querenísimo rey de Gran Bretaña” (Velázquez, 1996, p. 71).

El artículo séptimo del tratado no especificó claramente las tierras que el monarca español cedía en ese momento. La ausencia de límites es más notoria, si consideramos que en las capitulaciones españolas y licencias inglesas anteriores se supone que se conocía menos de la geografía del continente, es decir, se desconocía la región para la cual se otorgaba. Fue precisamente esta omisión la oportunidad perfecta, para la que, en el siglo XVI, en la boca del encomendero de Nueva España, la apetencia desmedida de tierras por parte de los súbditos de la Gran Bretaña se convirtiera en la medida principal de sus exigencias (Velázquez, 1996, p. 71).

En 1680, se informó que los ingleses habían establecido la paz con tres naciones indias y luego las incitaron a atacar la provincia de Guale. En 1688, por la carta de otro gobernador de la Florida, don Diego de Quiroga, el rey supo que los ingleses llegaban a la provincia de Apalache, pues él teniendo a Antonio de Mateo había castigado duramente a los indios de aquellos lugares en ocasión de andar por allí unos ingleses de San Jorge, a los que los indios ocultaban y amparaban. Proponía al rey que mandara poblar las tierras baldías de las provincias de Apalache para que no las ocupara el enemigo, “que con eso hubiera quien las defendiera, labrara y cultivara y se abasteciera este presidio de San Agustín” (Velázquez, 1996, p. 72).

En el año de 1695 el nuevo gobernador de la Florida, don Laureano de Torres Ayala, en una carta del 11 de marzo, decía que siendo su principal cuidado guardar y conservar esas provincias, que eran de S.M. desde su primera conquista, ponía al tanto a S.M. de que los indios de la nación Apalachecola, sublevados desde el gobierno anterior, seguían causando grandes daños, haciendo muchas muertes a traición (Velázquez, 1996, p. 72). Escribió al gobernador de la población de San Jorge para que dejara de fomentar los daños que causaban los indios y el primer resultado fue un ataque a San Carlos de los chacattos, en donde los indios robaron la iglesia y se llevaron a cuarenta cristianos prisioneros (Velázquez, 1996, p. 73).

Pero el primer problema se manifestaba en el capítulo 7º del Tratado de Paces que estableció que el rey de la Gran Bretaña no pasase delante de aquello que poseía, al tiempo que se celebraron dichas paces y ahora el gobernador no sólo se apropiaba de esos lugares, sino

que quería “explayarse, como lo está, con más de doscientas leguas al norte, que corresponde con su penetración muy cerca de la bahía de Santa Marta de Galve”. Suplicaba, por tanto, al rey que pidiera al de Gran Bretaña que mandara a su gobernador que se abstuviera de pasar sus límites como estaba capitulado. Las provincias afectadas eran las de Apalache, Timuqua y Guale, en donde los indios sublevados hacían daño con la influencia y ayuda de los ingleses (Velázquez, 1996, p. 73).

Las primeras alianzas y prácticas del comercio de los indios nativos fueron con los ingleses y españoles, este comercio favorecía los intereses de los ingleses, pues mejoraba las relaciones con los nativos, quienes trataban y comercializaban con ellos de acuerdo con sus intereses. Sobre todo, con la ayuda militar de los nativos, atacaban asentamientos de españoles que estuviesen alejados de ciudades pobladas, tales como Sonora y Coahuila. Los colonos españoles utilizaban medidas urgentes para establecer mejor conexión terrestre para comunicar los caminos. Sin embargo, los ingleses estaban adelantados en reconocer la geografía americana, iniciando trazos de los caminos del norte de la Nueva España que los españoles no lograron cartografiar (Velázquez, 1996, p. 78).

María del Carmen Velázquez (1996) destaca en su investigación que el espionaje no fue ajeno a las prácticas de los colonos ingleses y franceses que paseaban por aldeas, en donde se informaban cautelosamente sobre los productos que la tierra ofrecía y sobre las relaciones existentes con las tribus vecinas. Es evidente que los colonos ingleses, a su llegada a América, establecieron relaciones amistosas con los nativos del norte. Para ganarse la voluntad de los indios, regalándoles baratijas, establecieron un intercambio regulado de pieles por armas con el objetivo de adentrarse a los territorios de la corona española.

Al ver la relación existente entre los ingleses y los nativos, la corona española pensó que una forma de defender el asentamiento español de los enemigos era reducir a los indios. En 1680 se presentó una rebelión, tuvo lugar en el reino de Nuevo León, en donde se hizo presente la furia y el odio a la nación española, los indios no dejaron piedra sobre piedra de los conventos y templos y hasta gallinas, los carneros, los árboles frutales de Castilla y aún el trigo fueron destruidos y acabados. En 1681 habían comenzado los disturbios de los indios de ópatas en Sonora (Velázquez, 1996, p. 91). Desde ese momento se hizo más agresiva la situación para los indios, pues ellos formaron parte de una inseguridad territorial. Se pensó por parte de los españoles su eliminación inmediata, pues los indios del norte eran rebeldes y

comercializaban con los ingleses y franceses y podían poner en riesgo a la corona española.

Es evidente, de declaraciones recogidas por María del Carmen Velázquez, que ciertos indígenas fueron apresados y sometidos a interrogatorios rigurosos y severos, que una de las causas principales de su desasosiego y malestar se presentaba en las constantes incursiones e invasiones de los indios apaches. Los documentos históricos también mencionan terribles hambrunas que padecen los pueblos indígenas a causa de la explotación despiadada que infligen los españoles como actividades principales para apropiarse de territorios nuevos, minerales y esclavos (Velázquez, 1996, p. 92). La autora, también describe cuáles eran las comunicaciones terrestres del norte de Nueva España y como la comunicación hacia el norte podía hacerse pasando por las misiones que los jesuitas establecieron por Nayarit, Sinaloa y Sonora (Velázquez, 1996, p. 101).

Uno de los problemas principales de la población del septentrión novohispano es el aislamiento que tenían los pobladores. La lejanía y la hostilidad del territorio dificultó el establecimiento, situación que fue utilizada por los franceses que tuvieron libertad para extenderse, organizar comercio con los indios y localizar minas españolas (Velázquez, 1996, p. 110). Es difícil concebir que, en los años de formación de la Nueva España, ésta ya estaba siendo vigilada por potencias europeas, cuyos intereses no eran externos de América. Saint Denis fue, durante cuatro años, agente provocador de la colonización española de Texas. Hizo creer a los españoles que abandonaría a los franceses para entrar al servicio del rey católico. Logró útil información sobre el comercio que observaba en sus viajes de la Luisiana a México y de la capital a Texas y, de nuevo, a la Luisiana, además de un buen mapa de la región (Velázquez, 1996, p. 110).

Los funcionarios virreinales, encargados de representar al virrey, no lograron ponerse de acuerdo sobre la postura que debían de asumir ante Saint Denis. El hombre era francés, se había casado con la hija del capitán Diego Ramón y se prestaba gustoso a guiar a los españoles por Texas y así como prestar servicios de intérprete. Esto resultó en que, a partir de 1715, comenzaría a mandar información detallada a Luisiana sobre los ambiciosos proyectos de colonización ideados por el virrey, pidiendo urgentemente a las autoridades de la Mobila a enviar navíos a la Bahía del Espíritu Santo y manifestándose ante la expansión territorial de España. Pues las tierras del rey de Francia, a su opinión, debían llegar hasta el Río Grande (Velázquez, 1996, p. 110).

Mientras Saint Denis se reunía con las altas autoridades en la capital del Virreinato, el virrey ordenaba que fuera una expedición a Texas para establecer misiones que facilitaran el comercio con los franceses. Le dio la orden al capitán Domingo Ramon y permitió que Saint Denis fuera con él. Los documentos que se conocen acerca de esta expedición de 1716 a 1717 sugieren que la asociación Ramón-Saint Denis no sólo impidió el comercio prohibido, sino que lo promovió y fomentó. No es de sorprenderse que Saint Denis buscará oportunidades para hacer negocios, pero resulta sorprendente lo de Domingo Ramón: tal vez su forma de pensar se deba a que vivía en zonas fronterizas, sabía cómo tratar a los indios, vivía muy alejado de las grandes ciudades y le parecía que el comercio francés beneficiaba a la región (Velázquez, 1996, p. 111).

A los gobernantes encargados del territorio septentrional novohispano, les preocupaba que hubiera muy poca gente viviendo más al sur del río Bravo. Los colonizadores españoles llevaron a cabo la división de un número de “parcialidades” o naciones indígenas, las cuales, a pesar de estar fragmentadas, estaban integradas por un reducido grupo de pobladores nativos. Contribuyendo significativamente a la disminución de la población nativa, los nuevos estilos de vida y las enfermedades traídas de afuera, se obligó a los indígenas rebeldes, como los apaches, al destierro forzado a la capital. Los apaches, que montaban a caballo y tenían armas de fabricación francesas, atacaban con frecuencia a los colonizadores españoles (Velázquez, 1996, p. 119).

Un tema muy serio e importante que plantea la autora Carmen Velázquez (1996) era el comercio prohibido, este fenómeno, se hacía visible en el Nuevo Reino de Filipinas, así como en las extensas provincias de Coahuila y Texas. Este problema atrajo las visitas de Pedro de Rivera, un distinguido ministro sumamente eficiente al servicio de la corona, que, junto con otros ministros, desempeñaban el papel de supervisores y cuidadores del imperio. Su responsabilidad principal consistía en mantener una vigilancia constante sobre los tratos con extranjeros, así como para impedir el comercio prohibido que pudiera dañar la integridad de las tierras americanas (Velázquez, 1996, p. 119).

La autora Carmen Velázquez plantea que el comercio ilegal se llevaba a cabo principalmente con los franceses que se asentaban cerca al presidio. Sin embargo, Sara Ortelli (2007) presenta un punto de vista diferente al afirmar que, en sus inicios, dicho comercio se estableció con diversos grupos de colonos contrarios, tales como los franceses e ingleses, así

como con las distintas poblaciones indígenas presentes en la región. El intercambio cultural y comercial evolucionó con el tiempo, es decir, a finales del siglo XVIII, este intercambio se extendió con los indios rebeldes de las praderas, con ingleses y con franceses. Además, se sumaron a esta actividad los colonos españoles y los rancheros nortños, enriqueciendo las transacciones ilegales.

En relación con lo anterior, los ministros enviados por la Corona se encargaban de que este comercio no ocurriera, primero porque debilitaba el poder adquisitivo y de intercambio con los enemigos de los franceses. La expansión en Norteamérica fue un largo proceso de competencia entre las monarquías europeas. El rey español tomó muchas medidas para evitar que franceses e ingleses entraran a lo que consideraba sus territorios. También realizaba acuerdos con Inglaterra y Francia para proteger sus dominios, y no pensó en los grandes gastos cuando se trataba de levantar presidios y misiones en la frontera. Sin embargo, al mirar hacia atrás los eventos de tres siglos, se suele poner en duda la eficacia de las medidas del gobierno español para conservar sus territorios septentrionales (Velázquez, 1996, p.121).

El gobierno mexicano fue víctima de los rumores infundados, de la conspiración monarquista y del militarismo del general Mariano Paredes y Arriaga. En lugar de cumplir con su responsabilidad de reforzar al Ejército del Norte, utilizó la mejor división con que contaba el país para asaltar el poder. Acusando al gobierno nacional de haberle negado recursos necesarios, lo cual era falso en todos sus aspectos. El pronunciamiento federalista y sus consecuencias se desarrollarían en un momento crítico de la historia, justo en el instante en que las fuerzas norteamericanas se habían situado estratégicamente frente a Matamoros. De esa manera, el ejército dividió fuerzas: una parte se destinó a someter a los rebeldes, menoscabando la fuerza de la otra, que hizo frente al enemigo (Vázquez, 1997, p. 13).

Josefina Zoraida (1997) menciona cuidadosamente que el país se encontraba sumergido en una crisis y en muy continuas preocupaciones de los poderes, nacionales, estatales y locales. Fue la política interna lo que mantenía las preocupaciones de los políticos y es por ello, que la guerra se vio lejana mientras no amenazara directamente al entorno inmediato, pues, desde el punto de vista demográfico, Estados Unidos superaba con creces a México, ya que contaba con 20 millones de habitantes, mientras que México contaba con 7 millones de habitantes que tenía México. Además de ser reconocido internacionalmente como Estados Unidos, un país con una economía dinámica. Sus armas y artillería eran más modernas (Vázquez, 1997, pp.

14-15).

La situación política en México estaba profundamente envuelta en conflictos ideológicos entre los intelectuales. El ejército estaba conformado por personas que no tenían conocimientos militares, las armas eran escasas y en muchos de los casos eran modelos antiguos, comparados con los de los enemigos. Zoraida Vázquez, piensa que la defensa de 17 meses fue realmente admirable, y aún más, la negativa del gobierno mexicano a vender su territorio, aunque los historiadores americanos mencionan que “de todas formas iba a perder”. Lo cierto era, que muchas de estas ideas negativas creadas y dispersadas por los enemigos, debilitaron el espíritu de lucha y de soberanía del pueblo de México (Vázquez, 1997, p. 15).

La pérdida de la guerra con los Estados Unidos no se puede explicar con solo manifestar la enorme ambición norteamericana, ni mucho menos se puede justificar con la desunión de los mexicanos. Por lo tanto, la derrota iba a recrudecer las acusaciones políticas surgidas con motivo de la independencia de Texas. La autora Zoraida Vázquez (1997), analiza el surgimiento de las dos naciones. La fundación del Estado mexicano estuvo rodeada de ventajas que contrastan con las que habían favorecido a las 13 colonias de Norteamérica. Éstas, percibidas por su metrópoli como menos importantes que sus Indias Occidentales, gozaron de cierta autonomía que se tradujo en experiencia política. Su rebelión coincidió con un periodo de inestabilidad en Inglaterra, y su reclamo de “libertad y representación”, en el contexto de la ilustración, les aseguró la simpatía europea, al igual que las discordias continentales les garantizaron aliados en su lucha independentista; de esta suerte, la contienda armada fue breve, poco sangrienta, y se consolidó con el reconocimiento de la independencia de las 13 colonias por su propia metrópoli en 1783, lo que legitimó la integración de Estados Unidos al concierto de las naciones (Vázquez, 1997, p.18).

Zoraida Vázquez cree firmemente que Estados Unidos, observó y planeó bien sus estrategias, además de aprovechar su ventaja en diferentes áreas políticas y sociales en el resto de América. En 1789, cuando estalló la revolución en Europa, lo llevó a un periodo de 25 años de conflictos. Durante este periodo, el nuevo Estado pudo experimentar su sistema político sin interferencias y aprovechar su neutralidad para expandir su comercio -legal e ilegal- y recibir inmigrantes atraídos por sus libertades. Además de aprovechar las necesidades financieras de Napoleón para adquirir terrenos como la Luisiana y amenazar con hacer lo mismo con las Floridas para obligar a España a cederlas. Así, para 1820, Estados Unidos, con un gobierno

bastante eficiente, había duplicado su territorio y su población y, además, contaba con una economía en crecimiento (Vázquez, 1997, p. 19).

El estancamiento económico que experimentó México, una vez que obtuvo su independencia, fue una consecuencia directa del crecimiento económico que estaba teniendo en el siglo XVIII. La Nueva España era uno de los principales exportadores de plata, pero los conflictos bélicos europeos la incorporaron al mercado internacional. Al abrir Nueva España un mercado abundante, la corona vió en ello un temor, por lo que rápidamente presentó reformas modernizadoras para bloquear el próspero comercio (Vázquez, 1997, p. 19). La carga para la sociedad novohispana era demasiada, los nuevos impuestos y cargas fiscales, préstamos voluntarios y forzosos y enajenación de fondos a comunidades religiosas y civiles, además de las reformas administrativas dislocaban las relaciones sociales, políticas y económicas, forjadas a lo largo de dos siglos, para responder a la particular condición de un territorio tan extenso y mal comunicado e integrar su mercado (Vázquez, 1997, p. 19).

Zoraida Vázquez (1997) cree que, las potencias emergentes del siglo XVIII vieron la oportunidad de sacar provecho con la situación penosa que estaban atravesando los reinos viejos. Simultáneamente, unas potencias emergían y otras se fragmentaban. El caso de México es especial, pues al estar bajo la administración del imperio español, fue presionado y regulado para producir de manera controlada. Sin embargo, al empezar a decaer el poder español, se inicia la independencia de México en 1808. Guerra que dura 11 años, dejando consecuencias como, la destrucción de la economía, de las instituciones y de la sociedad (Vázquez, 1997, p. 20). El nuevo país estrenó independencia en bancarrota y descapitalizado, con una población heterogénea y dividida, sin experiencia política y con un exacerbado regionalismo, producto de la geografía y de la historia (Vázquez, 1997, p. 21).

Es fundamental subrayar la debilidad del gobierno federal era débil y dependía del dinero y la ayuda militar de los estados que controlarían sus propias milicias. Puesto que el gobierno federal heredó la deuda y la bancarrota, pero no tenía autoridad fiscal para poder recaudar impuestos para pagar o mantener la administración y el ejército. Se mostró incapaz de cumplir con las funciones esenciales de imponer orden y defender el enorme territorio; además, aparecieron las disputas de competencias entre los estados y la federación. De esa manera, no hubo ni ejército ni recursos para vigilar la enorme frontera, o para defender las tierras septentrionales, casi deshabitadas y ambicionadas por su expansivo vecino. La

aprobación de Estados Unidos a la instauración del federalismo en México no detuvo sus intentos por modificar la frontera norte y comprar Texas, abierta desde 1820 a la colonización norteamericana, lo que creó gran temor al vecino país del norte (Vázquez, 1997, p. 24).

El plan utópico de otorgar condiciones privilegiadas a extranjeros para colonizar Texas estaba destinado al fracaso. La concesión de tierra era casi gratis, la ciudadanía y no pagar impuestos por siete años a colonos católicos que prometían seguir las leyes nacionales para garantizar su lealtad. Además, la mayor parte de habitantes procedía del sur de los Estados Unidos, estos individuos eran racistas y estaban a favor de la esclavitud. El abolicionismo mexicano les causó malestar desde el principio. Las diferencias culturales produjeron incomunicación, que la buena voluntad política mexicana trató de resolver mediante concesiones especiales. Incluso otorgó a los texanos la exención del decreto de abolición de la esclavitud a condición de una estricta prohibición de introducir más esclavos, que no tardaron en violar.

El descontento aumentó con la ley de colonización de 1830, que prohibía la entrada de norteamericanos y el establecimiento de la primera aduana en 1832, al terminar los primeros períodos de exención. En 1833, el gobierno accedió a derogar la prohibición de entrada a los norteamericanos y extendió el plazo de exención de impuestos. Además, en 1834, los estados de Coahuila y Texas aprobaron reformas que los beneficiaban: mayor representación, la creación de establecimientos de más ayuntamientos, uso del inglés en trámites administrativos y jurídicos y el juicio por jurado, medidas que eliminaban “los agravios” texanos. Sin embargo, el grupo introducido para promover la anexión de Texas a los Estados Unidos utilizó hábilmente el descontento por la reinstalación de la aduana en 1835 para promover la expulsión de las pocas fuerzas militares mexicanas que existían en Texas (Vázquez, 1997, p. 29).

La influencia de Estados Unidos en las decisiones políticas de México desde la época colonial, destacando cómo las potencias europeas, especialmente Inglaterra y Francia, compitieron por el control de los territorios del norte de la Nueva España. La llegada de colonos ingleses y franceses representó una amenaza constante para la corona española, que intentó proteger sus dominios mediante tratados y la construcción de presidios y misiones. Sin embargo, la expulsión de los jesuitas en 1767 y la falta de recursos debilitaron la presencia española en el septentrión novohispano, facilitando el libre acceso de colonos extranjeros y el establecimiento de alianzas con las tribus indígenas. El comercio ilegal y el espionaje fueron

herramientas clave utilizadas por los ingleses y franceses para socavar el control español. A pesar de los esfuerzos de la corona española por mantener el orden, la falta de recursos internos impidieron una defensa efectiva. Tras la independencia de México, el país heredó una economía debilitada, una población dividida y un gobierno federal frágil, lo que facilitó la expansión de Estados Unidos hacia territorios mexicanos, como Texas.

3.6 Las consecuencias de la delimitación de la frontera México-Estados Unidos

*Es mejor que, para proteger nuestra civilización...
borremos de la tierra a estas criaturas indómitas e indomables*

L. Frank Baum, El Maravilloso Mago de Oz.

En la historia del mundo, han ocurrido sucesos políticos, sociales, militares y económicos que se han repetido en diferentes partes del mundo. Un caso relevante, en relación con el tema de las divisiones territoriales, fue cuando las monarquías europeas, junto con la autoridad papal de la iglesia católica, se dividieron el “Nuevo Mundo” entre España y Portugal en el Tratado de Tordesillas, tomando el control de inmensas extensiones de tierra junto con sus habitantes. Tras la pérdida de la Guerra México con los Estados Unidos, el país mexicano perdió más de la mitad de su territorio, y los pueblos que vivían en la región sufrieron despojos e incluso genocidio por parte de los militares estadounidenses (Dunbar, 2019, p. 56).

Las condiciones establecidas por el tratado de paz de 1848 fueron criticadas por algunos habitantes de México, quienes no estaban de acuerdo con las concesiones territoriales otorgadas a la potencia invasora. Entre ellos se encontraban los liberales radicales, quienes tenían la esperanza y el sentimiento de una patria unida. Estos individuos sostenían la idea de que, al prolongar la guerra con los Estados Unidos, se habría podido obtener la victoria. Del Río (2003) menciona que, aunque el pueblo de México no reconoce que los territorios que los Estados Unidos tomaron como resultado de la guerra estaban completamente bajo el control efectivo del gobierno mexicano, en realidad no lo estaban.

Con una extensión total que se ha calculado en unos dos millones de kilómetros cuadrados, solo una parte mínima de estos territorios estaba poblada por nacionales

mexicanos. Según Del Río (2003), un enorme espacio restante constituía el hábitat de una infinidad de grupos indígenas que no habían sido sometidos por los inmigrantes europeos o sus descendientes: se trataba de poblaciones autónomas, regidas por instituciones propias y cuyas tierras, en realidad, no habían estado bajo el dominio de España, ni lo estuvieron luego bajo el de México, más que de una manera ficticia. En virtud de un acuerdo de gabinete, como fue el tratado de Onís-Adams, celebrado en 1819 en la ciudad de Washington.

El poblamiento angloamericano de Texas, iniciado en 1821 e intensificado en los años siguientes, no fue en realidad la colonización de un territorio en su mayor parte virgen, sino un movimiento expansivo que llevó a despojar de sus tierras a los pueblos originarios de la región. Una de las consecuencias del tratado de paz era el asalto a la soberanía mexicana que se vivía en el norte. Recién disminuido el norte mexicano, en los primeros meses de 1848, partidas de salteadores norteamericanos empezaron a penetrar sin mayores obstáculos en territorios sonorenses. Algunos penetraron muy al sur, hasta poblaciones como Álamos o Nuri, de las que pronto se retiraron llevándose consigo el producto de sus robos (Del Río, 2003, p. 26).

El conflicto bélico concluyó tras dos años de hostilidades. En 1848, mediante el Tratado de Guadalupe Hidalgo, Estados Unidos formalizó la anexión territorial de lo que hoy corresponde a California, Nevada, Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, regiones que en conjunto representaban un extenso dominio geográfico. Como señala Huberman (2011, pp. 164-165), una semana antes de la ratificación del tratado, se produjo un hallazgo determinante: el descubrimiento de yacimientos auríferos cerca de Sacramento, California. Este evento desencadenó un flujo masivo de migrantes hacia la zona, atraídos por la fiebre del oro, fenómeno que incluyó a personas de diversas nacionalidades. Posteriormente, durante la década siguiente, se identificaron nuevos depósitos de oro en las proximidades de Denver, Colorado, lo que reactivó la llegada de aventureros y colonos extranjeros. Ante este escenario, el gobierno estadounidense desplegó contingentes militares en gran parte del territorio recién adquirido, con el objetivo de garantizar la estabilidad en las regiones ocupadas. La función principal de estas fuerzas armadas radicaba en contener a las comunidades indígenas de las Llanuras, cuyos territorios ancestrales habían sido invadidos. Mientras tanto, otras naciones originarias, previamente sometidas, fueron reubicadas en reservas indígenas bajo supervisión gubernamental. En dichos espacios, agentes federales supervisaban la distribución de raciones de subsistencia básica, financiadas por el Estado estadounidense, como parte de un sistema de

control institucionalizado.

Ignacio Del Río (2003) menciona que, una vez que se firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo, las autoridades mexicanas tomaron la decisión estratégica de fortalecer la frontera norte, la cual se encontraba totalmente deshabitada. Fue el diplomático Juan N. Almonte quien, a principios de 1852, elaboró un detallado y ambicioso plan para repoblar la extensa zona septentrional del país. Dicho plan consistía en atraer colonos de los países europeos, preferentemente de Alemania y Bélgica, con el objetivo de fomentar el crecimiento y desarrollo de la zona. La propuesta no fue aprobada, pero era visible el temor de la población de México, que les preocupaba el asentamiento en el país de ciudadanos norteamericanos, debido a la reciente experiencia con Texas (Del Río, 2003, p.35).

Mariano Paredes también presentó un plan de colonización y de defensa de la frontera, proponiendo la idea de que las colonias no solo fueran simples puestos militares, sino que se convirtieran en núcleos civiles de población. Para lograr aquel pretencioso plan, proponía la necesidad de trasladar colonos mexicanos o europeos, hacer repartos generosos de tierras y otorgar una exención total de impuestos por un periodo de veinticinco años a los habitantes de aquellas comunidades. Pero tenía la importante condición de que los colonos angloamericanos en ningún caso fuesen considerados como habitantes de dichos territorios, ni siquiera como visitantes temporales (Del Río, 2003, p. 35).

Al igual que Guadalupe Jiménez, Ignacio del Río (2003) menciona que antes de que la Nueva España consiguiera separarse del imperio español, ya en la prensa estadounidense se expresaba la idea de que la libertad política de los novohispanos debería traer beneficios económicos significativos a Norteamérica. Principalmente, esto se mencionaba debido a la presencia de las minas existentes ubicadas en Sonora, Chihuahua, San Luis Potosí, Zacatecas y Sinaloa. Estas minas resultaban más interesantes por las noticias de extranjeros que hacían mención de que eran las minas más ricas, comparadas a las que se habían descubierto en la Alta California. De estas, sobresalen las minas de Sonora, logrando despertar la conocida “fiebre de oro de Sonora” (Del Río, 2003, p. 36).

La fiebre de Sonora atrajo la atención de ciudadanos estadounidenses, quienes estaban dispuestos a ocupar Sonora con el objetivo de explotar las ricas minas, que, según ellos, estaban siendo desaprovechadas por los mexicanos. Una de las formas tácticas de los angloamericanos para acceder al territorio mexicano era por medio de las incursiones de los filibusteros. Se llegó

a criticar al pueblo mexicano, por su reiterada incapacidad de gobernarse conforme a un orden republicano, de aprovechar de manera adecuada sus valiosos recursos naturales y, sobre todo, de defenderse y de ponerle fin a las amenazas de los indios bárbaros de la frontera (Del Río, 2003, p. 40).

Los efectos del recién establecido lindero se observaron de manera hostil en la región fronteriza. Según la investigadora Marcela Terraza, la compleja configuración de una nueva división territorial dio inicio a los desplazamientos de población entre los residentes en los dos lados del caudaloso Río Bravo. La autora destaca que todo ese proceso fue simultáneo con las incursiones de los indios indómitos, los ya mencionados atapascanos y comanches, en las zonas pobladas del septentrión de México, afectando la cotidianidad de los vecinos aledaños a los márgenes del río Bravo. En este panorama histórico se observó la gran interacción social y cultural de los habitantes nativos y de los fronterizos mexicanos y estadounidenses (Terrazas, 2016, p. 75).

Marcela Terrazas (2016) alude que el trazo de una nueva línea divisoria entre Estados Unidos y México se ha identificado como consecuencia principal de la guerra librada por ambas naciones entre 1846-1848. El establecimiento de la paz se logró con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, en aquel tratado México menciona que un grave problema de la defensa de la frontera norte de México, son las incursiones de apaches, comanches, navajos y filibusteros. Por lo que, se les confiere dicha responsabilidad a los estadounidenses en el artículo XI del mismo tratado, y dice lo siguiente:

En atención de que en una gran parte de los territorios que por el presente Tratado van a quedar para lo futuro dentro de los límites de los Estados Unidos, se haya actualmente ocupado por tribus salvajes que han de estar en adelante bajo la exclusiva autoridad de los Estados Unidos, y cuyas incursiones sobre los distritos mexicanos serían en extremos perjudiciales; esté solemnemente convenido que el mismo gobierno contendrá las indicadas incursiones por medio de la fuerza, siempre que así sea necesario; y cuando no pudiese prevenir las castigará y escarmentará a los invasores, exigiéndoles además la debida reparación: todo del mismo modo y con la misma diligencia y energía con que obraría, si las incursiones se hubiesen meditado o ejecutado sobre territorios suyos o contra sus propios ciudadanos. A ningún habitante de los Estados Unidos será lícito, bajo ningún pretexto, comprar o adquirir cautivo alguno, mexicano o extranjero, residente en México, apresado por los indios habitantes en territorios de cualquiera de las dos Repúblicas, ni los caballos, mulas, ganados, o

cualquier otro género de cosas que hayan robado dentro del territorio mexicano (ni en fin venderles o suministrarles bajo cualquier título armas de fuego o municiones) (Tratado de paz, amistad, límites y arreglo definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América, 30 de mayo de 1858).

En este sobresaliente y explícito artículo, se establece con claridad la problemática de las incursiones apaches, así como la relación de estos últimos con la nación de México. Se fijarán detenidamente los términos del tratado Guadalupe-Hidalgo, ya que, en un principio, los Estados Unidos buscarían deslindarse de aquella responsabilidad, esto debido a que estaban obligados a indemnizar los daños realizados por las naciones indígenas que se resistían al dominio de los países que ocupaban sus territorios. Marcela Terrazas (2016, p. 17) aclara que los Estados Unidos no respetaron el artículo XI debido a la evidente incapacidad, marcada por la resistencia o incluso franca negativa por parte del gobierno de Washington.

Las dificultades y desafíos para México no habían terminado, pues, después de la guerra y la firma del tratado de paz, los estadounidenses seguían al acecho de las tierras que aún no se habían cedido en su totalidad. La venta de La Mesilla a los Estados Unidos fue una pausa breve e inesperada a los intentos anexionistas de los estadounidenses en el siglo XIX. De manera que, la hostilidad en la frontera se intensificó al igual que el comercio florecía y se expandía. El general José Urrea advirtió a las autoridades mexicanas acerca de la problemática del contrabando que se estaba realizando en la zona, relacionada con las incursiones de más de ochocientos comanches al estado de Chihuahua (Terrazas, 2016, p. 77).

Las incursiones de apaches y comanches llegaron a darse en estados como Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí y Querétaro. Las comunidades asoladas por aquellos ataques de filibusteros y apaches se vieron obligadas a incrementar la defensa de sus comunidades. En consecuencia, decidieron pedirles ayuda a los indios de paz, ejemplo de ello fueron: indios pápagos, seminoles, kikapúes, mascogos, lipanes y toncahues, quienes habitaban los establecimientos en Coahuila, en donde el gobierno les prometió otorgarles tierras, herramientas, bueyes, recursos y el pago de directores de enseñanza primaria. La tarea principal de estos pueblos indígenas consistía en rastrear y perseguir a apaches y comanches, además de ayudar a los rancheros a recuperar el ganado robado (Terrazas, 2016, p. 78-79).

Marcela Terrazas (2016) expone la dificultad de las persecuciones de los nortños y de los indios pueblo contra los apaches, dado que cuando estos llegaban a alcanzarlos, estos se perdían tras pasar la frontera con los Estados Unidos. El fin de las persecuciones apaches era frenarlas y recuperar el ganado, pero en ocasiones los nortños pasaban los límites fronterizos, lo que causaba problemas diplomáticos. Terrazas (2016, p. 80) menciona un caso notable es el del gobernador de Chihuahua, José Cordero, a inicios de 1852, combatió las correrías indias mediante “guerra de contratas”. Esta consistía en pagar a personas para la obtención de la cabellera de cada indio exterminado. Esta actividad fue promovida sin el conocimiento del gobierno federal, lo cual provocó inconvenientes entre Washington y la Ciudad de México.

En conclusión, la anexión de Texas y la posterior pérdida de más de la mitad del territorio mexicano tras la guerra con los Estados Unidos en 1848 fueron resultado de una combinación de ambición expansionista estadounidense y la incapacidad del gobierno de México, lo que generó críticas y descontento entre los liberales radicales mexicanos. Las consecuencias directas de dicha pérdida territorial fueron principalmente el desalojo y el genocidio de las naciones indígenas que ocupaban estos territorios, tales como apaches, comanches, navajos, entre otras comunidades. Esta pérdida de estos territorios no solo se debió a la superioridad militar y económica de Estados Unidos, sino también a la desunión interna y la falta de una estrategia coherente por parte de México.

3.7 Resistencia en las praderas

Nadie jamás capturó a Gerónimo. Lo sé. Estuve con él. De todos modos, ¿Quién puede capturar al viento?

Kanseah/Guerrera apache

La sangre se derramó sobre las llanuras, humeante con el aliento en las mañanas de invierno; el aliento se elevó hacia las nubes y se convirtió en lluvia y reabastecimiento

Simón J. Ortiz

A finales de los años cuarenta, los chiricahuas continuaron con sus incursiones, cuyo objetivo era el despoblamiento de la frontera norte de Sonora. El 23 de diciembre de 1847 una partida de Chokonen asaltó Cuaquiriachi, un pueblecito situado a seis millas al sudoeste de Fronteras, y mató a nueve hombres y a seis mujeres, además de capturar a otros seis habitantes. Un mes más tarde, los pocos habitantes que quedaron abandonaron el pueblo y se trasladaron a Bacoachi, a unas treinta millas al sudoeste de Fronteras. Dos meses después, Miguel Narbona lideró una partida guerrera de chiricahuas que arrasó el pueblo de Chinapa, donde mataron a doce personas, hirieron a otras seis y capturaron a cuarenta y cuatro habitantes. Antes de irse, quemaron el pueblo (Sonnichsen, 1986, pp. 56-57).

Efectivamente, las invasiones de los apaches se intensificaron en términos de fuerza y cantidad tras la independencia, y se acentuaron aún más después de la ratificación del tratado de Guadalupe Hidalgo (Flagler, 2006, p. 76). Al firmar el tratado, México otorgó el territorio de la Apachería a Estados Unidos. En el verano de 1848, las partidas de chiricahuas aterrorizaron a los habitantes de Fronteras, quienes ni siquiera se atrevían a salir a cultivar sus campos. En agosto, los habitantes y los soldados de la guarnición no tenían nada que comer y tuvieron que abandonar sus hogares para refugiarse en Bacoachi. Un mes más tarde, el comandante militar

de Santa Cruz informó que sus tropas estaban desertando y advirtió del peligro que corría su presidio si no se frenaban los éxitos continuados de los salvajes.

Sonnichsen (1986) menciona que la situación no podía haber sido peor para los mexicanos, pero aun así, las victorias chiricahuas de 1848 no fueron nada comparadas con las del año siguiente. Durante el invierno y principios de la primavera, los jefes Chokonen, Miguel Narboa, Yrigollen y Esquinaline se unieron al omnipotente jefe Chihenne Mangas Coloradas, devastaron Sonora y extendieron sus incursiones al interior del territorio. El 12 de enero de 1849 aniquilaron a un grupo de treinta sonorenses cerca de Ures, la capital del estado. Poco después, los chiricahuas asesinaron a 35 personas en Cumpas y capturaron a algunos de sus habitantes. Ese mismo mes, el siempre hostil Miguel Narbona dirigió una partida de 100 chiricahuas que atacó la ciudad minera de Banamichi, treinta millas al sur de Arizpe, y mató a 14 personas, capturó a 12 e incendió varias haciendas (Sonnichsen, 1986, p. 57).

Estos episodios hacían presagiar lo que iba a ocurrir en el futuro. En la primavera de 1849, un grupo de guerreros Chokonen y Bedonkohe atacó los pocos presidios que aún se mantenían intactos en la zona norte de Sonora, incluyendo las localidades de Santa Cruz, Bacoachi y Bavispe. En estos ataques, perdieron la vida al menos a 12 personas, hirieron a un número indeterminado y capturaron a 9 de sus habitantes. Entre abril de 1849 y abril de 1850, un total de 951 habitantes del distrito de Arizpe y 1216 habitantes del distrito de Moctezuma emigraron a California en busca de nuevas oportunidades. No hay duda de que muchas personas lo hicieron atraídos por las perspectivas del oro, pero el terror que sentían hacia los apaches también debió influir en sus deseos de abandonar su territorio (Sonnichsen, 1986, p. 56).

La firma de los tratados de paz con algún grupo específico de los chiricahuas enfurecía a otros grupos, quienes mostraban emociones intensas cargadas de dolor y desconfianza hacia los mexicanos. En septiembre de 1850, Mangas Coloradas se posicionó como jefe de una gran partida de valientes guerreros chiricahuas que asaltó las poblaciones ribereñas situadas en el río Santa Cruz. Gerónimo, un joven chiricahua, se refería a Mangas Coloradas como “nuestro jefe” en los días de la masacre de Carrasco. Es sumamente probable, sobre todo si se tiene en cuenta su carácter, que Gerónimo era parte de esta partida Mangas Coloradas que asoló cruelmente los territorios de Sonora (Sonnichsen, 1986, p. 59).

Debido a la impresión de la nueva frontera, se estableció una comisión por parte de

Estados Unidos y México con el fin de delimitar la nueva frontera y llevar a cabo la exploración necesaria para determinar su ubicación precisa. El comisionado estadounidense John R. Bartlett se estableció en las minas de Santa Rita el 2 de mayo de 1851, adentrándose en los territorios habitados por los indios mimbrenos. Bartlett llegó a conversar con Mangas Coloradas, por aquel entonces conocido como jefe supremo de toda la banda. Este último le informó a Bartlett que había apaches vigilándolo en todo momento, que él y su pueblo profesaban la amistad con los americanos, pero que Bartlett debía de tener cuidado cuando viajaba por territorio apache, porque había indios con malas intenciones que podrían perjudicar (Flagler, 2006, p. 80).

A través de la conversación entre Mangas Coloradas y Bartlett, los Estados Unidos le enviaban un mensaje muy claro al jefe chihenne. Bartlett explicó la problemática territorial y política con la que se enfrentarían los apaches. El estadounidense mencionó la necesidad de su país por definir la ubicación precisa de la nueva frontera entre países. Además, le describió el artículo 11 del tratado de Guadalupe Hidalgo, que obligaba a Estados Unidos a detener las incursiones que atacaran a México y a devolver el producto de la rapiña. Sin embargo, Mangas Coloradas no entendía por qué debía para las actividades de rapiña de su pueblo. Flagler (2006, 81) explica que esta acción no iba a ser comprendida por los apaches, quienes se sentían libres en tierras de sus antepasados y tenían costumbres desarrolladas por más de doscientos años. No obstante, Mangas Coloradas logró dimensionar la difícil situación que enfrentaría al tratar con un nuevo enemigo al que no conocía.

Según el tratado de Guadalupe Hidalgo, el río Gila marcaba la frontera internacional de la antigua región de Pimería Alta en lo que hoy es el estado de Arizona. En 1856, debido a la fiebre del oro, Estados Unidos adquiere de México la región al sur del río Gila con el propósito de ampliar su red ferroviaria. La venta abarcaba el pueblo de Tucson, un territorio que pertenecía a la tribu apache Chokonen y que estaba bajo la administración de Cochise. Las tierras de su suegro Mangas Coloradas se encontraban en el territorio de Nuevo México. Como se ha mencionado previamente, Mangas Coloradas había establecido comunicación con los recién llegados a su territorio, ya que, en su papel de hábil estratega, buscaba mantener relaciones amistosas con sus vecinos. Mientras que Cochise manifestaba resentimiento hacia las acciones violentas llevadas a cabo por ciudadanos estadounidenses como Kirker, y buscaba mantenerse alejado de ellos tanto como fuera posible (Flagler, 2006, p. 81).

El Tratado de Guadalupe-Hidalgo representó la derrota y vulnerabilidad de una nación emergente, así como la pérdida de los territorios de los últimos indígenas libres de Norteamérica. Inicialmente, los apaches y los estadounidenses no tenían conflictos mayores, pero con el tiempo, los enfrentamientos surgieron. A medida que las tierras de los indígenas del septentrión mexicano eran transferidas y vendidas por el gobierno mexicano a los Estados Unidos. Los habitantes ancestrales de dichos territorios se sentían inconformes, y el escenario geopolítico que los había ignorado se hacía presente en las disputas de sus territorios. Durante la mitad del siglo XIX, los jefes más sobresalientes de la apachería eran Mangas Coloradas y Cochise. Cochise se diferenciaba de muchos líderes por su personalidad perspicaz y su habilidad táctica. Tras tener noticias de las exploraciones realizadas por los angloamericanos, optó por observarlos y mantener su distancia. Pese a que los planes de los Estados Unidos lo contemplaban como un personaje principal para dividir y debilitar la confianza de su comunidad.

Convenientemente al panorama geopolítico, se le atribuyó a Cochise el secuestro de un niño mexicano adoptado por un rancharo llamado John Ward, además de estar implicado en el robo de veinte cabezas de ganado cerca del Fuerte Buchanan. El teniente George N. Bascom, junto con cincuenta y cuatro hombres llegaron el 3 de febrero a un punto estratégico de la apachería, llamado Apache Pass, para la búsqueda y captura del líder indígena. Cochise se presentó en el campamento de Bascom con su hermano Coyuntura, dos guerreros sobrinos suyos, su esposa y dos de sus hijos menores de edad. El jefe apache estaba casi desarmado, de no ser por un cuchillo que llevaba oculto. Bascom ordenó a Cochise que le entregara al niño raptado, pero el jefe apache negó haber secuestrado al niño y Bascom ordenó su detención. Indignado, Cochise sacó su cuchillo de la cintura y, con un movimiento de su brazo, logró hacer una apertura a la tienda. Llamó a sus familiares para que escaparan juntos, pero estos fueron retenidos y Cochise escapó a las colinas cercanas al campamento. Los soldados abrieron fuego, y Cochise fue herido en una pierna (Flagler, 2006, pp. 84-85).

Cochise se reunió personalmente con Francisco, el respetado líder de los apaches Montaña Blanca. Después de conversar, Francisco decidió unir a su pueblo con el de Cochise. Fue de esta manera cómo los jefes apaches se dirigían hacia el campamento de Bascom, acompañados por un destacamento de aproximadamente 250 guerreros, con el propósito de exigir la restitución de su familia. Cochise capturó a cuatro hombres estadounidenses y quince

mulas. Su intención era ofrecer a los rehenes y al ganado como canje por su familia, pero la respuesta a su petición fue negativa. Bascom ordenó a sus soldados disparar, lo que llevó a Cochise a asesinar a varios rehenes. Posteriormente a la batalla, se exhibieron los cuerpos colgados de un roble de la mayoría de los familiares de Cochise. Los únicos que sobrevivieron al violento enfrentamiento fueron la esposa y los dos hijos de Cochise (Flagler, 2006, p. 87).

Un sitio relevante en el estudio del pueblo atapascano era el Paso Apache, también conocido como Apache Pass. Escenario de múltiples enfrentamientos entre los apaches y las fuerzas estadounidenses. El Paso Apache se ubica en el estado de Arizona y une dos cadenas montañosas, la Sierra de Dos Cabezas y la Sierra Chiricahua. La elevación es de 560 metros sobre el nivel del mar y se encuentra a una distancia de aproximadamente 32 kilómetros al este de Willcox, en el condado de Cochise. Los sucesos que acontecieron en este lugar histórico desencadenaron una larga guerra sin cuartel que duró más de una década. En otras palabras, el Paso Apache fue el último lugar en donde se presenció el final de la resistencia de la nación atapascana en Norteamérica. El conflicto de Estados Unidos y los apaches era de alguna manera inminente, sin embargo, este suceso se aceleró durante la guerra civil entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos. El gobierno de Washington retiró apresuradamente a los soldados de Arizona, lo que permitió la movilidad de los apaches para llevar a cabo incursiones en áreas cercanas, resultando en la destrucción de ranchos, granjas y minas. Washington optó por un contraataque, enviando a perseguir a los apaches con pocos hombres blancos y más de un centenar de indígenas pápagos con conocimientos sobre los territorios fronterizos entre México y Estados Unidos (Flagler, 2006, p. 90).

La situación desesperada de los indios indómitos los llevó a buscar refugio y alianzas en México. En septiembre de 1861, Cochise y Mangas Coloradas regresaron a la frontera mexicana con el objetivo de pactar la paz. Sin embargo, la viruela se había propagado en dicha zona, lo que obligó a su retorno. Pasando por las minas de Pinos Altos en Nuevo México, secuestraron a un grupo de mineros, no obstante, los apaches no contaban con la presencia de soldados confederados pertenecientes a la "Guardia de Arizona". El 27 de septiembre, lo que inicialmente parecía ser un secuestro de blancos, se tornó en un violento enfrentamiento entre chiricahuas y texanos. Estando mejor armados, los confederados le hicieron frente, pero después de que el general Sibley asumió la administración de la región de Mesilla en el sur de Nuevo México. Envío al coronel John R. Baylor para perseguir a los apaches hasta los

Corralitos en Chihuahua. Durante la operación, se capturó a un hombre, tres mujeres, niños y adultos, quienes fueron ejecutados, mientras que los niños más jóvenes fueron llevados como prisioneros (Flagler, 2006, p. 92).

Según Flagler (2006), una desventaja compartida entre los indios forajidos y los mexicanos frente a los estadounidenses era la cantidad y la innovación de sus herramientas de combate. Esto parecía ser lógico, dado que la nación atascapense había conseguido desarrollar estrategias políticas y militares más sofisticadas que las que tenían los angloamericanos en ese entonces. Estas herramientas, más la economía incentivada por el saqueo, les permitió una vez sobrevivir a la guerra con México. No obstante, ahora se enfrentaban a un monstruo de mayor magnitud, desconocido, que los supera en términos de proporción y superioridad tecnológica. Si bien, era cierto que los colonizadores ingleses, ya constituían una potencia global, además de poseer un conocimiento militar acumulado durante décadas de conflictos bélicos con las naciones indígenas del norte de América, los apaches parecían representar un desafío significativo que incluso les generaba vergüenza. Esta circunstancia provocó al gobierno de los Estados Unidos empleara medidas más crueles, además de contraatacar a los apaches de las formas más violentas, inhumanas y sucias que se hayan documentado en la historia del siglo XIX.

Todo lo anterior se evidenció cuando la apachería estaba bajo el control de los estadounidenses. Uno de los primeros incidentes se registró cuando las fuerzas de Mangas Coloradas y Cochise se enfrentaron al capitán Thomas L. Roberts durante su partida de Tucson. Los jefes atacaron su destacamento en Apache Pass. En el transcurso del enfrentamiento, un soldado llamado John Teal se encontraba detrás de un caballo moribundo. Teal, al ser rodeado por los chiricahuas, sacó una carabina de retrocarga que le permitía cargar y disparar más rápidamente de lo habitual. A medida que este novedoso artefacto conmovía a los apaches, Teal efectuó un disparo dirigido a Mangas Coloradas, hiriéndolo en el tórax. Este acontecimiento dejó vulnerables a los hombres del desierto, instaurando una tensión permanente en la comunidad, generando sentimientos de desaliento vinculados a la noción de sobrevivencia (Flagler, 2006, p. 95)

En determinado momento, los líderes Cochise y Mangas Coloradas expresaron su deseo de establecer una convivencia pacífica con los ciudadanos estadounidenses. No obstante, la población local se mostraba reacia a hacerlo, lo cual se atribuía a su inquietud por convivir

con los indígenas rebeldes. Este fenómeno era simplemente el resultado de la difusión de información desfavorable por parte del gobierno en diversas regiones del país. En enero de 1863, Mangas Coloradas, cerca de cumplir los setenta años, acampaba con una parte de su banda cerca de un asentamiento minero de Pino Altos en el sudoeste de Nuevo México. En aquella zona se encontraba un grupo de buscadores de oro, cuyo líder era Joseph R. Walker, quien, al tener conocimiento de la presencia del jefe apache, se puso de acuerdo con su grupo, adoptando la decisión de eliminarlo. A este plan se le sumó el capitán Edmond D. Shirland y una unidad del 1° de caballería, junto con más voluntarios provenientes de California. La emboscada consistió en invitar a Mangas Coloradas a visitar el campamento militar. Mangas Coloradas accedió, desatendiendo la alerta que hacía Victorio y otros de sus miembros. El jefe creía que al aceptar la invitación las relaciones entre su pueblo y los estadounidenses podrían mejorar (Flagler, 2006, p. 96).

Shirland condujo a Mangas Coloradas al Fuerte McClaine, una posición militar ubicada a unos 25 km al sur de las minas de Santa Rita del Cobre. Ahí lo abordó West, quien rápidamente señaló al jefe apache como un asesino. Durante la noche, los hombres angloamericanos se dedicaron a calentar las bayonetas con el objetivo de asesinar al líder atapascano, quien se encontraba acostado al aire libre cerca de una fogata. Mangas Coloradas protestó al incomodarse ante la presencia de dos guardias, acto seguido estos últimos efectuaron dos disparos con sus revólveres. En la mañana siguiente, se procedió al escarpelamiento del cadáver, luego se lanzó el cuerpo en una zanja. El cuerpo de Mangas Coloradas fue exhumado, y su cráneo fue examinado por un frenólogo, quien determinó que su cráneo era más grande que la cabeza de Daniel Webster, considerado como uno de los principales pensadores y literatos, atribuyéndole así una gran inteligencia al jefe indígena (Flagler, 2006, p. 97).

Tras la muerte de Mangas Coloradas, las esperanzas de los apaches por establecer la paz se desvanecieron. Encrudeciendo las depredaciones y las torturas y asesinatos hacia sectores civiles como militares. El primero en buscar venganza fue su suegro, Cochise. Entretanto, el gobierno estadounidense había resuelto sus problemas internos, al mismo tiempo que los habitantes del norte de México se dedicaron a contraatacar a los apaches. El 1 de agosto de 1862, se estableció un puesto de avanzada con el nombre de Fort Bowie, situado encima de una colina que dominaba los manantiales, en el corazón del territorio de Cochise (Flagler, 2006,

p. 97). También se establecieron campamentos permanentes como Camp Mimbres. Tanto los campamentos como los fuertes estaban destinados a combatir a los apaches. En este sentido, el panorama político y militar se volvió difícil de mantener para los atapascanos. Los dirigentes de la Apachería se unieron para hostigar a dichos puestos militares. Sin embargo, en octubre de 1865, el comandante James Gorman, junto con sus hombres, logró sorprender a los chiricahuas en una ranchería compuesta por catorce viviendas, ubicada en un lugar llamado "Musical Cañón". Gorman hirió a varios chiricahuas, mató a siete y destruyó sus provisiones que tenían para el invierno, capturó seis cabezas de ganado, sillas de montar, prendas de vestir y mantos de piel. Posteriormente, estos encuentros violentos continuaron en la zona de Fort Bowie (Flagler, 2006, p. 100).

México también se ocupó de los apaches, principalmente las tropas de Sonora y Chihuahua libraron una guerra de exterminio. Los apaches que sobrevivieron fueron sometidos a esclavitud y trasladados a zonas lejanas de la frontera norte. Las constantes campañas militares coordinadas por las fuerzas americanas y las mexicanas resultaron en un gran número de bajas de la población apache. Pese a sus continuos éxitos en el campo de batalla, Cochise se dio cuenta de que su pueblo no tardaría en ser exterminado, por lo que convocó a los subjefes y guerreros para establecer una paz definitiva con los americanos. De acuerdo con Flagler (2006, pp. 99-108), el 11 y 12 de octubre de 1872, Cochise y varios jefes llegaron a un acuerdo de paz, que implicaba su reubicación en una reserva en la región apachería, específicamente en los Montes Chiricahua y Dragoon, así como en el valle de Sulphur Springs, ubicados a lo largo de la frontera internacional entre México y los Estados Unidos. El convenio entre Cochise y el gobierno de los Estados Unidos autorizaba a los chokonens a emplear su propio sistema de vigilancia. El 14 de diciembre de 1872, fueron asignadas las reservas conocidas como "San Carlos" y "Fort Apache".

El acuerdo de Cochise se extendió por todo el Sudoeste y fue respaldado por otros grupos de apaches, cambiando la forma de vida en la apachería. Dejando de luchar por primera vez en doce años, dando paso a la llegada de nuevos colonos al territorio. Este proceso se observó positivamente por el gobierno estadounidense, pues permitía apropiarse de las tierras que le había arrebatado a México y a su vez a sus antiguos habitantes (Flagler, 2006, p. 107). Sin embargo, lo que parecía ser un período de paz estable pronto se vio interrumpido, ya que los apaches comenzaron a realizar incursiones en los límites fronterizos de México. Con el

objetivo de mantener el control, el gobierno de los Estados Unidos desplegó al ejército a establecerse en las rutas de comunicación, con la finalidad de combatir a los indígenas hostiles. Aunque era un hecho que este movimiento parecía beneficioso para los estadounidenses, quienes tan solo unas décadas habían adquirido territorios de otras naciones.

Anteriormente, se señaló que los apaches se dedicaban a incursionar en los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila, para luego vender el producto de la rapiña a rancheros de México y Estados Unidos. Se pensaba que, en sus comienzos, estos robos habían sido a gran escala; sin embargo, entre los años de 1848-1850, la magnitud de los robos y la violencia habían crecido a números inimaginables. Estos ataques estaban siendo realizados por los chiricahuas y los chokonen, quienes utilizaron Janos como punto estratégico para sus operaciones. En periódicos mexicanos como el Diario del Gobierno de la República Mexicana y El amigo de la verdad, se publicaron relatos sobre las acciones de los “indios rebeldes crueles y brutales”. De esta manera, se estigmatizó a los indígenas del norte de México como salvajes y bárbaros, siendo catalogados oficialmente como enemigos de la nación. En contraste, en los Estados Unidos, se mencionaba a los apaches como un enemigo común a eliminar a través de editoriales de periódicos como el Daily Alta California de San Francisco, el Arizona Star y el Arizona Citizen de Tucson (Flagler, 2006, pp. 135-138).

En la reserva de San Carlos en el estado de Arizona, los miembros del pueblo apache sufrían hambre debido a la reducción de ganado bovino proporcionado por las autoridades gubernamentales. Jeffords, responsable designado de dicha reserva, informó a los apaches que tenían que era importante limitar su consumo de carne, además de expulsar a los apaches visitantes y organizar grupos de hombres para la caza y así suplir las raciones faltantes (Flagler, 2006, p. 148). La reducción de la provisión de alimentos en las reservas apache representaba un desafío constante en múltiples reservas de los Estados Unidos. Según Flagler (2006), los registros históricos de esta práctica también se percibían como una táctica estratégica para debilitar a los pueblos indígenas que habían aceptado rendirse y obligados a ceder sus territorios ancestrales a los invasores blancos.

La carencia de comida y recursos básicos obligó a una gran cantidad de apaches a huir de las restricciones impuestas en las reservas para buscar sustento, lo cual estaba estrictamente prohibido por las autoridades. La posibilidad de que los chiricahuas o chokonen se fueran preocupaba a Washington, pues se sospechaba que estos saldrían a incursionar, lo que

significaba una clara violación del tratado de rendición establecido. A mediados de la década de 1860, se hacía referencia a un hombre forajido de origen chiricahua, conocido por su actitud temeraria y su falta de compasión, que se resistía a someterse a la autoridad impuesta por los hombres blancos. Su nombre otorgado al nacer era "Goyathlay", que en su idioma significaba "el que bosteza", aunque era mayormente conocido por el nombre de "Gerónimo".

Gerónimo, el indomable líder de los apaches, vivía junto a su comunidad en una reserva indígena localizada en la región de Ojo Caliente. Los miembros del grupo chiricahua que estaban en la reservación observaban las dificultades que implicaba vivir allí. Entre los problemas más importantes se encontraba la falta de apoyo por parte de la gente de la comunidad, así como la manera injusta con la que eran tratados por las autoridades locales, sumando la constante disminución y retrasos en la entrega de sus raciones asignadas de alimento y víveres. Por todo lo anterior, Gerónimo y otros grupos de apaches abandonaron la zona designada para su establecimiento y reanudaron sus incursiones en los territorios aledaños. Según Flagler (2006, p. 148), el gobierno tomó la decisión apresurada de cerrar la reserva y llevar a los apaches restantes a la reserva de San Carlos por razones específicas.

En los años de la década de 1870, los apaches vivían en las reservas de San Carlos, Fort Apache y Mezalero. En esos lugares, convivían diferentes grupos de apaches como los chiricahuas, mezcaleros, chokonen, mimbrenos y Nedni, quienes frecuentemente se confrontaban. Estas disputas eran consecuencia directa de la fragmentación ocasionada por los oficiales estadounidenses. Estos últimos desarrollaron estrategias para dividir a los clanes, tales como recompensar a quienes delataban a los rebeldes, como los que ejercían un papel en la policía india, y los apaches exploradores. Estos últimos eran los más odiados, pues colaboraban con los soldados y oficiales estadounidenses para perseguir y capturar a los apaches insurrectos. Muchos apaches que no aceptaban lidiar con los exploradores, ni con las malas condiciones de vida en la reserva, era los líderes como Gerónimo, Naiche, Chihuahua, Bonito, Chato, Loco, Victorio Juh y Nolgee, todos ellos provenientes de diferentes facciones (Flagler, 2006, p. 151).

La muerte de Mangas Coloradas significó para la nación apache el comienzo de su exterminio. Mangas Coloradas era el miembro más sobresaliente de casi todos los grupos de apaches, con su muerte los mimbrenos reconocieron a Loco como su líder. En aquel entonces, Loco era un jefe de mayor edad, perteneciente a la nación mimbrenna. Se cree que Loco nació en los años 1820, y gracias a su desempeño militar fue respetado y temido. Cuando aún era

joven fue atacado por un oso gris, ese enfrentamiento le costó la pérdida de un ojo. Loco fantaseaba con la idea de que su pueblo pudiera sostener la paz duradera con los estadounidenses. Sin embargo, su deseo era tan solo un sueño, pues desde su nacimiento, Loco y los suyos sufrieron todos los días de su vida (Flagler, 2006, p. 152). El jefe mimbrenño tuvo el mismo destino que los últimos jefes apaches como Naiche y Gerónimo, lamentablemente pasó sus últimos días de vida como prisionero en lugares como Florida, Alabama y Fort Sill (Oklahoma), finalmente murió prisionero en condiciones inhumanas y jamás volvió a su hogar.

Flagler (2006) sospecha que Loco fue el mentor del jefe Victorio, además de pelear junto con Juh. Los apaches demostraron ser estrategas hábiles, contando con un sistema de vigilancia meticulosamente organizado que les facilitaba la identificación de individuos que se acercaban y evaluaban su nivel de amenaza. A pesar de que los apaches tuvieron numerosos adversarios, el más peligroso eran ellos mismos. Esto se demostró cuando los apaches pacíficos obligados por el gobierno estadounidense se desempeñaron en rastreadores de otros apaches, fracturando las relaciones entre estos y, a su vez creando la separación interna familiar de los atapascanos. Incluso la misma zona donde se realizaban las correrías se fragmentó. A principios de 1870, Juh, Gerónimo y Naiche realizaban incursiones en el suroeste de Arizona y en la Sierra Madre, mientras que Victorio y su grupo incursionaron en el sur de Nuevo México y en el estado de Chihuahua.

Se cuenta una leyenda acerca del jefe Victorio, se cree que era un hombre mestizo de nombre Pedro Cedillo, quien fue raptado en la hacienda de Encinillas, Chihuahua y adoptado por los chiricahuas a la edad de seis años. Desde joven participó en las correrías en compañía de figuras como Nana, Mangas Coloradas, Gerónimo, entre otros. Las enseñanzas y la vida con los chiricahuas lo convirtieron en un líder apache, guía de 300 guerreros. Victorio emerge como el más fiero y sanguinario de todos los jefes al presenciar el asesinato de su esposa. Bajo su mando estaban otros jefes como, Loco, Zele, Chato, Gerónimo y Nana. El nombre de Victorio sembraba terror en ambos lados de las fronteras. Durante el periodo comprendido entre los años 1872 y 1880, Victorio se enfrentaba a la intensidad de las persecuciones de forasteros que deseaban su cabellera.

En el escenario previo, el grupo Victorio estaba siendo perseguido por los rangers de Texas y el 10° de caballería, así como un contingente militar liderado por Ambrose Hooker, perteneciente a la compañía "E" del 9° Regimiento de Caballería. Hooker tenía preparada una

emboscada, en un estratégico puesto de vigilancia. El 4 de septiembre del año 1879, el jefe Victorio perpetró un ataque contra Hooker, resultando en la muerte de cinco soldados y tres civiles. Posteriormente, Victorio se vio obligado a huir hacia la frontera de México con aproximadamente cuarenta caballos y mulas, siendo perseguido por las fuerzas militares de Chihuahua y Estados Unidos de América (Flagler, 2006, p. 53).

A pesar de la falta de un acuerdo entre los gobiernos para cruzar la frontera, el coronel C. Buell, un veterano de la guerra civil, envió al teniente James Maney a cruzar la frontera sin ningún contratiempo, junto con veinte soldados de la 8° caballería. Además, el coronel George W. Baylor lideraba a sus rangers de Texas, y se unieron setenta y ocho exploradores chiricahuas bajo el mando del incansable capitán Charles Parke. La situación descrita por Flagler (2006, p. 166) es relevante para el análisis de este estudio, ya que algunos historiadores creen que la persecución de los apaches fue usada como justificación para que los estadounidenses pudieran cruzar la frontera en repetidas ocasiones sin un acuerdo bilateral entre ambas naciones. La entrada de soldados de Estados Unidos en la nueva zona fronteriza para combatir a los apaches puso de manifiesto la vulnerabilidad de la soberanía de México, ya que anteriormente se había armado a estos grupos con el objetivo de debilitar al país.

Victorio estaba siendo perseguido por una multitud de personas bien armadas y expertas en el uso de armas de fuego. En Chihuahua, el general Joaquín Terrazas dirigía a mil soldados liderados por dos corredores tarahumaras Mauricio Corredor y Roque, reconocidos por su destreza para desplazarse largas distancias a pie y por su habilidad como rastreadores (Flagler, 2006, p. 21). El gobernador Luis Terrazas comunicó a los ciudadanos estadounidenses que debían regresar a su país, asegurando que tenía la situación de los apaches bajo control. El líder del grupo mimbrense estableció su campamento en las montañas Candelaria. Sin embargo, decidió reubicarse en los Montes Tres Castillos. El 14 de octubre, en Tres Castillos, se produjo un cerco en el que Victorio resultó herido. Al día siguiente, se informó que fue un explorador tarahumara llamado Mauricio quien le disparó y lo mató. Según Flagler (2006, pp. 166-167), las autoridades decidieron abordar el peligro representado por los sobrevivientes miembros de la banda de Victorio, mayoritariamente conformada por mujeres y niños, a través de su exterminio físico.

Tras el terrible suceso anterior, en 1846 los mescaleros establecieron comunicación con el gobierno de los Estados Unidos, con el propósito de negociar su rendición. Los apaches

eran confinados en reservas administradas por el gobierno, enfrentaban numerosos obstáculos en su vida diaria. Empezando desde la difícil obtención de alimentos. Era responsabilidad del gobierno proveer a los indígenas con los alimentos y recursos indispensables, no obstante, los alimentos eran retenidos o desviados por los oficiales o militares. De este modo se realizaba un tráfico de alimentos en las reservas. En su obra, Flagler (2006, pp. 171-181) presenta un ejemplo ilustrativo de una situación problemática en la que oficiales como Lawrence G. Murphy, el coronel Emil Fritz y James J. Dolan fundaron una tienda de trueque e intercambio, conocida como "trading post", a finales de la década de 1860 para los residentes de la reserva. Con el paso del tiempo, lograron controlar la economía del condado de Lincoln, lo que les permitió influir en la esfera política. En 1871, arribó a Fort Stanton un recién llegado agente denominado Andrew J. Curtis. Este agente, engañado por Murphy, firmó y autorizó facturas que contenían una cantidad mayor de apaches que la registrada oficialmente. Este inconveniente generó una discrepancia con relación al inventario del gobierno, ya que los envíos se retrasaban y el agente se veía obligado a realizar compras urgentes a la empresa Murphy, lo que lo llevaba a depender de ella. Según Flagler (2006, p. 181-183), al final del año, las facturas presentadas por Murphy experimentaron un aumento significativo en la cantidad de personas registradas, pasando de 325 a 1.895. Este incremento contrasta con la cifra promedio de 500 individuos por reservas.

En 1872, el gobierno convocó a un concurso para seleccionar un proveedor permanente para la reserva, siendo Van C. Smith el ganador, a pesar de que inicialmente se consideraba a Murphy como el posible seleccionado. La situación en la reserva se deterioró debido al suministro de whiskey. Algunos miembros de la comunidad se oponían a esta situación. Los jóvenes anhelaban vivir en libertad en la Apachería, junto a Victorio. En 1879, la acción de setenta mescaleros que se unieron a Victorio generó malestar entre los oficiales de la reserva, quienes expresaron su descontento mediante protestas dirigidas al gobierno. Estos oficiales observaban cómo los mescaleros regresaban a la reserva para llevarse alimentos destinados a asistir a los apaches rebeldes, conocidos como "brancos", y también notaban la llegada de ganado obtenido durante sus incursiones. En primer lugar, se procedió a desarmar a los mescaleros y confiscar los caballos, acción que se había realizado con anterioridad en otras reservas (Flagler, 2006, p. 183-186).

Los chiricahuas, bajo el mando de Gerónimo y Naiche, continuaron sus incursiones,

desafiando tanto a las autoridades mexicanas como a las estadounidenses. A pesar de los esfuerzos de las autoridades estadounidenses por controlar a los apaches mediante la creación de reservas y la firma de tratados de paz, como el acuerdo de 1872 con Cochise, los apaches continuaron incursionando. Estas últimas incursiones de los atapascanos, especialmente de Gerónimo, se debieron a la inseguridad, la escasez de alimentos y a los malos tratos por parte de las autoridades encargadas de las reservas. La compleja relación entre los apaches, México y Estados Unidos, y las políticas de colonización, la expansión territorial y las tácticas militares de ambos países contribuyeron al exterminio y el aprisionamiento de los pueblos indígenas. La resistencia apache, aunque feroz, fue finalmente sofocada y algunos de sus líderes fueron engañados, asesinados o confinados a vivir en terribles condiciones, marcando el fin de una era de libertad indígena en el norte de México y el suroeste de Estados Unidos.

3.8 El ocaso de los apaches: De la lucha a la subyugación

Llevo viviendo doce años lejos de Arizona. Las bellotas y los piñones, las perdices y los pavos salvajes, los cactus gigantes y los paloverdes me echan de menos. Se preguntan adónde me he ido y quieren que vuelva

Gerónimo, jefe apache

El final de las Guerras Indias es igual a la rendición de los últimos jefes chiricahuas Naiche y Gerónimo, perseguidos por el general Nelson A. Miles en Skeleton Canyon, uno de los lugares más hostiles de Norteamérica “la frontera mexicana”. El 4 de septiembre de 1886, marca el inicio de una nueva vida para el hombre blanco, pero para los apaches es un terrible exilio. Gerónimo es la voz de la resistencia por vivir en libertad en sus territorios ancestrales. Para algunos historiadores y escritores, “Gerónimo, es una flecha que recorre miles de años en el breve espacio de la vida de un hombre”. Nació en desnudas montañas entre cactus y mezquites, un lugar donde no existían fronteras, en la “Apachería”, donde los apaches llevaban guerreando más de tres siglos. Gerónimo vivió 86 años, tuvo nueve esposas y un número indeterminado de hijos, además. Se le conoció como guerrero, hechicero, granjero en una reserva, renegado prisionero de guerra, cowboy, cultivador de sandías, monstruo de feria

(Sonnichsen, 1986, p. 8).

Los apaches fueron una cultura efímera, es decir, no dejaron estructuras o monumentos. Muchos investigadores creen que los apaches chiricahuas estaban condenados a desvanecerse en la misma tierra en donde nacieron. Sin embargo, la vida de Gerónimo el monumento de los apaches chiricahuas. Se sospecha que Gerónimo nació en el año 1823 en territorio mexicano, o para los chiricahuas en sus territorios ancestrales. Pertenecía a la banda de los *bedonkobe* (los del sur), cuyo jefe fue Mangas Coloradas y al morir, su banda pasó al mando de Cochise, aunque, algunos grupos descontentos se unieron a Gerónimo (Sonnichsen, 1986, p. 9). Tras la finalización de la independencia de México, los norteños mexicanos hacían un nuevo intento de instalarse en la Apachería. Este último movimiento complicó la forma de vida de los atapascanos y de otros pueblos nómadas. La vida de los chiricahuas se volvió frágil cuando México perdió los territorios septentrionales, dejándolos solos en un espacio inmenso, bajo la constante amenaza de los depredadores estadounidenses.

La cosmovisión espiritual estaba profundamente arraigada en la vida de los apaches. Como mencionó alguna vez Gerónimo, sus dones de chamán del desierto fueron otorgados por una voz de un espíritu misterioso. Este suceso ocurrió cuando encontró los cuerpos sin vida de su madre, su esposa y sus hijos, en las arenas del desierto. En ese momento, prometió vengarse de los mexicanos, y el susurro del viento le dijo: “Ningún arma podrá matarte. Quitaré las balas de los rifles de los mexicanos para que no tengan pólvora. También guiaré tus flechas” (Sonnichsen, 1986, p. 10). No se sabe con certeza si este relato es verdadero, pero después de aquel día, Gerónimo se volvió una larga tormenta para los rancheros mexicanos y para los estadounidenses.

La situación de las praderas septentrionales se volvió muy penosa para los atapascanos, quienes enfrentaban constantes conflictos con mexicanos, estadounidenses y otras naciones indígenas, como los comanches y navajos. Gerónimo y otros jefes presionados por la vida de sus familias, decidieron unirse al sistema de reservas indias en los ahora Estados Unidos. Sin embargo, el cambio de agentes de las reservas provocó el descontento a causa de los pésimos tratos, lo que llevó a algunos grupos a regresar a sus territorios ancestrales. Antes de ser llevados a la reserva de San Carlos en Arizona, Naiche y Gerónimo huyeron con 700 hombres, mujeres y niños. Antes de su rendición, vivían en libertad en los desiertos, alimentándose de brotes de mezquite, corazones de agave, bayas de saguaro o piñones (Sonnichen, 1986, p. 11).

La existencia de los apaches era complicada, pues tenían que cuidar sus pasos para no ser rastreados por mexicanos o estadounidenses, con todo eso, los apaches vivían en libertad: “cazaban, celebraban fiestas, danzaban junto al fuego”, rituales unían sus corazones con los de sus ancestros. Tras su rendición, Gerónimo se trasladó a la reserva de la Montaña Blanca (Fort Apache), instalándose en un lugar llamado Turkey Creek. En 1885, Gerónimo y 145 chiricahuas huyeron de las reservas al escuchar rumores de que se planeaba ahorcar a Gerónimo. Este último periodo de libertad, de mayo de 1885 a septiembre de 1886, significó los últimos días de existencia de casi todos ellos, pues el ejército estadounidense emprendió una búsqueda con enfrentamientos sangrientos. Al final, muchos apaches aceptaron vivir en las reservas, el mismo jefe Nana, siendo ya muy anciano, decidió volver al su exilio en la reserva (Sonnichen, 1986, p. 12).

Gerónimo fue capturado por Nelson A. Miles, un soldado experimentado en las guerras indias contra los Siux y los Nez Percé. Con solo 34 apaches, incluyendo hombres, mujeres, ancianos, niños y lactantes, Gerónimo acordó rendirse. Miles le prometió que no sería entregado a la población blanca que quería lincharlo, que perdonaría sus correrías y le entregaría nuevas tierras. Gerónimo respondió: “Esta es la cuarta vez que me rindo”. Sin embargo, no se cumplieron todos los términos y según describe Eduardo Jordá (1986), los chiricahuas sufrieron un trato extremadamente duro, peor que el administrado a cualquier otra nación indígena de América del Norte. Cuando capturaron a los apaches, estos fueron transportados junto con Naiche, Gerónimo y otros líderes como prisioneros de guerra al fuerte de Marion en Florida. Trescientos apaches fueron trasladados a prisiones, y tras un año en el fuerte, fueron reubicados en cuarteles militares en Alababa, donde más del 25% murieron de tuberculosis y enfermedades (Conapred).

Lo cierto es que una vez que los apaches chiricahuas subieron aquel día a ese tren como prisioneros de guerra, para muchos fue un destierro eterno, pues jamás volverían a pisar la Apachería. El mismo Gerónimo, explotado como un monstruo de circo, encontró a Miles y le reprochó el no haber cumplido ninguna de sus promesas y le dijo: “Llevo viviendo doce años lejos de Arizona. Las bellotas y los piñones, las perdices y los pavos salvajes, los cactus gigantes y los paloverdes me echan de menos. Se preguntan adónde me he ido y quieren que vuelva”. Tristemente, Gerónimo murió el 17 de febrero de 1909, tras una neumonía, resultado de quedar inconsciente tras caerse de su caballo en una zanja. Durante su delirio por la fiebre alta,

evocó los nombres de todos los guerreros que habían combatido con él hasta el final en Skeleton Canyon (Sonnichsen, 1986, p. 14). El cuerpo de Gerónimo permanece en el cementerio apache del fuerte Sill, en Oklahoma, su rendición marcó el final del último alzamiento guerrillero indígena en Estados Unidos. La muerte de Gerónimo no fue peor ni mejor que la de otros jefes indígenas, sino que fue el destino inevitable de cada uno de ellos y de sus pueblos. Los sobrevivientes actuales son producto directo de la resistencia indígena en toda América. Además, el sistema capitalista ha incitado una lucha constante contra los indígenas.

C. L. Sonnichsen (1986) narra una visión muy distinta de Gerónimo, pues lo que realmente se sabe de él no ha sido fundamentado con documentos históricos. Menciona que se desconoce la vida de Gerónimo y de los chiricahuas en su exilio de Arizona y que realmente existen dos versiones del jefe apache. La imagen negativa de Gerónimo lo describe como un hombre salvaje y sanguinario, esta versión es más aceptada por los hombres blancos colonialistas y capitalistas. La segunda versión más amable, lo presenta como un guerrero valiente y poderoso que guió a su pueblo hacia la libertad. Es evidente que esta imagen es de aquellos muy cercanos que lo conocieron, es la imagen de su pueblo, de aquellos que son iguales a él. Es difícil conciliar ambas facetas de Gerónimo, pues cuando guerreaba en Arizona y el norte de México, era considerado como un desalmado asesino. Tras su muerte, la crítica hacia él cambió, quizás porque se demostró que solo contaba con un puñado de hombres y sería imposible que causara semejantes daños de los que se le acusa. ¿Puede ser “Gerónimo y sus apaches” parte de una histeria colectiva?

Se consideran ridículas ciertas acusaciones contra Gerónimo y, más bien, fue la creación estratégica de un enemigo, como lo fueron los apaches parte de un maquiavélico plan. Sonnichsen demuestra que es muy posible nuestra conjetura, pues el 3 de abril de 1871, William S. Oury y Juan N. Elías, de Tucson, comandaron la partida de 148 mexicanos, papagos y anglos que perpetraron la famosa masacre del Campamento Grant. Aquel día, más de cien apaches, en su mayoría mujeres y niños, fueron sorprendidos al alba y exterminados. Aunque después se exigió un castigo, los asesinos no fueron condenados, y es claro que debió de ser por obvias razones. Después, el primer presidente de la Sociedad de Historia de los Pioneros de Arizona defendió la acción ante una gran asamblea de socios, diciendo: “los apaches habían desencadenado un festín de asesinatos y saqueos en todos nuestros asentamientos”

(Sonnichsen, 1986, p. 25).

La rendición de Gerónimo es relatada por el teniente Charles B. Gatewood, quien participó en la rendición del jefe chiricahua. Gatewood fue enviado por el general Miles a entrar a la Apachería y negociar la paz con Gerónimo. Ambos discutieron de los términos de la rendición, pero Gerónimo le contó sobre los engaños, los robos cometidos por los agentes de las reservas y las injusticias que habían sufrido en manos de sus compañeros, además de cuestionar toda la noche al enviado acerca del general Miles (Sonnichsen, 1986, pp. 71-80). Tras la entrega de los jefes chiricahua Gerónimo y Naiche, en el mes septiembre de 1886, se pensó que oficialmente terminaban las Guerras Apaches. Sin embargo, el historiador José Soto (2021) menciona que aún quedaron pequeños grupos de apaches que se habían refugiado en la Sierra Madre dentro de los bosques de coníferas.

Es importante resaltar que los últimos grupos de apaches que lograron sobrevivir a la época colonial fueron los apaches de paz que vivían en Arizona. Su supervivencia se debía al servicio que prestaron a las tropas españolas y mexicanas. Con el tiempo, sus grupos se redujeron debido a la difícil labor de rastrear a los apaches renegados, lo que resultaba en su muerte o en represalias por parte de los grupos rebeldes. Después de perder su territorio debido al tratado Guadalupe-Hidalgo, se hicieron presentes en las filas de las tropas norteamericanas. Estos grupos de atapascanos pacíficos dedicaban sus servicios como rastreadores. Sin embargo, tras la reedición definitiva de Gerónimo, muchos de estos apaches fueron llevados a prisión junto con los demás, sin importarles el servicio eficiente que habían prestado. Finalmente, tuvieron el mismo final trágico que todos los apaches. Alrededor de 1863 Charles D. Poston (agente norteamericano) contó cien apaches mansos en Tucson (Flagler, 2006, p. 46).

Durante el largo periodo de gobierno de Porfirio Díaz, también se evidenció una clara vulneración de la soberanía de México, a pesar de que el presidente no mostraba disposición para cooperar con los Estados Unidos. Debido a las múltiples controversias surgidas alrededor del derecho de cruzar la frontera mexicana para perseguir a bandidos e indígenas nómadas, al inicio de su mandato, Porfirio Díaz mostró una notable benevolencia hacia las inversiones estadounidenses en México, lo cual generó debate y discusión en la opinión pública. Su disposición experimentó un cambio significativo cuando comenzó a percatarse que los hombres de negocios estadounidenses, firmemente convencidos de su propio "destino

manifiesto", habían adoptado una actitud de superioridad hacia su país (Katz, p. 40).

Mientras en el México posrevolucionario se ensalzaba y se preservaba el pasado indígena en cuadros pintados por Diego Rivera, se finalizó la terrible Guerra del Yaqui (1876-1929), en donde docenas de miles de indios yaquis, pimas, mayos y ópatas fueron asesinados o deportados como trabajadores al Yucatán, permitiendo el exterminio de los últimos apaches libres de América (Soto, 2021, s/p). Se consideró que, la rendición de los jefes apaches chiricahuas Gerónimo y Naiche en 1886 había marcado el final de las Guerras Apaches. Pero aún había hombres libres en las montañas Jaguar en la Sierra Madre, en los límites de Sonora y Chihuahua. Fue ahí donde encontraron refugio los apaches que habían escapado de las reservas, estos fueron llamados como "Apaches Broncos", feroces y temidos incluso por otros apaches como los chiricahua, tontos, mescaleros, jicarilla, aravaipa, lipanes, etc (Soto, 2021).

Los indomables apaches broncos que habitaban la Sierra Madre se dedicaban a cultivar pequeñas parcelas de maíz y calabaza en pocas cantidades. Para protegerse del clima hostil, se vestían con pieles de venado, su herramienta primordial eran los arcos, que ellos mismos elaboraban. A pesar de provenir de diferentes clanes, conformaban un solo grupo apache. Durante las épocas invernales, buscaban refugio en los ranchos o poblados cercanos, donde solían asaltar en busca de alimento. Se piensa que los apaches broncos tenían relaciones familiares con los apaches lipanes, mescaleros y los chiricahuas, y que incluso los apaches broncos eran aquellos que se habían quedado alejado de sus clanes, escapado de las reservas o simplemente eran los sobrevivientes de la violencia ejercida por los Estados Unidos y México (Soto, 2021, s/p).

La belicosidad de los apaches en 1890, también se debió a que su territorio estaba siendo limitado por los rancheros y granjeros europeos. Además, muchos colonos mormones se asentaban en el norte de México, acercándose a los últimos asentamientos de los apaches libres, obligándolos a moverse a montañas más inaccesibles e incursionar con mayor frecuencia (Soto, 2021, s/p). Los apaches broncos siempre se veían en la necesidad de reforzarse con la llegada de apaches fugados de las reservas. Massai, conocido como "Apache Kid", fue un apache fugado lleno de rencor hacia los blancos que llegó al grupo de los broncos. A pesar de refugiarse en montañas más inaccesibles, los territorios apaches eran violados por exploradores, tramperos, mineros, ganaderos y granjeros en busca de riquezas. José Soto

menciona que los apaches broncos llegaron a ser objeto de lo que actualmente se llamaría “turismo de riesgo”. Expone un ejemplo de esto, cuando un explorador de apellido White, en 1929 guió una partida de vaqueros que llegaron al corazón de las montañas Jaguar, el último santuario de los apaches broncos, sorprendieron a los apaches y asaltaron sus campamentos, contando unas cuarenta chozas y a sesenta y cinco guerreros, quienes huyeron al ver a casi doscientos hombres blancos (Soto, 2021, s/p).

Las últimas dos bandas apaches estaban a cargo de un guerrero llamado “Apache Blanco”, un misterioso renegado anglonorteamericano, y del “Indio Juan”, célebres por sus correrías en Sonora, Arizona y Nuevo México. En 1924, la partida de “Apache Blanco” estaba formada por sólo seis guerreros, quienes robaban en ranchos de Nuevo de México y por lo regular huían del territorio mexicano, provocando expediciones de represalias mexicanas. Una famosa represalia fue la del ganadero Francisco Fimbres, quien había perdido a su esposa e hijo a manos de los apaches broncos. En 1925 se adentró en la sierra con dos de sus vaqueros, sorprendió a un poblado apache, mató algunos broncos, recuperó ganado y capturó a una niña que se cree que era bisnieta de “Gerónimo” e incluso hija de “Apache Kid”, esta niña fue adoptada por la familia Fimbres y bautizada como “Lupe” (Soto, 2021, s/p).

La venganza de Fimbres no terminó con la muerte de los apaches broncos, sino que continuó con los yaquis y otros pueblos indígenas, considerados bárbaros por él y su gente. Para 1930, Fimbres había reunido a veinte hombres armados para perseguir y asesinar a los últimos apaches libres. A él se le unieron cazadores estadounidenses equipados con armas más modernas e incluso con una avioneta que localizaba los campamentos de apaches. Estas persecuciones violentas eran parte del pensamiento hostil, racista, genocida de muchos estadounidenses y mexicanos contra los indios no sometidos y adoctrinados. Este escenario fue aclamado y aplaudido públicamente por demócratas y capitalistas de Estados Unidos, así como por revolucionarios y socialistas en México (Soto, 2021, s/p).

La consecuencia inmediata de las incursiones de Fimbres, fue el apoyo del gobierno mexicano para llevar a cabo una política de exterminio, en la cual se contrató a los famosos “cazadores gubernamentales”, logrando así la aniquilación definitiva de los últimos grupos de apaches broncos. Para el año 1934, Greenville Goodwin, un renombrado antropólogo estadounidense, estimaba que probablemente no debía de haber más de treinta apaches broncos en ese momento. En su análisis, Goodwin preveía que solo era cuestión de tiempo

antes de que esos valientes hombres libres fueran completamente exterminados. Goodwin sentía una profunda necesidad de establecer comunicación con los grupos de apaches, pero era tan difícil que un hombre blanco se les acercara (Soto, 2021, s/p).

La guerra contra la nación apache tuvo lugar entre 1850 y 1886. Se destaca como la contrainsurgencia militar más extensa en la historia de Estados Unidos. Durante los últimos diez años, Goyathlay, conocido como Gerónimo, fue el último líder de la resistencia apache. Otras naciones indias como los comanches y navajos, también enfrentaron una guerra contra la anexión de sus territorios y el exterminio por parte de Estados Unidos en 1848, como parte de la mitad de México que se apropiaron. Desde el liderazgo de Mangas Coloradas, Cuchillo Negro, Tetetera Negra, Cochise, Nana, Loco, Victorio, Naiche y Gerónimo, la nación apache se negó a ser obligada a vivir en la zona asignada para ellos en San Carlos, Arizona. Gerónimo se rindió al ver a su pueblo casi exterminado y que, estando a cargo de treinta y ocho personas, en su mayoría mujeres y niños, era perseguido por más de cinco mil soldados estadounidenses. La resistencia que mostró Gerónimo, la historiadora Roxanne Dunbar (2019), la describe como una guerrilla que logró permanecer por mucho tiempo, debido a la conexión de la gente a la que representa y la describe como "la guerra del pueblo". No cabe duda de que los apaches no eran un peligro militar para Estados Unidos, pero eran un símbolo de lucha por la libertad. La clave de la guerra colonial de contrainsurgencia es no aceptar ninguna forma de resistencia. A lo que los historiadores, como Dunbar, describen aquel proceso como una necesidad de los Estados Unidos de derrotar completamente al enemigo (p. 175).

Gerónimo, junto con trescientos chiricahuas, que no estaban involucrados en el combate, fueron rodeados y trasladados en ferrocarril por soldados al Fuerte Marion en Saint Augustine, Florida. En este lugar se reunieron numerosos guerreros nativos de las llanuras que ya se encontraban restringidos en ese sitio. Durante una crucial negociación con las autoridades, Gerónimo consiguió que su facción fuera reconocida como prisioneros de guerra, en vez de ser clasificados como criminales ordinarios. Esta categoría permitió a los apaches estar alejados de hombres que deseaban sus cabezas, tales como los Rangers de Texas y las autoridades civiles. Además, identificar a los apaches como prisioneros de guerra fortaleció su pueblo, y al parecer les aseguraba que fueran tratados de acuerdo con las normas internacionales durante conflictos bélicos. Gerónimo y su banda fueron trasladados una vez más a la base castrense de Fort Sill, en el Territorio Indio, donde él y la mayoría de su

comunidad estaría hasta su fallecimiento (Dunbar, 2019, p. 176).

Después de las guerras apaches



Figura 4. Apaches retenidos como prisioneros de guerra en Fort Bowie, antes de ser transportados a Florida. Dominio público/Archivos Nacionales, Departamento de defensa de los Estados Unidos. Fuente: Chiricahua National Monument Arizona. <https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/post-apache-wars.htm>

Edward K. Flagler menciona que la antropología cultural viene reclama la necesidad de recuperar la pérdida patrimonial que dejó a la humanidad al olvido de la realidad etnográfica de sociedades que han sido involucradas en procesos de aculturación y modernización. Además, al tratar de rescatar en nuestras memorias la presencia o la imagen de estos indios de Norteamérica, únicamente contamos con imágenes restringidas por la cinematografía, la cual nos presenta una construcción narrativa desigual y con frecuencia injusta, alejándonos de lo que fueron en realidad, y limitándonos a los bárbaros que habitaban aquellos territorios de América del Norte. Menciona Flagler que, sin aludir a la invisibilidad y la opresión cultural hacia estos pueblos, se olvidan las contribuciones de las naciones indígenas. Un ejemplo de ello es la capacidad de liderazgo, la adopción innovadora y la profundidad adaptativa de los indígenas ante el impacto de los asentamientos coloniales y de las relaciones de contacto intercultural durante siglos (Flagler, 2006, p. 3).

El exilio y rendición de los apaches tranquilizó la histeria colectiva, causando que se produjera una nueva visión sobre los apaches. Así mismo, nuevos historiadores, escritores y cineastas como: Levington Comfort en *Apache* (1931) realizó un retrato admirable de Mangas Coloradas, Edwin Corle en *Figtree John* (1934), Paul I. Wellman rindió tributo en *Bronco Apache* (1936) a Massai, quien escapó del tren que lo conducía a un campo de prisioneros y regresó a su vida en libertad en Arizona (Sonnichsen, 1986, pp. 34-35). También, se llegó a criticar las medidas del ejército estadounidense contra los indígenas. Finalmente, el gran éxito en ventas fue la novela *Blood Brother*, de Elliot Arnold, que rápidamente fue adaptada al cine en la película *Flecha Rota*, en donde se describe una fascinante amistad entre un hombre blanco amable llamado *Tom Jeffords* y el jefe de los chiricahuas *Cochise*, exponiendo el buen corazón de algunos apaches y la maldad de los hombres blancos. Lo trascendental de esta novela, es la descripción de Jeffords acerca de los chiricahuas, dice: Nadie acapara para uso propio, nadie engaña a otro. Todo lo que tienen se divide equitativamente. No hay sistema de castas ni aristócratas ni plebeyos. ¿Cómo es posible que los habitantes de una parte del mundo concibieran la idea de un rey cuando los habitantes de otra parte de ese mismo mundo nunca lo hicieron? Hablamos de princesas indias, pero nunca hubo princesas indias. A pesar de todas nuestras bravatas, no somos capaces de aceptar la idea de que haya pueblos que poseen un sentido congénito de la democracia. Me pregunto con arreglo a qué principios nos hemos otorgado el derecho de llamar salvajes a los indios. ¿Quiénes somos nosotros para venir hasta aquí e imponerles nuestra forma de ser? (Sonnichsen, 1986, p. 38).

Todo lo anterior, son descripciones más acertadas de lo que era el funcionamiento de las naciones indias, se podría llegar a pensar que aquel sistema pudo ser inspiración para Carlos Marx. Roxanne Dunbar (2019) expone los nuevos estudios realizados por académicos indígenas, surgidos por el resto del mundo colonizado por Europa, para comprender las experiencias históricas y actuales de los pueblos indígenas de América. Se nutren del materialismo histórico, del marxismo y la Teología de la Liberación en América Latina, estos estudios van en aumento debido a la preocupación de obtener una nueva visión que nos permita comprender la historia de las civilizaciones que han sobrevivido a una dura política de exterminio que, en vías de desarrollo, amenaza la existencia de los seres humanos y del mismo planeta tierra.

Las historias de resistencia de los apaches han sido una fuente de inspiración para muchos escritores, quienes se han visto motivados a reflexionar y tomar consciencia sobre el papel que ha tenido Estados Unidos en las guerras indias. Un claro ejemplo de ello es Hunter Ingram, quien, en su novela, titulada *Fort Apache*, pone en discusión a dos protagonistas que son hombres blancos. En donde aceptan que todo lo que han hecho con los apaches es brutal y sanguinario, llegando incluso a cuestionar el papel de los hombres blancos llegados a América, son lo peor que ha habido sobre la tierra. Sonnichsen (1986, p.39) menciona un fragmento de la obra y dice así: “Los apaches matan a escala individual, pero la raza blanca mata a gran escala. Los blancos planean extirpar de un plumazo a culturas enteras de la faz de la tierra”.

A todo lo anterior Robert Utley lo ha llamado «el sentimiento de culpabilidad del hombre blanco por su tratamiento histórico a los indios». Si bien, se vendieron en masa estas nuevas novelas que describían a Cochise o aún mejor a Gerónimo como un buen hombre que, a través de la venganza, logró obtener poderes místicos que lo ayudaron a guiar a su pueblo. La historia de Gerónimo fue parte de la formación de muchos jóvenes estadounidenses, que llegaron a romantizar la idea de venganza, guerra y sangre, más tarde se observarían las consecuencias, cuando el gobierno enviaría a muchos de ellos a morir en tierras extranjeras en voz de progreso. Sonnichsen (1986) destaca que la imagen de Gerónimo fue explotada de forma negativa, específicamente para el uso de la violencia. En otras palabras, el jefe atapascano ya no era un hombre sino un símbolo de pertenencia colectiva. Gerónimo se adoptó como un modelo del espíritu americano, un “espíritu de lucha”, del cual los americanos

se lo habían hecho propio y lo convertirían en legado de su patria.

Anteriormente, hemos observado la visión de Gerónimo hacia la guerra y de otros jefes apaches chiricahuas, así como la confrontación entre los habitantes del norte de México que sufrían por el constante robo de ganado y el asesinato de sus familiares. Tanto los ganaderos mexicanos como los que vivían al otro lado de la frontera enfrentaban dificultades de los rebeldes apaches. Sin embargo, existían atapascanos que no deseaban estar en constante peligro, estos son los llamados “Apaches Pacíficos”, que no incursionaron y aceptaban sus vidas en las reservas designadas para ellos, sufrían por las decisiones que tomaban los líderes apaches. Un joven chiricahua pacífico relata que vivía en la reserva de San Carlos en Arizona, se llamaba Samuel E. Kenoi, nació en 1875, tanto él como su padre no estaban en la guerra con Gerónimo, aunque pertenecían a un grupo a su mando.

Kenoi describe que las decisiones de Gerónimo tenían un gran peso en la vida de los apaches libres y los que vivían en las reservas, pues, cada vez que Gerónimo y un puñado de su gente escapaba de las reservas, rápidamente llegaban noticias de sus ataques y robos a poblaciones cercanas, causando la rabia de los soldados estadounidenses y de los chiricahuas pacíficos, quienes se encargaban de rastrear a Gerónimo y en el intento los mataban o se mataban entre ellos, causando la división de los grupos de chiricahuas (Sonnichsen, 1986, p. 92). La rendición de Gerónimo tuvo un significado importante para muchos de los apaches chiricahuas, ya que tanto los pacíficos, los rastreadores y los capturados, fueron separados de sus familias y, en calidad de prisioneros, fueron llevados a Fort Marion, en St. Agustín, Florida, a una fortificación antigua española de cemento que era golpeada por las fuertes olas del mar. Kenoi relata que él era un niño cuando fue encarcelado en Fort Marion. Observó cómo su gente moría y se separaba de la poca familia que les quedaba, otros murieron por las terribles condiciones y el clima de aquel lugar. Pasó 27 años de su vida en aquel lugar junto con otros apaches, mientras que Gerónimo y otros jefes chiricahuas fueron llevados a Fort Pickens, en Pensacola (Sonnichsen, 1986, pp. 109).

En la década de 1950, la organización amerindia se desarrolló en un contexto ideológico de anticomunismo nacionalista, intensificado por la Guerra Fría y la carrera armamentista. El segundo Gran Temor Rojo tuvo como objetivo al movimiento obrero bajo la fachada de la lucha contra la «amenaza comunista» de la Unión Soviética. El racismo se extendió y prosperó durante ese periodo debido a los ataques a los movimientos por los

derechos civiles y la autodeterminación. El miedo racista al "peligro amarillo" resurgió debido a las guerras contra Japón y Corea, así como a la revolución comunista china. Este temor se había extendido en el siglo XX. En 1953, la operación Espaldas Mojadas ordenó la deportación de más de un millón de trabajadores mexicanos, afectando a millones de ciudadanos estadounidenses de ascendencia mexicana. Estos trabajadores reemplazaron a los trabajadores agrícolas asiáticos desplazados por el sistema de internamiento de los estadounidenses de ascendencia japonesa (Dunbar, 2019, p. 198).

Los indígenas estadounidenses sufrieron brutalidades en las ciudades fronterizas de las reservas, cometidas por ciudadanos comunes y funcionarios de seguridad. En el sur, los afroestadounidenses enfrentaban segregación legalizada, mientras que en el resto del país sufrían discriminación extralegal pero abierta. En 1954, el Tribunal Supremo de Estados Unidos ordenó el fin de la segregación en las escuelas públicas gracias al trabajo de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (Naacp). Durante el boicot a los autobuses de Montgomery (Alabama) al año siguiente, la organización persistente por los derechos civiles, principalmente en el sur, finalmente se hizo visible al público. Los White Citizens' Councils acusaron a los activistas por los derechos civiles de ser infiltrados y estar bajo influencia comunista en una campaña criminal muy bien financiada. Se decía que los "justicieros" blancos ponían bombas e incendiaron iglesias negras para obtener apoyo a la causa por su integración, atribuyendo la acción a "los comunistas" (Dunbar, 2019, p. 202-203).

Una de las luchas más destacadas es la llevada a cabo por los sioux lakotas para recuperar las Colinas Negras, conocidas como Paha Sapa en su idioma original. En este lugar, se encuentra el controvertido Monte Rushmore, el cual ha dejado una marca permanente en este sitio considerado sagrado por la comunidad indígena. El Gobierno federal se refiere a este lugar como el "templo de la democracia", sin embargo, en realidad representa más bien un símbolo provocativo de ocupación ilegal y colonialismo (Dunbar, 2019, p. 208).

Roxanne (2019) expone un estudio de la escuela revisionista de Berkeley, en donde se encuentran los primeros intentos de destrucción de los indígenas del Norte de California. Se estimó que hubo 2.245 muertes entre los pueblos: wintus, maidus, miwoks, omos, wappos y yokutes. Durante los enfrentamientos con los españoles a finales del siglo XVIII, también se registraron cinco mil muertes por epidemias y traslados a las misiones. En la segunda mitad del siglo XIX, las milicias de Estados Unidos asesinaron a cuatro mil indígenas. Otro ataque a este

pueblo fue el secuestro de niños y niñas indígenas por ciudadanos estadounidenses. La desintegración de la estructura familiar fue trágica al verse obligada a las mujeres indígenas a prostituirse por la necesidad económica en los yacimientos de oro, eliminando cualquier rastro de la estructura familiar matriarcal que sostenía a las comunidades indígenas (Dunbar, 2019, p. 55).

En la década de 1950, emergió un movimiento panindígena de gran relevancia, comparable al movimiento afroestadounidense, que estaba en lucha por sus derechos civiles, así como a los movimientos de amplia base por la justicia social y en contra la guerra que se desarrollaron durante la década de 1960. Roxanne Dunbar (2019, p. 21) argumenta en su análisis que el movimiento social en defensa de los derechos de los pueblos indígenas logró revertir la política gubernamental de terminación. Pero la represión del gobierno de los Estados Unidos, los ataques armados y los intentos de revocar tratados por la vía legislativa volvieron a comenzar a fines de la década de 1970, lo cual dió origen al movimiento indígena internacional. Este movimiento amplió significativamente el respaldo a la autonomía y a los derechos territoriales de las comunidades indígenas en los Estados Unidos.

Actualmente se han reconocido federalmente en los Estados Unidos quinientas comunidades o naciones indígenas, descendientes de los quince millones aproximados de habitantes que poblaban el territorio de América del Norte. En estas naciones se implementó un sistema de reservas indígenas, a cambio de recibir protección gubernamental por parte de los colonos. A finales del siglo XIX, cuando se debilitó la resistencia indígena, trasladaron de manera forzosa a las naciones que habían aceptado la derrota, siendo confinados en pequeños territorios, además de arrebatarles sus territorios originales (Dunbar, 2019, p. 21). Habitan 554 grupos indígenas dentro de las fronteras de Estados Unidos. Los amplios territorios de los pobladores indígenas fueron parcelados para su venta. En 1881, la tenencia indígena de la tierra en Estados Unidos se había reducido abruptamente a 63.130.0960 hectáreas y para 1934, solamente quedaban 20.0234.282 hectáreas. Después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno se apoderó de 202.342, el congreso utilizó distintas leyes para obtener más tierras indígenas, reduciendo en 2, 3% el tamaño original (Dunbar, 2019, p. 22).

El final de las Guerras Indias con la rendición de los últimos jefes chiricahuas, Naiche y Gerónimo, en 1886, termina marcando el fin de la resistencia apache en Estados Unidos. Gerónimo, líder emblemático de la resistencia, es descrito como un símbolo de lucha por la

libertad, cuya vida representa la historia de los apaches chiricahuas. La rendición de Gerónimo no solo significó el fin de las Guerras Apaches, sino también el inicio de su exilio forzado para los chiricahuas, que fueron trasladados a prisiones en Florida y Alabama, donde muchos murieron debido a enfermedades y maltratos. La rendición de Gerónimo y su posterior exilio representan el colapso de la autonomía indígena en Norteamérica, pero también inspiran movimientos de resistencia y reivindicación de los derechos indígenas. Finalmente, la lucha contemporánea de los pueblos indígenas por recuperar sus tierras y derechos, destacando el movimiento panindígena que emergió en la década de 1950, sigue presente. La trascendencia del legado de Gerónimo y los apaches, quienes, a pesar de su derrota, siguen siendo un símbolo de resistencia y lucha por la libertad.

Conclusiones

La expansión estadounidense hacia la frontera mexicana constituye un tema histórico de gran complejidad, en el que convergen múltiples dimensiones políticas, sociales y culturales. A lo largo de este estudio, se ha analizado en profundidad este fenómeno, incorporando además un sujeto de estudio íntimamente ligado a estos acontecimientos: las naciones indígenas. Estos pueblos, cuya presencia en América se extiende a lo largo del tiempo, han desempeñado un papel fundamental en la historia del continente. Su participación, tanto activa como pasiva, en los procesos políticos ha generado numerosas interrogantes, lo que los convierte en actores permanentes e indispensables para comprender la historia de México y América en su conjunto. En este contexto, los apaches emergen como un caso emblemático, cuya presencia en la historia de México y Estados Unidos resulta como una detonante para entender las dinámicas de poder, resistencia y conflicto que caracterizaron esta región.

El análisis de la relación entre los apaches, México y Estados Unidos revela un escenario sumamente complejo, en el que interactúan tres entidades de naturaleza y magnitud distintas, pero enfrentadas entre sí. Por un lado, la nación apache se caracterizaba por ser una comunidad nómada, con destacados líderes y estrategias, pero con una población reducida, carente de unidad interna y sin acceso a armamento avanzado. Por otro lado, México, en ese periodo, era una nación emergente que enfrentaba los desafíos de su reciente independencia, incluyendo la herencia territorial y los tratados firmados por España. Aún no había consolidado su estructura interna ni enfrentando amenazas externas significativas. En contraste, Estados Unidos se presentaba como una nación con dos siglos de experiencia en el continente, heredada del conocimiento y las prácticas coloniales de Inglaterra, una potencia global especializada en la expansión territorial y el sometimiento de pueblos indígenas. Con una sólida estructura política, avances tecnológicos y una población considerablemente mayor, Estados Unidos se erigió como el actor dominante en este conflicto tripartita.

A pesar de las evidentes desventajas, México logró resistir, en cierta medida, la confrontación con Estados Unidos y los apaches. Sin embargo, la presión anglosajona y los intereses expansionistas terminaron por desarticular a la joven nación mexicana. Por su parte, los apaches, acostumbrados a enfrentar a colonos, mexicanos y otros grupos indígenas, resistieron durante décadas los intentos de exterminio y desplazamiento por parte de ambos

Estados. No obstante, su resistencia, aunque feroz, fue finalmente sofocada. Agotados por la guerra y el hambre, los apaches fueron confinados en reservas, marcando el fin de su autonomía y el inicio de un proceso de subyugación que se extendió hasta el siglo XX.

En este trabajo de investigación, se ha examinado detenidamente las incursiones apaches y su relación con los intereses estadounidenses. Se ha documentado cómo, desde los estados mexicanos de Sonora, Coahuila y Chihuahua, se estableció un comercio ilícito basado en el robo de ganado y su posterior venta a comerciantes estadounidenses. Este fenómeno no solo refleja la complejidad de las relaciones fronterizas, sino también la percepción negativa que se tenía del septentrión mexicano, lo cual no benefició en absoluto a México. Además, se ha destacado cómo la idea del "descubrimiento de América" jugó un papel fundamental en la construcción de actitudes despectivas hacia los pueblos indígenas. Los colonos europeos utilizaron esta noción para justificar su dominio sobre el territorio y sus habitantes, perpetuando una visión de superioridad y salvajismo hacia los pueblos originarios. Esta mentalidad fue adoptada posteriormente por los mestizos mexicanos, quienes, al independizarse, replicaron modelos políticos y sociales europeos y estadounidenses, lo que perpetuó la desigualdad y la violencia hacia las comunidades indígenas.

Las exploraciones del septentrión, iniciadas por los jesuitas, también fueron un factor determinante en este proceso. Los misioneros establecieron las primeras misiones, facilitando el poblamiento y la creación de caminos que permitieron la llegada de colonos europeos. A lo largo de los siglos XVI y XVII, los españoles establecieron misiones, presidios y asentamientos, pero estos esfuerzos se vieron constantemente amenazados por las incursiones de grupos indígenas que defendían sus territorios y su forma de vida. Los misioneros jesuitas, no solo buscaron evangelizar a los pueblos indígenas, sino también establecer una presencia española en regiones remotas. La Compañía de Jesús desempeñó un papel crucial en la administración de los recursos y en la recopilación de información para la Corona española, sus crónicas y mapas contribuyeron al conocimiento geográfico del septentrión, aunque también reflejaron la tensión entre la visión colonial y la realidad indígena.

Los apaches y otros pueblos nativos del norte de México tuvieron un impacto significativo en la historia política y económica de la región. Su participación en el comercio y las incursiones en los límites fronterizos convirtió a esta zona en un espacio de disputa desde la llegada de los europeos. Posteriormente, esta problemática se trasladó a las relaciones entre

Estados Unidos y España, y finalmente recayó sobre la joven nación mexicana independiente. Cabe destacar que, desde antes de la independencia de México, las potencias europeas y estadounidenses desarrollaron estrategias políticas y económicas encaminadas a beneficiarse de la explotación de recursos y la fragmentación del territorio mexicano. En este sentido, las naciones indígenas representaron un obstáculo para el sistema expansionista y capitalista global, ya que encarnaban un estilo de vida armonioso, democrático y sostenible, en contraste con los intereses de las potencias coloniales.

Además, se observa que algunos grupos apaches establecieron relaciones con comerciantes ilegales estadounidenses, lo que posteriormente derivó en encuentros con filibusteros y separatistas. Este estudio ha permitido esclarecer las principales problemáticas y profundizar en las relaciones entre los indígenas y las potencias en proceso de expansión. El etnogenocidio será la principal herramienta empleada por colonos ingleses y españoles con el fin de adquirir las tierras de los primeros pueblos de América. La violencia perpetrada contra estas comunidades indígenas se manifestó de diversas formas, incluyendo el desplazamiento territorial, el uso de armas biológicas, la esterilización y su integración forzada a la sociedad dominante. Lamentablemente, estas prácticas continúan efectuándose contra numerosos pueblos nativos de América y en otras naciones vulnerables en el mundo, como Palestina.

Las incursiones apaches fueron objeto de la política de intervención estadounidense, convirtiéndose en un elemento central de las Guerras Indias en el “salvaje oeste”. Estas narrativas fueron utilizadas para alimentar el espíritu imperialista de Estados Unidos, que glorificó a líderes como *Gerónimo*, *Mangas Coloradas*, *Cochise* y *Victorio*, presentándolos como héroes que lucharon contra enemigos mexicanos. Sin embargo, esta narrativa ocultaba la realidad de que estos líderes y sus pueblos fueron exiliados y confinados en fortalezas militares en Florida, donde muchos murieron de enfermedades como la tuberculosis. Paradójicamente, mientras los apaches eran sometidos, Estados Unidos adoptó y adaptó sus tácticas de guerra para emplearlas en conflictos globales, como en Vietnam, Cuba, El Salvador, Ucrania, Palestina, entre otros.

En conclusión, la relación entre los apaches, México y Estados Unidos ilustra cómo las políticas de colonización, la expansión territorial y las tácticas militares de ambos países contribuyeron al exterminio y la subyugación de las naciones indígenas. Aunque la resistencia apache fue feroz, finalmente fue sofocada, y sus líderes fueron capturados o asesinados,

marcando el fin de una era de autonomía indígena en el suroeste de Norteamérica. Este estudio no solo permite comprender mejor este capítulo de la historia, sino que también invita a reflexionar sobre las consecuencias duraderas de la colonización y la importancia de preservar y valorar las culturas y los conocimientos de los pueblos indígenas.

Fuentes y Bibliografía

Archivos:

Archivo General de la Nación (AGN)
Mapoteca Manuel Orozco y Berra (MOB)
Archivo General del Estados de Zacatecas (ARGEZ)
Archivo Histórico del Estado de Zacatecas (AHEZ)
Portal de Archivos Españoles (PARES)

Archivos digitales:

Internet Archive, <https://archive.org/>
Apachería.es <https://apacheria.es/>
Chiricahua National Monument Arizona, <https://www.nps.gov/chir/index.htm>
Mapoteca Manuel Orozco y Berra,
<http://bdmx.mx/documentos/institucion/mapoteca-manuel-orozco-berra>
Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM), <https://hndm.iib.unam.mx/index.php/es/>
Pares Portal de Archivos Españoles, <https://pares.cultura.gob.es/inicio.html>
Latin American Network Information Center (LANIC), <http://lanic.utexas.edu/indexesp.html>
Arizona Memory Project, <https://azmemory.azlibrary.gov/nodes/view/228732>

Bibliografía

Aboites, L. (1994). *Breve historia de Chihuahua*. El Colegio de México, Fidecomiso Historia de las Américas y el Fondo de Cultura Económica. México, D. F.

Almada Bay I y De León Figueroa, N. (2016). *Las gratificaciones por cabelleras, Una táctica del gobierno del estado de Sonora en el combate a los apaches, 1830-1880*. Avances de investigación, Intersticios Sociales, El Colegio de Jalisco, México, marzo-agosto, 2016 núm. 11 véase en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-4964201600010004#:~:text=Ofrecer%20recompensas%20por%20sus%20cabelleras,percepci%C3%B3n%20de%20las%20autoridades%20sonorenses.s.

- Buelna Serrano, E; Gutiérrez Herrera, L; Ávila Sandoval, S. (2009). *Imaginario y realidad en la exploración de América Septentrional*. Análisis económico, vol. XXIV, núm. 57, 2009, pp. 331-358. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco Distrito Federal, México. <https://www.redalyc.org/pdf/413/41312227016.pdf>
- Cabeza de Vaca N. A. (1989). *Naufragios*. Edición de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra, 1989 y la edición de Trinidad Barrera, Madrid, Alianza. https://cervantesvirtual.com/obra%20visor/naufragios%E2%80%94/html/feddef8e-82b1-11df-ace7-002185ce60642.html#I_7
- Chávez, J. (2020). *BÁRBAROS DEL NORTE los indios fronterizos del siglo XIX*. Punto Cunorte, 6 (11), 17-48 <https://revistas.cunorte.udg.mx/punto/article/view/86>
- Cozzens, P. (2019). *LA TIERRA LLORA, La amarga historia de las guerras indias por la conquista del oeste*. Despertando Ferro Ediciones SLNE, Madrid.
- Cozzens, P. (2021). *TECUMSEH Y EL PROFETA, Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos*. Despertando Ferro Ediciones SLNE, Madrid.
- Cruz G, R y Díaz, G. (2013). *¿Quiénes eran los filibusteros?, principales invasiones en el noroeste de México*. Relatos e Historias en México. (UNAM-IIH). Véase en <https://www.academia.edu/44562098/ Qui%C3%A9nes eran los filibusteros Principales invasiones en el noroeste de M%C3%A9xico en el siglo XIX>
- De los dolores, S. M, Hers, M. A, Mirafuentes, J. L y Vallebuena, M. (2000). *NÓMADAS Y SEDENTARIOS EN EL NORTE DE MÉXICO, homenaje a Beatriz Braniff*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas. México, D. F.
- Dunbar, O. R. (2019). *La historia Indígena de Estados Unidos*. 13 insurgentes. Estados Unidos.
- Durazo J. H. F. (2001). *México y la Apachería*. Universidad de Texas el Paso. Estudios Fronterizos, vol. 2, núm. 3. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-69612001000100004&script=sci_abstract (consultado el 27 de mayo de 2021).
- Del Río, I. (2003). *Tiempo de Filibusteros en el Norte de México, 1848-1861*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. Véase en

https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/int_extranjeros/intext_003.pdf

Encimas M. L. A. (2016). *Crónica de la expedición de Francisco Vázquez Coronado a las grandes praderas de Norteamérica*. Ediciones Miraguano.

Expediente sobre la campaña emprendida en Nueva Vizcaya por el capitán Manuel Alegre contra indios apaches que se introdujeron en la Sierra Escondida y el estado de las provincias de Sonora y Nuevo México, PARES portal de Archivos españoles, Archivo General de Indias, ES. 41091. AGN/25//GUADALAJARA, 514, N. 80 recuperado de <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/12788268?nm> (consultado el 30 de abril de 2021).

Expediente sobre el estado de la provincia de Nueva Vizcaya, los ataques sufridos por los apaches y disposiciones dadas., PARES portal de Archivos españoles, Archivo General de Indias, ES. 41091. AGN/25//GUADALAJARA, 514, N. 80 recuperado de, <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/show/12788700?nm> (consultado el 10 de marzo de 2022).

Fernández, R. M y Martínez, P. L (2011). *El convenio de la Villa de San Fernando: un acercamiento entre españoles y los apaches*. Universidad Rey Juan Carlos, (ISBN 978-84-615-2931-5, 2011). Págs. 141-176 (consultado el 26 de marzo de 2021).

Flagler, E. K. (2006). Diné: *La historia de los indios apaches*. Fundación Instituto de Estudios Norteamericanos, Barcelona.

García de León, A. (2017). *Misericordia, el destino trágico de una collera de apaches en la Nueva España*. México: FCE (Fondo de Cultura Económica).

García García, L.A. (2021). *Frontera armada, Prácticas militares en el noroeste histórico, siglos XVII al XIX*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

Gutiérrez Reyes. A, Almada Bay. I y Contreras Tánori. D. (2015). *Medidas ofensivas y defensivas de los vecinos de Sonora en respuesta a las incursiones apaches, 1854-1890. El despliegue de una autodefensa limitada*. El Colegio de Sonora. historia <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5981887>

Gutiérrez Reyes. A, Almada Bay. I, Contreras Tánori. D y Lorta C. *Casos de despueble de*

asentamientos atribuidos a apaches en Sonora, 1852-1883. Un acercamiento a los efectos de las incursiones apaches en la población de vecinos. Colegio de Sonora. Véase en https://www.academia.edu/39636339/Casos_de_despueblo_de_asentamientos_atribuidos_a_apaches_Sonora_1852_1883_Un_acercamiento_a_los_efectos_de_las_incursiones_apaches_en_la_poblaci%C3%B3n_de_vecinos

Howard, Z. (2005). *La Otra Historia de los Estados Unidos (Desde 1492 hasta hoy.* Ediciones Otras Voces. Estados Unidos.

Huberman, L. (2011). *Historia de los Estados Unidos, nosotros el pueblo.* Editorial Nuestro Tiempo.

Jiménez, C. G. (1991). *La Gran Bretaña y la Independencia de México, 1808-1821.* Fondo de Cultura Económica, México.

Katz, F. (1982). *La guerra secreta en México, Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana.* Ediciones Era, S. A. de C. V. Ciudad de México.

León, F. N. G. (). *El conflicto apache en Sonora bajo el gobierno del general Ignacio Pesqueira, 1867-1872.* El Colegio de Sonora. Hermosillo, Sonora, México.

López, C. (2010). *El poblamiento en tierra de indios Cabitas, transformaciones de la territorialidad en el contexto de las misiones jesuítas 1591-1790.* El colegio de Sinaloa. México.

Martínez P. L y Rodríguez. F. M. (2011). *El convenio de la Villa de San Fernando: un acercamiento entre españoles y los apaches.* Universidad Rey Juan Carlos, (ISBN 978-84-615-2931-5, 2011). Págs. 141-176 véase [Dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?Codigo=3850977](http:// Dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?Codigo=3850977) (consultado el 26 de marzo de 2021).

Martínez, C. L. (1981). *La intervención norteamericana en México 1846-1848, historia político- militar de la pérdida de gran parte del territorio mexicano.* Editada por la: secretaria de la Defensa Nacional y Fuerza Aérea. México, D. F.

Mediana, B. J. M y Padilla C. E. (2015). *Violencia interétnica en la frontera norte novohispana y mexicana. Siglo XVII-XIX.* El Colegio de Sonora, El Colegio de Michoacán, A. C, y la Universidad de Baja California.

Morales, S. A. (2020). *Ente la formación religiosa y la excelente salud. Los saberes jesuítas en el septentrión novohispano (sXVIII).* Centro de investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y

Humanidades- UNAM. Recuperado de
<https://doi.org/10.22201/ceiich.24485707e.2021.24.78457> consultado el 18 de abril de 2023

Navajas Josa, B. (2008). *EL PADRE KINO Y LA PIMERÍA: ACULTURACIÓN Y EXPANSIÓN EN LA FRONTERA NORTE DE NUEVA ESPAÑA*. Tesis doctoral, Departamento de Historia de América II, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid. ISBN: 978-84-692-1029-1.

Nieto Camacho, A. L. (2012). *DEFENSA Y POLÍTICA EN LA FRONTERA NORTE DE MÉXICO 1848-1856*. El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana. México.

Olañeta, de J. J. (1986). *GERÓNIMO el final de las guerras apaches*. Incógnita-Hesperus. Edición de C. L. Sonnichsen, traductor Eduardo Jordá. Publicación original en 1986 en Journal of American History. Impreso en Barcelona.

Ortelli, S. (2007). *Trama de una guerra conveniente, Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*. El Colegio de México, México, Centro de Estudios Históricos, D. F.

Ortelli, S. (2010). *Crisis de subsistencia y robo de ganado en el septentrión novohispano: San José del Parral (1770-790)*. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. Véase en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-39292010000100002

Pérez Gonzáles I. A y De la Torre Curiel J. R. (2015). *NADA LES HEMOS CUMPLIDO: NEGOCIACIONES DE PAZ ENTRE APACHES Y ESPAÑOLES EN LA NUEVA VIZCAYA EN 1787*. Artículo del proyecto del Fondo Sectorial para la Investigación en Educación SEP- CONACYT (Ciencia Básica 2015-01) número 250624, Universidad de Guadalajara, pp. 1023-1085. (consultado el 10 de octubre de 2021), véase en academia.edu

Plano de las Provincias de Ostimuri, Sinaloa, Sonora y demás circunvecinas y parte de California dispuesto por Don Joseph Antonio de Álzate y Ramírez del uso del señor Don Juan Joseph de Echeveste Cavallero del Orden de Santiago". Mapoteca Manuel Orozco y Berra, <http://bdmx.mx/documento/plano-provincias-ostimuri-sinaloa-sonora> (consultado el 27 de abril de 2021).

- Powell. W, P. (1977). *La Guerra chichimeca (1550-1600)*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Randding, C. (2015). *Pueblos de frontera. Colonizaje, grupos étnicos y espacios ecológicos en el norte de México, 1700-1850*. El Colegio de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, Universidad de Sonora. *Revista región y sociedad* 30(1). Véase en <https://www.scielo.org.mx/pdf/regsoc/v30n73/1870-3925-regsoc-30-73-0016.pdf>
- Rajchenberg. S. E y Héau-Lambert. C. (2006). *La frontera en la comunidad imaginada del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-73722007000200002
- Rajchenberg S. Enrique y Héau-Lambert.Catherine. (2009). *¿Wilderness vs. Desert? Representaciones del septentrión mexicano en el siglo XIX*. UNAM y el INAH. México. Consulte en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35502009000200002
- Robert N. Watt. (2014). *Apache Warrior 1860-1886*. Publicado en Reino Unido. Osprey publishing. www.ospreypublishing.com
- Rojas, M. (2019). *Apaches...Fantasmas de la Sierra Madre*. Colección Libros del Septentrión. Chihuahua, México.
- Soto C, J. (2021). 1935. Cacería humana de apaches en el México revolucionario. *Ediciones Despertar Ferro*, véase en <https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/mexico-1935-caceria-humana-apaches-broncos/>
- Suárez Argüello, A. R. (2006). *El interés expansionista norteamericano en Sonora*. *Revista estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, véase en <https://via.hypothes.is/https://moderna.historicas.unam.mx/index.php/ehm/article/download/68946/68907?inline=1>
- Taibo II, I. P. (2013). *YAQUIS historia de una guerra popular y de un genocidio en México*. Editorial Planeta Mexicana. Ciudad de México.
- Tariq, A y Stone, O. (2011). *LA HISTORIA OCULTA DE LOS ESTADOS UNIDOS, las tripas del imperialismo norteamericano*. Ediciones de Pasado y Presente. Barcelona.
- Terrazas, S. F. (1977). *La guerra apache en México (viento de octubre)*. Cost-Amic. México.
- Terrazas y B, M. (2016). Efectos del nuevo lindero. Indios, mexicanos y norteamericanos ante la

frontera establecida al término de la guerra entre México y Estados Unidos. *Revista Norteamérica* 11(1), 75-92. Ciudad de México. Consulte en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35502016000100075

Tratado de paz, amistad, límites y arreglo definitivo entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América, Manuel de la Peña y Peña. Artículo XI. 2 de febrero, 1848, <http://www.cila.gob.mx/tyc/1848.pdf>

Valdés M, C. (2017). *LA GENTE DEL MEZQUITE, LOS NÓMADAS DEL NOROESTE EN LA COLONIA*. Biblioteca Coahuila de derechos humanos. México.

Vázquez, Z. J. (1997). *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*. Secretaria de Relaciones Exteriores, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica. México.

Velázquez, del Carmen, M. (1996). *ESTABLECIMIENTO Y PÉRDIDA DEL SEPTENTRIÓN DE NUEVA ESPAÑA*. El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos. México, D. F.

Worcester E. D. (2012). *The Apache's, Eagles of the southwest*. University of Oklahoma Press. Publicado en Estados Unidos de América www.newcomlab.com

Zinn, H. (2005). *A People's History of the United States: 1492 to present*. Editorial las OTRAS VOCES.

Hemerografía:

Diario del Gobierno de la república mexicana (1836-1856)

Diario del Gobierno de la república mexicana. 1836. Num.278. Tomo IV. “La guerra de Tejas se declara nacional”, enero 18. Diario del Gobierno de la república mexicana

Diario del Gobierno de la república mexicana.1836. Num. 263. Tomo IV. “Los hombres que fomentaron la guerra de Tejas, son los mismos que la proclamaron como santa y que debía regenerar a México”. febrero 2. Diario del Gobierno de la república mexicana

El amigo de la religión. 1839. Num. 45. Los escritores del mismo Tejas y sus corresponsales de Nueva Orleans, han adoptado la táctica de ponderar los medios de defensa. Septiembre 16. El amigo de la religión.

El amigo de la religión. 1839. Num. 46. No son ahora más complicadas las circunstancias de la

república, que lo fueron 1836 y 1837; y entonces los gobiernos manifestaron con grandes esfuerzos cuan penetrados se hallaban del deber que les estaban impuesto, de conservar la integridad del territorio nacional. Septiembre 16. El amigo de la religión.

El amigo de la religión. 1839. Num. 48. Los departamentos mexicanos son hace años el objeto de la implacable envidia y ambición de los Angloamericanos. Septiembre 16. El amigo de la religión.

El amigo de la religión. 1839. Num. 49. El gobierno no hace caso de los ladrones de Tejas, que su población según el antecedente artículo el Independiente llega a 60 000 habitantes, que dentro de pocos años la aumentarán considerablemente, y que allí fijarán la palanca, que, andando el tiempo, trastorne la existencia política de México. Septiembre 16. El amigo de la religión.

El amigo de la religión. 1839. Num. 50. Inglaterra, cuya política es siempre usurpadora, y que tan celosa se muestra de los que pueda aumentar la influencia marítima de otras naciones. Septiembre 16. El amigo de la religión.

El amigo de la religión. 1839. Num. 51. El gabinete de Madrid cedió a Napoleón la Luisiana... no obstante... la vendió a los Angloamericanos en una suma considerable de millones de pesos. Septiembre 16. El amigo de la religión.

Páginas Web:

Carmona, D. (1882, 29 de julio). Los gobiernos de México y de Estados Unidos establecen un convenio para combatir a los apaches. Memoria Política de México. <https://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/7/29071882.html>

Costner, K. (1990). *Danza con Lobos* [Película]. Orion Pictures. <https://www.primevideo.com/-/es/detail/Dances-With-Wolves/0RIH7PZYO8D58TY1GGLO2EA11V>

Cozzens, P. (2021). *Tecumseh y el profeta, los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos*. DespertarFerro. <https://www.despertaferro-ediciones.com/revistas/numero/tecumseh-y-el-profeta-los-hermanos-shawnee-que-desafiaron-a-estados-unidos-cozzens/>

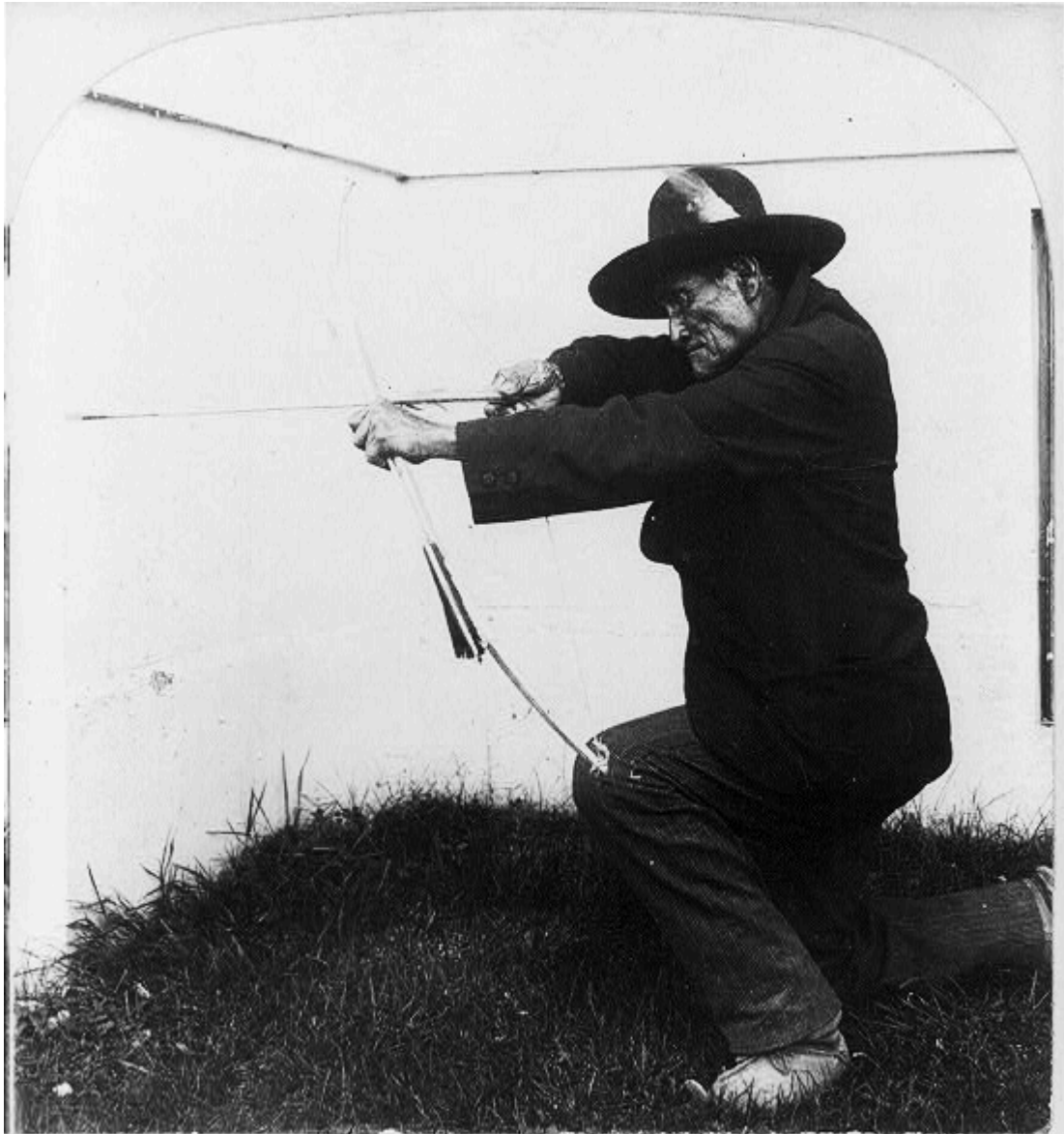
Echeverría, N. (2025, 05, 09). *Cabeza de Vaca. "Somos más de lo que creíamos ser"*, México,

- Noticonquista. <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/2527/252z>
- Fadala, S. (2020, 7 de mayo). *¿Se cazó el bisonte hasta su extinción?*. Caza y Safaris. Cazawonke. El diario de caza del siglo XXI. <https://cazawonke.com/c28-internacional/2391-se-cazo-el-bisonte-hasta-su-extincion>
- Fabala, S. (2015, 09, 04). *¿El búfalo fue cazado hasta casi su extinción?* Petersen's Hunting. <https://www.petersenshunting.com/editorial/buffalo-hunted-to-near-extinction/273078>
- Gorka, A. (2015, 05, 7). *Apachería prehispana*. Apachería.es. <https://apacheria.es/la-apacheria-prehispana/>
- Gorka, A. (2015, 05, 7). *Apachería*. Apachería.es. <https://apacheria.es/>
- Gorka, A. (2015, 05, 7). *La apachería en el siglo XVIII*. Apachería.es. <https://apacheria.es/la-apacheria-siglo-xviii-2/>
- Gorka, A. (2015, 05, 7). *Apachería 1801-1850*. Apachería.es. <https://apacheria.es/apacheria-siglo-xix-1/>
- Grant, R. (2016, 02). *Los últimos apaches libres*. Cowboys y Indians, Western culture, native life, epic stories. <https://www.cowboysindians.com/2016/02/the-last-free-apaches/>
- Hämäläinen, P. (2024). *Continente indígena. La implacable pugna por Norteamérica*. DespertarFerro. <https://www.despertaferro-ediciones.com/revistas/numero/continente-indigena-implacable-pugna-norteamerica-libro-hamalainen/>
- Hill, W. (1993). *Geronimo: An American Legend (Gerónimo una leyenda)* [Película]. Columbia Pictures. https://www.primevideo.com/dp/amzn1.dv.gti.c4a9f770-5991-4aef-d755-1de56236d7ae?autoplay=0&ref=atv_cf_strg_wb
- Hutton, P. A. (2023). *Las Guerras Apaches, polvo y sangre en la última frontera del salvaje oeste*. DespertarFerro. <https://www.despertaferro-ediciones.com/revistas/numero/las-guerras-apaches-ultima-frontera-salvaje-oeste-hutton-geronimo/>
- PanchoVillamx. (2023, 25 de junio). Convenio entre México y los Estados Unidos para combatir las

- invasiones apaches en ambos territorios. Pancho Villa de bandolero a revolucionario, Francisco Villa es el personaje más popular de México. https://panchovillamx.com/convenio-entre-mexico-y-los-estados-unidos-para-combatir-las-invasiones-apaches-en-ambos-territorios-2/#google_vignette
- Pascal, J. (2017, 6 de marzo). *Una triste historia americana*. NAUKAS, ciencia, escepticismo y humor. <https://naukas.com/2017/03/06/una-triste-historia-americana/>
- MemoFin. (2021, 05, 19). *Chihuahua Salvaje*. www.chihuahuasalvaje.com
- Scorsese, M. (2023). *Asesinos de la Luna* [Película]. Apple Studios. https://youtu.be/m4-7P9r-3Xk?si=OvZZiosa1UnC_sVD
- Simoneau, Y. (2007). *Entierra mi corazón en Wounded Knee* [Película]. HBO Films Traveler's Rest Films Wolf Films. https://www.max.com/mx/es/movies/entierren-mi-corazon-en-wounded-knee/af27249b-46ba-474e-8254-1553e0595273?utm_source=universal_search
- Solorio, N. (2024, 1 de enero). Naráachi, “el lugar del llanto” en la Sierra tarahumara que tiene un sombrío significado. El heraldo de Chihuahua. <https://oem.com.mx/elheraldodechihuahua/cultura/nararachi-el-lugar-del-llanto-en-la-sierra-tarahumara-que-tiene-un-sombrio-significado-13020265>
- Stegner, W. (2022, 11, 18). *Indian Scouts*. National Park Service. <https://home.nps.gov/foun/learn/historyculture/indian-scouts.htm>
- Vargas, J. (2020, 29 de febrero). *La historia no contada de los apaches*. Paraleerenlibertad. [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=1rkP4obLiLE&t=1886s>
- Vargas, J. (2020, 12 de septiembre). *La historia de los apaches*. Libros Morelos2020 [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/live/vhzUyrU62fA?si=To9W5wJqZm_cZZaM
- Zebulo, P. (2024, 07, 19). *All about Bison TM*. <https://allaboutbison.com/buffalo-guns-and-skinners/>

Anexos

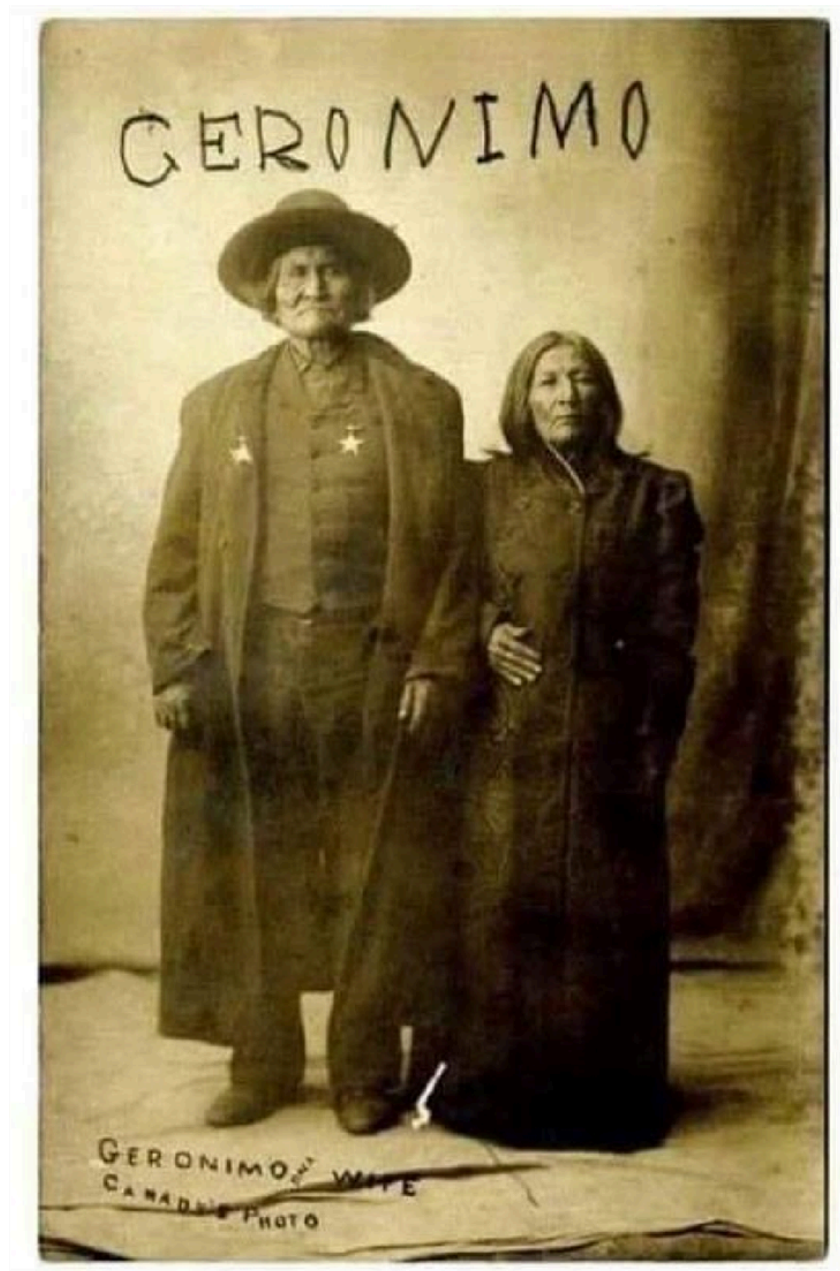
Geronimo, full length portrait, kneeling with bow and arrow at St. Louis World's Fair



*1, for many years a Terror to the
74. Copyrighted 1904 by William H. Rau*

Imagen tomada por el fotógrafo Rau, William Herman, 1855-1920. Título original "Gerónimo, retrato de cuerpo entero, arrodillado con arco y flecha en la Feria Mundial de San Luis". Library of Congress Prints and Photographs Division Washington, D.C. 20540 USA consulte en [\[Geronimo, full length portrait, kneeling with bow and arrow at St. Louis World's Fair\] | Library of Congress](#)

Jefe apache Chiricahua “Gerónimo” y esposa.



Gerónimo y su esposa Sunsetso también como Azul. Fuente oficial Library of Congress o véase <https://apacheria.es/geronimo/>

Geronimo, c. 1823 - 17 Feb 1909



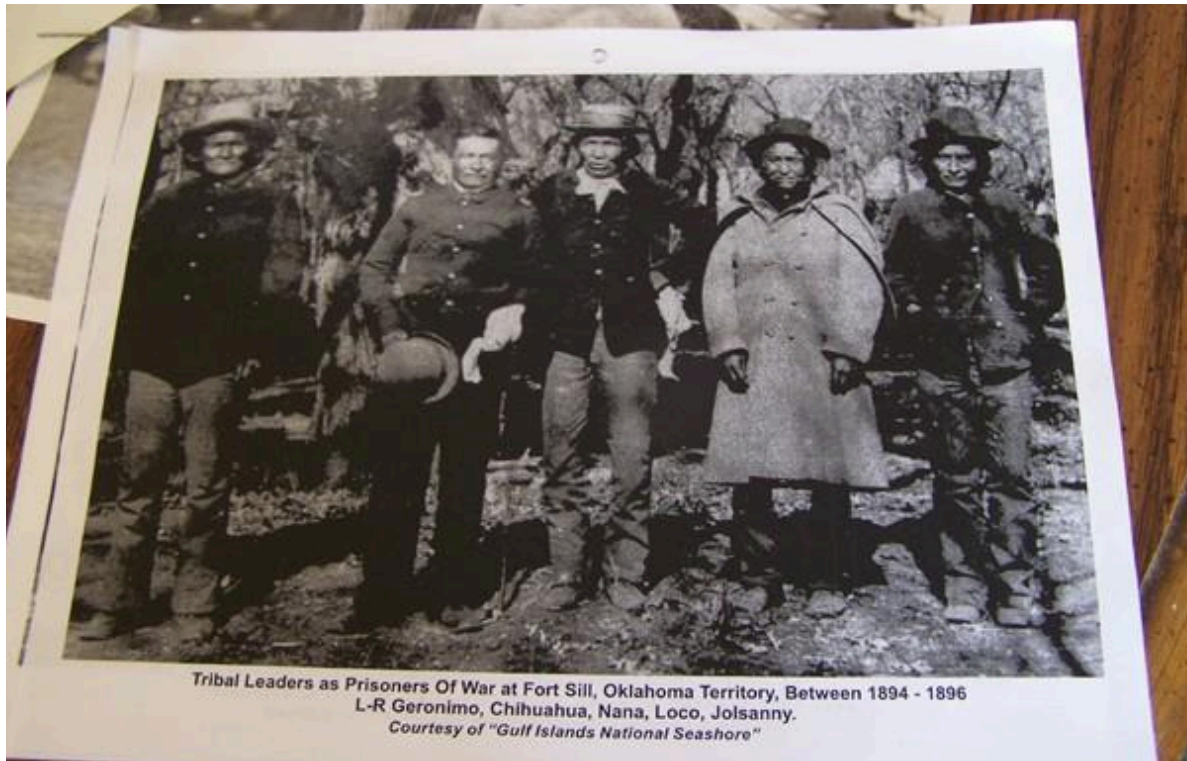
Gerónimo, c. 1823 - 17 Feb 1909. Fuente: Nacional Portrair Gallery, Smithsonian Institution. 1904.
https://www.si.edu/object/geronimo:npg_S_NPG.77.151

Desfile en Carlisle



Seis famosos jefes nativos americanos fotografiados por Edward Curtis antes del desfile inaugural de Teddy Roosevelt, cortesía de la Biblioteca del Congreso, 1905. Fuente: Reddit consulte en https://www.reddit.com/r/OldSchoolCool/comments/1ibwq2d/six_famed_native_american_chiefs_photographed_by/?show=original

**GERONIMO, CHIHUAHUA, NANA, LOCO Y JOLSANNY EN FORT SILL, EL 7
DE OCTUBRE DE 1894**



Líderes tribales como prisioneros de guerra en Fort Sill, Territorio de Oklahoma, entre 1894 y 1896. De izq. a der.: Gerónimo, Chihuahua, Nana, Loco y Jolsanny. Fuente: Golf Islands National Seashore. <http://www.lipanapachebandoftexas.com/linked/dl000011.jpg>

Los jefes Gerónimo y Naiche



Los jefes Gerónimo y Naiche (con sombrero) durante las negociaciones de 25-27 de marzo de 1886; con el niño Chappo, hijo de Gerónimo Fuente: Smithsonian Institution, Washington D. C.

APACHE CHIEFF GERONIMO AND HIS WARRIORS IN 1886



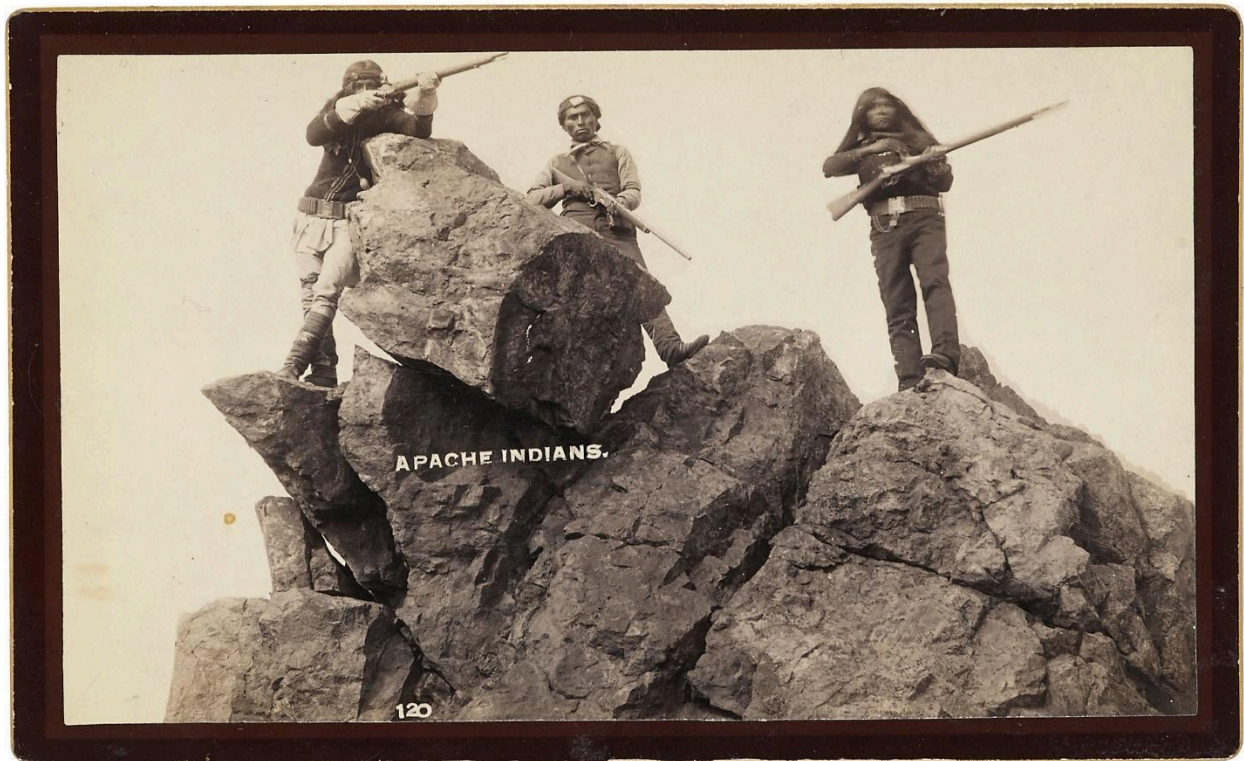
El jefe apache Gerónimo (a la extrema derecha) y otros tres hombres indígenas apaches, todos ellos con rifles. Fuente: Photographs, Huntington Digital Library véase en <https://hdl.huntington.org/digital/collection/p15150coll2/id/11831/>

Naiche con su esposa, Ha-o-zime.



Fotografía de A. Frank Randall, 1884. Fuente: Smithsonian Institution, National Archives.

Chiricahua Apaches "Rowdy", "Apache Kid", and "Massai"



Titulo original "Apaches chiricahuas "Rowdy", "Apache Kid" y "Massai" fotografiados el 25 y 26 de marzo de 1886 por C. S. Fly en el campamento de Gerónimo. Esta foto es una de las pocas tomadas de un indígena americano mientras aún estaba en guerra con Estados Unidos. Fuente: Reddiet <https://www.reddit.com/media?url=https%3A%2F%2Fpreview.redd.it%2Fchiricahua-apaches-rowdy-apache-kid-and-massai-pictured-in-v0-1nbzkqj6tfce1.jpg%3Fwidth%3D2550%26format%3Dpjpg%26auto%3Dwebp%26s%3D83db8aa18f900b519b192acc4dba5d95a7859d20>

Grupo de apaches



Grupo de apaches fotografiados por Edward S. Curtis (1868-1952) en 1903. Fuente: Despertar Ferro. Consulte en <https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/mexico-1935-caceria-humana-apaches-broncos/>

Apache Kid



Apache Kid (Haskay-bay-nay-ntayl) posa desafiante en el centro de esta fotografía tomada en la década de 1880, escolta por Massai a su izquierda y un apache llamado Rowdy a su derecha. Fuentes: despertar Ferro-ediciones, 2021.

<https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/mexico-1935-caceria-humana-apaches-brancos/>

Apache Pass



Apache Pass, lugar en onde ocurrieron eventos notables de las Guerras Apache. Fuente:
Chiricahua, National Monument Arizona.

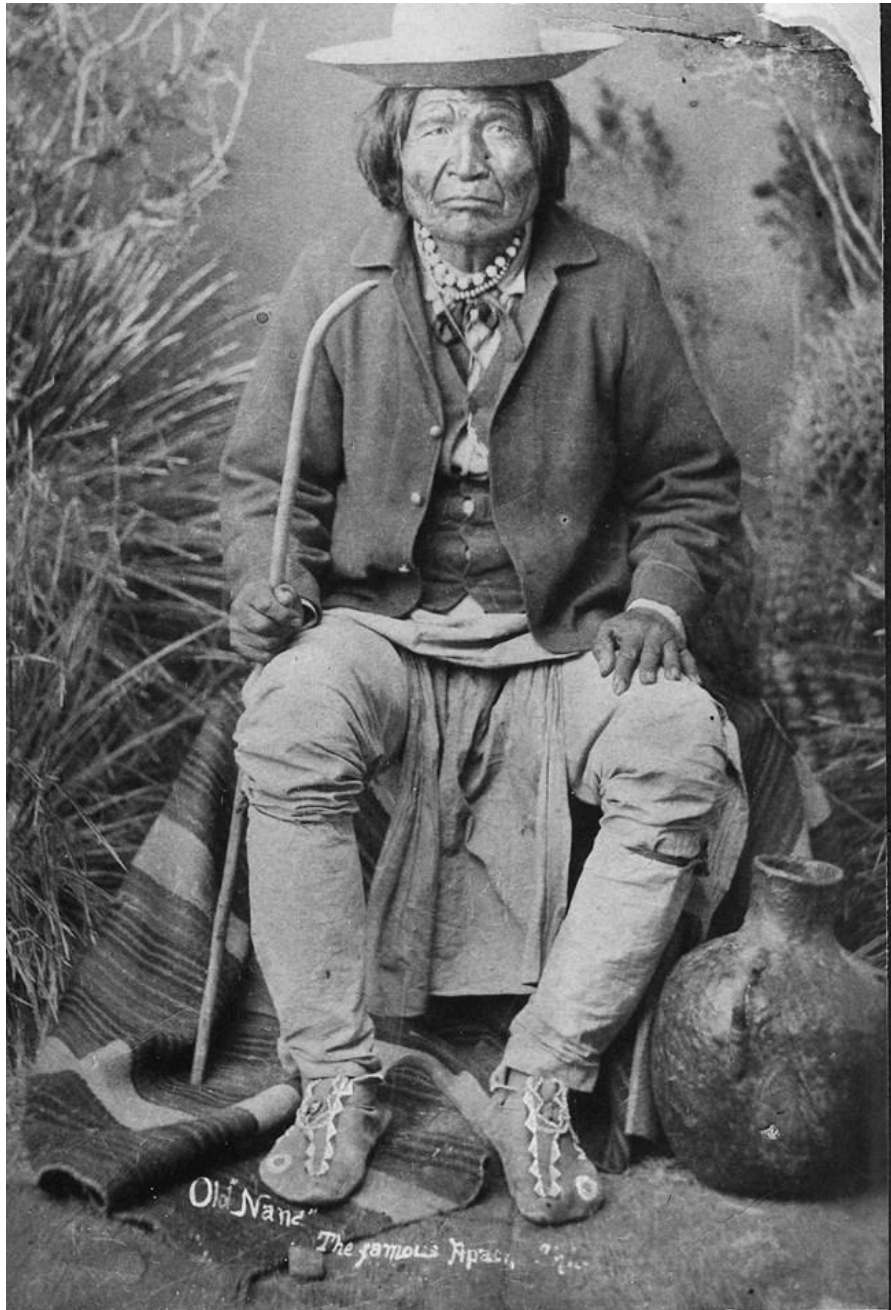
<https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/apache-wars-cochise.htm>

Jefe Mangas Coloradas



Jefe Mangas Coloradas de la banda Mimbrenña de Chiricahua. También era suegro del jefe Cochise. Chief. Fuente: Chiricahua, National Monument Arizona.
<https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/apache-wars-cochise.htm>

Jefe Nana



El jefe Nana, del Apache de Warm Spring, el general George Crook menciona que era un oponente digno. Fuente: Chiricahua, National Monument Arizona.

<https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/apache-wars-cochise.htm>

El general Crook y el jefe Gerónimo



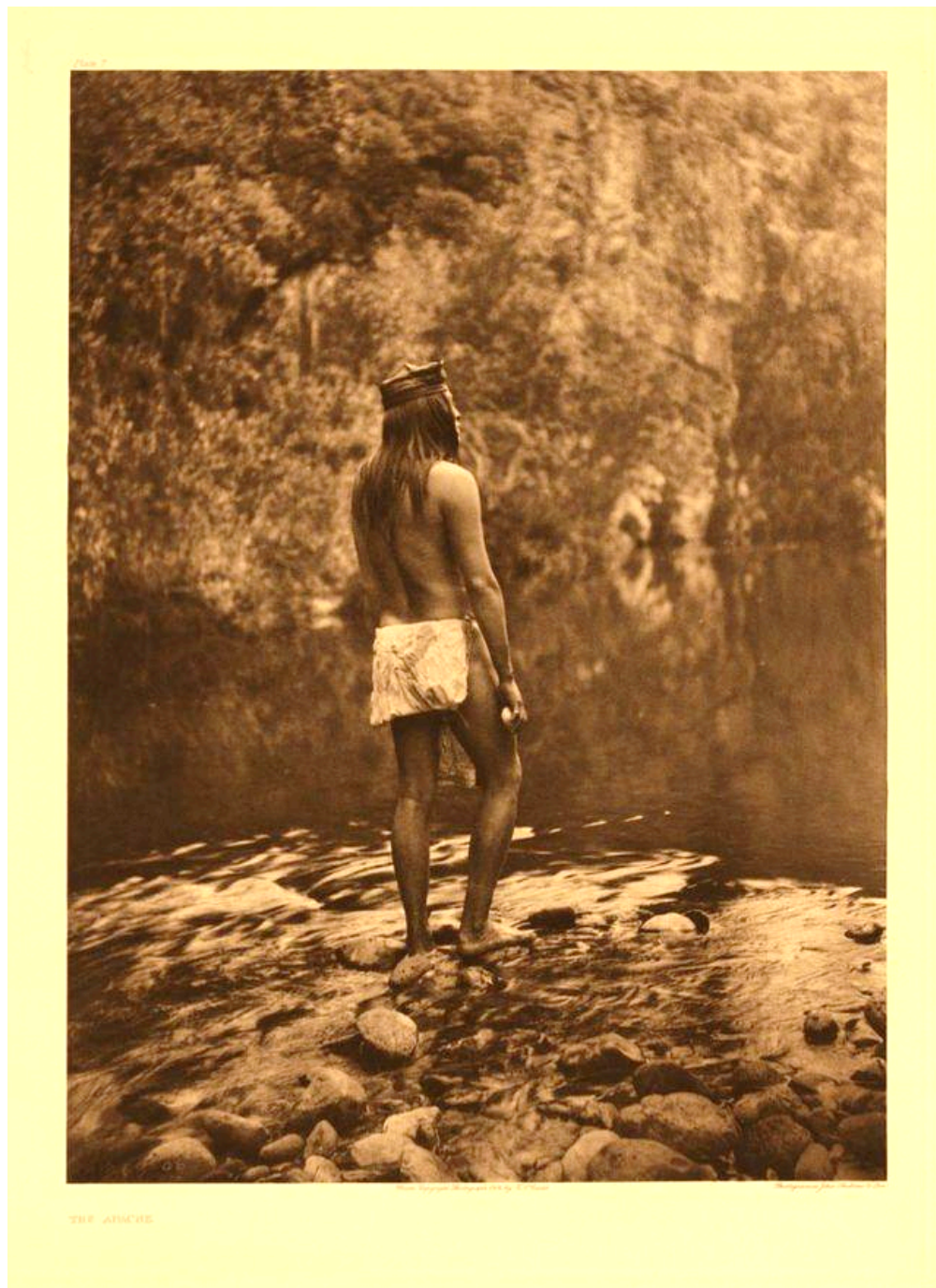
El general Crook y el jefe Gerónimo deliberan sobre los términos de rendición de los apaches chiricahua. Gerónimo es el tercero desde la izquierda con un pañuelo y Crook es el segundo desde la derecha. Se encuentran entre soldados estadounidenses, guerreros chiricahuas y exploradores apaches (1886). Fuente: Chiricahua, National Monument Arizona. <https://www.nps.gov/chir/index.htm>

Mescal Harvest- Apache



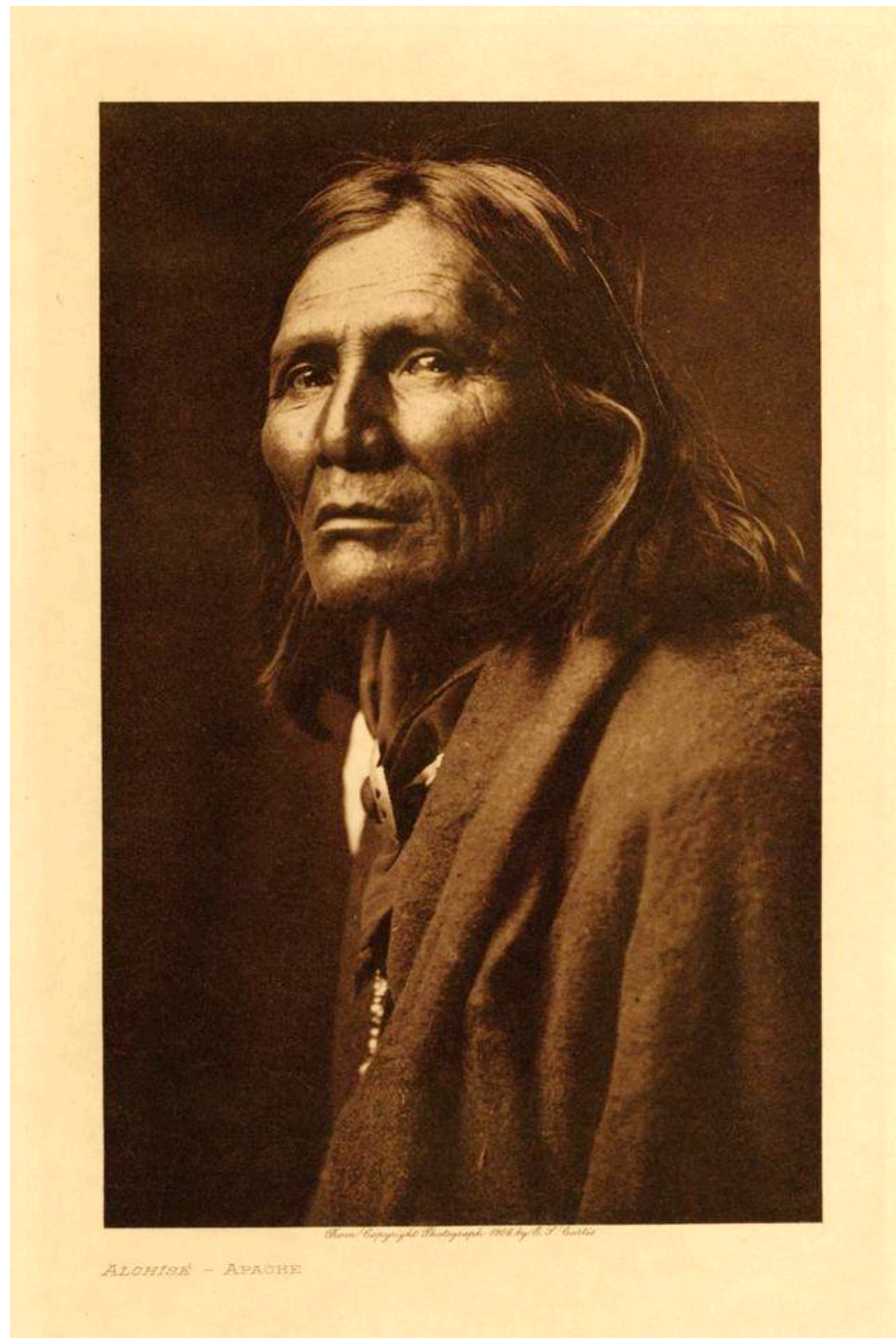
Cosecha de mezcal – Apache. Fuente: Colección de Charles Deering McCormick. Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. (Junio 07 2023). <https://dc.library.northwestern.edu/items/f22be934-d909-4533-b53a-f60767d4cd20>

The Apache



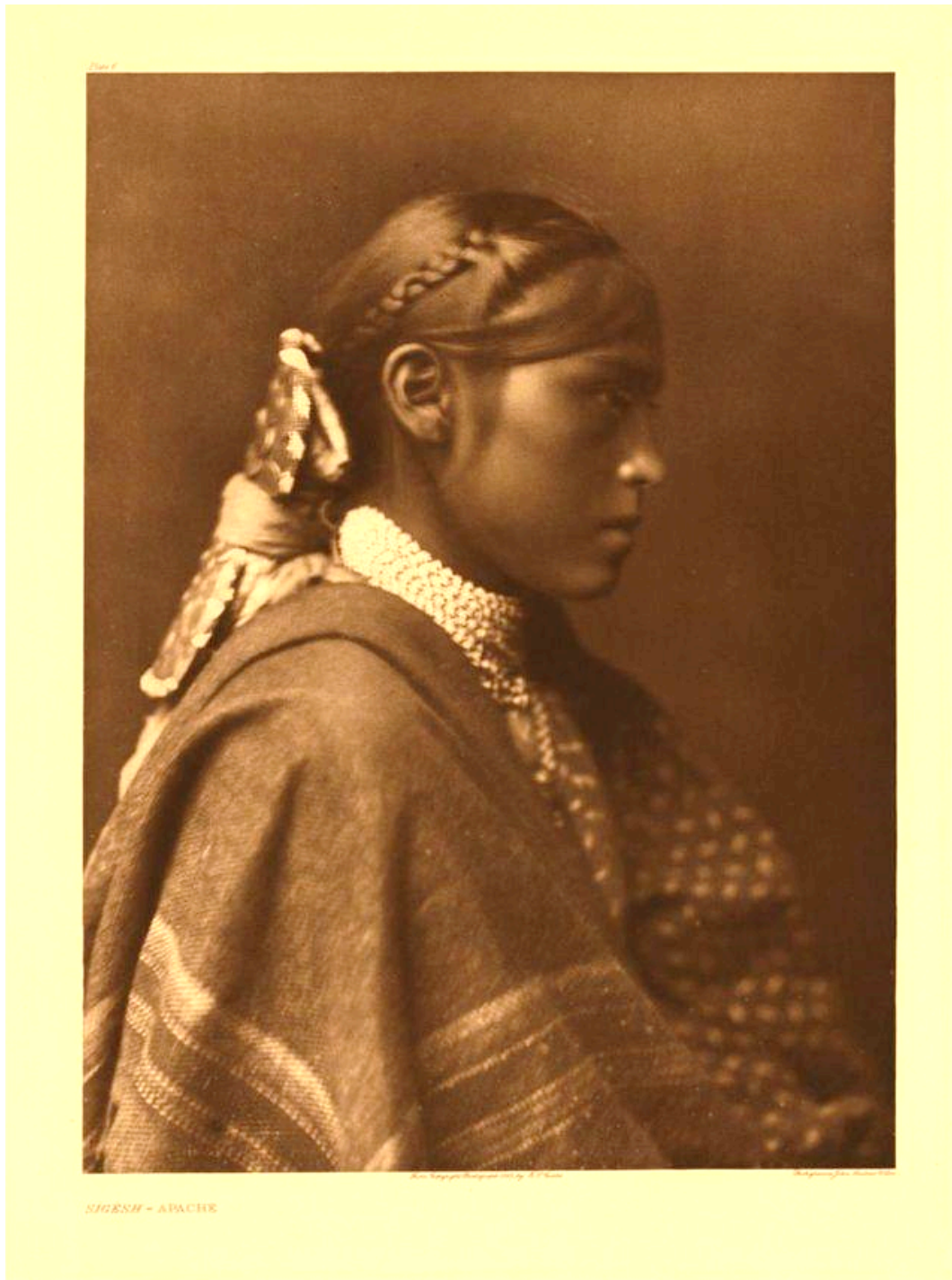
Titulo origina "The Apache". Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. (Mayo 27 2024). <https://dc.library.northwestern.edu/items/af55a99f-d569-4fd2-a868-b128384c3932>

Alchisé - Apache



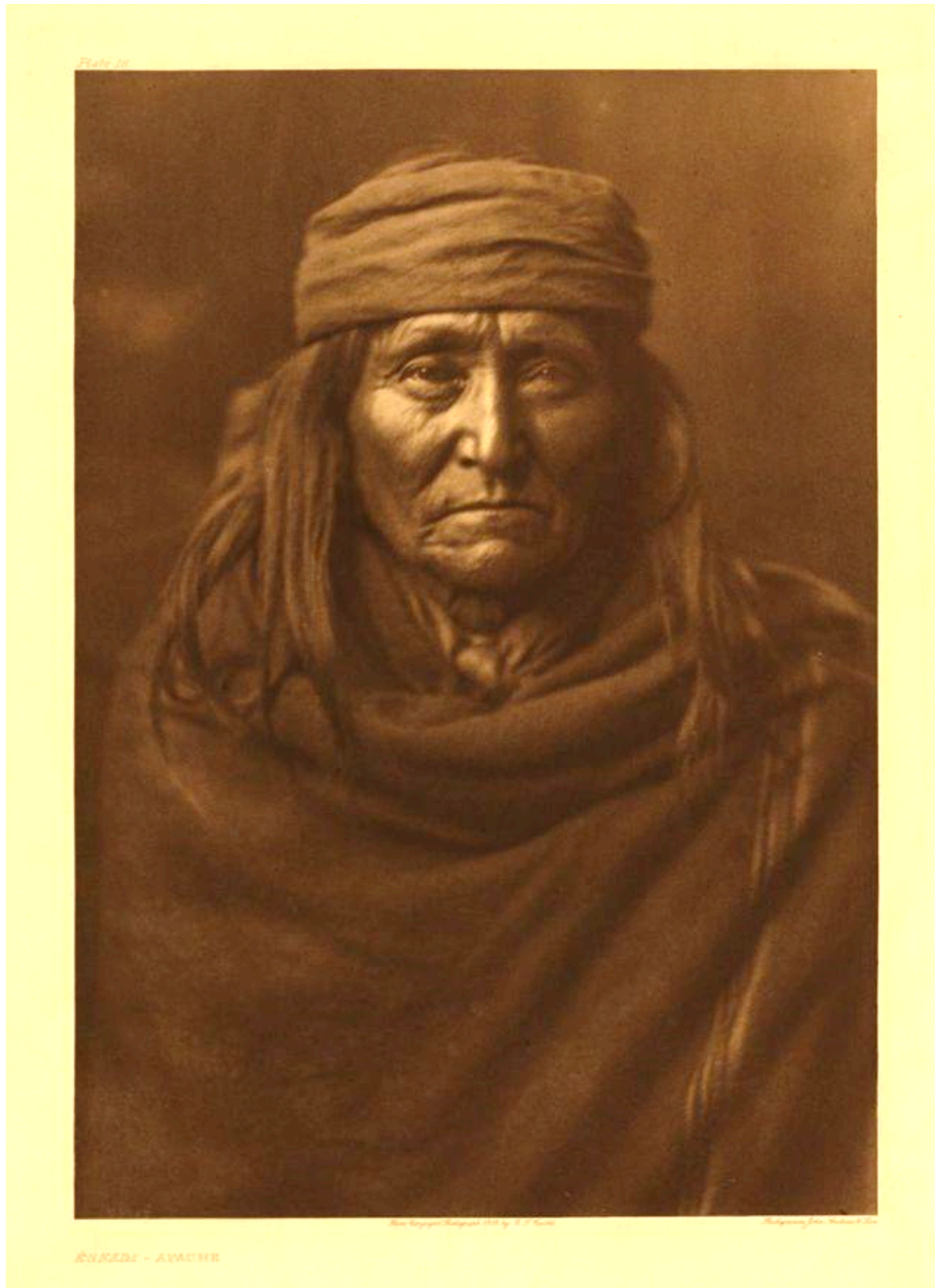
Alchisé – Apache. Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. (Enero 23 2024). <https://dc.library.northwestern.edu/items/8841729f-0af6-4739-b63f-5dc4721a000b>

Sígēsh - Apache



Titulo original Sígēsh – Apache. Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. (Marzo 14 2024). <https://dc.library.northwestern.edu/items/435c6bf3-4416-482d-b046-33414>

Éskadi - Apache



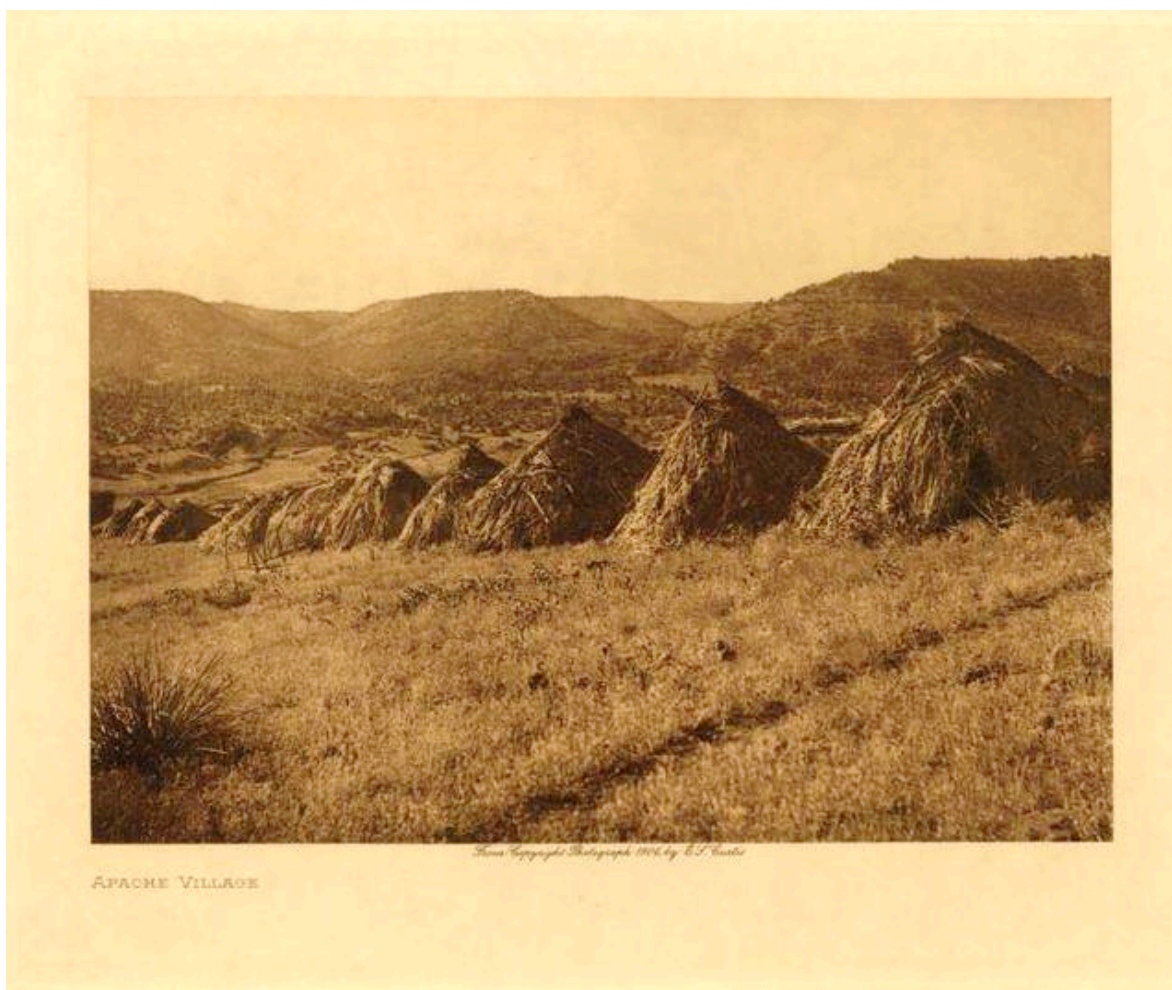
Éskadi – Apache. Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. Consúltese en <https://dc.library.northwestern.edu/items/9b15b9e6-bbb8-439a-9ef9-c30aa7aeb2b7>

Apache Gáün



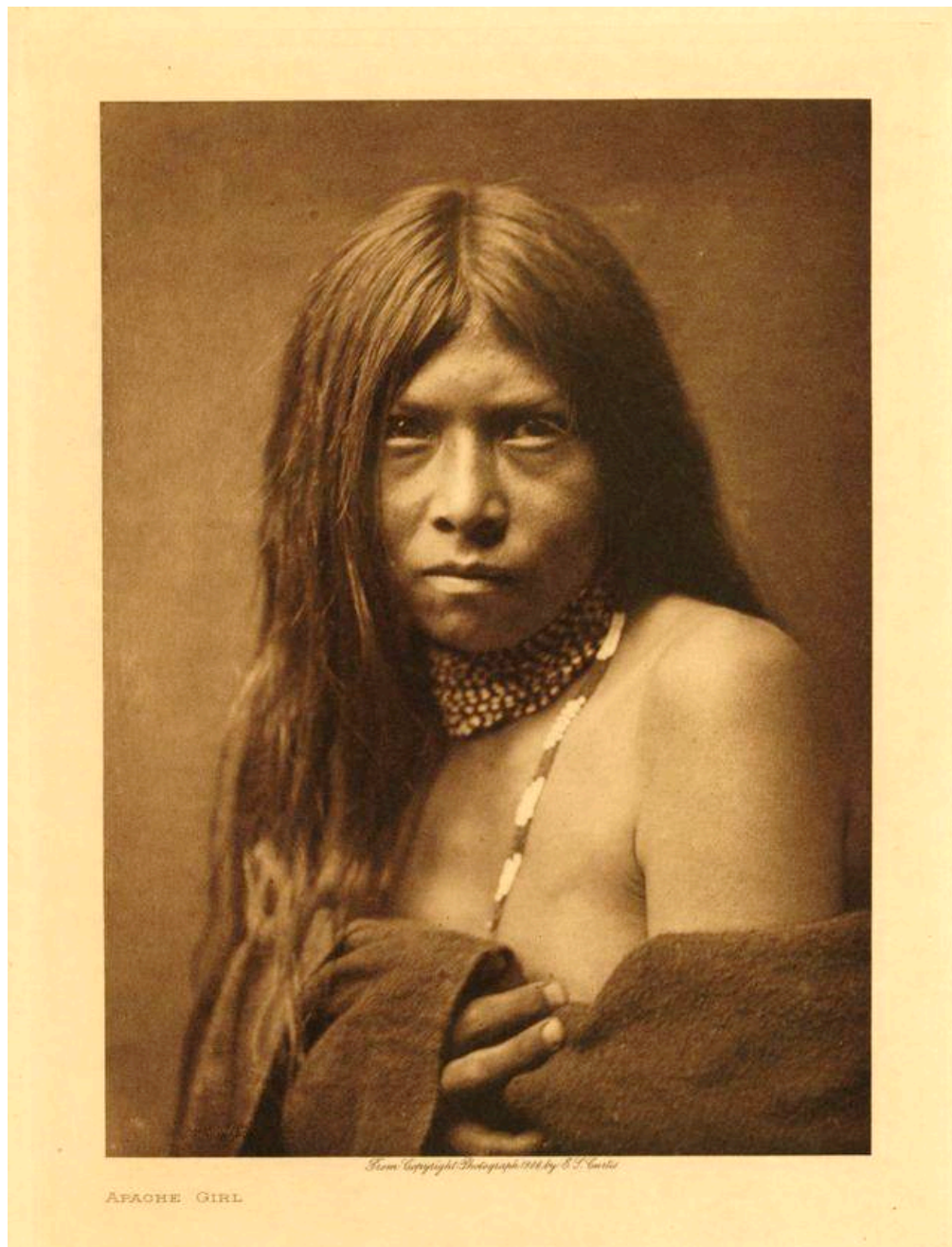
Título “Apache Gáün”. Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections,
Northwestern University Libraries. Véase <https://dc.library.northwestern.edu/items/cd6b6938-6a43-4487-923c-ed287edb81d0>

Apache Village



Titulo original "Apache Village ". Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections, Northwestern University Libraries. (Mayo 14 2024). Consúltese en <https://dc.library.northwestern.edu/items/cf1411e6-e800-4d41-b476-7c246c431312>

Apache Girl



Apache Girl. Fuente: Charles Deering McCormick Library of Special Collections,
Northwestern University Libraries. Consúltese en
<https://dc.library.northwestern.edu/items/f6e19271-61b5-4533-9466-2f7bc6d693dd>

La batalla de Sand Creek, de Robert Lindneux, 1864.



Lindneux, nacido en 1871, no presenci6 lo ocurrido en Sand Creek, Colorado. Pero aunque us6 la palabra "batalla" en el t6tulo de su pintura, represent6 una masacre. "Maten y descabellen a todos, grandes y peque6os", dijo a sus hombres el coronel J. M. Chivington, ministro en su vida privada. La bandera estadounidense (centro derecha) sin duda se incluy6 como iron6a. Robert Lindneux's The Battle of Sand Creek. Fuente: www.WorldHistory.Biz, [Indian Wars » World history](#)

Se concretó la paz y se establecieron fronteras; México perdió la mitad de su territorio

Tiempo de México

Ciudad de México, de mayo de 1844 a febrero de 1848 • Número 11

Se firmó la paz México pierde la mitad de su territorio

Villa de Guadalupe Hidalgo, 3 de enero de 1848. Ayer, a las seis de la tarde, se firmaron en esta población los tratados de paz entre los representantes de México, José Bernardo Couto, Luis G. Cuevas y Miguel Atristain y Nicolás Trist, representante de los Estados Unidos de Norteamérica, que ponen fin al estado de guerra entre ambos países.

Conforme a lo pactado, México pierde los territorios de Texas, Nuevo México y Alta California, más la franja comprendida entre los ríos Nueces y Bravo que pertenecían a Tamaulipas, lo que hace un total de 110 000 leguas cuadradas, o sea más de la mitad de nuestro territorio.

La línea fronteriza queda señalada por los cauces de los ríos Gila y Bravo.

Como indemnización por esas pérdidas territoriales, México recibirá 15 millones de pesos, pagaderos en tres exhibiciones. La primera, al momento de la ratificación de los Tratados por el gobierno mexicano y tres entregas anuales posteriores. El saldo de...

vengará un rédito del 6 por ciento.

Después de la ratificación de los Tratados por ambos gobiernos, se levantará el bloqueo a nuestros puertos y se entregarán las aduanas a funcionarios mexicanos.

Los mexicanos que quedaron en los territorios perdidos, conservarán sus derechos políticos durante un año y podrán practicar cualquier religión.

Los Estados Unidos se comprometen a resguardar sus fronteras para evitar que los indios bravos de esa región incursionen sobre territorio mexicano.

Por último, y si en el futuro alguno de los dos países estuviera en desacuerdo con lo pactado hoy, podrá recurrir a un arbitraje.

Resulta muy claro que los resultados de la guerra han sido terribles para México, cabe esperar que la experiencia sirva para fundar una mejor república.



Se han perdido 110 000 leguas cuadradas de territorio

Periódico “Tiempo de México”, título: Se firmó la paz México pierde la mitad de su territorio. Ciudad de México, de mayo de 1844 a febrero de 1848. Número. Fuente: Boletín UNAM-DGCS-086, Ciudad Universitaria.11:00 hs. 1 de febrero de 2022, consúltese en https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2022_086.html

Mapa de México (1825)



Un mapa de los Estados Unidos Mexicanos: tal como está organizado y definido por las diversas leyes del Congreso de esa República, construido a partir de una gran variedad de documentos impresos y manuscritos. Fuente: Library of Congress Geography and Map Division Washington, D.C. 20540-4650 USA dcu, <http://hdl.loc.gov/loc.gmd/g4410.ct003214>

Tratado de Guadalupe Hidalgo



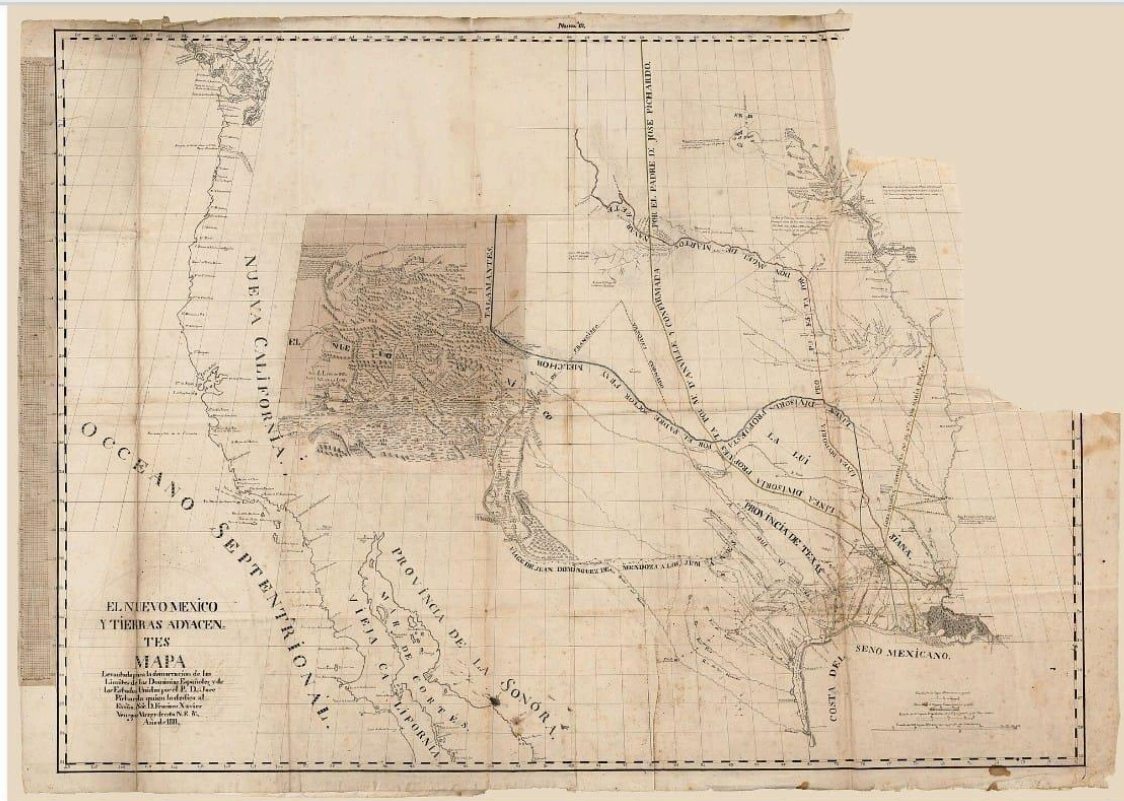
La Guerra México-Estadounidense comenzó en 1846 y culminó con la victoria estadounidense en 1848. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo, y posteriormente la Compra de Gadsden, integraron oficialmente el Suroeste de Estados Unidos, tal como lo es hoy. Fuente: Chiricahua National Monument Arizona, consúltese en <https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/pre-apache-wars.htm>

Los últimos apaches broncos 1886-1975



Reservas y contexto geográfico del norte de México y sur de Estados Unidos donde moraron los últimos apaches broncos. Fuente: Despertar Ferro Ediciones véase en <https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/mexico-1935-caceria-humana-apaches-broncos/>

El Nuevo México y Tierras Adyacentes



Mapa “El Nuevo México y Tierras Adyacentes” levantado para la demarcación de los Limites de los Dominio Españoles y de los Estados Unidos por e P.D. José Pichardo. Fuente: Chiricahua, National Monument Arizona, consúltese en <https://www.nps.gov/chir/learn/historyculture/pre-apache-wars.htm>

México durante las Repúblicas Centralistas (1835-1846)



Mapa de la organización territorial de México durante las Repúblicas Centralistas (1835-1846).

Fuente: Wikipedia véase en

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Mexico_1835-1846_administrative_map-en-2.svg

Cartas Histórico-Geográficas Mexicanas. La invasión norteamericana.
1846-1848. Victoriano Pimentel 1900.



A la derecha, una columna ordena los retratos de los presidentes mexicanos al tiempo de la invasión: gral. José Mariano Salas, gral. Antonio López de Santa Anna, Valentín Gómez Farías, gral. Pedro María Anaya y Manuel de la Peña y Peña, generales y coroneles mexicanos que destacaron en la guerra, y finalmente, los alumnos del Colegio Militar.

Del lado izquierdo aparecen los retratos de los líderes de la invasión, los generales Zacarías Taylor y Winfield Scott.

En este lado izquierdo y en los espacios disponibles en la parte inferior del mapa figuran numerosos planos de poblaciones que fueron escenarios significativos -Tampico, México y sus inmediaciones-, planos de batallas, sitios y ataques, así como imágenes de monumentos y lugares emblemáticos, como Churubusco y Chapultepec. **Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra. <http://bdmx.mx/documento/invasion-norte-americana-1846-1848>**

Map of the Gadsden Purchase. Sonora and Portions of New Mexico, Chihuahua and California California (Mapa de la Compra de Gadsden. Sonora y porciones de Nuevo México, Chihuahua y California). 1854



Mapa de la Compra de Gadsden. Sonora y porciones de Nuevo México, Chihuahua y California

by Herman Ehrenberg, C. F. From his private Notes and those of Major Heintzelman, Capt. Sitgreaves, Lieut. Derby, Bartlett, Gray; Julius Froebel and others. Lith. by Alex Zakreski at his Topogr. Office No. 100, Merchant Street. Bolton Barron's Building. 1854. Fuente: Mapoteca

Manuel Orozco y Berra

<http://bdmx.mx/documento/map-gadsden-purchase-sonora-new-mexico-chihuahua-california>

a

José Antonio de Alzate y Ramírez, Plano de las Provincias de Ostimuri, Sinaloa, Sonora y demás circunvecinas y parte de California, 1772



Mapa elaborado don José Antonio de Alzate y Ramírez (Ozumba, 1737- Ciudad de México, 1799), este plano, de 1772, cubre un fragmento de lo que Alzate llamaba la América Septentrional Española. Los límites poniente y sur del plano enmarcan la península de Baja California. El plano tiene como límite noroeste la laguna de Teguayo y la Provincia de Guivira. Al este, termina con Nuevo México. El plano tiene un color sepia; el borde de las costas es verde con una línea roja. Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra, <http://bdmx.mx/documento/plano-provincias-ostimuri-sinaloa-sonora>

The Adams-Onís Treaty



Mapa que muestra los resultados del Tratado Adams-Onís de 1819. Fuente: Wikimedia Commos, https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Adams_onis_map.png#filehistory

Mapa del Virreinato de la Nueva España (1794)



El plano muestra los territorios pertenecientes al virreinato de la Nueva España en el año 1794.

Fuente: Wikimedia Commons. Consultado el 15 de mayo de 2024 véase en

https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Mapa del Virreinato de la Nueva Espa%C3%B1a_%281794%29.svg#filehistory

Nueva España en 1794



Mapa correspondiente a la división territorial del virreinato de la Nueva España en el año de 1819. Fuente: Wikimedia Commons, consultar en [https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Mapa del Virreinato de la Nueva Espa%C3%B1a_%281794%29.svg#filehistory](https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Mapa_del_Virreinato_de_la_Nueva_Espa%C3%B1a_%281794%29.svg#filehistory)

Reyno de la Nueva España (Siglo XIX)



Mapa elaborado por Antonio García Cubas (1857) Atlas Geográfico, Estadístico e Histórico de la República Mexicana. Después de 1819 (la frontera norte que se muestra fue establecida por el Tratado Adams-Onís de 1819). Fuente: Wikimedia Commons consultado el 27 de julio de 2024,

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Reyno_de_la_Nueva_Espa%C3%B1a_\(Siglo_XIX\)_JPG](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Reyno_de_la_Nueva_Espa%C3%B1a_(Siglo_XIX)_JPG)

Expedition Cabeza de Vaca Karte



El plano muestra la ruta de expedición de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca del año de 1528 hasta 1536. Fuente Wikimedia Commons,

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Expedition Cabeza de Vaca Karte \(cropped\).pn](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Expedition_Cabeza_de_Vaca_Karte_(cropped).png)

09

Distribución de los grupos apaches



En el mapa se sitúan los diferentes grupos de apaches en los territorios de México y Estados Unidos. Véase en <https://apacheria.es/>

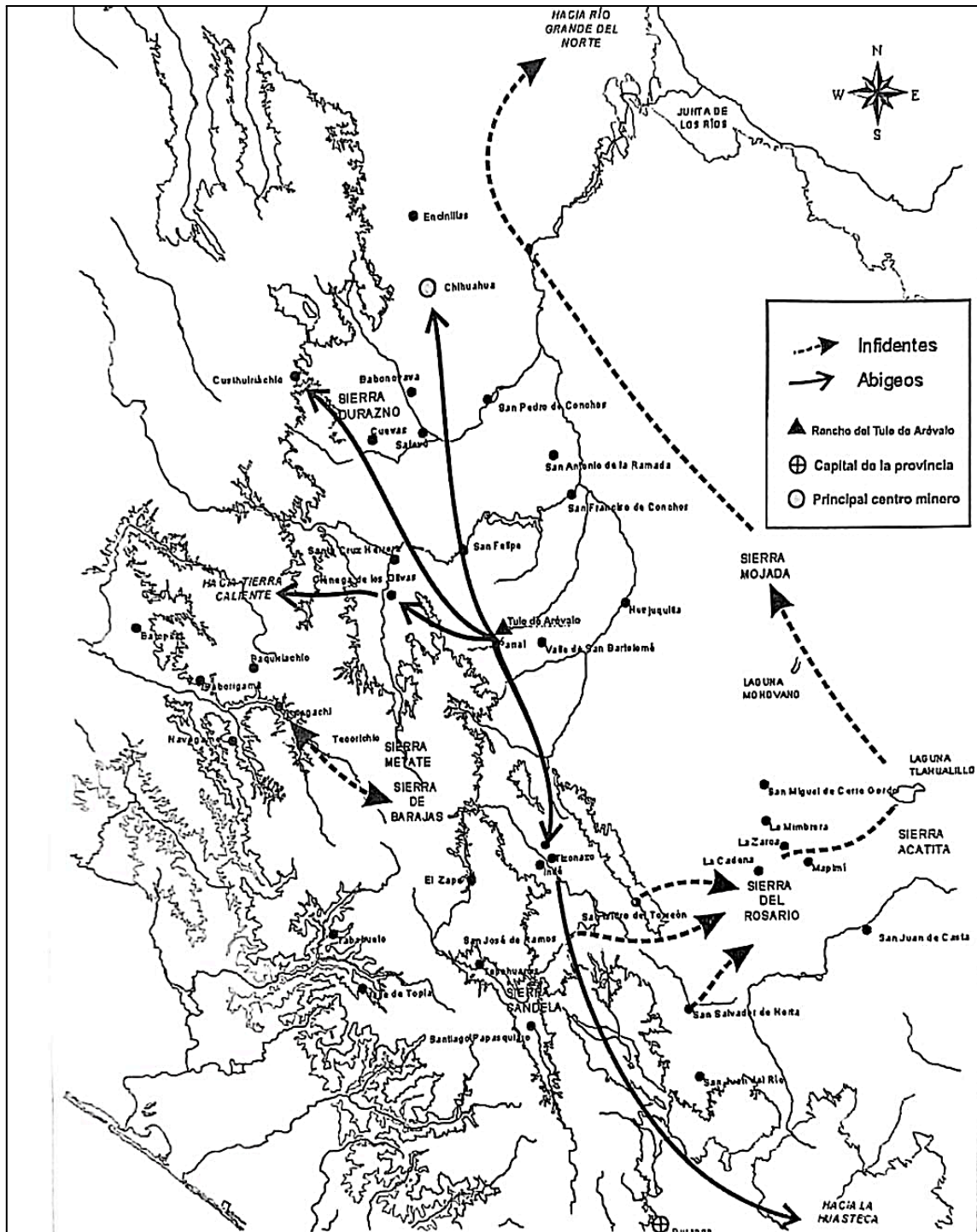
América Española del siglo XVIII



Obra de jluirs, América española del siglo XVIII, 2007, Mapa digital. Fuente: Wikimedia commons.
Consultado. En

https://en.wikipedia.org/wiki/File:Spanish_America_XVIII_Century_%28Most_Expansion%29.png

Circuitos de ganado de infidentes y abigeos



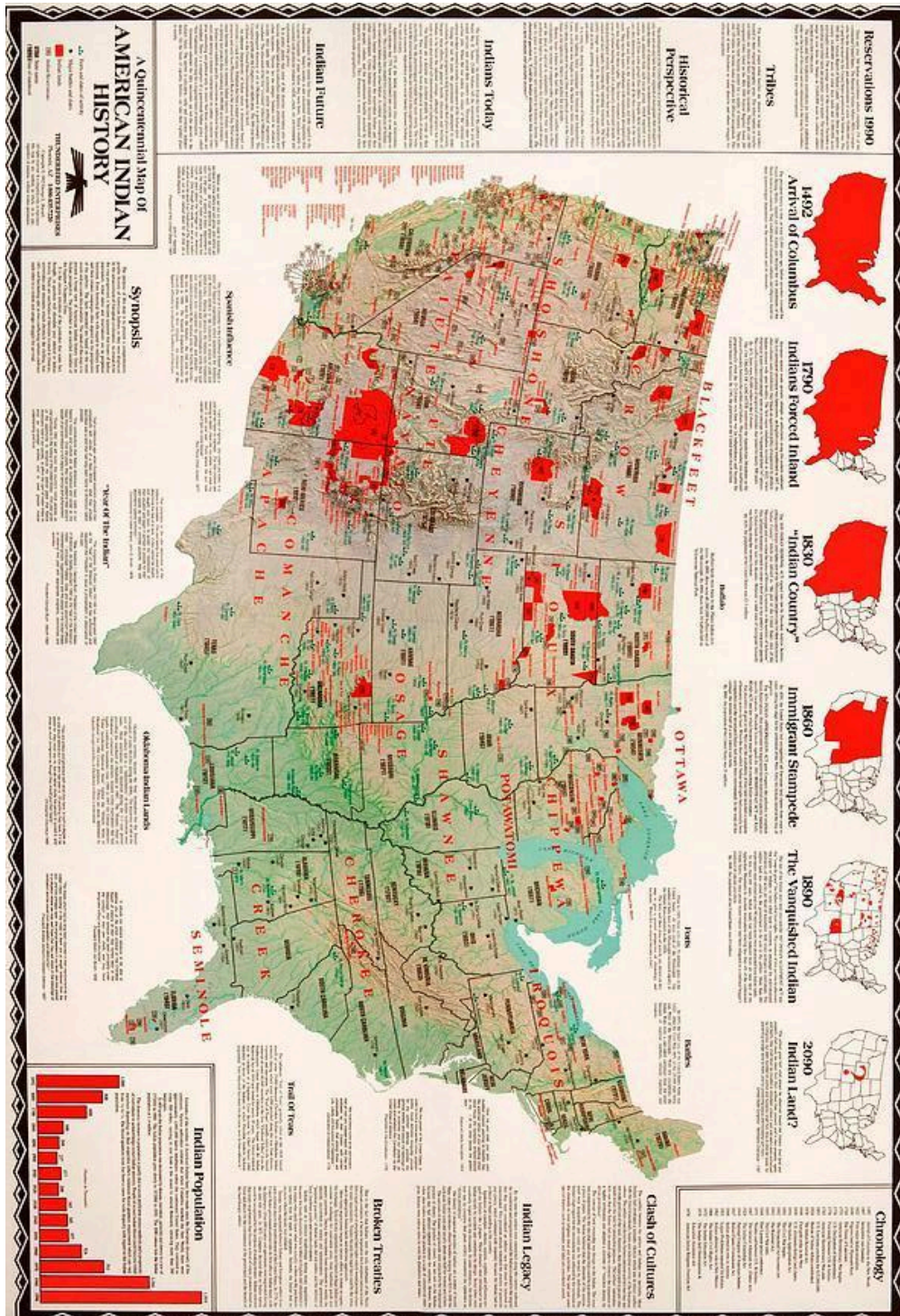
Fuente: Sara Ortelli. (2007). *Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*. Página: 201. El colegio de México.

Las cuatro esquinas del conflicto



Fuente: Manuel Rojas. (2019). *Apaches fantasmas de la Sierra Madre*. Secretaria de cultura del Estado de Chihuahua, Pág. 27.

American Indian History



American Indian History is a drawing by Thea Recuerdo which was uploaded on June 20th, 2014.

Fuente: [American Indian History Drawing by Thea Recuerdo - Fine Art America](https://www.fineartamerica.com/featured-drawings/American-Indian-History-Drawing-by-Thea-Recuerdo)

Principales pueblos indígenas de América del Norte y Central y su principal forma de subsistencia antes del colonialismo



Fuente: El nuevo orden mundial, véase en [La Nación Navajo: la larga marcha hacia la soberanía - El Orden Mundial - EOM](#)

Reservas indias en la actualidad



Mapa sobre la reducción de las reservas indias en Estados Unidos. Fuente: El nuevo orden mundial, véase en [La Nación Navajo: la larga marcha hacia la soberanía - El Orden Mundial - EOM](#)

Native American Territorial Losses, 1850-1890



Una coloración brillante identifica las pérdidas territoriales de los nativos americanos, 1850-1890, y muestra las tierras perdidas antes de 1850, las tierras perdidas entre 1850 y 1870, las tierras perdidas entre 1870 y 1890, las reservas de los nativos americanos a partir de 1890 y las principales batallas. Fuente: Mapshop consultado el 19 de julio de 2024, [#028 Native American Territorial Losses, 1850-1890 - The Map Shop](#)

Indian Wars



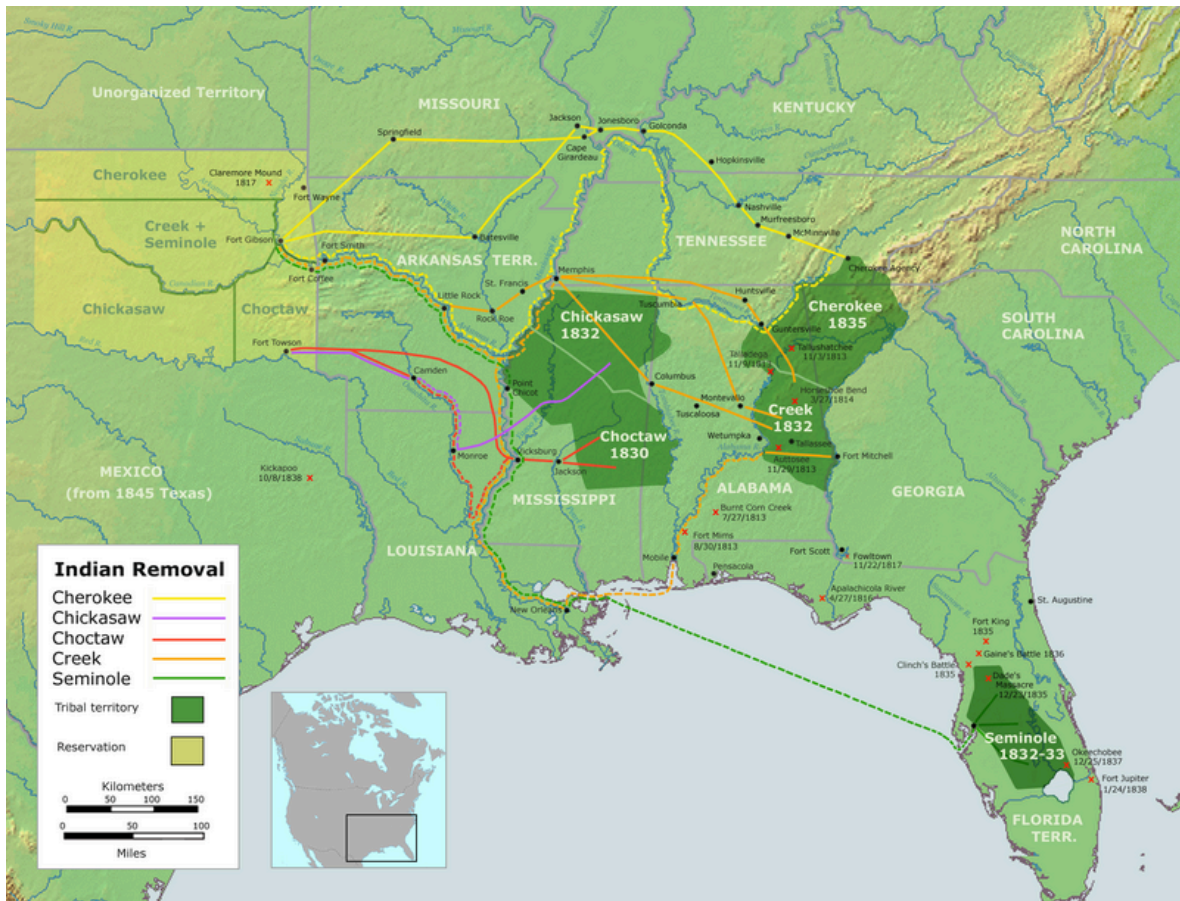
Guerras indias, 1860-1890 Las frecuentes batallas, en las que participaron casi todas las tribus, muestran que los indios no cedieron sus tierras: las tierras fueron tomadas en batalla. Fuente: www.WorldHistory.Biz, [Indian Wars » World history](#)

Was World War One a key turning point in the changing geography of Civil Rights issues in the USA?



Tags: American History, Black Americans, Black History, North, South, World War 1. Fuente: Khambay's Words, Words, Words, [Was World War One a key turning point in the changing geography of Civil Rights issues in the USA?](#) – Khambay's Words, Words, Words

Mapa y ruta de traslado



Mapa de la ruta de los Senderos de las Lágrimas, que representa la ruta tomada para reubicar a los nativos americanos del sureste de los Estados Unidos entre 1836 y 1839. La marcha forzada del desalojo de los Cherokee del sureste de los Estados Unidos para su reubicación forzada en el Territorio Indio (actual Oklahoma). Fuente: Wikimedia Commons, https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Trails_of_Tears_en.png

